

MIGRACIÓN, SALUD Y DESIGUALDADES

**INVESTIGACIÓN ACTIVISTA CRÍTICA
EN LAS FRONTERAS ECUATORIANAS**

Roberta Villalón

Migración, salud y desigualdades

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Ecuador / Frontera / Activismo / Trabajo de campo / Psicología /
Cultura / Sociedad

Villalón, Roberta. Migración, salud y desigualdades : investigación
activista crítica en las fronteras ecuatorianas / Roberta Villalón. - 1a
ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-935-7

1. Migración. 2. Salud. 3. Desigualdad. I. Título.

CDD 304.8

Diseño de tapa: Dominique Cortondo Arias

Diseño del interior y maquetado: Eleonora Silva

Corrección: Rosario Sofía

Migración, salud y desigualdades

Investigación activista crítica en las fronteras ecuatorianas

Roberta Villalón



PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory, Marcela Alemandi y Ulises Rubinschik - Producción Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital desde cualquier lugar del mundo ingresando a libreria.clacso.org

Migración, salud y desigualdades. Investigación activista crítica en las fronteras ecuatorianas (Buenos Aires: CLACSO, diciembre de 2024).

ISBN 978-987-813-935-7

Edición original en inglés: *Migration, Health, and Inequalities: Critical Activist Research across Ecuadorian Borders*. Bristol University Press (Serie Global Migration and Social Change, editada por Nando Sigona).

ISBN 978-1-5292-0710-1 tapa dura (13 de septiembre, 2022)

ISBN 978-1-5292-0714-9 ePub (13 de septiembre, 2022)

ISBN 978-1-5292-0713-2 ePdf (13 de septiembre, 2022)

ISBN 978-15292-0711-8 tapa blanda (1 de marzo, 2024)



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



**Suecia
Sverige**

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Agradecimientos	11
Introducción	13
Procesos de salud migrantes.....	43
Duelo reflexivo.....	43
Trauma migrante activo y pasivo	51
Estrés migratorio	69
Disparadores de crisis migrantes	84
Impacto del retorno.....	91
Resiliencia migrante desapercibida.....	97
Afrontamiento de los desafíos migratorios	117
Ajuste a la desilusión.....	117
Nostalgia paralizante y motivante	121
Negación de salud migrante y normalización del malestar.....	126
Encapsulación del dolor	139
Ideal de bienestar y metas transgeneracionales	148
Retorno estratégico.....	155
Reajuste al asentamiento	162
Rebote del retorno involuntario.....	170
Relaciones familiares posmigración	181
De/reconstrucción familiar.....	182
Migración simultánea de familia nuclear con hijos.....	185

Migración de padres y madres sin sus hijos	189
Migración de padres solos	197
Migración de madres solas	203
Migración de hermanos o hermanas mayores por su cuenta	212
Parejas sin hijos	216
Distorsión de la comunicación	222
Subordinación al ocultamiento y el engaño	229
Pactos tácitos	233
Resentimiento y desapego	238
Comprensión sensata	243
Política fronteriza transformadora	249
Fronteras geopolíticas	251
Regímenes sexogenéricos	270
Jerarquías etnorraciales	292
Fronteras socioeconómicas	320
Conclusión	331
Bibliografía	347
Sobre la autora	361

Para Roberto Villalón (1931-2024), mi queridísimo padre, médico psiquiatra comunitario, profesor, y escultor, quien a pesar de persecuciones y amenazas políticas represoras, nunca abandonó la lucha y se mantuvo fiel a sus principios. Que en paz descanse.

Agradecimientos

Este proyecto no hubiese sido posible sin la participación de los tantos y las tantas migrantes y familiares de migrantes de Ecuador y otros países latinoamericanos que estuvieron dispuestos y dispuestas a compartir sus propias experiencias y conocimientos sobre la migración a Estados Unidos, España y de regreso para desarrollar colectivamente el estudio de la salud migrante. Del mismo modo, la colaboración de proveedores de servicios sanitarios y migratorios fue esencial, sobre todo por su genuino interés en mejorar su praxis para asistir más efectivamente a la comunidad migrante. Por respeto a la confidencialidad, no puedo nombrar a cada uno de ustedes. Por lo tanto, les ruego tomen este mensaje generalizado como un sincero reconocimiento y expresión de gratitud por su colaboración.

Debo agradecer especialmente a Riccardo Colasanti, pionero en el campo de la salud migrante y promotor original de mi participación en este proyecto; y a Johanna Montalvo, Xavier Astudillo y Yadira Gavilanes, que siguieron su ejemplo en el Instituto de Salud y Migración de Loja del Hospital de la Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador, dedicándose de corazón. También a las contribuciones de Margalida Font Roig de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador [PUCE], Sede Santo Domingo de los Tsáchilas; María Fannery Suárez Berrío de la PUCE, Sede Ibarra;

Mar Álvarez Segura, Montserrat Lafuente, Laura Amado Luz, Marina Fernández Andujar y Marta Oporto Alonso y sus estudiantes de la Universitat Abat Oliba CEU; Myriam García Blázquez en el Hospital Sant Joan de Déu, en Barcelona, España; Erika Márquez, de la Universidad ICESI de Cali (Colombia); Tania Vásquez Luque, del Instituto de Estudios Peruanos de Lima (Perú), y Alina Camacho-Gingerich, del Centro de Estudios Latinoamericanos y del Caribe de St. John's University. Además, destaco el inestimable apoyo prestado por los asistentes de investigación Marcelo Rodrigo en Loja, y Damayra Figueroa, Sarah Kraft y Crismari Edua, estudiantes de posgrado del Departamento de Sociología y Antropología de mi institución. Igualmente, recalco la participación de estudiantes universitarios de las clases de diseño y fotografía de los profesores Aaris Sherin y Alex Morel, también en St. John's, quienes ofrecieron una perspectiva refrescante sobre cómo los conocimientos acumulados en este proyecto podían compartirse públicamente en diversas formas. En particular, las obras de Kayana Ternize, Nikola Venglarovam, Aliyah Campbell y Arcis Tiburcio Zane. Asimismo, celebro el compromiso creativo de Abraham Salazar, que hizo que esta investigación fuera visualmente rica y accesible para múltiples públicos.

Por otra parte, agradezco humildemente el apoyo que me fue otorgado para desarrollar el trabajo de campo para este proyecto por parte del Instituto Rielo para el Desarrollo Integral (2015), la Comisión Fulbright (Fulbright Foreign Scholarship Grant to Ecuador-Council for International Exchange of Scholars, 2016 y 2017), Catholic Relief Services (Beca Global, 2017 y 2018) y Sociologists for Women in Society (Premio a la Acción Social, 2018).

Por último, reconozco el apoyo psicológico prestado por Vanina, que me dio respiro y claridad para atravesar muchos momentos difíciles. Y, fundamentalmente, expreso mi más profunda gratitud a Isabella, mi hija; Beatriz, mi madre, y Roberto, mi padre. Sin su amor, confianza y comprensión, no lo hubiese logrado. Gracias, siempre.

Introducción

La migración pone a prueba y usualmente perturba el bienestar de migrantes y familiares. Por un lado, los migrantes pueden ver su salud física y mental deteriorada por las condiciones estresantes mismas de la migración. Por otro lado, quienes luego de unos años migran de regreso a su país, suelen hacerlo con un estado de salud mental y física deteriorado más allá de su curso natural. Al mismo tiempo, los familiares que en vez de migrar permanecen en su lugar nativo suelen desarrollar problemas de salud físicos o psicológicos. Estos procesos de salud-enfermedad tienen consecuencias no solo a nivel personal y familiar, sino también comunitario, generando un impacto en la salud pública de las comunidades de origen, tránsito y acogida. Además, el empeoramiento de las condiciones de vida que rodean a migrantes y familiares en sus lugares de origen, la calidad cada vez más precaria y peligrosa de los viajes migratorios y la creciente hostilidad hacia los migrantes en países de tránsito y de acogida han deteriorado aún más la salud migrante en general. Los desafíos de salud de las poblaciones migrantes están indudablemente en aumento (Organización Internacional para las Migraciones, 2018; Organización Mundial de la Salud, 2019). Sin embargo, el conocimiento sobre los efectos que la migración tiene en la salud individual, familiar y colectiva no suele ser parte de la formación de profesionales de la salud ni de campañas

públicas orientadas a comunidades migrantes. Tampoco suele ser incluido en el diseño de políticas migratorias ni utilizado para coordinar políticas de salud y migratorias a nivel nacional y transnacional de un modo sistemático o eficiente.

Esta disyuntiva ha puesto en alerta tanto a proveedores de servicios de salud como migratorios, especialmente a los que llevan varias décadas dedicados a reducir disparidades sanitarias y sociales entre poblaciones migrantes y no-migrantes. Organizaciones en todo el mundo, como la pionera Sociedad Italiana de Medicina Migratoria [SIMM], la Plataforma para la Cooperación Internacional sobre Migrantes Indocumentados [PICUM], la Red de Médicos Clínicos Migrantes, la Asociación Nacional de Centros de Salud Comunitarios, la Iniciativa de Salud de las Américas, Médicos sin Fronteras y Médicos por los Derechos Humanos, por nombrar algunas, han estado desarrollando investigaciones, promoviendo y prestando servicios de salud orientados específicamente a comunidades migrantes y tratando de influir las agendas políticas nacionales e internacionales desde una perspectiva de derechos humanos. A partir de las crisis de refugiados que han afectado a Europa en la última década, la Organización Internacional para las Migraciones y la Organización Mundial de la Salud empezaron a articular estudios y a fijar objetivos comunes haciendo hincapié en la igualdad de acceso a la salud para todos los migrantes, independientemente de su origen o situación legal, y reclamando servicios de salud cultural y lingüísticamente adecuados (Organización Internacional para las Migraciones, 2013). Además, en el 2016, la Oficina Europea de la Organización Mundial de la Salud constituyó el Centro de Conocimiento sobre Salud y Migración, que ofrece una plataforma bibliográfica y formativa para desarrollar programas de salud acordes con las necesidades de las comunidades migrantes. A pesar de estos esfuerzos por revertir el hecho de que “la salud de los migrantes continúa siendo un tema abandonado” (Organización Internacional para las Migraciones, 2018, p. 16), la brecha que existe entre las leyes internacionales y nacionales que

establecen el derecho a la salud como un derecho humano, y su aplicación y cumplimiento en la práctica es tremendamente amplia. Los defensores coinciden en que aún queda mucho por hacer, y creen que tanto la investigación como el activismo son estratégicos para la promoción de los derechos, el bienestar y la salud colectiva de los migrantes (Iniciativa de Salud de las Américas, 2017).

En el 2015, fui invitada a colaborar con una de las organizaciones que se enfocaban en este tema: el Instituto de Salud y Migración del Hospital de la Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador. Los procesos migratorios en este país habían estado en el centro del interés público y académico, particularmente después del marcado aumento de la emigración a España, Estados Unidos e Italia tras la crisis económica ecuatoriana de 1999. En efecto, Ecuador había desempeñado los tres roles migratorios: origen, destino y tránsito, a la vez que presentaba altas tasas de migración interna del campo a la ciudad y entre ciudades, así como un importante número de migrantes de retorno dada la implementación de políticas de ciudadanía universal, migración abierta y repatriación (Herrera, 2008; Ramírez, 2013; Falconí Trávez, 2014; Jokisch, 2014). En el Instituto de Salud y Migración, me sumé a un equipo interesado en diseñar un proyecto con el objetivo final de prevenir, tratar y reducir los impactos negativos de la migración en la salud y, en consecuencia, ayudar a reducir las disparidades sanitarias entre poblaciones migrantes y no-migrantes y promover la salud colectiva.¹ Me convocaron por mi experiencia como una académica activista que había trabajado con migrantes latinoamericanas sobrevivientes de violencia de género y estudiado transnacionalmente desigualdades sociales y procesos migratorios (Villalón, 2010a, 2010b, 2011, 2014, 2015).² Los miembros del Insti-

¹ Los compañeros y las compañeras del equipo con los que trabajé en el Instituto fueron Riccardo Colasanti, Johanna Montalvo, Xavier Astudillo y Yadira Gavilanes. Marcelo Rodrigo trabajó como asistente de investigación para el Instituto en 2017.

² Fui invitada como investigadora visitante con el apoyo del Instituto Rielo para el Desarrollo Integral en 2015.

tuto estaban convencidos de que era necesario aplicar un enfoque interdisciplinario para lograr una mejor comprensión de la problemática y mejorar servicios y políticas de salud.

Asimismo, eran conscientes del impacto en el bienestar de los migrantes que se enfrentan a los retos de las disparidades culturales, los contextos políticos poco acogedores, los viajes migratorios precarios y el empeoramiento de las condiciones laborales. También estaban familiarizados con la bibliografía que había identificado determinados procesos sanitarios que afectan a los migrantes, incluido el denominado “efecto del migrante sano” o “paradoja latina”: el hecho de que los grupos de inmigrantes latinoamericanos presenten menos prevalencia de problemas crónicos de salud que la población nativa en Estados Unidos (Rubalcava et al., 2008; Ullman et al., 2011; Cabieses, 2014). Conocían la hipótesis del “migrante sano, pero vulnerable” dado que las condiciones típicamente estresantes de la vida migrante tarde o temprano desafían la salud de esta población (Lara et al., 2005; Miranda et al., 2005; Caplan, 2007; La Parra Casado et al., 2007; Ríos-Marín y Hernández-Londoño, 2014), y del “síndrome de estrés crónico y múltiple” o “síndrome de Ulises”, encontrado en inmigrantes transcontinentales (Achotegui, 2004; Cuestas, 2011). Además, habían sido testigos del “sesgo salmón” en migrantes que habían regresado a su país después de que su salud empezara a empeorar (Abraído-Lanza et al., 1999; Turra y Elo, 2008), y de los problemas psicológicos y físicos experimentados por los familiares de los migrantes que se quedaron en sus lugares de origen (Ron Encalada, 2010; Lu, 2011; Castillo Sánchez y Londono Gaoña, 2013). Dada su práctica intercultural, eran sensibles al “síndrome de Salgari” (Geraci, 2006), que describía los efectos negativos que tenía en la relación médico-paciente la falta de coincidencia de expectativas entre pacientes migrantes originarios de zonas “menos desarrolladas” y médicos que trabajaban en lugares “más desarrollados”. No obstante, a pesar de sus amplios conocimientos sobre el tema, seguían preocupados por la poca información disponible sobre el caso ecuatoriano en su

totalidad y complejidad, y estaban especialmente desconcertados por la persistente brecha entre las teorías, las políticas de salud pública y migratorias, y la formación y las prácticas de los proveedores de servicios sanitarios.

Después de un cuidadoso examen de la literatura, la mayoría de la cual había sido producida desde un campo médico, psicológico, epidemiológico o de salud pública, en equipo desarrollamos un proyecto de investigación crítico, interdisciplinario y aplicado. Su objetivo principal era completar un estudio en profundidad de cómo los procesos migratorios afectaban a la salud y el bienestar de los migrantes ecuatorianos y sus familias para así mejorar la prestación de servicios sanitarios y, en última instancia, mejorar la salud individual, familiar y colectiva de estas comunidades. Cuatro años de investigación transnacional y multisituada dieron como resultado la identificación y conceptualización de procesos que alteraban la salud de migrantes y familiares no-migrantes, así como los mecanismos psico-socioculturales que estos empleaban para hacerle frente a los retos que generaba la migración de Ecuador a España y Estados Unidos, y viceversa. Estos hallazgos fueron contextualizados con las experiencias de otros migrantes latinoamericanos y analizados en base a la literatura sobre salud, migración y desigualdades desde un marco teórico y metodológico particular que ofreció una manera distinta de desenterrar procesos y prácticas típicamente ignorados. La perspectiva de esta investigación combinó los beneficios de la extensión propia de la sociología (abarcando diversos factores demográficos, sociales, culturales, políticos, económicos y legales, entre otros, para el estudio de la migración y la salud en este caso) con la riqueza de otras cuatro escuelas críticas de pensamiento. En primer lugar, la claridad analítica proporcionada por los feminismos negro, poscolonial y decolonial para comprender relaciones de poder imbricadas y estrategias de cambio social (Hill Collins, 1986, 2019; Crenshaw et al., 1995; Roberts, 2002; Segato, 2003, 2016; Acker, 2006; Cho et al., 2013; Martínez-Andrade, 2019; Curiel, 2002; Curiel y Pión 2022),

incluyendo los escritos del activismo académico (Naples, 2003; Jaggar, 2008; Shayne, 2014), y los que aplican la interseccionalidad al estudio de la salud (Navarro y Shi, 2001; Nazroo, 2003; Williams, 2003; Hankivsky y Christoffersen, 2008; Raphael, 2009). En segundo lugar, la visión de los estudios críticos sobre raza, etnia y migración (Haney-Lopez, 1996; Ong, 1999; Glenn, 2000; Hing, 2004; Mooney, 2005; Meñaca, 2006; Johnson, 2007; Sayad, 2007; Romero, 2008; Castles, 2009; Navarro, 2009; Sánchez y Romero, 2010; Ticktin, 2011; Villalón, 2015). En tercer lugar, el ángulo aportado por la epidemiología crítica latinoamericana (Breilh, 1977, 2003, 2010a, 2010b, 2013; Donnangelo, 1979; Laurell, 1982; Almeida-Filho, 1989, 2000; Samaja, 1992; Waitzkin et al., 2001; Krieger, 2012). En cuarto lugar, las distintivas contribuciones de la antropología médica crítica (Farmer, 2001; Freund et al., 2002; Iriart et al., 2002; Castro y Singer, 2004; Biehl y Petryna, 2013; Renzaho, 2016; Brown et al., 2017; Farmer et al., 2017; Illingworth y Parmet, 2017; Singer y Baer, 2017).

En concreto, a partir de la teoría de la “determinación social de la salud” de la epidemiología crítica latinoamericana de la década de 1970 —basada en la comprensión de que la salud no se moldea exclusivamente a nivel individual, sino que es el resultado de un proceso complejo determinado socialmente (Donnangelo, 1979)—, nos concentramos en estudiar cómo los procesos migratorios se entrecruzaron tanto con factores sociales de relevancia transnacional como raza, etnia, nacionalidad, estatus socioeconómico, género, sexualidad, como con sistemas jurídicos y múltiples políticas, y así afectaron la salud y el bienestar de migrantes y familiares no-migrantes (Donnangelo, 1979; Laurell, 1982; Williams, 2003; Hankivsky y Christoffersen, 2008; Navarro, 2009; Raphael, 2009; Breilh, 2010b, 2013). Dado que todos esos factores son socialmente contruidos, culturalmente relativos e históricamente cimentados y, por lo tanto, influyen, pero no predestinan la vida humana (Berger y Luckmann, 1967; Foucault, 1980; Spivak, 1988; Crenshaw, 1995; Hill Collins, 1998; Mani, 1998; Menon y Bhasin,

1998; Mahmood, 2001; Ortner, 2006; Agustín, 2007; Villalón, 2010b; Romero, 2011), en nuestra investigación también consideramos cómo los migrantes y los familiares no-migrantes navegaron estas fuerzas estructurales entrecruzadas, y analizamos cómo sus pensamientos, acciones y prácticas sostenían, reforzaban o desafiaban los propios elementos de la matriz social en la que vivían y atravesaban los desafíos de salud relacionados con la migración. De este modo, nuestro proyecto criticó la manera en que la Organización Mundial de la Salud ha adaptado el modelo de los “determinantes sociales de la salud”, la cual incluye conceptos como cultura, etnia, género y clase social en el análisis como si estos fueran factores de estrés externos e incorpóreos (Comisión sobre Determinantes Sociales de la Salud, 2008; Breilh, 2010b; Malmusi et al., 2010; Passos Nogueira, 2010; Cabieses, 2014). Al incluir debates teóricos más complejos sobre la construcción social dialéctica de las estructuras y prácticas de desigualdad imbricadas, nuestra investigación proporcionó un análisis texturizado de la salud, la migración y la desigualdad que, en cambio, hizo hincapié en la tangibilidad y maleabilidad de los determinantes sociales de la salud tal y como los encarnaron migrantes, familiares no-migrantes y proveedores de servicios sanitarios y migratorios.

Además, al articular teorías feministas con estudios críticos de raza, etnia y migración, y de la antropología médica crítica, esta investigación problematizó el discurso biomédico dominante sobre migración y salud, marcado por el estudio de síndromes como la paradoja latina, el sesgo salmón o el enfoque en enfermedades infecciosas tropicales. Partiendo de la crítica de Achotegui (2004), nuestro trabajo cuestionó la común práctica de patologizar y banalizar la salud de los migrantes, la cual, al etiquetarlos y marginalizarlos o al pasar por alto o minimizar aspectos importantes de su bienestar, produce un efecto contrario en quienes buscan ayuda. Asimismo, nuestro proyecto examinó críticamente cómo la economía política de nación, nacionalidad, nacionalismos y ciudadanía ha resultado en la jerarquización sistemática de ciertos grupos de

personas nacional y transnacionalmente. Tuvimos en cuenta el modo en que, tanto las investigaciones dominantes en el campo de salud y migración, como las políticas, leyes e instituciones relacionadas con cuestiones sanitarias y migratorias reflejaban esos escalafones al crear capas de marginalización social, incluso entre poblaciones migrantes como refugiados, solicitantes de asilo, desplazados internos, apátridas, inmigrantes irregulares, migrantes económicos y voluntarios. Por un lado, observamos que ciertos migrantes forzados eran legitimados por el derecho internacional, provistos de protecciones legales y servicios específicos (por escasos que fueran), y estudiados cuidadosamente para ofrecerles cuidados de salud mentales y físicos adecuados para ayudarles a recuperarse del trauma causado por situaciones de extrema violencia. Por otro lado, otro tipo de migrantes, sobre todo los que se encontraban en situación irregular, fueron marginados como indignos o incluso condenados al ostracismo como posibles agentes de enfermedades infecciosas. En consecuencia, nuestro estudio incorporó a ecuatorianos que habían migrado de forma regular e irregular, mantenido o conseguido un estatus regular en el extranjero o no, y que podrían haber sido considerados refugiados económicos (aunque no exista tal categoría oficial, y por lo tanto fueran simplemente tratados como inmigrantes autorizados o no autorizados en sus países de destino y recibieran los servicios correspondientes) para conocer sus experiencias de forma comparativa. Además, incluyó a migrantes retornados y a familiares de migrantes no-migrantes, dos grupos que han sido desatendidos tanto en la literatura como en la formulación de políticas. Al analizar críticamente estas incoherencias, nuestra investigación contribuyó a dismantelar discursos y prácticas hegemónicos perjudiciales y, junto acciones comunitarias, fomentó los esfuerzos por promover la igualdad sanitaria y la salud colectiva (Breilh, 2013).

Este enfoque teórico interdisciplinario y crítico de la salud de los migrantes reconoció cómo diversos sistemas estructurales de opresión entrelazados moldearon el alcance de la agencia

individual y colectiva, e identificó el arraigamiento de dichos esquemas divisorios en los pensamientos, prácticas, interacciones y creaciones materiales y simbólicas de las personas. Además, hizo hincapié en la importancia del pensamiento crítico, los movimientos y el cambio sociales: el reconocimiento de las complejidades de la opresión estructural desenlazaba un mayor potencial para desafiar esos sistemas mediante conscientes esfuerzos individuales y colectivos. En otras palabras, esta perspectiva convertía la crítica en acción, ya que creía que, a pesar de las dificultades, esos sistemas y prácticas excluyentes omnipresentes podían desmontarse. Se aplicó entonces una metodología de investigación activista para desarrollar el proyecto. La investigación activista es una práctica “con un objetivo muy específico: la creación de cambio social” en colaboración con la población implicada en el estudio (Esterberg, 2002, p. 136). Los investigadores activistas se guían por principios fundamentales, su objetivo:

[...] producir un análisis que conserve la integridad de los procesos políticos, los acontecimientos específicos, los diversos actores y el contexto social, revelando al mismo tiempo los procesos más amplios en marcha que pueden no haber sido visibles para los participantes individuales o incluso para el investigador en el momento en que estaban comprometidos en la lucha o cuando llevaron a cabo la investigación. (Naples, 2003, p. 31)

Los cuatro principios fundamentales son (1) estar alerta y receptivo a las relaciones de poder que se generan a lo largo del proceso de investigación; (2) engendrar y mantener una relación “abierta y democrática” entre investigadores y participantes (Esterberg, 2002, p. 136); (3) crear una forma colaborativa en la que el conocimiento sea producido por los investigadores en diálogo con los tradicionalmente llamados “sujetos de la investigación”, que de hecho son “participantes informados y empoderados” (Hale, 2008, p. 4) con y sobre los que se está desarrollando la investigación, y (4) estar atentos a las implicaciones y aplicaciones políticas del proyecto

de investigación con el objetivo de generar un cambio social que desmantele cualquier circunstancia opresiva que esté afectando al grupo de personas involucradas en el estudio (Villalón, 2014, 2019a).

En consecuencia, el marco teórico y los instrumentos metodológicos de este estudio se diseñaron juntamente con los profesionales de la salud y los defensores de los migrantes implicados en el proyecto; todos ellos comprometidos con la mejora del bienestar de los migrantes, el avance del respeto universal del derecho humano a la salud y la promoción de la salud colectiva. Los cuestionarios de las encuestas y las entrevistas se elaboraron con un grupo interdisciplinar que incluía médicos de familia, psicólogos, médicos expertos en medicina migratoria, antropólogos y sociólogos. Además, el proceso de reclutamiento de los participantes se llevó a cabo para garantizar que se tuvieran en cuenta sus aportaciones para adaptar el proyecto a sus necesidades. Todos los datos recogidos se pusieron a disposición de los participantes, y sus comentarios también se incluyeron como parte del análisis. Los relatos de los migrantes y sus familiares sobre sus vivencias de migración y salud, así como las opiniones de los proveedores de servicios sanitarios, constituyeron el núcleo del estudio y se incluyeron sustancialmente en el texto para que los lectores pudieran apreciarlos directamente (Menon y Bhasin, 1998; Garfield, 2005; Chabram-Dernersesian y De la Torre, 2008). Además, los programas de acción (incluidos los talleres comunitarios y las capacitaciones) se diseñaron con varios participantes en la investigación y se desarrollaron tras el análisis de los datos preliminares, incluida la retroalimentación de los grupos focales de migrantes con el objetivo de garantizar que los conocimientos compartidos fueran precisos y útiles para los migrantes, los defensores y los proveedores (Dubet, 2012). Por último, la difusión de los resultados de la investigación se hizo de múltiples maneras e idiomas para llegar a diversas audiencias: desde presentaciones de radio y televisión en medios locales ecuatorianos, hasta carteles, materiales gráficos

y visuales informativos coproducidos para que fueran amplia y libremente accesibles a través de un sitio de internet dedicado al proyecto,³ informes y presentaciones en coautoría en entornos académicos y profesionales a nivel internacional, un artículo de revista académica en español (Villalón, 2019b), una contribución a un volumen editado en inglés (Villalón y Kraft, 2022a) y este libro en inglés (Villalón, 2022b) y, ahora, en español y de acceso abierto. La aplicación de la metodología de investigación activista tuvo el poder de interrumpir los discursos y las prácticas hegemónicas (Connell, 2007; Jaggar, 2008; Zuberi y Bonilla-Silva, 2008) que re-victimizaban a las poblaciones migrantes, y apoyó los esfuerzos colectivos para promover la salud y la justicia social.

En conjunto, el marco teórico y metodológico de este proyecto creó una lente única para centrarse en poblaciones típicamente pasadas por alto (y, por lo tanto, marginalizadas), así como para descubrir procesos de salud y mecanismos de afrontamiento migrantes desde abajo, identificando su vínculo con estructuras y prácticas más amplias de desigualdad y, por lo tanto, las posibilidades de desestabilizar fronteras sociales y políticas a nivel transnacional. Entre los años 2015 y 2019, el proyecto se desarrolló principalmente en las ciudades de Loja y Santo Domingo (dos localidades internas con un alto número de migrantes hasta entonces poco estudiadas), así como en Guayaquil en Ecuador, Nueva York y Nueva Jersey en Estados Unidos y Barcelona en España (tres destinos principales de migrantes ecuatorianos).⁴ Mediante técnicas de muestreo no probabilísticas (de conveniencia) e intencionales (teóricas y de bola de nieve), se recopilieron datos cuantitativos y cualitativos sobre ecuatorianos que habían migrado hacia el Norte

³ Recibimos un Premio a la Acción Social de Sociologists for Women in Society [SWS] para la creación de materiales visuales para el sitio de internet en 2018. Visite el sitio: www.saludymigracion.com.

⁴ Me otorgaron una beca Fulbright Foreign Scholarship Grant (Council for International Exchange of Scholars) para desarrollar este proyecto de 2016 a 2017 en Ecuador, y una beca Catholic Relief Services [CRS] Global Grant para desarrollar trabajo de campo en España de 2017 a 2018.

Global (otros destinos, además de los recién mencionados, fueron Italia, Francia y Alemania) y el Sur Global (a países latinoamericanos vecinos como Colombia y Perú), y también sobre aquellos que habían regresado a Ecuador. Asimismo, estudiamos las experiencias de parientes de migrantes que habían permanecido en su lugar de origen y que en algunos casos luego de plazos de tiempo significativos se habían reunificado con sus familias ya sea en el exterior o en el mismo Ecuador. Al mismo tiempo, se recopilaron datos sobre otros migrantes latinoamericanos y sus familias para contextualizar e inferir si los resultados del estudio eran exclusivos del caso ecuatoriano o se hallaban comúnmente en casos de otros países con procesos migratorios similares.

En total, se realizaron trescientas cincuenta y una encuestas (doscientas veintidós completadas por ecuatorianos y las ciento veintinueve restantes por otros migrantes latinoamericanos); cuarenta entrevistas semiestructuradas individuales y siete grupales con migrantes ecuatorianos y familiares de migrantes, incluidos migrantes retornados, y con organizadores comunitarios de migrantes. Los participantes en las encuestas y entrevistas debían haber migrado o tener un pariente cercano que hubiera migrado, y debían ser mayores de dieciocho años. Su género / sexualidad, estatus socioeconómico, origen etnoracial o situación migratoria no estaban predeterminados, lo que nos permitió explorar la influencia de todos estos factores en sus procesos de salud y migración. Del mismo modo, no se restringió la duración de la estancia con el objetivo de discernir cómo afectaban a sus experiencias los años que pasaban en el extranjero. Hubo dos versiones de la encuesta, una para migrantes y otra para familiares no-migrantes, y ambas estaban disponibles en español. Las encuestas se administraron en persona en Ecuador y Estados Unidos en lugares como centros de salud, hospitales, organizaciones de servicios para migrantes y universidades; y también se distribuyeron en línea en España y Estados Unidos.

Las encuestas comenzaban con una sección de consentimiento informado y se pedía a los encuestados que solo pusieran sus iniciales en los formularios, para preservar la confidencialidad. La primera serie de preguntas tenía por objeto recabar información demográfica general. A continuación, las encuestas recopilaban datos sobre migración, incluidos el origen, el destino, la duración de la estancia, los motivos para emigrar y las dificultades previas y posteriores a la migración. Luego, el enfoque era en aspectos de salud como salubridad antes y después de migrar, incluyendo el regreso, tanto de los migrantes como de los familiares no-migrantes, los síntomas de estrés migratorio y la asistencia sanitaria. Las encuestas también contenían preguntas sobre el conocimiento que tenían las personas sobre los derechos de los migrantes, los derechos de salud, y la relación entre migración y salud, así como las ventajas y desventajas de la migración. Había preguntas de opción múltiple y también abiertas breves.

Los datos cuantitativos y cualitativos de estas encuestas se complementaron con entrevistas personales y de grupo, las cuales se realizaron en español o en inglés según la preferencia de los entrevistados. Además de preguntas demográficas y generales sobre la migración, en las entrevistas personales se trataron los motivos de la migración del participante o de su familiar, y del retorno si era el caso; los pensamientos, recuerdos y sentimientos sobre la experiencia migratoria y cómo pudo afectar a las relaciones familiares y a la salud de los migrantes y de los familiares no-migrantes; las experiencias con la prestación de asistencia sanitaria si hubiera ocurrido; y, por último, sus recomendaciones para otras personas que consideraban la posibilidad de migrar. Las entrevistas de grupo también empezaron con preguntas sobre el destino, la duración de la estancia y otros datos similares, para luego iniciar conversaciones similares a las entrevistas personales. Dada la diversidad de dinámicas de grupo, estas tomaron distintos derroteros, y en cada una seguimos a los participantes, quienes fueron recalando en distintos modos varias cuestiones como, por ejemplo, dificultades

económicas previas y posteriores a la migración, lazos familiares extenuados, la puesta en peligro del bienestar físico, mental y emocional de migrantes y familiares no-migrantes, o como equilibrar retrospectivamente los aspectos positivos y negativos de la migración.

Además, se reunieron datos mediante la observación participante, conversaciones informales y entrevistas no estructuradas en talleres comunitarios, capacitaciones profesionales y simposios sobre salud y migración. Se llevaron a cabo un total de once talleres comunitarios, cinco en Ecuador y seis en Estados Unidos. Los talleres de Ecuador, dirigidos por el equipo de investigación interdisciplinar, se realizaron en Loja y los alrededores de Cuenca. Se convocaba a migrantes y familiares a informarse sobre cómo la migración puede afectar la salud y el bienestar, y qué se puede hacer para prevenir y afrontar estos retos. Los talleres de Estados Unidos tuvieron lugar en Nueva York y Nueva Jersey, a veces dirigidos solo por mí, y otras veces codirigidos por Abraham Salazar, artista colaborador de este proyecto, quien se dedicaba a guiar actividades prácticas. Estos talleres tuvieron varias temáticas desde la más amplia, salud y migración, hasta más específicas como género, salud y migración; migración y violencia de género; estrés migratorio; y resiliencia migrante. Los participantes en los talleres incluyeron migrantes de toda América Latina y el Caribe, entre los que se encontraban también prestadores de servicios legales, económicos, sociales o culturales a migrantes y trabajadores de la salud. Estos últimos fueron los destinatarios específicos de tres capacitaciones profesionales y varias presentaciones académicas relativas al tema en Ecuador. Las capacitaciones implicaron el aprendizaje de la literatura sobre el salud y migración, que en aquel momento estaba principalmente disponible en inglés, por lo que su enseñanza en español era especialmente importante, así como la enseñanza de métodos de investigación específicos para desarrollar estudios pertinentes que ampliaran nuestro limitado conocimiento sobre el caso ecuatoriano, al tiempo que se

reflexionaba sobre cómo desarrollar mejores prácticas para asistir a las personas afectadas por los procesos migratorios. Los objetivos de las capacitaciones se establecieron en conjunto con el equipo de médicos del Instituto de Salud y Migración, quienes habían reconocido la necesidad de sensibilizar y brindar educación formal sobre este tema. Las capacitaciones se complementaron con dos congresos sobre salud y migración, organizados por los doctores Colasanti, Montalvo, Astudillo y Gavilanes, y cuatro seminarios de menor escala en Loja.

Por motivos de confidencialidad y seguridad, se utilizaron seudónimos, y las fechas y lugares de las entrevistas se indicaron a grandes rasgos como año y ciudad. Desde el punto de vista ético, tres principios fundamentales guiaron esta investigación: seguir los debidos métodos y procedimientos científicos, respetar los derechos de los participantes en la investigación y ser investigadores transparentes y honestos en todas las fases del estudio.⁵ Específicamente, el código ético sociológico se vio reforzado por la ética de investigación feminista y activista, que aportó una consideración adicional a las cuestiones de las relaciones de poder entre investigadores y participantes, así como a los riesgos estructurales de las poblaciones vulnerables (Naples, 2003; Jaggar, 2008). En consonancia con estas nociones, además de ser especialmente cuidadosa con la privacidad y la seguridad de los participantes, personalmente fui consciente de cómo mi posición como académica extranjera relativamente joven, mujer, invitada y financiada, originaria de Argentina, pero que procedía de una institución de Estados Unidos, influyó en mis tratos con colegas y participantes en Ecuador y España. En Estados Unidos, estuve alerta a cómo el ser una migrante latinoamericana, pero también una profesora establecida, permeó las relaciones interpersonales con respecto a participantes del proyecto allí. Por ende, las notas de campo abarcaron reflexiones

⁵ Este proyecto de investigación fue aprobado por la Junta de Revisión Institucional [IRB] de St. John's University (Protocolo nro. 0915-058) el 5 de octubre de 2015.

sobre la intersección de estas dinámicas políticas, económicas y socioculturales, y mi análisis reconocía cómo estas cuestiones formaban parte integrante del estudio aquí presentado (Sjoberg y Nett, 1997). Por último, pero no por ello menos importante, la ética practicada fue la razón principal de que esta investigación resultara en la conceptualización orgánica de procesos de salud y mecanismos de afrontamiento migrantes desde abajo, es decir, desde los saberes que los propios migrantes y familiares no-migrantes compartieron participativamente y a partir de conversaciones y reflexiones colectivas incluyendo a proveedores de asistencia sanitaria y migratoria en espacios seguros y constructivos.

En consonancia con esta perspectiva ética y basándose en el objetivo de estudiar tanto los flujos migratorios de salida como los de retorno, así como a los familiares de los migrantes que permanecieron en su lugar de origen, se seleccionó intencionalmente el término *migrante* en vez de inmigrante y emigrante para de ese modo abarcar la emigración, la inmigración, la migración de retorno y la pertenencia a una familia con miembros migrantes. También, se entendió a la migración como un *proceso* que modifica las experiencias (pero no define la esencia o la identidad) de personas, familias, grupos y comunidades de maneras diversas, complejas y paradójicas, transitando entre “formas incompletas de ausencia y presencia que, eventualmente, tarde o temprano, se volverán completas” (Sayad, 2007, p. 125). Así pues, la primera contribución conceptual de este proyecto fue definir a los emigrantes, inmigrantes y migrantes de retorno como *migrantes activos*, y a los familiares de los migrantes activos que se quedaron en su país de origen como *migrantes pasivos*. Relatos de migrantes activos y pasivos fueron incorporados a lo largo del libro para analizar cómo los procesos de salud y mecanismos de afrontamiento migrantes fueron vivenciados y utilizados por ellos.

El siguiente conjunto de contribuciones conceptuales que surgieron de nuestro proyecto fue la redefinición y definición de una serie de procesos de salud y mecanismos de afrontamiento

psico-socioculturales que influyen el bienestar de migrantes activos y pasivos. Aunque estos conceptos se explican detalladamente en los capítulos siguientes, aquí se ofrece un glosario expuesto en dos tablas, una para los procesos (Tabla 1.1) y otra para los mecanismos (Tabla 1.2), para orientar a los lectores. Tres de los siete procesos de salud migrante (*duelo reflexivo*, *estrés migratorio* e *impacto del retorno*) fueron conceptualizados a partir de las conocidas definiciones de duelo migratorio y síndrome de Ulises elaboradas por Achotegui (2004, 2009). Para el concepto de *resiliencia migrante desapercibida* se aplicaron y adaptaron los conocimientos generales sobre resiliencia (Southwick et al., 2014; Bourbeau, 2015) a la migración. Las otras tres definiciones (*trauma migrante activo*, *trauma migrante pasivo* y *disparadores de crisis migrantes*) resultaron directamente de nuestro estudio. En el caso del estrés migratorio, se recopilaron datos cuantitativos sobre los síntomas tanto en migrantes activos como pasivos, lo que proporcionó un complemento estadístico a los relatos recogidos mediante entrevistas personales y de grupo en profundidad, y talleres comunitarios.

Tabla 1.1. Glosario de procesos de salud migrante

Procesos	Definición
Duelo reflexivo	Proceso que atraviesan los migrantes activos y pasivos tras abandonar su país de origen y que incluye el duelo por lo que se perdió o se dejó atrás y las dificultades que pueden haber surgido durante el tránsito y la llegada, así como la reevaluación de las razones que llevaron a la migración y las oportunidades que una nueva etapa en sus vidas pueda brindar.
Trauma migrante activo	La lesión que el proceso migratorio generó en el migrante activo.
Trauma migrante pasivo	La lesión que el proceso migratorio generó en el migrante pasivo.
Estrés migratorio	El estrés que experimentan migrantes activos y pasivos debido a las dificultades inherentes a los procesos migratorios, incluidos las situaciones previas a la migración y los viajes traumatizantes, los retos de la transculturación y la reorganización familiar, y la aceptación de nuevas condiciones de vida.

Disparadores de crisis migrantes	Acontecimientos vitales que generan una crisis en los migrantes activos o pasivos que les hace cuestionar sus condiciones de vida y sus planes de futuro.
Impacto del retorno	Estrés y trauma derivados de la readaptación familiar, sociocultural, política y económica que se produce cuando los migrantes activos regresan a su lugar de origen.
Resiliencia migrante desapercibida	El fortalecimiento inadvertido que logran los migrantes activos y pasivos al superar con éxito las dificultades o experiencias traumáticas relacionadas con los procesos migratorios.

Fuente: Elaboración propia.

Los diecisiete mecanismos de afrontamiento psico-socioculturales conceptualizados se agruparon en tres categorías: (1) elaboración de los efectos de la migración; (2) relaciones entre migrantes activos y pasivos; y (3) migración de retorno. En la Tabla 1.2 figuran las definiciones de todos ellos. Solo uno de los mecanismos se refirió a un concepto ya existente en la literatura sobre salud y migración: el retorno estratégico, el cual contrarrestó la hipótesis del sesgo del salmón (Abraído-Lanza et al., 1999; Turra y Elo, 2008). Todos los demás mecanismos conceptualizados surgieron del estudio transnacional en profundidad y activista de las experiencias de los migrantes que se desarrolló para este proyecto. En general, los conceptos elaborados para describir los procesos de salud y mecanismos de afrontamiento migrantes proporcionaron una mirada texturizada de migrantes activos y pasivos, respetando su complejidad como seres humanos, reconociendo su inteligencia y sus emociones, y destacando su agencia, en línea con el enfoque feminista y los estudios críticos de raza, etnia y migración que subrayan el “protagonismo implícito en la decisión de emigrar” (Agustín, 2006, p. 73).

Tabla 1.2. Glosario de mecanismos de afrontamiento migrantes

Mecanismo por categoría	Definición
Elaboración de los efectos de la migración	
Ajuste a la desilusión	Proceso de adaptación a la realidad de vivir como migrante activo, que con frecuencia no coincide con las expectativas y proyecciones previas a la partida.
Nostalgia paralizante	Sentimientos abrumadores de añoranza y pena por haber dejado atrás a sus parientes o comunidades, que impiden a los migrantes activos aclimatarse a su nueva vida en el lugar de destino y seguir adelante.
Nostalgia motivante	Sentimientos de añoranza de parientes o comunidades de origen que animan a los migrantes activos a realizar todos los esfuerzos posibles para tener éxito en la consecución de sus objetivos migratorios con la meta final de regresar.
Negación de salud migrante	Cambios en la salud relacionados con la migración activa y pasiva desestimados, que dan lugar a la falta o retraso de tratamientos de salud correspondientes.
Normalización del malestar	Entendimiento por parte de los migrantes activos y pasivos de sus problemas de salud como algo intrínseco a su condición migratoria, resultando en la minimización y, por tanto, el mal tratamiento de estos.
Encapsulación del dolor	La contención de los tremendos sentimientos provocados por los procesos migratorios a los que se someten los migrantes activos y pasivos para seguir adelante con sus vidas.
Ideal de bienestar	La creencia de que con el pasar del tiempo se alcanzará un estado de bienestar integral, que ayuda a los migrantes activos y pasivos a perseverar a pesar de todas las dificultades relacionadas con el proceso migratorio.
Metas transgeneracionales	Propósitos de vida de los migrantes, fijados multigeneracionalmente, con una visión histórica, de futuro y colectiva que supera los intereses individualistas y las ocurrencias del día a día.
Relaciones entre migrantes activos y pasivos	
De/reconstrucción familiar	La desarticulación y las alteraciones de las unidades familiares de los migrantes con la partida o el regreso de sus miembros en función de las nuevas dinámicas generadas por el proceso migratorio.
Distorsión de la comunicación	Diálogos ambiguos y engañosos entre migrantes activos y pasivos para evitar preocupaciones y disminuir sentimientos de culpa.

Subordinación al ocultamiento y el engaño	Aceptación sistemática por parte de los migrantes activos y pasivos de información parcial y oculta, y del engaño como aspecto inevitable de vivir como familia migrante.
Pactos tácitos	Acuerdos implícitos entre migrantes activos y pasivos que deben respetarse para que la familia siga funcionando.
Resentimiento y desapego	Amargura e indiferencia que sienten los parientes que no participaron en el proceso de toma de decisiones de la familia con respecto a la migración o que no estaban de acuerdo con la idea de la migración o la separación familiar debida a la migración.
Comprensión sensata	Comprensión de un comportamiento que, de otro modo, sería reprochable, basada en una evaluación realista de los retos y complejidades de vivir como una familia migrante.
<i>Migración de retorno</i>	
Retorno estratégico	Migración de retorno resultante de un proceso de toma de decisiones reflexivo e instrumental basado en los objetivos transgeneracionales, el ideal de bienestar y las circunstancias actuales en el lugar de destino y de origen.
Reajuste al asentamiento	Superar el impacto que la migración de retorno causó en los migrantes activos y pasivos al lograr estar en paz con los esfuerzos y las consecuencias del proceso migratorio, incluidos sus efectos en la familia, y la realidad actual en el lugar de origen.
Rebote del retorno involuntario	Superar las consecuencias negativas de un retorno forzado al país de origen del migrante.

Fuente: Elaboración propia.

Otro concepto desplegado en el libro que cabe destacar es el de *política fronteriza transformadora*.⁶ Para definirlo, en primer lugar, hay que distinguir entre política fronteriza formal e informal: la primera se refiere a los mecanismos formales que establecen las fronteras geográficas, políticas y sociales desde arriba hacia abajo, y la segunda a los procesos y prácticas informales que las sostienen,

⁶ Quisiera agradecer a Josephine Beoku-Betts por invitarme a participar en el panel presidencial de Sociologists for Women in Society sobre migración y política de fronteras en la reunión de invierno de la organización en enero de 2020, para la cual elaboré este concepto para mi presentación “Traversing and Transcending (Border) Politics: Latin Americans’ Quest for Well-being” (Atravesando y trascendiendo políticas fronterizas: Búsqueda de bienestar latinoamericana) y tuve la gran oportunidad de debatir la idea con varias colegas, entre ellas Erika Marquez.

reproducen y desafían desde abajo hacia arriba. Teniendo en cuenta este contraste, esta investigación mostró cómo los migrantes activos y pasivos interactuaban con las políticas fronterizas formales, incluidos los límites geográficos entre países, las políticas nacionales e internacionales relativas a la migración, la residencia y la ciudadanía, y las estructuras y prácticas sociales de desigualdad etnorracial, de género / sexuales, de clase y de otro tipo imbricadas en los lugares de origen, tránsito y destino. Los migrantes activos y pasivos aprendieron a navegar las políticas fronterizas formales y fueron capaces de mantenerlas, recrearlas, impugnarlas y modificarlas. Al hacerlo, crearon sus propias políticas fronterizas informales. Cuando estas políticas fronterizas informales desafiaron y dismantelaron las políticas fronterizas formales, surgió una política fronteriza transformadora. De este modo, los migrantes activos y pasivos fueron capaces de atravesar, reelaborar y trascender las fronteras geográficas, políticas, económicas, sociales y culturales que los habían marginado. La política fronteriza transformadora fue transnacional por naturaleza y tuvo un potencial radical para disminuir la desigualdad y generar cambio social.

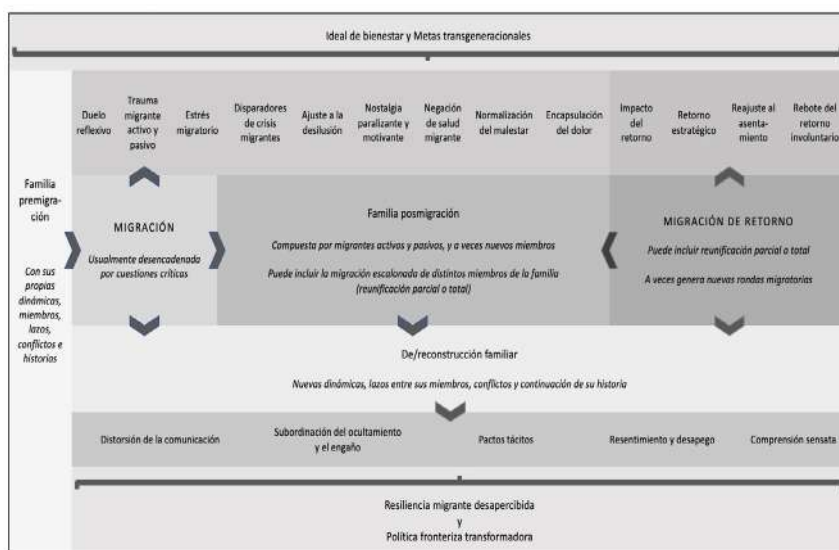
El concepto de política fronteriza transformadora se fundamenta en las teorías de la interseccionalidad que señalan la ubicación de las personas dentro de las matrices sociales y su acción a través de ellas y más allá de ellas, arraigadas en políticas, reflejando ideologías hegemónicas y configurando relaciones de poder. La migración permitió el atravesamiento de matrices sociales ubicadas en diferentes sociedades, y estos traslados pusieron de manifiesto la variabilidad de la ubicación individual y familiar en estas matrices sociales. Los procesos migratorios también representaron oportunidades para que la gente cambie la percepción sobre su posición, idee estrategias para moverse a través de ellas y transforme las propias matrices. Cuatro ejemplos de esta investigación ilustran el potencial de las políticas fronterizas transformadoras. En primer lugar, las migraciones se produjeron a causa y a pesar de las políticas migratorias (las fronteras geográficas se

cruzaron de forma regular e irregular, y las políticas de residencia y ciudadanía se respetaron, desatendieron y alteraron). En segundo lugar, las experiencias migratorias cuestionaron dinámicas de género / sexuales que se daban por sentadas y que priorizaban a los hombres, la masculinidad y la heterosexualidad (migrantes activos y pasivos cuestionaron dinámicas heteropatriarcales a causa de la migración). En tercer lugar, demostraron el grado de igualdad de las distintas culturas etnoraciales (migrantes activos y pasivos tomaron conciencia del nivel de discriminación de migrantes y personas de color en el Norte Global y, al mismo tiempo, reevaluaron la política etnoracial de su propio país). En cuarto lugar, permitieron la movilidad social transnacional (migrantes activos y pasivos soportaron penurias en su país y en el extranjero, pero consiguieron dejar atrás la pobreza o el empobrecimiento y garantizar niveles educativos más altos para las generaciones más jóvenes). En conjunto, las políticas fronterizas transformadoras pusieron de manifiesto el poder de los migrantes para atravesar y cambiar los sistemas sociales de desigualdad a escala transnacional.

En la Figura 1.1 se presenta un mapa conceptual integral que muestra los vínculos entre los diversos procesos de salud y los mecanismos de afrontamiento migrantes, y la consiguiente política fronteriza transformadora desencadenada por los ellos. Comenzando de izquierda a derecha con la familia antes de la migración, seguida de la migración inicial y el surgimiento de la familia después de la migración, con sus posibles migraciones consecuentes, incluido el regreso al país de origen y la reunificación parcial o total de la familia. En la parte superior de la figura se sitúa el par de mecanismos de afrontamiento que sostienen los miembros de la familia antes, durante y después de la migración: ideal de bienestar y metas transgeneracionales. Luego se enumera el grupo de procesos de salud y mecanismos de afrontamiento que migrantes activos y pasivos pueden padecer y emplear como resultado de la migración. En la parte derecha de la figura, se presentan los procesos y mecanismos desencadenados por la migración de retorno.

Centrándose en las relaciones familiares de los migrantes activos y pasivos tras la migración, se indica el mecanismo central de de/reconstrucción familiar con sus cinco mecanismos complementarios. Por último, en la parte inferior de la figura se incluyen las dos consecuencias globales de los procesos migratorios: el proceso de salud de resiliencia migrante desapercibida y la práctica de políticas fronterizas transformadoras.

Figura 1.1. Mapa conceptual



Fuente: Elaboración propia.

En los capítulos siguientes se profundiza en cada uno de estos conceptos hilvanando datos empíricos procedentes de encuestas, entrevistas y talleres. El capítulo “Procesos de salud migrantes” se centra en los siete procesos de salud relacionados con la migración. El capítulo “Afrontamiento de los desafíos migratorios” examina los mecanismos psico-socioculturales empleados por los migrantes activos y pasivos para hacer frente a los efectos de la

migración de salida y de retorno. El capítulo “Relaciones familiares posmigración” se enfoca en la de/reconstrucción familiar y los mecanismos complementarios utilizados para lidiar con los cambios que la migración provoca en las relaciones entre migrantes activos y pasivos. El capítulo “Política fronteriza transformadora” explora la política fronteriza transformadora y su manifestación en los ámbitos geopolítico, género / sexual, etnorracial y socioeconómico. Por último, la conclusión destaca los principales aportes del estudio a la bibliografía sobre salud y migración y despliega una serie de recomendaciones teóricas y prácticas para mejorar el bienestar de los migrantes y fomentar la salud colectiva. Además, a lo largo del libro, la explicación de los conceptos va acompañada de ilustraciones que se crearon exclusivamente para este estudio con el objetivo de facilitar la difusión de estos conocimientos y mejorar su accesibilidad más allá de los círculos académicos. Estas imágenes, que primero se utilizaron en talleres comunitarios para recabar la opinión de los migrantes y luego se perfeccionaron para incluirlas en el sitio de internet abierto del proyecto (véase Figura 1.2), fueron diseñadas por Abraham Salazar, un migrante activo cubano en Estados Unidos, que se comprometió con esta tarea:

Cuando conocí esta investigación, vi reflejada mi historia y me ayudó personalmente, sobre todo porque me di cuenta de que lo que me había pasado no era una rareza. Luego, como artista quise colaborar en la difusión de información sobre cómo la migración afecta a la salud de nuestros familiares y a la nuestra también, para estar mejor preparados para afrontar todos los retos que se nos presentan, entender lo que nos ha podido pasar y sanar. Los dibujos son un medio para conectarnos con nuestras dificultades internas, que no siempre somos capaces de verbalizar. Son una expresión de nuestras frustraciones o vicisitudes como migrantes. Además, las ilustraciones ayudan a retratar las voces de los migrantes; voces que normalmente se silencian o se ocultan. Pueden funcionar como espejos en los que podemos vernos reflejados y, entonces, pueden ayudarnos a emprender un proceso de curación.

La colaboración de Abraham enriqueció la forma en que podíamos lograr que materiales académicos densos fueran visualmente convincentes y accesibles para un amplio abanico de personas, desde niños pequeños a ancianos, con menor o mayor nivel de educación formal, y con más o menos tiempo para dedicar a educarse sobre salud y migración. Su aporte también incluyó su participación en talleres en Nueva York y Nueva Jersey en los que dirigió actividades de dibujo y caricatura para que los migrantes expresaran sus experiencias y sentimientos en relación con los temas tratados. Estas oportunidades le permitieron “captar cómo otros migrantes estaban entendiendo el contenido presentado y tener mejores ideas sobre cómo representarlo visualmente de una manera más eficiente” (Abraham Salazar, comunicación personal, Nueva York, 2017).

Figura 1.2. Logotipo del sitio de internet



Pero, antes de seguir adelante, hay que destacar las características específicas de las personas que participaron en este proyecto de investigación. Para empezar, casi todos los migrantes activos habían abandonado Ecuador por motivos económicos. En general, la pobreza, el empobrecimiento y una clara falta de movilidad ascendente en el futuro fueron factores determinantes. La crisis financiera de 1999 hizo esa pobreza insoportable para muchos y empujó a un número importante de trabajadores y profesionales de clase media a ver en la migración internacional su única vía para no perder (aún más) su estatus socioeconómico. En muy pocos casos, los migrantes activos se habían marchado simplemente porque querían tener la experiencia de vivir en otros países y aprender de otras culturas. Además, una abrumadora mayoría emigró sola, dejando atrás a importantes miembros de su familia. En algunos casos, parte o la totalidad de la familia se reunió después de varios años, ya fuera en el extranjero o de vuelta en Ecuador. Todos los migrantes activos tenían en mente objetivos familiares transgeneracionales: su emigración estaba orientada a encontrar mejores condiciones de vida para todo el grupo, con la clara intención de lograr una movilidad socioeconómica ascendente marcada principalmente por la mejora de su situación en materia de vivienda (asegurándose la propiedad de sus propias casas, así como mejorando la vivienda de sus padres y proporcionando viviendas a sus hijos, al tiempo que se aseguraban de que estas casas satisficieran como mínimo las necesidades y servicios básicos), así como procurando que las generaciones más jóvenes completaran su educación hasta el nivel universitario. Los migrantes pasivos eran conscientes del esfuerzo familiar que suponían las decisiones migratorias y, aunque respetuosos y comprensivos, lamentaban la marcha de sus familiares. De hecho, migrantes activos y pasivos evaluaron la migración como un proceso extremadamente agotador en el que la consecución de importantes beneficios y objetivos deseados no compensaba los costos emocionales sufridos por todos los implicados. El 84 % de todos los migrantes activos ecuatorianos y el

76 % de los migrantes pasivos afirmaron ser conscientes de que la migración podía afectar a la salud física y mental tanto de los migrantes como de los familiares que no migraban. Además, un gran número de migrantes activos y pasivos eran especialmente sensibles a los estragos que la migración había causado en su salud física y bienestar psicológico, dado que más del 99 % de los migrantes activos y el 96 % de los migrantes pasivos declararon tener una salud excelente o buena antes de su migración o la de sus familiares, y el 60 % de los migrantes activos y el 22 % de los migrantes pasivos declararon experimentar alteraciones de la salud después de la migración.

Estados Unidos y España fueron los dos principales destinos, pero España se había vuelto especialmente atractiva tras la crisis porque, mientras Estados Unidos se volvía cada vez más restrictivo, España mantenía su política de acogida (Jokisch y Pribilsky, 2002; Bertoli et al., 2010). Desde 1963, un acuerdo bilateral entre España y Ecuador había facilitado la movilidad al permitir que los ecuatorianos viajaran a España sin visado. Podían permanecer allí durante un máximo de noventa días, con la opción de renovar el visado, solicitar la residencia y, finalmente, obtener la doble nacionalidad. Esto requería que los ecuatorianos reunieran una importante suma de dinero (aproximadamente dos mil quinientos dólares), tanto para cubrir sus vuelos como para acreditar un apoyo económico suficiente, pero, en comparación, no resultaba tan caro ni desalentador como viajar irregularmente a Estados Unidos. España era también un destino más amigable que Estados Unidos por afinidad lingüística y cultural, así como por las políticas inclusivas de sanidad pública, educación y bienestar social españolas hacia los migrantes. Aun así, muchos siguieron viajando a Estados Unidos, debido a su fuerza económica y política y a su magnetismo como potencia mundial, y también a una larga historia de emigración ecuatoriana que había dado lugar a una sólida red de parientes y compatriotas con conexiones laborales. Las experiencias de los participantes en estos dos destinos (el número

de migrantes activos y pasivos que habían migrado o tenían familiares en España duplicaba al de Estados Unidos) permitieron inferir cómo los contextos más o menos inclusivos y prósperos influían el bienestar de los migrantes activos y pasivos, el desenlace de procesos de salud y el uso de mecanismos de afrontamiento psico-socioculturales.

En cuanto a la composición final de los migrantes ecuatorianos activos y pasivos que participaron en la investigación, alrededor del 95 % se autoidentificó como mestizo (persona de ascendencia etnorracial mixta); hubo un reparto equitativo de participantes masculinos y femeninos; alrededor del 90 % de los migrantes pasivos tenía entre dieciocho y treinta y dos años, mientras que solo el 50 % de los migrantes activos se situaba en ese grupo de edad y el resto tenía entre treinta y cuarenta años. Aproximadamente tres cuartas partes de los migrantes activos habían completado una educación terciaria o técnica, mientras que el 54 % de los migrantes pasivos había completado la escuela secundaria, y el 40 % estaba progresando hacia un título de educación superior o ya lo habían completado. En cuanto a su solvencia económica, la mitad de los migrantes activos y el 41 % de los migrantes pasivos informaron que sus ingresos mensuales eran suficientes para cubrir los gastos de manutención; el 27 % de los migrantes activos y el 16 % de los migrantes pasivos informaron que podían ahorrar dinero; el 6 % de los migrantes activos podían enviar dinero a su país; y el 23 % de los migrantes activos y el 44 % de los migrantes pasivos no podían costearse la vida. En cuanto al origen de otros participantes latinoamericanos, nuestro estudio incluyó un número importante de migrantes activos de Colombia, Argentina, México y Perú que también habían migrado a España y Estados Unidos. Por último, entre los migrantes proveedores de servicios y de salud que participaron en esta investigación había adultos de diferentes edades y años de experiencia, eran originarios de Ecuador y otros países latinoamericanos, así como de Estados Unidos, Italia y España, y tenían diversas identidades etnorraciales y de género / sexuales,

así como distintos estatus socioeconómicos. Todos, sin embargo, estaban verdaderamente dedicados a sus profesiones y ocupaciones y expresaron un interés genuino en aprender más sobre salud y migración con el fin de mejorar sus servicios para promover el bienestar de los migrantes.

Dada la naturaleza y el muestreo del estudio, no se puede afirmar que sus resultados fueran generalizables o representativos de todos los ecuatorianos, migrantes activos y pasivos latinoamericanos o de los servicios y proveedores de salud para migrantes. Sin embargo, la triangulación de varias metodologías permitió una visión analítica que, en el contexto de la literatura sobre este tema, contribuyó a una mejor comprensión de la migración, la salud y la desigualdad en general. La perspectiva teórica y metodológica adoptada también permitió explorar cuestiones teóricas más amplias que no se limitaron a lo puramente descriptivo o a corroborar o rechazar hipótesis preexistentes. Por lo contrario, partiendo de la premisa de que (1) la salud no solo está determinada biológica y genéticamente, sino también socialmente; (2) la migración es un determinante social de la salud; y (3) las experiencias de migrantes y familiares no-migrantes se sitúan dentro de matrices sociales interseccionales y transnacionales que afectan sus oportunidades y poder, esta investigación exploró cómo la agencia de los migrantes y sus parientes a la hora de afrontar los retos sanitarios relacionados con la migración en ocasiones reproducía, pero en otras desafiaba y desmantelaba, estructuras y prácticas sociales desiguales a escala transnacional. A través de estas experiencias de migración y salud, fronteras sociales y geográficas no solo se atravesaron, sino que, desde abajo, también se transformaron de forma radical.

Procesos de salud migrantes

Este capítulo se dedica a los siete procesos de salud desencadenados por la migración que fueron identificados y conceptualizados en nuestro estudio del caso ecuatoriano en el contexto de otros procesos migratorios latinoamericanos similares. El duelo reflexivo, el trauma migrante activo, el trauma migrante pasivo, el estrés migratorio, los disparadores de crisis migrantes, el impacto del retorno y la resiliencia migrante desapercibida se explican a través de recopilaciones de las historias de salud y migración que fueron compartidas por migrantes activos y pasivos en entrevistas individuales y grupales y talleres comunitarios, así como datos cuantitativos y cualitativos recogidos mediante encuestas.

Duelo reflexivo

Uno de los principales conceptos en la literatura sobre salud y migración es el de duelo migratorio, desarrollado por Achotegui (2000), que explica que los migrantes internacionales atraviesan un proceso de duelo debido a que dejan atrás a su familia, parientes y amigos, así como su lengua, cultura y tierra; modifican su estatus social, incluida su posición socioeconómica y etnorracial; y, por último, se enfrentan a riesgos a su integridad personal debido

a la precariedad de los viajes y a la posibilidad de ser deportados o discriminados y explotados como extranjeros. En muchos sentidos, el duelo migratorio es diferente del que se experimenta cuando fallece un ser querido, dado que lo que se deja atrás cuando se emigra no deja de existir. Entonces, el duelo migratorio es un proceso que es parcial y, por lo tanto, recurrente, porque prevalece la posibilidad de seguir en contacto directo o indirecto con la tierra de origen y las personas de allí. Desde el punto de vista psicológico, el duelo migratorio es un proceso regresivo, ya que está ligado a recuerdos muy tempranos del ser y de la formación de uno mismo en la infancia que son difíciles de elaborar y que pueden llevar a un retorno a comportamientos infantiles por sentirse dominado e inseguro (Achoategui, 2009). El duelo puede afectar la personalidad e identidad de los migrantes activos y pasivos, así como a las personas que los reciben en el extranjero. Además, el duelo migratorio es transgeneracional, dado que los hijos de los migrantes también están involucrados en la migración de sus padres y en su historia como familia migrante. Esto también ocurre si se produce migración de retorno, ya que el regreso se experimenta como un nuevo proceso migratorio e implica otra fase de duelo.

Basándose en las teorías psicológicas del estrés y el duelo, Achoategui (2009) sugiere que el proceso de elaboración del duelo migratorio implica cuatro etapas: negación, resistencia, aceptación y restitución. Por lo general, al principio los migrantes niegan que la migración les haya afectado; luego, empiezan a quejarse de lo difícil que resulta acostumbrarse a su nueva vida y sienten que tienen que volver a sus lugares de origen para sentirse mejor otra vez; después, llegan a un punto en el que creen que su nueva situación en el extranjero es adecuada, y, por último, se reconcilian con lo bueno y lo malo, tanto en sus tierras de origen como fuera, y se encuentran en paz donde sea que estén. Como resultado, los migrantes superan sus sentimientos ambivalentes hacia sus lugares de origen y de acogida y logran una valoración más equilibrada de su pasado, presente y futuro. Sin embargo, si los migrantes no

son capaces de superar este proceso de duelo, pueden desarrollar lo que Achotegui (2004, 2009) teorizó como el síndrome de Ulises, o trastorno de estrés crónico y múltiple que incluye alteraciones de salud más graves. Su análisis señala que los migrantes que desarrollan este trastorno suelen haber vivido situaciones extremadamente difíciles antes de partir, durante el viaje y a su llegada, las cuales les generan encontrarse en un “estado permanente de crisis” (Achotegui, 2009, p. 167).

El duelo migratorio y el síndrome de Ulises fueron un punto de referencia fundamental para este proyecto de investigación. Las preguntas de la encuesta incluían síntomas del segundo, y en las entrevistas individuales y de grupo y en los talleres comunitarios se analizó detenidamente cómo experimentaban el primero los migrantes activos y pasivos. Hasta cierto punto, los datos obtenidos reflejaron las tesis de Achotegui, pero también aportaron capas y complejidades adicionales a las formas en que los migrantes activos y pasivos experimentaron el duelo y el estrés tanto en situaciones de migración de salida como de retorno. A partir del análisis de estas experiencias, se reconceptualizó al proceso de duelo migratorio como duelo reflexivo, se distinguió el trauma que atravesaron los migrantes activos y pasivos (trauma migrante activo y trauma migrante pasivo), se definió el estrés migratorio, se identificaron los disparadores de crisis migrantes y se desarrollaron las nociones de impacto del retorno y resiliencia migrante desapercibida.

El duelo reflexivo es un proceso por el que pasan los migrantes activos y pasivos tras abandonar su país de origen. Incluye el duelo por lo que se perdió o se dejó atrás y las dificultades que pueden haber surgido durante el tránsito y a la llegada, así como la reevaluación de las razones que llevaron a la migración y las oportunidades que puede brindar una nueva etapa de la vida. El propósito de reconceptualizar el duelo migratorio de Achotegui es hacer hincapié en el proceso contemplativo que los migrantes activos y pasivos llevan a cabo en relación con las complejidades de

la premigración, el tránsito y la posmigración, y la fuerza que les da sostener una visión de futuro para superar los retos presentes. El duelo reflexivo amplía el foco de atención de la pesadez de la pérdida al potencial de crecimiento personal y familiar que conlleva la migración, así como al proceso constructivo de reevaluación de lo que se dejó atrás y por qué (que en muchas ocasiones puede incluir situaciones extremadamente negativas que pueden haber generado trauma o requerir duelo). La contemplación que implica el duelo reconoce las dificultades del proceso migratorio y, al mismo tiempo, enfatiza sus aspectos positivos. Así, el duelo reflexivo es un proceso de aprendizaje que equilibra pasado, presente y futuro, y ventajas y desventajas e incluye, pero también trasciende, las emociones (véase la Figura 2.1). Claudia, migrante activa en España, lo expresó claramente: “Siempre he explicado la migración como una muerte y un renacimiento, porque, en muchos sentidos, muchas cosas mueren, pero surgen cosas nuevas. El proceso fue muy duro, pero cuando lo superas, es satisfactorio, y uno se hace más fuerte” (Claudia, comunicación personal, Barcelona, 2018). Del mismo modo, Pedro, un migrante activo en los Estados Unidos compartió:

Al principio, uno pasa por un proceso de duelo. La soledad se siente mucho. Es un proceso personal de duelo por lo que se dejó atrás. Si uno se va lejos de donde siempre ha vivido, es como si algo se muriera por dentro. También nace algo nuevo. (Pedro, comunicación personal, Nueva York, 2017)

Asimismo, Gerardo, migrante retornado de varios países europeos a Ecuador, afirmó: “Dentro de lo bueno y lo malo que implicó migrar, también pudimos aprender y sacar algo bueno” (Gerardo, comunicación grupal nro. 1, Loja, 2017).

El duelo, y aprender de él, también puede ser valioso para otros. Como dijo Marcela, una migrante retornada de España a Ecuador:

Para mí ha sido muy difícil. Pero también hay cosas buenas. No todo es malo. También se aprende mucho. El sufrimiento te enseña a ser humilde y a compartir. Mientras algunas personas piensan que, porque sufrieron, otros deben sufrir también; yo pienso lo contrario: porque sufrí, puedo enseñarlo, compartir con otros lo que viví y aprendí para que no sufran. (Marcela, comunicación grupal nro. 5, Loja, 2017)

Paula tenía una actitud similar a la hora de compartir información sobre lo que supone migrar. Había ido a España durante dos años y regresado a Ecuador, y había migrado a Estados Unidos, muchos años después y regresado de nuevo. Reflexionó:

Me hubiera gustado saber cómo era allí de verdad antes de irme. Porque una cosa es lo que te cuentan y otra cosa es cuando llegas allí. Cuando me fui, era joven y tenía planes de terminar mis estudios universitarios en España. Pero no pude hacerlo porque era económicamente imposible. Mi prima me había contado una versión color de rosa de cómo era vivir allí por su ilusión de estar junto a mí, pero sé que, si hubiera sabido la verdad, habría estado más preparada, y no me habría afectado tanto. Fue muy duro, muy duro. Cuando volví, hablé con mi hermano de todo con realismo. No quería mentirle. [...] Fue muy duro para mí estar lejos, también cuando fui a Estados Unidos años después. [...] Pero al mismo tiempo, migrar fue muy útil. Me ayudó mucho porque volví a Ecuador con otra mentalidad. (Paula, comunicación personal, Loja, 2016)

Figura 2.1. Ilustración de duelo reflexivo



La deliberación sobre las dificultades experimentadas antes de tomar la decisión de migrar fue un aspecto significativo del proceso de duelo. Los participantes en la investigación se habían marchado en graves circunstancias socioeconómicas, acentuadas por la crisis financiera de Ecuador. Esto añadió un elemento agri dulce a su duelo: aunque echaban de menos a sus familiares, su tierra, su

cultura, su idioma, etcétera (si eran migrantes activos) o a la persona o personas que se habían marchado (si eran migrantes pasivos), no extrañaban las terribles condiciones o las circunstancias políticas y económicas que los habían obligado a tomar la decisión de migrar. En cambio, su situación previa a la partida había sido tan perjudicial para su bienestar (a veces hasta el punto de ser traumática) que era esencial curar esas heridas, y migrar era parte de la solución. Esta ambivalencia complicó el proceso de duelo e impulsó una perspectiva lógica y pragmática. Etelvina, migrante pasiva con su marido en Estados Unidos, explica:

Se fue hace doce años. La idea era que volviera al cabo de unos meses para mantener su situación regular, pero la economía aquí empeoró aún más, así que se quedó más tiempo del que le permitía el visado y, entonces, fue inútil volver. Un notario nos había estafado y lo perdimos casi todo. En cuanto llegó a Estados Unidos, empezó a trabajar. Fue muy duro. Pero sabía que económicamente no era razonable que volviera. Tuvo que soportar todo tipo de cosas, pero se quedó allí para poder ayudar a salvar a la familia. A pesar de las dificultades, siempre podía enviar remesas y poco a poco fuimos saliendo del agujero en el que habíamos caído. [...] Nuestras hijas pudieron estudiar. Así que, aunque a todos nos doliera en el alma, estaba claro que su estancia en el extranjero era lo mejor, aunque él odiara estar allí y nosotros temiéramos estar separados. [...] Estamos orgullosos del crecimiento de nuestras hijas y de haber podido sacarlas adelante a pesar de lo duro que nos golpeó la crisis y lo difícil que ha sido estar lejos todos estos años. (Etelvina y Clara, comunicación personal con madre e hija, Loja, 2016)

Otro ejemplo de duelo al considerar las dificultades de la migración fue articulado por Manuel, un migrante de retorno de Estados Unidos a Ecuador. Había viajado a través de Honduras y Guatemala hasta México, cruzando la frontera en un viaje guiado por una serie de coyotes (traficantes) que duró varias semanas. Sus experiencias en tránsito incluyeron hambre, exposición a temperaturas extremas de frío y calor, hacinamiento, claustrofobia, así

como ser testigo de violencia sexual, consumo excesivo de drogas y muerte. En sus propias palabras:

Yo *pude* hacerlo [su énfasis]. Crucé. Al principio, tenía mucho estrés. Ahora sé que era estrés. Tuve pesadillas en las que me perseguían, o simplemente empecé a recordar cuando me habían perseguido en la frontera. No podía dormir. No comía bien. Perdí peso, ¡parecía una calavera! Pero después del primer año, las cosas mejoraron. [...] Trabajé, estudié y pude salir adelante. [...] Lo que pasé cuando crucé me marcó. Me afectó. Sin duda. Pero fui capaz de perseverar. Acabé quedándome en Estados Unidos treinta años. Me fue bien. Me gustaría volver a migrar, esta vez a Europa, tal vez Holanda. (Manuel, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017)

Como demostraron estas experiencias, migrantes activos y pasivos atravesaron un proceso de duelo que fue, por un lado, doloroso y difícil y, por otro, liberador y constructivo. Con una perspectiva de futuro, los migrantes valoraron los aspectos positivos y negativos de su proceso migratorio, incluidos los motivos por los que decidieron marcharse y las dificultades del viaje y las condiciones laborales, equilibrando los beneficios restantes y las lecciones aprendidas. El duelo reflexivo permitió a los migrantes activos y pasivos seguir adelante y reafirmar un sentido de sí mismos mediado, pero no definido por su experiencia migratoria. Esta capacidad de reflexión los ayudó a gestionar el trauma generado por la migración.

Trauma migrante activo y pasivo

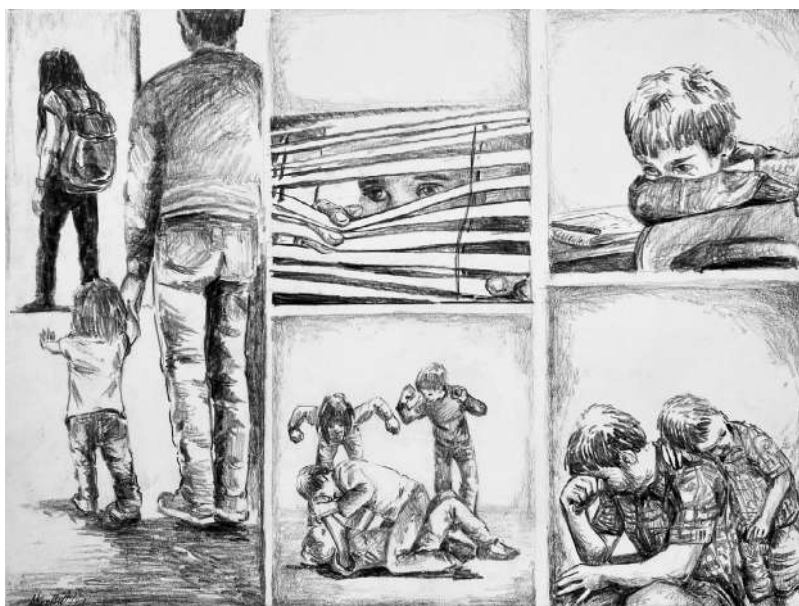
Al prestar atención a los contextos personales, sociopolíticos, económicos e históricos, este proyecto exploró cómo la migración podía poner en riesgo la salud de migrantes activos y pasivos y convertirse en una experiencia traumática. Para los migrantes activos, el trauma era consecuencia de las penurias vividas antes de la migración, durante el tránsito y después de la llegada. Cuanto más graves eran

las condiciones de vida y los incidentes, más se ponía en peligro el bienestar del migrante. Asimismo, el trauma se afrontaba con mayor o menor habilidad dependiendo de la fortaleza original del migrante; naturalmente, cuanto más débil era su estado psicológico y físico, más difícil resultaba procesarlo y superarlo. Así pues, factores exógenos y endógenos afectaban al modo en que los migrantes activos experimentaban el trauma (véase la Figura 2.2).

Figura 2.2. Ilustración de trauma migrante activo



El trauma de los migrantes pasivos contaba con factores similares: las condiciones críticas previas a la partida también afectaban a los migrantes pasivos, pero sobre todo era el impacto emocional generado por la separación familiar lo que más pesaba, especialmente si los migrantes activos eran parientes cercanos. Los hijos de los migrantes activos eran los más afectados, incluso si quedaban al cuidado de familiares afectuosos (incluidos su propia madre o padre) en su país. En el caso de las parejas, el cónyuge no-migrante sobrellevaba mejor el trauma de una separación de facto si (1) la decisión era consensuada; (2) había certeza sobre cuánto iba a durar la migración; (3) empezaban a llegar remesas, lo que aliviaba la situación financiera; (4) el proyecto migratorio familiar en su conjunto empezaba a funcionar, y (5) el miembro migrante de la pareja seguía en comunicación y fiel al miembro no-migrante de la pareja y la familia. Asimismo, los hijos de parejas separadas debido a la migración que eran conscientes del esfuerzo colectivo de la familia procesaban mejor el trauma si el plan era respetado por todos y tenía éxito. Los hijos, migrantes pasivos, que finalmente se reunieron con su/s progenitor/es migrante/s activo/s atravesaban un duelo reflexivo y trauma, en muchos casos debido a las dificultades de recrear una dinámica familiar cara a cara, especialmente cuando habían pasado varios años y se habían producido cambios familiares (por ejemplo, separación, nuevas relaciones y hermano/as). Por último, los padres de adultos activos migrantes hallaban la marcha de sus hijos traumatizante, especialmente cuando su comunicación cesaba, las visitas sucedían esporádicamente o no sucedían en absoluto y sabían que sus hijos adultos se enfrentaban a dificultades en el extranjero (véase la Figura 2.3).

Figura 2.3. Ilustración de trauma migrante pasivo

Las formas en que los migrantes activos y pasivos afrontaron la dinámica cambiante de sus relaciones y los retos de la migración se analizarán en detalle en el capítulo “Relaciones familiares posmigración”. Ahora nos centraremos en las experiencias compartidas en las entrevistas individuales y de grupo para comprender mejor los matices del trauma migrante activo y pasivo. Manuel, mencionado anteriormente, sufrió significativamente tanto durante su viaje a Estados Unidos como en el primer año de vida allí. Afirmó:

El cruce fue traumatizante. Lo que presencié es difícil de creer que pueda ocurrir de verdad en este mundo. Lo vi todo, hombres violando a mujeres y niñas, hombres violando a hombres y niños, uno a la vez o en grupo, y gente que daba la espalda presa del pánico por ser la siguiente víctima, sintiéndose impotente. Vi gente muriendo a mi lado. Gente orinándose y defecándose encima mientras estaba atrapada en la parte trasera del camión que nos llevaba a través de

México. Pasé hambre como nunca la había tenido. Y sed. Bebíamos desesperadamente agua sucia cuando encontrábamos charcas fangosas porque pensábamos que nos íbamos a desmayar. [...] Tuve que quedarme callado y obedecer a los hombres despreciables que nos llevaban. Hombres que estaban tan drogados que no eran capaces de responder a sus propias acciones. Violencia. Violencia extrema e inexplicable. Así que, sí, nosotros, los migrantes, quedamos traumatizados por todo eso. Las pesadillas y los recuerdos a veces no te dejan dormir ni hacer lo que debes hacer. [...] A veces pienso que estoy un poco loco. Porque te afecta haber pasado por todo eso, de verdad. Y una cosa es oírlo, y otra cosa es vivirlo... correr como si fuera el diablo el que te persiguiera y saltar a un hueco quién sabe cuán profundo, para que no te atrapen. [...] Fue muy duro. No sé exactamente cómo, pero pude superarlo y seguir luchando para salir adelante. Era joven y fuerte. [...] Los primeros meses fueron duros, en aquel pueblecito de las afueras de Nueva York. [...] Para mí, el idioma fue el mayor obstáculo. El miedo a no entender ni ser entendido. Y el racismo también fue duro, trabajar y no cobrar por ello, incluso tener problemas con otros ecuatorianos que no me apoyaban en absoluto. [...] El primer año allí fue como el primer año de entrenamiento militar. Pero una vez que sobrevives, estás bien. (Manuel, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017)

La combinación de traumas previos a la salida, de tránsito y posteriores a la llegada fue una experiencia muy común para la mayoría de los migrantes que habían cruzado la frontera sin autorización. En palabras de Emily:

Nos afectó la crisis económica, la devaluación y el cambio de moneda. Mi padre me contó que de la noche a la mañana todos nuestros ahorros se convirtieron en nada. No podían solventar nada, así que en un día tomó la decisión de marcharse a Estados Unidos con un tío mío y sin papeles. No sé exactamente cómo lo hicieron. Pero sé que volaron a México y desde allí cruzaron el desierto. La mayoría de mis parientes que se fueron en esa época hicieron lo mismo, emigraron irregularmente. Algunos pudieron obtener la residencia porque se casaron allá. Tengo familiares que ya nacieron allí, así que son

ciudadanos. Mi padre se fue cuando yo tenía cinco años. Volvió al cabo de cinco años. Mis padres no acabaron divorciados, pero para mí fue muy difícil porque pasé muchos años de mi infancia sin él. Para él, migrar fue un cambio tremendo, una crisis psicológica, porque vivía con miedo. Cruzar de México a Estados Unidos fue muy duro; cruzaban de noche, escondidos. Muchas de las personas que iban con él murieron en el camino. Solo unos pocos pudieron llegar. Y una vez allí, no sabían cómo hablar, en quién confiar, dónde trabajar. [...] Hasta que se acostumbraron a estar allí... vivieron explotados por los gringos. (Emily, comunicación grupal nro. 5, Loja, 2017)

Los migrantes activos hacia Estados Unidos o España que disponían de la documentación necesaria para viajar y entrar como turistas no vivieron este tipo de trauma relacionado con el tránsito irregular de fronteras. Sin embargo, la mayoría había pasado por momentos difíciles antes de partir debido a la escasez económica, normalmente acentuada o causada por la crisis financiera ecuatoriana o, en algunos casos, debido a sus propios problemas personales. Por ejemplo, Luis se fue a España porque no llegaba a fin de mes:

La situación era insoportable. Mis ingresos no eran suficientes. Abandoné mis estudios. Mi mujer y mis hijas no tenían suficiente para sobrevivir. Comprábamos comida y no nos alcanzaba para todo el mes. Lo pasábamos fatal. Si comprábamos zapatos para nuestra hija, no teníamos ni para comer. Sacrificábamos lo más que podíamos e intentábamos subsistir mes a mes. La posibilidad de migrar para trabajar en el extranjero parecía la única salida. (Luis y Camila, comunicación personal con padre e hija, Loja, 2016)

La precariedad en la que vivían formaba parte del trauma que acrecentaban tanto Luis, el migrante activo, como su mujer y sus hijas, las migrantes pasivas, quienes pudieron tolerar los costos emocionales de la separación dada la imperiosa necesidad de vivir para contarlos. Del mismo modo, terribles condiciones empujaron a Alma, la mujer de Hernán, a ir a España, como él lo explica:

Estábamos en una situación calamitosa. Yo había estado trabajando bien en una central eléctrica, había podido construir dos casas, pero mi mujer decidió ayudar a sus hermanos a estudiar y no me dijo nada. Había recurrido a usureros y, cuando estalló la crisis, subieron el tipo de interés mensual al 60 %. Se convirtió en una deuda imposible. Lo vendí todo, las casas, el coche; lo perdí todo. Así que mi mujer decidió migrar para poder recuperar lo perdido. Yo no quería que Alma se fuera, pero ella insistió. Poco a poco pudimos pagar la deuda, pero a mí no me importaba el dinero. Lo triste era que nuestro hogar se había deshecho. (Hernán, comunicación personal, Loja, 2016)

A la familia de Leonardo también le afectó mucho la crisis financiera, así que su madre se lo llevó a Nueva Jersey. Entraron con visado de turista mientras su padre y su hermano se quedaron en Ecuador. Mientras los cuatro trabajaban para recuperarse económicamente, cambiaron el plan de regresar tras los tres meses autorizados porque “se dieron cuenta de que sería más beneficioso quedarse para asegurarse un futuro mejor. Mi padre se unió a nosotros dos años después” (Leonardo, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019). Cambiar las fechas de retorno era habitual y traumatizante para migrantes activos y pasivos, quienes expresaron en repetidas ocasiones que, aunque en un principio hubieran planeado estar fuera unos meses o, como máximo, un par de años y reencontrarse con su familia, se habían visto obligados a prolongar su estancia en el extranjero y mantenerse separados debido a la imposibilidad de mejorar las condiciones económicas de su familia en su país de origen, dadas las deudas acumuladas que habían contraído para emigrar, la dificultad de acumular ahorros debido al alto costo de vida en el extranjero y la lenta recuperación de la economía ecuatoriana. En palabras de Camila:

Quando mi padre nos dijo que iba a volver por última vez, no le creímos. Nos había dicho tantas veces que iba a volver, que iba a estar de vuelta en casa para el próximo Día del Padre... o que se quedaría con nosotros la próxima vez que nos visitara..., pero nunca había

sucedido. Así que dejamos de creerle. Y cada vez que volvía a España, todos nos sentíamos muy, muy tristes. Porque migrar no solo afecta al que viaja, sino también a los que se quedan. Sobre todo, cuando tres meses se convierten en doce años. (Luis y Camila, comunicación personal con padre e hija, Loja, 2016)

En varias ocasiones, los problemas personales / familiares previos a la migración habían formado parte del trauma migrante pasivo y activo. Por ejemplo, la migración de la familia de Jorge a Estados Unidos se decidió por motivos médicos:

Vinimos porque había que operar a mi hermano. Le habían encontrado un tumor debajo del omóplato izquierdo que había que extirpar antes de que le tocara los pulmones. Mi madre ya había tenido una mala experiencia con el sistema médico, porque yo nací con un problema en el ojo, no podía abrir el párpado y me sometieron a tres intervenciones sin éxito en Ecuador. Mis padres temían que el tratamiento de mi hermano también saliera mal, pero en su caso el problema no era estético, sino grave. (Jorge, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019)

En el caso de Paula, su traslado a Madrid fue con el objetivo de

[...] evitar problemas con mi padre, porque me quedé embarazada y no estaba casada ni tenía novio estable, y él era muy estricto. Ya tenía planes de estudiar en el extranjero, así que cuando me enteré de que estaba embarazada, decidí marcharme y reunirme con mi primo, que se había trasladado allí unos años antes.

Así ella estaba traumatizada por el conflicto subyacente que tenía con su padre y el secreto que guardaba sobre su embarazo; en sus palabras:

Fue muy duro. Estaba muy deprimida, todos los días lloraba... Lloré mucho en ese país, no porque la gente me tratara mal, sino por mi situación: además del embarazo y de mi padre, no podía afrontar los costos de estudiar como lo había planeado. (Paula, comunicación personal, Loja, 2016)

Independientemente de su situación previa a la partida y sus experiencias en tránsito, los migrantes eran afectados por condiciones y sucesos traumatizantes en sus lugares de destino. En este respecto, tener un estatus migratorio regular o irregular marcaba la diferencia. En general, aunque no siempre, la migración irregular implicaba una mayor exposición al trauma, y la migración regular, una menor. El carácter regular o irregular migratorio impactaba tanto a migrantes activos como pasivos. Por un lado, la migración irregular tendía a generar más trauma dadas las mayores posibilidades de ser maltratado o deportado y a la incertidumbre de los planes de reunificación (ya fuera en el extranjero o de vuelta en Ecuador). Por otro lado, la migración regular no siempre resultaba en el cumplimiento de los planes migratorios (generalmente debido a tensiones económicas o cambios en la dinámica familiar) y, por lo tanto, conducía al fracaso y frustración traumáticas. Todo esto ponía a prueba la capacidad con la que migrantes activos y pasivos contaban para enfrentarse a posibles retos y planificar a futuro.

El caso de Etelvina, Clara y Armando ilustra el trauma activo y pasivo de la migración irregular. El marido de Etelvina, como ya se ha mencionado, había migrado a Estados Unidos con un visado de turista, comenzó a trabajar sin autorización de empleo y, posteriormente, decidió permanecer en el extranjero de forma irregular debido a las necesidades económicas de su familia, que lo apremiaban continuamente. Etelvina relató:

Armando pudo trabajar enseguida, en cuanto llegó, empezó a trabajar. Pero era duro, muy duro. Le pagaban muy, muy poco y tenía que trabajar muchas horas. Nunca se lo pusieron fácil. Siempre decía que allí eran muy racistas. Siempre ha trabajado en algo relacionado con la electricidad que exigía mucha fuerza física. Eso ha sido malo para su columna vertebral. El trabajo también le exigía ser muy diestro y extremadamente cuidadoso en el manejo manual de las cosas para evitar accidentes. Su trabajo no es fácil. Es arriesgado. Todas esas presiones lo enfermaron. A mí también. Empecé a tener la tensión

alta y problemas de tiroides. Estaba enferma. Tuve todo tipo de enfermedades. Incluso tuve que operarme porque desarrollé una afección en el útero... Es decir, todo recayó sobre mí. Y mi marido Armando estaba deprimido; decía: “Oh, Dios, si fuera por mí, preferiría ir a una iglesia y morir, para que trajeran mi cuerpo de vuelta a Ecuador”. Tenía una depresión horrible. También tenía problemas de espalda, hasta el punto de que tuvo que empezar a andar con bastón, y en su trabajo le decían: “Eres un ilegal; si no vienes a trabajar, pierdes. Aquí está prohibido enfermarse”. Así que, aunque estuviera enfermo, tenía que ir a trabajar para poder comer. [...] Y mis hijas, bueno, también lo sentían, se enfermaban a menudo y se entristecían terriblemente con su padre lejos, sobre todo sabiendo que lo estaba pasando tan mal. (Etelvina y Clara, comunicación personal con madre e hija, Loja, 2016)

El racismo y la explotación que sufrió Armando, junto con la amenaza de perder su trabajo y el riesgo de deportación, así como su exposición a circunstancias peligrosas en el lugar de trabajo, eran traumatizantes para él y su familia. Etelvina, Clara y Sofía, la otra hija, se sentían impotentes al no poder hacer mucho para ayudar a Armando. También se sintieron frustradas por la inesperada, pero necesaria duración de su prolongada estancia en el extranjero, y seguían sintiéndose inseguras, doce años después. En palabras de Clara:

Cuando hablamos con él, siempre dice: “Estoy cansado de esto”. Pero aquí no hay nada que le dé fuerzas para marcharse y volver a Ecuador. Está esperando... no sé... el momento oportuno para volver... y la verdad es que no sé cuándo será. (Etelvina y Clara, comunicación personal con madre e hija, Loja, 2016)

El caso de Carmen, que migró irregularmente a Madrid, también incluyó trauma. Se marchó sola y permaneció allí nueve años antes de regresar a Ecuador. Era madre soltera y había dejado a su hijo de cinco años con sus padres. Expresó:

Cuando uno empieza a recordar, es muy triste. Para pagar la deuda que había contraído para viajar a España y enviar de vuelta algo extra para mi familia, trabajé como empleada doméstica con cama dentro durante tres años. Pero ese trabajo te vuelve loca. Estar encerrada en una casa todos los días, trabajando sin parar. No tenía la residencia, así que no podía trabajar en mi profesión, como enfermera... ¿Cómo decirlo? Al principio estaba un poco deprimida. No tenía ganas de hacer nada. Simplemente nada. Pero era una luchadora y, de un modo u otro, siempre encontraba fuerzas para trabajar. Siempre hay que trabajar.

Su hijo sufrió trauma migrante pasivo debido a la partida de su madre:

No enfermó, pero ahora me doy cuenta de que estaba herido emocionalmente. Creció con mis padres, que lo cuidaron bien. Pero me reprocha que lo dejé solo. Está resentido conmigo. Y, realmente, lo más doloroso para mí fue no estar con mi hijo. Todavía hoy sufro por eso. Dejar a mi hijo y a mi familia... afectó a nuestra salud, a nuestro bienestar emocional. Y el sufrimiento se acumula, tiene un gran costo emocional. Es muy triste. (Carmen, comunicación personal, Loja, 2016)

La migración regular también fue traumática para migrantes activos y pasivos. Como se mencionó anteriormente, la exposición al trauma solía ser menos intensa porque el miedo a carecer de la documentación adecuada no era un factor. Sin embargo, el trauma seguía estando presente. Para ilustrarlo, comparto dos casos distintos, el de Matías, quien contaba con condiciones más favorables y perspectivas seguras, y el de Lesly, que venía de y llegaba a condiciones de precariedad. Matías había decidido trasladarse junto con su mujer y su hijo por motivos profesionales y familiares a Estados Unidos. En su caso, procedían de una aventajada situación socioeconómica en Ecuador y llegaron a Nueva York con autorización migratoria concedida para gestionar los prósperos negocios de sus familiares. Esperaban con ilusión las oportunidades que se

les presentaban. Sin embargo, Matías y su familia seguían teniendo dificultades:

Nuestro proceso de adaptación fue duro, como el de todo migrante. Teníamos algunas ventajas porque teníamos nuestro estatus regular, no pasábamos apuros económicos, éramos profesionales y conocíamos el idioma, o al menos eso creíamos, porque una cosa es tomar clases y otra es estar en un mundo en inglés y comunicarte todos los días con fluidez. Sin embargo, para nuestro hijo fue muy difícil. Solo tenía cuatro años y apenas estaba aprendiendo el español, así que fue chocante para él entrar en un colegio solo en inglés donde no entendía nada de nada. Fue una decisión difícil, pero en retrospectiva, creemos que fue la mejor. Pero, sí, al principio fue muy duro, fue extremadamente duro para mí también, verle tan desprotegido y desorientado. [...] El otro aspecto que hizo que fuera una transición dura para mí fue adaptarme a un ritmo de trabajo muy diferente, sobre todo en el mercado hispano, donde no hay equilibrio entre el trabajo y el bienestar personal. Aquí la gente vive para trabajar. Sus trabajos son sus vidas, y sus vidas están estructuradas en torno a sus trabajos. Así que empecé a trabajar noventa, ochenta, cien horas a la semana, seis o siete días a la semana. Nuestra calidad de vida como familia se vio terriblemente afectada... también aumentamos mucho de peso —en mi caso, treinta y cinco kilos de más— porque no teníamos tiempo para comer bien ni para hacer ejercicio ni para descansar. Mi mujer también, los dos teníamos las mismas horas de trabajo.

La familia de Matías sufrió el traumático exceso de exigencia que conllevaba su trabajo, y tanto su matrimonio como su hijo se vieron afectados negativamente:

Éramos como zombis. Nuestro hijo se quejaba de que ya no salíamos y, si salíamos, estábamos agotados y de mal humor. Mi mujer y yo nos peleábamos. Era muy duro ver que nuestro hijo se sentía solo. Se quedaba en la guardería hasta las siete u ocho de la noche y, el fin de semana, nos lo llevábamos a la oficina, donde se pasaba todo el día solo, leyendo... y nos decía que se aburría mucho, que estaba cansado. También me daba cuenta del nivel de estrés que soportaba

mi mujer. No la respetaban en el trabajo porque, aunque era la más preparada, con el título más alto, la discriminaban por ser mujer y boicoteaban su trabajo porque era “la sobrina favorita” de los dueños. Estábamos bajo tanta presión que discutíamos todo el tiempo. Pensé que íbamos a acabar divorciados.

Su migración familiar también generó trauma migrante pasivo, sobre todo para Olga, la suegra de Matías, que se había quedado en Ecuador, pero también, en menor medida, para su hermano. Olga agonizaba por la partida de su hija:

Que era prácticamente la única persona con la que contaba porque estaba divorciada y su otra hija se había trasladado a España hacía muchos años. Además, Olga se había encariñado mucho con nuestro hijo, por lo que entró en depresión después de nuestra llegada. Para mi hermano también fue emocionalmente costoso porque estábamos muy unidos. (Matías, comunicación personal, Nueva York, 2019)

La experiencia migratoria de Lesly también fue traumática. Tras conseguir la autorización pertinente, migró a Nueva York con su hermano menor para reunirse con su hermano mayor y su padre con el objetivo de encontrar un “futuro mejor”. La familia de Lesly era muy pobre. Su padre se había ido a Estados Unidos cuando ella tenía cuatro años y su madre se quedó para criar a cuatro hijos:

Habíamos trabajado desde muy pequeños para poder subsistir. Cuanto más crecíamos, más cosas necesitábamos porque todos íbamos a la escuela. Mi hermano mayor asumió el papel de mi padre para mantener a la familia y, cuando se dio cuenta de que ya no podía llegar a fin de mes, migró a Estados Unidos. Mi madre tuvo que trabajar todo el tiempo para alimentarnos y pagar la deuda que teníamos por la migración de mi hermano (viajó sin papeles, por lo que le salió muy caro). Mi hermano había sufrido mucho el abandono de mi padre y cuando nuestro hermano mayor también migró, tuvo muchos problemas. Empezó a juntarse con malos amigos y a consumir drogas. Pero seguía siendo dócil, entonces mi madre y mi hermano mayor pensaron que le iría mejor si nos marchábamos. Mi

padre había conseguido solicitar la residencia para nosotros, así que nos fuimos, excepto nuestra hermana, que tenía una hija y no quería dejarla. Mi madre, a su modesta manera, pensaba que estaríamos mejor en el extranjero, que no tendríamos las necesidades que teníamos en Ecuador. Pero, por mi experiencia, puedo asegurar que, para alguien de trece y dieciséis años, estar lejos de todo lo que conocían no era precisamente una vida mejor.

Ella y su hermano vivieron varias situaciones difíciles tras su llegada. El primer impacto fue que, ante la promesa de reunirse con su padre, rápidamente quedó claro que no iba a cuidarles ni ayudarles de ninguna manera. Su hermano lo hizo, en la medida de sus posibilidades. Lesly compartió:

Aunque más o menos sabíamos que mi padre se había casado, nos habían dicho que había sido para regularizar su situación migratoria. Así que enterarnos de que, efectivamente, mi padre tenía una relación real con esta mujer y de que teníamos un medio hermano y un hermanastro fue un golpe duro. Pero aún peor fue que no sabíamos adónde íbamos a ir a vivir porque no éramos bien recibidos en casa de nuestro padre. Nuestro hermano mayor acabó acogiéndonos. Vivía en una habitación, una habitación pequeña, diminuta, en Brooklyn. Teníamos un catre para compartir. Prácticamente, nuestro hermano fue quien terminó de criarnos, nos ayudó económicamente y siempre estuvo disponible. Hizo todo lo que pudo. Trabajaba todo el tiempo para poder mantenernos a todos, aquí en Estados Unidos y en casa, en Ecuador.

A pesar de la disposición de su hermano mayor, Lesly y su otro hermano atravesaron varias experiencias traumáticas más, entre ellas que no se les permitiera regresar a Ecuador por dos años porque su padre pensaba que, si se marchaban, no querrían volver a Estados Unidos. Dijo:

Al principio, llorábamos todo el tiempo, estábamos prácticamente encerrados las veinticuatro horas en esa habitación minúscula, sin conocer a nadie. Sufrimos mucho. Echábamos mucho de menos

nuestro país, el idioma, nuestra familia y, sobre todo, a nuestra madre. Pasábamos todo el día solos. En Ecuador vivíamos en una casa, podíamos salir al parque sin miedo, podíamos jugar con nuestros vecinos, podíamos vivir como niños, como niños libres. Tampoco podíamos llamar a mi mamá porque era muy caro; a veces podíamos llamarla una vez por semana, pero por poco tiempo (no era tan fácil como ahora). Mi hermano se sintió abandonado de nuevo, ahora por mi madre. Y no le fue bien. En cuanto entró en el programa de GED [desarrollo de educación general para lograr credenciales equivalentes a haber completado la escuela secundaria] que le habían asignado en el Bronx, encontró un nuevo grupo de malos amigos y empezó a beber alcohol y a fumar marihuana a todas horas. [...] Yo fui a la escuela secundaria y me gradué, pero seguía sintiendo una gran pena que no se iba. No sabía qué sentido tenía estar en este país o en esta cultura: era tan diferente aquí, echaba mucho de menos Ecuador y lo único que quería era volver. También tenía la sensación de haber sido abandonada por mi madre. Estaba resentida con ella porque en ese momento me resultaba muy difícil entender que ella había hecho lo mejor posible dentro de sus posibilidades. Ahora, de adulta, lo entiendo, pero igualmente me creó un gran trauma.

La migración de Lesly y su hermano a Estados Unidos también generó trauma migrante pasivo. Su madre, a pesar de estar de acuerdo en enviarlos al extranjero:

Sufrió cuando dejó partir a sus dos hijos pequeños, que aún eran menores. Fue muy doloroso para ella. Ya sufría de nerviosismo, y nuestra partida lo empeoró aún más. Estaba nerviosa por no estar con sus hijos, por no saber si habíamos comido o no, si esto o lo otro. [...] Siempre estaba preocupada y ansiosa. (Lesly, comunicación personal, Nueva York, 2019)

Resonando con la historia de Lesly, varios migrantes vivieron experiencias traumáticas cuando se reunieron con sus familiares en el extranjero. En algunos casos, la segunda ola migratoria se producía cuando la familia había logrado reunir suficientes recursos para pagar el/los viaje/s, de forma regular o irregular. En otros

casos, ocurría cuando el migrante activo en el extranjero había podido regularizar su situación migratoria y podía organizar que los migrantes pasivos se reunieran con ellos porque ya se encontraban lo suficientemente asentados (tenían un trabajo estable y un lugar donde vivir) en el exterior. Sin embargo, como en el caso de Lesly y su hermano, muchos migrantes pasivos se sorprendían al reunirse y encontrar la nueva configuración familiar de sus padres, viéndose perjudicados por la falta de espacio para ellos en la misma. Natalia contó lo que les ocurrió a sus sobrinas:

El hermano de mi marido también emigró. Primero se fue solo. Luego, su mujer emigró y dejó a sus dos hijas con la abuela. Al cabo de unos años, trajeron a sus hijas a España, porque pensaron que “ya no los iban a querer”. Entonces, las hijas en uno de sus viajes de vuelta a Ecuador le dijeron a la abuela que querían quedarse con ella, que lo habían pasado muy mal en España. Se sentían extrañas con sus padres, sobre todo con su padre al que no conocían realmente porque habían crecido sin él. También eran maltratadas por su nueva hermana en España, que les decía que volvieran a Ecuador porque esos eran sus padres, no los de ellas. La hermana les pegaba y las trataba muy mal. Las dos niñas se sentaban en un rincón a llorar y decían que querían volver a Ecuador. Pero no podían. Eran menores. (Natalia, comunicación personal, Loja, 2016)

Las entrevistas en grupo e individuales revelaron que los hijos mayores de migrantes activos también tuvieron experiencias traumáticas al reunirse en el extranjero. Por ejemplo, Carina había echado mucho de menos a sus padres y soñaba con volver a estar con ellos, pero

[...] en España todo era diferente. Mis padres trabajaban todo el día para mantener a la familia y yo tenía que arreglármelas sola. Recuerdo que uno de los primeros días que fui sola al colegio, tuve que coger el tren y el autobús, y me perdí. Me equivoqué de autobús y acabé en un lugar lejano, en la otra punta de la ciudad. Me puse a llorar y le pregunté a unas mujeres que andaban por ahí si me podían ayudar,

pero no podían ayudarme porque, en realidad, yo había llegado a una zona muy lejana. Nadie me ayudó y yo estaba llorando en la calle. Finalmente, conseguí llamar a mi padre y vino a recogerme. Pero en general, lo que sentí fue miedo. Miedo a lo desconocido. (Carina, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

Por otra parte, la reunificación de las parejas podía resultar complicada. Magdalena, que estaba muy unida a sus padres y hermanos y había abandonado la carrera de medicina para reunirse con su marido en España, compartió:

Fue muy duro. A pesar de que me fui a España para reencontrarme y convivir con mi pareja, sentía una soledad inexplicable; un vacío inexplicable. Como un dolor de muelas que está ahí, pero no tiene cura. A pesar de estar junto a mi amor, y más tarde esperando un bebé, la tristeza no me abandonaba. Cuando sentía tanta tristeza ni siquiera quería llamar a mi familia en Ecuador para no sentir cuánto los extrañaba. Mi tristeza, la depresión, afectó mi embarazo; casi tuve una interrupción natural. Tuve que renunciar a mi trabajo y eso lo empeoró aún más porque tenía que quedarme todo el tiempo en la casa, como si estuviese encerrada, y eso me ponía aún más triste y nostálgica.

El hijo de Magdalena nació sano, pero pronto tuvo que enfrentarse a que su marido les abandonara para fundar otra familia:

Él había pasado tres años en España antes de que yo llegara y, cuando llegué, me enteré de que tenía una vida social agitada que no paró con mi llegada. Tampoco me incluyó. Nos abandonó y tuve que ocuparme sola de mi hijo. Tuve que volver a dejar los estudios —estaba haciendo unos cursos de enfermería allí— y empecé a trabajar de domingo a domingo como cajera en un supermercado para poder subsistir. Mi hijo y yo vivíamos en una habitación alquilada y apenas lográbamos subsistir. Volví a caer en una depresión. Me sentía muy sola. No tenía amigos ni vida social. Solo trabajaba y cuidaba de mi hijo y temía no poder pagar el alquiler. Empecé a beber. Tenía

problemas de estómago y estrés. (Magdalena, comunicación personal, Barcelona, 2017)

Aunque la separación de una pareja suele ser una experiencia traumática que requiere recuperación emocional y psicológica, incluso cuando es consensuada, la separación debida a la migración era especialmente traumática en dos casos: cuando la ansiada re-unificación acababa mal, como en el caso de Magdalena, y cuando la pareja en el extranjero se comprometía en una nueva relación sentimental mientras seguía manteniendo su relación intacta de vuelta en Ecuador. Si esto último ocurría, la pareja migrante pasiva tarde o temprano se enteraba, normalmente a través de chismes o rumores. Entonces, lidiaba con la situación o bien enfrentándose a su pareja migrante activa, poniendo fin a su matrimonio o unión, o si había niños de por medio, ignorando lo que ocurría mientras continuaba exigiendo que su pareja mantuviera su responsabilidad económica hacia su familia original. Recuerda Hernán:

Cuando Alma volvió a Ecuador de visita, me di cuenta de que había cambiado, de que algo pasaba. La sentía lejana. Cuando volvió a España, empecé a oír rumores de que estaba con otra persona. Más tarde, se confirmó. Allí se comprometió con un hombre mayor y me dijo que ya no quería saber nada de mí. Que había rehecho su vida. Al cabo de unos años, mis hijos migraron a España para estar con su madre. Mi vida se convirtió entonces en una desgracia. [...] Empecé a beber mucho y quise suicidarme. (Hernán, comunicación personal, Loja, 2016)

Como se mencionó en el caso de Lesly, el trauma migrante pasivo solía estar presente en el caso de padres con hijos migrantes. Por ejemplo, los padres de Carol sufrieron terriblemente. Ella lo contó:

Mi padre padecía lo que el médico llamaba “diabetes emocional”, y mi madre sufría mucho, pero como mi padre enfermó, se vio obligada a dejar de lado su propio sufrimiento para cuidar de él. En

cualquier caso, seguía teniendo un sufrimiento interior que no la dejaba estar en paz. (Carol, comunicación personal, Loja, 2016)

Del mismo modo, Rita habló del efecto que tuvo en ella la migración de su hijo mayor:

Se fue para mantener a toda la casa porque yo era viuda. Emocionalmente, nos afectó mucho. A causa de su partida, desarrollé artritis reumatoide. Y eso estaba relacionado con mi depresión. Me afectó mucho y me sigue afectando hasta hoy, catorce años después. Es algo terrible. (Rita, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017)

Los niño/as cuyos padres se marcharon también mostraron trauma migrante pasivo, como en el caso de Luciano, que fue entrevistado cuando tenía veinte años y recordó la experiencia de la partida de sus padres cuando él tenía unos ocho años:

Cuando me quedé aquí mientras mis padres no estaban, empecé a enfermarme porque no tenía a mis padres. Mis parientes me dicen que estaba muy triste y que no estaba bien. Por ejemplo, tenía... no sé, no sé cómo explicarlo... durante un tiempo sufrí fuertes dolores de huesos... no sé... me sentía débil... no sé por qué... incluso me quedé... ¿cómo se dice?... parapléjico o algo así... porque no podía mover esta pierna... esta pierna estaba rígida. (Luciano, comunicación personal, Santo Domingo, 2017)

Frida, llorando, contó que, tras la marcha de sus padres a España por dificultades económicas, su hermano y ella también fueron separados porque sus abuelos discutían sobre quién se haría cargo de los niños. Entonces, “uno de mis hermanos se fue con los abuelos paternos, y mi otro hermano y yo nos quedamos con los abuelos maternos. Fue muy duro” (Frida, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017). La separación de los hermanos no hizo más que aumentar el trauma experimentado dado que ya habían tenido que adaptarse a la vida sin sus padres debido a su migración, como en el caso de Lara, Milly y Nelly, quienes compartieron que cuando solo dos de las hermanas se mudaron a España, “fue devastador,

muy deprimente para las tres” y para Lara, que se había quedado, “fue como acostumbrarse a ser dejada una vez más” (Lara, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017).

En suma, migrantes pasivos y activos padecieron experiencias traumáticas como consecuencia de los procesos migratorios. El trauma, al igual que el duelo reflexivo, era más soportable si los migrantes activos y pasivos eran más fuertes desde el principio. Sin embargo, y como es lógico, cuanto más traumáticas fueron las situaciones que encontraron antes, durante y después de la migración, más difícil fue superarlas y más cicatrices dejaron. El siguiente proceso de salud que se analizará, relacionado con el duelo reflexivo y el trauma migrante activo y pasivo, es el estrés migratorio.

Estrés migratorio

El estrés migratorio se define como el estrés que experimentan los migrantes activos y pasivos debido a las dificultades inherentes a los procesos migratorios, incluidas las situaciones previas a la migración y los viajes traumatizantes, los retos de la transculturación y la reorganización familiar, y la aceptación de nuevas condiciones de vida. Esta conceptualización se basa en la literatura que analiza los trastornos psicológicos y físicos asociados a la migración, en particular el concepto de Achotegui del síndrome de Ulises que experimentan los migrantes en casos graves. Sin embargo, propone una versión que se aplica a las experiencias comunes tanto de migrantes activos como pasivos en circunstancias menos extremas, al tiempo que subraya que el estrés puede ser el resultado de no haber superado aún acontecimientos traumáticos que podrían haber ocurrido antes, durante, después y al regreso de la migración (véase la Figura 2.4). El estrés migratorio incluye síntomas en las áreas depresiva (tristeza, llanto, pensamientos suicidas), ansiosa (tensión, insomnio, pesadillas, pensamientos

recurrentes e intrusivos, irritabilidad y nerviosismo), cognitiva (confusión, distracción) y somática (fatiga, dolores corporales, migraña, cambios en el apetito y el peso) similares a los observados con el síndrome de Ulises (Achotegui, 2004, 2009; Lara et al., 2005; Miranda et al., 2005; Caplan, 2007; La Parra Casado et al., 2007; Ríos-Marín y Hernández-Londoño, 2014). Aunque ninguno de estos síntomas por sí solo bastaría para diagnosticar a un migrante pasivo o activo con el síndrome de Ulises o estrés migratorio, juntos constituyen condiciones de salud comunes que padecen los migrantes pasivos y activos. Es importante tener en cuenta el estrés porque cuando una persona está expuesta al mismo de una manera que es “inusualmente intensa, crónica, incontrolable y abrumadora, puede dar lugar —o exacerbar— el agotamiento, la depresión, la ansiedad y numerosas afecciones físicas, como enfermedades inflamatorias, cardiovasculares u otras enfermedades médicas” (Southwick et al., 2014, p. 2).

Las entrevistas personales y de grupo, así como las encuestas realizadas en este proyecto de investigación, revelaron claramente que el estrés migratorio y sus síntomas eran omnipresentes. En la mayoría de los casos, los síntomas y los niveles de estrés eran moderados y controlables, pero, por supuesto, había algunos casos graves como los descritos por el síndrome de Ulises de Achotegui.

Figura 2.4. Ilustración de estrés migratorio



Las experiencias de Leonardo y su familia (migrantes irregulares a Estados Unidos) ilustran la gama de intensidad del estrés migratorio. Para Leonardo, fue duro dejar atrás a su padre, a su hermano mayor, que prácticamente le crio, y a sus demás familiares, amigos y comunidad en Ecuador:

Estaba triste. Soñaba que aún estaba en Ecuador durante los primeros cuatro años de mi vida aquí en Estados Unidos. Literalmente durante cuatro años, cada noche, soñaba que estaba en Ecuador. Y cuando me despertaba, sentía una gran pena y deseaba poder regresar, pero no podíamos.

La madre de Leonardo, con quien migró originalmente, también se sentía triste

[...] porque echaba de menos a mi padre y tenía que adaptarse a trabajar limpiando casas a pesar de que en Ecuador ella era una profesora de inglés. También era conflictivo para ella oír mis quejas o deseos

que volviéramos porque yo ya era lo suficientemente mayor como para entender que, económicamente, era mejor quedarse aquí debido a lo duro que la crisis financiera había golpeado a nuestra familia en Ecuador.

También ella había tenido problemas de tiroides antes de llegar a Estados Unidos, pero según Leonardo,

[...] empeoraron por el estrés de migrar y vivir indocumentada, además de la frustración y la tristeza que sintió cuando empezó a cuidar de mi papá, quien después de unos años de estar aquí en Estados Unidos con nosotros desarrolló ELA [esclerosis lateral amiotrófica] —la enfermedad de Lou Gehrig— debido al miedo que siempre tenía de ser deportado a Ecuador y a su ego herido. Mi padre había terminado la universidad y ocupado altos cargos en los negocios y el *marketing*, y había estado trabajando bien en Guayaquil antes de la crisis. Pero cuando llegó a Nueva Jersey, empezó a trabajar limpiando casas con mi madre.

Leonardo estaba convencido de que el miedo al riesgo de ser deportado había dañado gravemente la salud física y mental de su familia; describió: “incluso ahora, que tengo mi tarjeta verde desde hace un tiempo, veo la palabra ICE [Servicio de Inmigración y Control de Aduanas] y entro en pánico” (Leonardo, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019). Si bien no podemos determinar si la enfermedad del padre de Leonardo había sido una somatización grave relacionada con el estrés migratorio, lo que es relevante observar aquí es que Leonardo creía que efectivamente lo era.

Migrantes autorizados en España también sufrieron estrés migratorio, como en el caso de Marta:

Vivíamos en una zona rural, mi marido y yo éramos como las amas de llaves de un matrimonio rico. Yo cocinaba y limpiaba, y él se ocupaba de mantener la casa y los jardines. Ganábamos bien y podíamos mantener a nuestra hija, que empezó la escuela cerca de donde vivíamos y trabajábamos. Pero de pasármela encerrada ahí, trabajando todo el tiempo, tenía unos dolores de cabeza terribles, insoportables,

todos los días. Sufría mucho. Lloraba porque estábamos los tres solos, aislados, sin familia ni amigos. Pensaba que mis dolores de cabeza se debían a que estaba nerviosa. Tomaba paracetamol o ibuprofeno a diario. Era muy inestable, a veces me sentía bien, pero luego me ponía muy nerviosa y empezaba a llorar. Y no entendía por qué. De repente, tenía unos dolores en el cuerpo terribles. También había engordado mucho, *mucho* [su énfasis], ¡aunque casi no comía porque no me apetecía nada! Pero sé que era todo mental: mi cabeza estaba como explotando porque trabajaba y vivía en España, pero en realidad mi mente estaba en Ecuador, y solo deseaba poder volver. (Marta, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017)

Prácticamente todos los migrantes activos y pasivos entrevistados individualmente o en grupo confirmaron que habían experimentado repetidamente síntomas de estrés migratorio, los más comunes eran tristeza, llanto, insomnio, dolores corporales (incluidos dolores de cabeza, migrañas y problemas estomacales), cambios de peso y ansiedad. La experiencia de Pablo reflejaba la de otros migrantes:

Me puse muy gordito, o sea, gordo, aunque no comiera porque durante el día no me permitían hacer una pausa para comer en el trabajo y, por la noche, una vez que terminaba la jornada y volvía a la casa, me sentía tan triste y solo que me salteaba la cena por completo para no acordarme de que no compartía la mesa con mi familia. (Pablo, comunicación personal, Loja, 2016)

Mario describió los síntomas de estrés migratorio de su padre:

Uno está cansado, nervioso, estresado. Por ejemplo, cuando mi padre se fue a Estados Unidos, estaba relleno. Y el sueño que tenía entonces era enviar dinero para comprar una casa propia, porque vivíamos en casa de mi abuela. Tenía dos trabajos por día, de lunes a sábado, y descansaba el domingo. Cada trabajo tenía un turno de ocho horas, así que solo tenía ocho horas para él. Se fue gordito, pero volvió sin barriga, flaquísimo, prácticamente demacrado. También le

habían diagnosticado gastritis por la mala calidad de vida que llevaba allí. (Mario, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

Ester habló del estrés de su hermano, el que fue padecido de modo similar por muchos otros migrantes pasivos:

Mi hermano, cuando mi padre llevaba unos tres años en Estados Unidos, empezó a sufrir dolores de cabeza. No sé científicamente si se debía a la migración de mi padre, pero mi madre nos lo decía. A mi hermano le tocaba iniciar la escuela y justo entonces empezó a sufrir fuertes dolores de cabeza y se desmayaba. Mi madre tuvo que tratarlo. Después él desarrolló gastritis, quizá por todos los medicamentos que tenía que tomar. Fue el que más sufrió de la familia. Sufría enfermedades continuas. Y eso duró varios años, incluso después de que mi padre migrara de regreso a Ecuador. Mi hermano tenía pesadillas, lloraba, estaba nervioso. Recuerdo que se acostaba con mi madre (¡me quitó el puesto porque yo era la menor! [risas]). Yo me iba a la habitación de mi hermana y mi madre lo atendía. Mi madre terminó quitando a dos de mis hermanos del colegio porque no lo graban estar bien. Una vez que mi padre regresó de Estados Unidos, retomaron la escuela. (Ester, comunicación grupal nro. 5, Loja, 2017)

Daniela compartió la experiencia de su hermana:

Cuando nuestro padre se fue, mi hermana adelgazó mucho. Empezaron a darle vitaminas, pero no engordaba. Era un exceso de delgadez [risas]. Después, como extrañaba a mis padres, se quedó como pequeña, como si no hubiera crecido lo suficiente físicamente y entonces empezó con los dolores de cabeza. Aunque la llevaran a los mejores médicos, no mejoraba. Tras el regreso de mis padres, sus dolores de cabeza desaparecieron, se volvieron leves y poco frecuentes. Antes tenía migraña y vomitaba del dolor, lloraba, se desmayaba, se ponía roja, violeta, de todos los colores. Teníamos que llamar al médico de urgencia porque no podíamos estabilizarla. Pero desde que regresaron mis padres, mejoró. Ahora si tiene migraña, es una vez al año, pero antes era todas las semanas. Cuando iba a la escuela tenía un

dolor espantoso que no podía soportar. (Daniela, comunicación grupal nro. 6, Santo Domingo, 2017)

En general, los síntomas del estrés eran percibidos como algo normal, propio de las dificultades de la migración y, a menos que fueran graves (como en el caso del hermano de Ester o la hermana de Daniela), migrantes activos y pasivos rara vez buscaban tratamiento médico o psicológico, independientemente de su capacidad para acceder a servicios de asistencia sanitaria (que en Estados Unidos era limitada, especialmente para los migrantes irregulares, pero en España y Ecuador no lo era). En las pocas ocasiones en las que migrantes activos y pasivos buscaban asistencia, los médicos, asesores de salud mental o proveedores de servicios para migrantes no solían asociar a los síntomas con los procesos migratorios, inclusive cuando los pacientes y sus familiares estuvieran convencidos de que así era. A partir de estas actitudes comunes, se conceptualizaron dos mecanismos psico-socioculturales de afrontamiento relacionados, la negación de salud migrante y la normalización del malestar, explicado en detalle en el capítulo “Afrontamiento de los desafíos migratorios”. Estos mecanismos se refieren al modo en que los migrantes activos y pasivos afrontan los efectos de la migración y cómo interactúan con los proveedores de servicios sanitarios y migratorios. Nuestro estudio confirmó las observaciones de Achotegui que a menudo los migrantes son mal diagnosticados o incluso no diagnosticados en absoluto (2009), debido sobre todo a la banalización o menosprecio de los síntomas presentados (no solo por parte de los proveedores de servicios, sino también de los propios migrantes), así como a un bajo nivel de concienciación tanto en las profesiones médicas y psicológicas como en el público sobre las particularidades de la salud migrante.

Las encuestas que se realizaron a migrantes activos y pasivos complementaron las observaciones recogidas mediante entrevistas individuales y de grupo. Nuestras encuestas incluyeron preguntas específicas sobre los síntomas de estrés migratorio, el estado

de salud antes y después de la migración y varias otras cuestiones que se plantearán en relación con sus correspondientes procesos de salud o mecanismos de afrontamiento más adelante en el libro. A continuación, se comparten los datos estadísticos descriptivos recopilados sobre los síntomas de estrés migratorio que manifestaron los participantes ecuatorianos en la investigación, señalando las variaciones según fueran migrantes activos ($n=97$) o pasivos ($n=125$) y su destino.¹ Como punto de referencia, también se presenta el estado de salud que declararon antes de la migración y los cambios percibidos en su salud después de la migración.

En general, las estadísticas muestran que una muy pequeña minoría de migrantes activos (1 %) y de migrantes pasivos (3,3 %) tenía un estado de salud malo antes de migrar, lo que confirma el conocido efecto del migrante sano, que recalca el hecho de que una abrumadora mayoría de migrantes deciden marcharse de sus países cuando ellos (y los familiares que dejan atrás) gozan de un estado de salud excelente o bueno (Rubalcava et al., 2008; Ullman et al., 2011; Cabieses, 2014). Los datos de este estudio también muestran que la mayoría de los migrantes activos (59 %) percibieron cambios en su salud tras la migración, en consonancia con la hipótesis del migrante sano, pero vulnerable, que destaca la relación entre las dificultades asociadas a la vida de los migrante y el deterioro de su salud (Lara et al., 2005; Miranda et al., 2005; Caplan, 2007; La Parra Casado et al., 2007; Ríos-Marín y Hernández-Londoño, 2014). Si nos centramos específicamente en los síntomas, se puede observar claramente que, en términos generales, un promedio del 70 % de los encuestados migrantes activos declararon haber experimentado llanto, tensión, insomnio, pensamientos repetitivos / intrusivos, irritabilidad / nerviosismo, fatiga y dolores corporales con frecuencia o a veces (en contraposición a nunca); el 50 % informó haber tenido cambios en el apetito; y alrededor del 42 % reveló sufrir

¹ Véase Villalón y Kraft (2022a) para un análisis sobre estrés migratorio y dinámicas de género con un énfasis más cuantitativo.

pesadillas y confusión / distracción con frecuencia o a veces (en contraposición a nunca). Los cuatro síntomas que se manifestaron con más frecuencia fueron el insomnio, la tristeza, la tensión y la fatiga. El síntoma más padecido tanto con frecuencia como a veces fue la tristeza (82,5 %) y el menos presente fue haber tenido pensamientos suicidas (89,5 % nunca).

En cuanto a los migrantes pasivos, el porcentaje de participantes que declararon haber tenido cambios en su salud fue mucho menor (22 %), lo que en este caso podría explicarse por la joven edad de los encuestados, así como por el hecho de que solo el 38 % tenía un familiar directo (padres, hermanos, hijos o cónyuge) en el extranjero, el 54 % tenía familiares que habían migrado entre diez y veinte años atrás y el 18 % más de veinte años atrás. A pesar del bajo porcentaje de cambios de salud notificados, tres cuartas partes de los familiares padecieron el síntoma de tristeza, y alrededor de la mitad llanto, tensión, insomnio, fatiga y confusión / distracción con frecuencia o a veces. Un tercio declaró tener pesadillas, pensamientos repetitivos / intrusivos y dolores corporales con frecuencia o a veces. Aproximadamente tres cuartas partes nunca sufrió de cambios en el apetito y, al igual que los migrantes activos, una gran mayoría (89,2 %) nunca tuvo pensamientos suicidas. El síntoma más frecuentemente sentido fue la tristeza, seguido de la irritabilidad y el nerviosismo, la tensión y los pensamientos repetitivos e intrusivos. Aquí es importante tener en cuenta que todas las entrevistas personales y grupales a familiares revelaron cambios críticos en la salud psicológica que surgieron debido a la partida de sus familiares, lo cual coincide con estudios al respecto como los de Ron Encalada (2010), Lu (2011) y Castillo Sánchez y Londono Gaoña (2013), por mencionar algunos.

La tabulación cruzada de los datos de la encuesta con el destino geográfico expuso que el lugar al que se trasladaron los migrantes activos influyó en la forma en que la migración repercutió en su salud y bienestar. Por ejemplo, mientras que las tasas de excelente y buen estado de salud eran extremadamente altas para los

migrantes activos que fueron a Estados Unidos (95,3 %), Europa (100 %) y América Latina (100 %), los destinos cambiaron la proporción de migrantes que informaron de cambios en la salud tras la migración. Los migrantes en los Estados Unidos encontraron el mayor impacto en la salud con un 81 %, seguido de América Latina con un 54,4 %, y luego, Europa con un 52,9 %. Las entrevistas individuales y de grupo confirmaron los obstáculos adicionales que conlleva la migración a Estados Unidos debido a las políticas migratorias restrictivas (que dieron lugar a más irregularidades y a que los trabajadores trabajaran sin autorización formal en condiciones precarias y de explotación), el contexto social etnorracial discriminatorio, el elevado costo de la vida, los bajos niveles de protección y prestaciones sociales, la asistencia sanitaria inasequible y también las barreras lingüísticas y culturales. La combinación de todo esto resultaba en obstáculos más arduos que, por lo general, impedían a los migrantes volver de visita a sus países de origen o reunificarse con su familia a corto o mediano plazo; un hecho que repercutía negativamente tanto en los migrantes activos como en los pasivos. Como expresó Ramón en una entrevista de grupo al compartir su historia:

Estados Unidos es duro. Estás solo. Aunque tengas parientes, todos están ocupados intentando llegar a fin de mes y no tienen tiempo para ayudarte. Acabas trabajando todo el tiempo, y nunca es suficiente. Además, el racismo que terminas encontrando en todas partes, incluso por parte de otros migrantes latinoamericanos que ya “lo lograron” y se creen mejores que uno. (Ramón, comunicación grupal nro. 6, Santo Domingo, 2017)

La experiencia migratoria en Europa (que para los ecuatorianos fue sobre todo España, donde el idioma no solía ser una barrera —salvo para los niños que iban a la escuela en lugares como Cataluña—, seguida de Italia y una combinación de otros países del continente) también fue dura, pero, en general, menos agotadora en comparación con Estados Unidos, dado que la migración

implicaba una vía de regularización, y los migrantes disponían de protecciones y prestaciones sociales, incluido el acceso gratuito al sistema de salud público independientemente de su situación migratoria. Estas condiciones facilitaban los viajes de visita y la reagrupación familiar, lo que repercutía positivamente tanto en migrantes activos como en pasivos, aunque solo moderadamente, porque la separación y la vida de migrante seguían siendo difíciles de mantener. En palabras de Luis, un padre que migró durante doce años y visitó a su familia en Ecuador cada tres años, y de su hija, Camila:

Padre: En mi caso, era como una depresión que me golpeaba cada vez que iba de visita y tenía que volver a irme. Tenía que tomar medicación para poder dormir. Y los fines de semana tenía que beber [alcohol] para dormirme. Mientras trabajaba, estaba bien, pero cuando volvía a casa, todo se desmoronaba. A veces comía. A veces no comía. Sentía hambre, pero a los dos bocados se me cerraba el estómago y ya no podía comer más. Por las mañanas, me levantaba, me preparaba la comida para llevar al trabajo, pero luego ni siquiera la abría. Dormía. Perdía peso. Cogía una gripe tras otra. A veces me sentía tan somnoliento que no lograba quedarme despierto durante el día, en el trabajo. Pero luego, por la noche, no podía dormirme, aunque estuviera muy cansado. Me quedaba despierto, viendo pasar el tiempo: una, dos, tres, cuatro, cinco, cinco y media, hora de levantarse de nuevo. Cada vez que volvía a España tardaba unos dos meses en poder dormir bien y sentirme bien.

Hija: Cuando mi padre se iba y volvía a España era una debacle total. Las despedidas eran muy difíciles. Yo intentaba ayudar a mi hermana, que era más sensible. Se enfermaba. Mi madre también enfermaba. Yo siempre intentaba ser la más fuerte. Hasta mi abuela se ponía mal; no le apetecía comer nada. Nos decía: “Si viene, que se quede. Si no, debería irse para siempre”. Y yo, que ya estaba triste por la partida de mi papá, me sentía aún peor porque veía que todos a mi alrededor se sentían mal... Era muy duro. [...] Fue muy duro. (Luis y Camila, comunicación personal con padre e hija, Loja, 2016)

En el caso de migraciones hacia otros países en América Latina, la situación era más heterogénea, ya que los efectos positivos esperados por la proximidad cultural y lingüística, y la disponibilidad de servicios sanitarios públicos se contrarrestaban, por un lado, con entornos económicos y políticos inestables (que daban lugar a planes migratorios y de reunificación inciertos) y, por el otro, con culturas nacionalistas arraigadas que solían reflejarse en comportamientos discriminatorios hacia los migrantes. Raúl, un migrante ecuatoriano activo en Colombia, lo expresó claramente:

Al final, dejas tu país para irte al de al lado, pensando que será más fácil y mejor que irte lejos. Piensas que es parecido, que hablas la misma lengua, que compartes una historia. Pero no. Sigue siendo muy difícil. Hay discriminación y encuentras problemas similares a los de tu país: Gobiernos corruptos y economías precarias, en crisis. (Raúl, comunicación personal, Cali, 2017)

Un punto de referencia importante para contextualizar las experiencias recopiladas específicamente sobre los migrantes ecuatorianos es que los datos cuantitativos y cualitativos coleccionados sobre otros migrantes latinoamericanos confirmaron las observaciones presentadas aquí. Entre los encuestados también había migrantes activos en Estados Unidos y España procedentes de Colombia, Perú, Argentina y, en menor cantidad, de Cuba, Venezuela, Bolivia, Chile, Brasil y Uruguay, denominados aquí “Otros países latinoamericanos” [OPLA] (n=129). Entre los participantes en los talleres comunitarios realizados en Nueva York y Nueva Jersey había migrantes de la República Dominicana, Cuba, Puerto Rico, México, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Venezuela, Colombia, Perú, Chile, Brasil, Paraguay, Argentina, además de Ecuador. Los datos cuantitativos sobre los síntomas de estrés migratorio mostraron en general tendencias estadísticas similares, aunque también hubo algunas diferencias a destacar. Por ejemplo, todos los migrantes activos latinoamericanos declararon padecer con frecuencia o a veces —en lugar de

nunca— tristeza (al menos el 90 %), llanto (al menos el 68 %), tensión (al menos el 73 %) y fatiga (al menos el 64 %). Todos los encuestados, excepto los argentinos, expusieron tendencias de insomnio similares a las de los ecuatorianos, con más del 60 % teniéndolo con frecuencia o a veces (los argentinos estaban en el punto medio, con 50 % nunca). Las pesadillas fueron sufridas con mayor frecuencia o a veces por el resto de los participantes latinoamericanos (con un promedio del 60 %, frente al 42 % de los ecuatorianos). En cuanto a los pensamientos repetitivos e intrusivos, al menos el 60 % lo declararon con frecuencia o a veces en todos los casos excepto OPLA. Una situación análoga se encontró con respecto al síntoma de irritabilidad y nerviosismo, con al menos 70 % frecuentemente o a veces, con la excepción de OPLA (con un 55 %). En cuanto a los dolores corporales, al menos 67 % de los participantes ecuatorianos, peruanos y colombianos los declararon frecuentemente o a veces, a diferencia de los argentinos y OPLA que presentaron 57 % y 46 % respectivamente. El síntoma de confusión fue manifestado con frecuencia o a veces en tasas más altas en Colombia (68 %) mientras que el resto de los países presentaron tasas más bajas con un promedio de 42 %. Las tasas de pensamientos suicidas expusieron diferencias más relevantes: los encuestados ecuatorianos, colombianos y argentinos tuvieron una proporción similar con cerca de un 90 % manifestando nunca haberlos tenido, mientras que 72 % de los peruanos y OPLA declararon nunca. El síntoma de cambios en el apetito también mostró alguna variación, con los peruanos manifestando inestabilidad en un 70 %, los colombianos en un 57 %, y los ecuatorianos en un 51 %, mientras que, por el contrario, el 54 % de OPLA y el 62 % de los argentinos notificaron estabilidad.

Los migrantes latinoamericanos que participaron en los talleres comunitarios compartieron experiencias semejantes a las de los migrantes ecuatorianos. Gregorio, un migrante activo venezolano, hizo un comentario que resonó entre los demás participantes en el taller:

Por supuesto, ¡la migración es estresante! Y no me sorprende que no importara tanto si te ibas a Europa o a Estados Unidos. Al final, lo más duro es dejar el propio país. El trauma de dejar atrás tu pasado. Tu familia, tus seres queridos. Tu idioma, tu cultura. No importa lo fácil que lo tengas en el extranjero, el dolor que sientes al marcharte es el mismo. Tengo familiares que se fueron a todas partes del mundo, y todos tuvieron que hacer frente a dificultades emocionales, materiales y de salud. (Gregorio, taller comunitario nro. 9, Nueva York, 2019)

Valentina, una migrante colombiana, habló de las penurias que sufrió su hija tras migrar a Estados Unidos, y de lo que ocurrió una vez que se reunieron:

Mi hija y yo estuvimos separadas tres años. Yo me vine a Nueva York y ella se quedó con mi madre y mi hermana. Mi hija me decía que, aunque todo estuviese bien, me extrañaba muchísimo y no soportaba estar lejos mío. Para mí también era muy duro estar lejos de ella. Estaba estresada y demasiado cansada de trabajar todo el tiempo. Estaba a punto de sacrificarlo todo y, en lugar de esperar a que nuestros documentos llegaran para migrar con permiso, estaba dispuesta a pagarle a un coyote para que pudiéramos reunirnos antes. Gracias a Dios recibí los papeles antes de pagar a los coyotes. Entonces, pude viajar y recoger a mi hija para traerla conmigo a Nueva York. Sin embargo, a pesar de que estábamos felices porque por fin volvíamos a estar juntas, estábamos muy tristes porque extrañábamos a nuestra familia y nuestro país. Aquí nunca es lo mismo que estar en casa. (Valentina, taller comunitario nro. 11, Nueva Jersey, 2019)

Del mismo modo, Pilar, una participante peruana de uno de los talleres, compartió:

Fue muy difícil dejar atrás a mi familia en Perú. Pero siempre finjo ser fuerte para no entristecer a mi hija y a mis nietas. Tampoco quiero que mi marido me vea triste. Tuve una experiencia muy dura al cruzar la frontera. Presencié muertes. Fui violada. Otras mujeres del grupo también fueron violadas. Pero tuvimos que callarnos

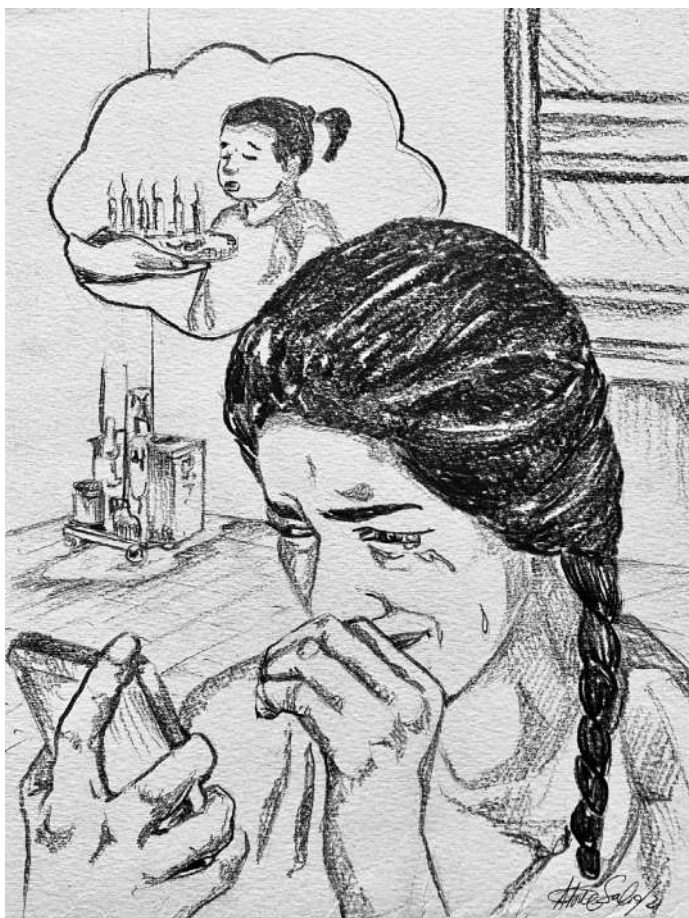
para seguir adelante y tuvimos que hacer todo lo posible por cruzar. Cuando llegué a Estados Unidos, viví como si fuera una prisionera. Después de buscar trabajo y hacer cualquier tipo de trabajo que se presentara, todos mal pagados, pude empezar a trabajar como niñera con cama adentro. Trabajaba desde las siete de la mañana hasta las once de la noche. Sin parar. Cuidaba de dos bebés, cocinaba, limpiaba, lavaba la ropa, sacaba a los niños a pasear, jugaba con ellos, les cambiaba los pañales, les daba de comer, los ponía a dormir la siesta y a dormir por la noche. No tenía tiempo ni para comer y tenía pocas horas para dormir porque si los niños se despertaban, también tenía que ocuparme de ellos. Me pagaban menos del salario mínimo, aunque fuera ilegal, y nunca me pagaban las horas extras. Estaba agotada y enfadada. Hacía mi trabajo bien y con amor por los niños, pero, aun así, los padres me maltrataban. Aunque estaba muy cansada, no podía conciliar el sueño por la noche. Sentía que nada tenía sentido. Echaba de menos a mi familia. Estaba irritada, triste, frustrada. Quería que todo desapareciera. Yo también quería desaparecer. Pero seguí adelante por mis hijos allá en Perú. Les envié cada centavo que pude para que tuvieran una vida mejor. (Pilar, taller comunitario nro. 10, Nueva York, 2019)

Los datos cuantitativos y cualitativos recopilados revelaron claramente que el estrés migratorio era un proceso de salud omnipresente en las vidas de migrantes activos y pasivos más allá de que hubiesen migrado regular o irregularmente, cuales fuesen sus lugares de origen y destino, su género o edad y contaran con diversas experiencias previas, de tránsito y posteriores a la migración. El siguiente proceso de salud en el que nos enfocamos es el de los disparadores de crisis migrantes, que identifica qué circunstancias causan dificultades de salud en los migrantes activos y pasivos, incluidos aquellos que parecían haber superado el duelo reflexivo, el trauma y el estrés.

Disparadores de crisis migrantes

Los disparadores de crisis migrantes se conceptualizaron como acontecimientos vitales que generan una crisis en los migrantes activos o pasivos que les hace cuestionar sus condiciones de vida y sus planes de futuro. Estas crisis pueden producirse en cualquier momento y afectar a cualquier migrante, incluidos aquellos que parecían haber superado ya su proceso de duelo reflexivo, así como su trauma migratorio activo o pasivo y el estrés migratorio (véase la Figura 2.5). Los acontecimientos que generan las crisis pueden ser endógenos o exógenos a la familia. Entre los acontecimientos vitales endógenos figuran graduaciones escolares y universitarias, matrimonios y bodas, embarazos, nacimientos, accidentes, episodios violentos, enfermedades y fallecimiento de familiares. Los incidentes exógenos suelen implicar crisis económicas o cambios políticos que afectan a las condiciones de vida en el lugar de origen o destino, como, por ejemplo, agitación social, violencia e inseguridad, desempleo, inflación, devaluaciones y políticas o leyes migratorias que afectan a las perspectivas de residencia, ciudadanía, repatriación y deportación. Estos acontecimientos pueden desencadenar crisis personales o relacionales que implican la aparición o reaparición de síntomas de estrés migratorio en las áreas depresiva, ansiosa, cognitiva y somática, y que, en algunos casos, pueden derivar en trastornos graves si las crisis no se resuelven o no se tratan. Además de estos efectos sobre la salud, las crisis atravesadas por los migrantes activos y pasivos suelen implicar un cuestionamiento existencial, un debilitamiento de la autoestima (normalmente debido a sentimientos abrumadores de arrepentimiento, remordimiento y culpabilidad), conflictos familiares y separación, reevaluación de proyectos de vida y cambio de planes (como la decisión de reunir a la familia por parte de los migrantes activos que regresan al país de origen o de los migrantes pasivos que se trasladan al extranjero).

Figura 2.5. Ilustración de disparadores de crisis migrantes



Los participantes en nuestra investigación compartieron sus vivencias en entrevistas individuales y de grupo. Por ejemplo, Ariel, un migrante activo en Estados Unidos, expresó:

Todo había ido perfectamente bien. Me iba muy bien. Dejarlo todo atrás había sido difícil, pero encontré trabajo y pude ayudar a mi familia. Fue mucho esfuerzo, pero estaba satisfecho. Pero entonces,

muchos años después, mi madre falleció y no pude viajar a tiempo para el funeral. Me quedé destrozado. Hacía años que no la veía. Ya nada tenía sentido. Caí en una fuerte depresión. (Ariel, taller comunitario nro. 4, Nueva York, 2017)

Penélope, migrante pasiva, comentó:

Ni siquiera recuerdo si me sentí mal o no cuando se fueron porque era demasiado joven. Me dicen que estaba triste. Sé que después, con el pasar del tiempo, me sentía bien, crecí queriendo a mi abuela más que a nadie. Pero también quería a mis padres, aunque me hubieran dejado en Ecuador. Pero cuando me enteré de que mi madre estaba embarazada y decidieron quedarse en Barcelona en vez de regresar, me derrumbé. Me sentí fatal. No quería ir al colegio ni comer. Estaba muy, muy enfadada. (Penélope, comunicación personal, Santo Domingo, 2017)

La enfermedad y el fallecimiento de los abuelos también fueron muy perturbadores para los migrantes activos, sobre todo cuando no se les informó honestamente de la situación y, en consecuencia, se enteraron demasiado tarde y no pudieron despedirse a tiempo. Por ejemplo, el padre de Roque no le comunicó la muerte de su abuela, y Roque solo se enteró por casualidad más adelante a través de un primo. Roque se trastornó mucho y suspendió la comunicación con su padre durante un tiempo porque estaba “enfadado y dolido” (Roque, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017). Los accidentes fueron otro suceso común que desencadenaba las crisis de los migrantes. Natalia compartió la experiencia de su esposo Horacio, y cómo afectó a la familia:

Mi marido quiso volver a Ecuador tras sufrir un accidente laboral. Su brazo estaba comprometido. Tuvieron que darle sesenta puntos. Le cayó encima una pieza de acero y la máquina le aplastó la mano. No podían operarlo en la pequeña ciudad donde vivíamos, así que tuvieron que enviarlo a Madrid. En la empresa donde trabajaba le dijeron que, si se hubiera seccionado el brazo, le habrían indemnizado por daños y perjuicios. Como le decía, él cayó en una

depresión. Tenía un abogado de España, pero le estaban obligando a firmar un acuerdo para que dejara su puesto sin indemnización. Los médicos le explicaron que el brazo se le iba a quedar así, y que no iba a poder volver a trabajar haciendo el mismo tipo de tareas porque requería que el tuviese una fuerza que no iba a lograr recuperar. Y además de eso, desarrolló un problema de audición; estaba como sordo. Teníamos que hablarle muy alto. Las cosas se complicaron aún más porque falleció un hermano suyo. Entonces, por desesperación, no quiso saber nada más de España. Quería volver. Yo le insistí en que se quedara y luchara en los tribunales porque podría haber ganado el juicio y podría haber obtenido la invalidez, pero él no quería lidiar más con eso, y firmó su renuncia y luego el retorno voluntario para regresar a Ecuador. (Natalia, comunicación personal, Loja, 2016)

En el caso de la familia de Fabián, que había logrado establecerse en España tras serias dificultades, su crisis se disparó por un asunto médico repentino:

Mi caso fue especial porque estábamos aquí en Ecuador para visitar a la familia cuando mi mujer tuvo un ictus. Entonces, prolongamos nuestra estancia, pero tuve que volver a España para seguir trabajando al cabo de dos meses. Una vez allí, no pasó mucho tiempo hasta que la crisis [del 2008] golpeó a España. De todas formas, tuve que traer a mi mujer a España porque en Ecuador la atención médica era muy mala. Tuve a mi mujer allí dos o tres años y se recuperó mucho. Pero ella no quería otra cosa que regresar a Ecuador. Entonces, yo prácticamente me sentí obligado a volver. Nuestros hijos se habían quedado en Ecuador después de que ella tuvo el incidente. No querían estar en Ecuador y solo deseaban estar en España (se habían mudado con nosotros a España cuando tenían tres y cinco años, así que prácticamente crecieron allí). Les tomó más de cinco años acostumbrarse a vivir en Ecuador, sentían que era fatal. (Fabián, comunicación grupal nro. 1, Loja, 2017)

Otras experiencias comunes que generaron crisis individuales y familiares fueron la graduación de los hijos que se habían quedado, su matrimonio y el nacimiento de los nietos. Nuria dijo:

Mi vida ya no tenía sentido. Mi hija se graduó en la universidad, se casó e iba a dar a luz a su primer hijo, mi único nieto. ¿Y yo? ¿Lejos? ¿Perdiéndome todos esos momentos? Estaba deprimida. Y ansiosa. Tuve que replanteármelo todo. Decidí migrar para estar con mi hija y mi nieto. (Nuria, comunicación personal, Nueva York, 2016)

Acontecimientos exógenos de la vida personal y familiar de los migrantes también promovieron crisis. El caso clásico en cuanto a migrantes ecuatorianos, como se mencionó anteriormente en el caso de Fabián, fue la crisis financiera mundial del 2008 que golpeó duramente a España y dejó a muchos desempleados. En Estados Unidos, la crisis financiera también fue severa, pero además de las repercusiones económicas, impactó gravemente las políticas migratorias —similar a lo ocurrido tras el ataque terrorista del 11 de septiembre del 2001 y la elección de Donald Trump como presidente en el 2017—, lo que provocó, no solo un recrudecimiento del ambiente antimigrante y xenófobo, sino también un aumento de los operativos de deportación y diversas limitaciones migratorias contra el ingreso y la reunificación familiar, que implicaron cambios en las políticas locales, estatales y fronterizas de vigilancia, detención y castigo. Por ejemplo, Jorge compartió:

Después del 11 de septiembre, recuerdo los cambios en las políticas migratorias y cómo nos afectaron. Mi padre no pudo renovar el carné de conducir, y eso fue lo que más afectó a la familia porque donde vivíamos teníamos que conducir; no era posible vivir sin carné. Antes, los turistas con pasaporte podían sacarse el carné si aprobaban el examen de conducción en Nueva York. Mis padres entonces habían podido sacarse el carné legalmente y aún lo tenían en vigor, pero cuando venció, y la ley había cambiado, tuvieron que seguir conduciendo con el carné vencido. Gracias a Dios que tenían un coche que habían comprado antes de ese cambio de ley y que podían

extender el seguro porque la compañía nunca les pidió el carné renovado. Pero, aun así, tenían miedo de conducir con el carné caducado. Tenían que estar siempre pendientes de la policía y tener mucho cuidado de no cometer una infracción al volante. Cuando cumplí dieciséis años, no pude aprender a conducir ni solicitar el carné porque no teníamos la residencia. Pero por trabajo, mi padre necesitaba conducir porque trabajaba en la construcción. Al principio, cuando acababa de llegar, iba a la acera de Main Street, donde recogían a los trabajadores para el día, pero una vez que empezó a hacerse una reputación porque era bueno en su trabajo, empezaron a contratarlo de forma independiente y lo buscaban. Mi madre trabajaba cuidando niños. Ambos pagaban impuestos, pero nunca tuvieron que mostrar una autorización de trabajo. Igualmente, siempre estaban preocupados y asustados por si se metían en problemas y nos deportaban. Los cambios desde el 11-S fueron una nueva fuente de estrés para la familia, porque a pesar de que nos iba bien en la escuela, teníamos una hermanita recién nacida, mi padre trabajaba bien y éramos felices como familia, nos estresaba que se anunciaran más cambios de política y que tuviéramos que regresar o hacer algo diferente para poder quedarnos aquí. (Jorge, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019)

La crisis económica mundial del 2008 afectó a la mayoría de los países, aunque a ritmos y tiempos diferentes. Muchos ecuatorianos que estaban en España o Italia, sobre todo los que ya llevaban varios años allí y habían logrado cierta movilidad económica, decidieron que era un buen momento para volver a Ecuador porque para entonces la economía de su país había crecido y aún parecía fuerte. Además, se habían puesto en marcha políticas de repatriación atractivas con incentivos fiscales, planes de jubilación y servicios sociales. Sin embargo, estas políticas no se aplicaron en su totalidad ni con fluidez y, poco después, la economía y el proyecto político de Ecuador empezaron a desmoronarse. Los migrantes retornados terminaron por encontrarse en situaciones peores de las que habían previsto, incluido su propio proceso de impacto

del retorno (que trataré más adelante). El caso de los padres de Yolanda ilustra esta experiencia común:

Mis padres se habían marchado debido a la crisis aquí en Ecuador. Pasaron apuros en España, pero lograron perseverar y estabilizarse económicamente. Pudieron ayudarnos a continuar nuestra educación e ir a la universidad, enviaban remesas y construyeron una casa aquí. Años más tarde, tuvieron que enfrentarse a otra crisis, pero en España, y perdieron sus trabajos allí. Podían haber intentado cobrar el paro porque eran residentes. Pero en lugar de eso, pensaron que era una oportunidad para volver. Habían cumplido sus objetivos y nos extrañaban mucho. Además, en aquel entonces, Correa [el presidente de Ecuador] ofrecía programas para facilitar la migración de retorno (les prometieron beneficios fiscales y de jubilación y otras cosas). Pero cuando regresaron, las cosas no fueron exactamente tan prometedoras ni fáciles. No podían encontrar trabajo, y los servicios que se suponía que estaban disponibles para los migrantes retornados no funcionaban realmente. Además, aquí la economía empezó a empeorar. Mis padres, y nosotros, empezamos a engordar porque todos estábamos preocupados de que nos fuera mal económicamente, y de que mi padre no podía llegar a fin de mes ni superar los problemas, por lo que estaba perdiendo todo lo que había podido lograr. En lugar de crecer, el castillo que había construido se estaba cayendo. No le iba bien, y todas estas preocupaciones lo hacían engordar. (Yolanda, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

En resumen, los migrantes activos y pasivos pasaron crisis provocadas por acontecimientos vitales endógenos o exógenos. Las crisis se desataron en distintos momentos de sus vidas, en muchas ocasiones después de ya haber superado procesos de duelo reflexivo, trauma migrante y estrés migratorio. Su estatus económico y migratorio influyó en su capacidad de acción, especialmente si su forma de afrontar las crisis era embarcarse en migración de retorno. Sin embargo, no fueron los principales determinantes de su capacidad para superar las crisis, que en cambio se basó

principalmente en su fortaleza psicológica y emocional individual y relacional, así como en su capital social y cultural y sus habilidades para aprovecharlo. Todos estos factores están relacionados con la resiliencia de los migrantes activos y pasivos, que se analizará tras la siguiente sección sobre el impacto del retorno.

Impacto del retorno

Definido como el estrés y el trauma resultantes de la readaptación familiar, sociocultural, política y económica que se produce cuando los migrantes activos regresan a su lugar de origen, el impacto del retorno fue un proceso de salud experimentado tanto por los retornados como por los migrantes pasivos con los que se reunieron (véase la Figura 2.6). Este proceso de salud podía surgir tanto en familias migrantes que decidían su retorno de forma deliberada y consensuada como en familias que se veían obligadas a regresar debido a crisis endógenas o exógenas, como problemas de salud, desempleo, cambio en las leyes migratorias o laborales y deportación. Cuando el retorno fue impuesto, el impacto del retorno fue usualmente más arduo. Sin embargo, muchos migrantes que habían vuelto a su país de origen voluntariamente atravesaron también graves procesos de impacto del retorno. Los siguientes casos ilustran cómo vivieron este proceso de salud los migrantes activos y pasivos.

Figura 2.6. Ilustración de impacto del retorno



Graciela habló del regreso de su marido, que llevaba trece años fuera intentando mantener económicamente a su familia:

Tuvo dos accidentes laborales. Volvió después del segundo. Y desde que está aquí, está deprimido. Se pasa el tiempo encerrado, llorando. También ha enfermado de las amígdalas y los riñones. Siente que migrar fue un fracaso. Mi hija sufrió mucho su partida, tuvimos que buscarle ayuda profesional. Y la madre de mi marido también sufrió, estaba muy triste y empezó a enfermarse a menudo. La familia se rompió y él cree que todo fue culpa suya. (Graciela, comunicación personal, Loja, 2016)

Jazmín, que emigró a España con sus padres y regresó sola a Ecuador para ir a la universidad, compartió su historia:

Hace tres años volví a Loja para estudiar arquitectura porque en España es muy caro seguir esa carrera, mi hermana estaba aquí (nunca había migrado) y mis padres ya estaban pensando en volver. Pero se

quedaron trabajando en España porque todavía no tenemos mucha estabilidad económica. Y ahora tengo la misma sensación que pienso que debió tener mi hermana cuando se quedó aquí sola. Porque vivo sola y tengo que cocinar, tengo que hacer de todo en la casa, y arquitectura es una carrera difícil, así que... no duermo nunca y, la verdad, a veces ni como. Mi hermana les dice a mis padres que regresen ya. ¡Acabaron quedándose en el extranjero por dieciocho años! Ella les dice que aquí podremos subsistir, de una u otra manera... Queremos que vuelvan porque es muy duro no poder compartir lo que te pasa con nadie, sobre todo, con tus padres. (Jazmín, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017)

Rocío volvió a Ecuador a los veintiséis años, había migrado a España con su familia a los trece años por una deuda familiar causada por la crisis económica que llevó a Ecuador a la política de dolarización, y regresó también por motivos económicos:

España estaba en crisis, mi padre perdió su trabajo y yo el mío. Nos vimos obligados a volver porque el dinero que teníamos no era suficiente para subsistir. Mi hermano mayor se quedó en España porque estaba casado y tenía un hijo. Volver fue duro. Teníamos una casa, que estaba bien, pero tuvimos que arreglarla, limpiarla, pintarla, arreglar cosas rotas. Los tres primeros meses aquí le rogaba a mi padre que volviéramos a España. Teníamos que dormir en el suelo, no teníamos intimidad porque las habitaciones estaban llenas de cosas. Nuestra casa era un desastre, y empecé salir con un muchacho, pero nos peleábamos, teníamos una relación mala, era fatal. También tenía problemas porque aquí no me reconocían mi título de auxiliar de enfermería, y tuve que luchar para que me lo convalidaran. No veía la luz al final del túnel, así que le decía a mi padre: “Me vuelvo a España, aquí no hay futuro”. Regresar a Ecuador fue realmente un gran impacto. Y para mi hermano pequeño fue aún peor. Vino aquí con dieciocho años y esperaba poder empezar a estudiar en la universidad. Además, se había ido de Ecuador cuando solo tenía cuatro años, así que se crio con otro ritmo, con un estilo de vida completamente diferente. Fue un impacto muy fuerte para él venir a vivir a este pueblo. Me dijo: “No viviré en un pueblo. Necesito vivir en una

ciudad, donde tengas más... donde la gente no esté pendiente de cada pequeña cosa que haces". Para mí fue difícil adaptarme a la cultura reservada de aquí. ¿Cómo explicarme? En la universidad, por ejemplo, tengo una forma de hablar muy directa, sin rodeos, y aquí he tenido que comerme mis palabras y morirme de rabia yo sola porque no puedo expresarme abiertamente. Además, aquí mis compañeros son como niños, los veo como niños, muy inmaduros. Realmente tengo que controlarme. Son cerrados de mente y dependientes de sus padres, aunque tengan edad suficiente para ser independientes. Por ejemplo, había una mujer joven que no hacía ni un viaje cercano porque su padre no se lo permitía. Los padres son muy posesivos, y los hijos no se atreven a enfrentarse a ellos, aunque ya sean adultos. Es como si no hubieran despertado. En la universidad, también fue chocante encontrar profesores que tienen métodos de enseñanza anticuados, son extremadamente estrictos y utilizan métodos de castigo severos. El otro problema es que los hombres son muy machistas y, en general, retrógrados. Piensan que a estas alturas ya debería estar casada, con hijos, y eso ha sido bastante deprimente.

Rocío también habló de cómo su padre atravesó el impacto del retorno:

Cuando nos fuimos a España, mi padre tenía un negocio aquí, una farmacia. Y como todo el mundo, dejó a un familiar a cargo del negocio, porque confiaba en ellos. Dejó a cargo a mis abuelos. Mi abuelo siempre ha sido un mujeriego, y le gusta aparentar que tiene más de lo que tiene, pero con dinero ajeno. A causa de la crisis, la farmacia estaba endeudada, por eso nos fuimos a España, para poder salvar el negocio. Pero mi abuelo era un irresponsable con las finanzas de la farmacia y agravó aún más el problema. Pues, cuando volvimos, mi padre estaba entusiasmado; pensó que podría resolver el conflicto con su padre, que se haría responsable y le devolvería el dinero. Pero no, mi abuelo rechazó la petición de mi padre. Le dijo: "Lo que prestaste, prestado está, no tengo ninguna deuda contigo". Entonces, mi padre demandó a sus padres, esperando que esto hiciera que su padre le devolviera la deuda. Pero no, no funcionó. No pagó. No hizo nada. Y ahora, todos están enfadados con mi padre porque los

denunció. Y claro, mi abuelo no distingue entre mi padre y nosotros, así que está enfadado con todos nosotros. Una vez lo llamé para ver cómo estaban porque mi abuela estaba enferma, y me dijo que para ellos estábamos todos muertos. Después, mis tíos y tías también cortaron relaciones con nosotros porque tenían problemas con mi hermano. [...] Así que ahora, hemos llegado a un punto en el que ya no nos importa. Nuestras puertas están abiertas, pero no vamos a dejar que nos maltraten.

Más adelante en la entrevista Rocío describió que tras su regreso se sentía triste, lloraba, no tenía ganas de hacer nada, no se sentía con fuerzas para seguir, se sentía nerviosa o ansiosa, se encerraba en sí misma y no compartía sus sentimientos para no explotar, tenía pensamientos repetitivos sobre la economía y a menudo se preguntaba: “¿Qué hubiera sido de mi vida si me hubiera quedado o hubiera vuelto a España?” (Rocío, comunicación personal, Santo Domingo, 2016).

Jackelyn comentó que el regreso de su familia a Ecuador también fue impactante:

Mi padre tuvo dificultades: al principio no encontraba trabajo. También había pensado que aquí, con todo lo que decían de que el país iba muy bien y de los programas para retornados, iba a poder tener un negocio o algo. Volvió lleno de expectativas, creyendo que iba a tener muchas oportunidades. Y ahora tenemos lo suficiente para estar bien, pero durante un tiempo fue un gran bajón. Tuvimos que cambiar completamente nuestro estilo de vida. En España nos habíamos acostumbrado a tener más posibilidades. Para mis padres, la vuelta fue como empezar de cero, otra vez. No sabían qué hacer ni cómo hacerlo. Esa fase duró mucho tiempo, y era como, vuelves con una idea y luego tienes que cambiarlo todo. Y sin ayuda. Seguimos luchando.

Jackelyn también expresó que para su madre y para ella también fue muy impactante porque se habían acostumbrado a estar en España y todos sus amigos estaban allí: “Estábamos tristes por irnos, y aquí llorábamos a menudo, sobre todo cuando nos

comunicábamos con nuestros amigos de allí y empezábamos a recordar. [...] Mi madre se deprimió y tuvo que tomar antidepresivos” (Jackelyn, comunicación personal, Santo Domingo, 2016). A Jackelyn, como a Rocío, también le costó mucho adaptarse al estilo de enseñanza en Ecuador, viniendo de Barcelona.

Las experiencias recopiladas a través de entrevistas personales y de grupo sobre el impacto que la migración de retorno produjo tanto en los migrantes activos como en los pasivos resonaron con los migrantes ecuatorianos encuestados que informaron sobre la salud de sus familiares y la suya propia tras el regreso. Por un lado, el 39 % de los retornados encuestados declararon haber sufrido cambios en su salud. Por otro lado, el 34,4 % de los migrantes pasivos informaron de que habían observado que la salud física y mental de sus familiares retornados había cambiado tras su regreso, y el 29,4 % de los migrantes pasivos informaron de que su propia salud física y mental había cambiado tras el regreso de sus familiares.

Estas estadísticas descriptivas apuntan al aspecto sanitario de la migración de retorno, que es solo una parte del impacto del retorno conceptualizado. Las entrevistas cualitativas personales y de grupo y los talleres comunitarios aportaron más textura a cómo se navega la migración de retorno. El impacto implica estrés y trauma, pero los síntomas no siempre se descifran o sienten como problemas de salud. Las conversaciones con los migrantes activos y pasivos, incluidos los retornados, pusieron esto de manifiesto muy claramente: a menos que los participantes hubieran padecido problemas de salud concretos, frecuentes o graves, hablarían del impacto de su retorno o el de sus familiares como algo anecdótico o preocupante, pero no como una afección médica o psicológica, especialmente cuando los obstáculos que se identificaron como causa de la tensión eran exógenos (las dificultades económicas son el principal ejemplo). Además, hubo una tendencia a subestimar las consecuencias de experimentar el impacto del retorno, que normalmente se codificaba como parte del proceso de acostumbrarse

a estar de vuelta y reunirse con la familia y los amigos tras varios años de vivir en el extranjero. Esta minimización se reflejó en la forma en que los migrantes activos y pasivos encuestados respondieron a las preguntas sobre la búsqueda de ayuda profesional cuando su salud o la de sus familiares empeoraba tras el retorno. De los migrantes retornados cuya salud empeoró, solo el 33 % buscó atención médica o psicológica, mientras que en el caso de los migrantes pasivos cuya propia salud empeoró tras el retorno de sus familiares, fue incluso menor (6 %). La proporción más alta se encontró en el caso de los migrantes retornados que se reunieron con sus familias, con un 83 % que declaró haber buscado atención profesional, una situación que se puede deducir que se debió a la presión de la familia para que se atendiera la salud debilitada de sus familiares. Otras razones por las que tanto los migrantes activos como los pasivos solían restar importancia al impacto del retorno pueden atribuirse al hecho de que todos ellos habían padecido los procesos de duelo reflexivo, estrés migratorio, trauma migrante activo o pasivo y crisis migrantes, por lo que el impacto del retorno se percibía como un proceso ya conocido. Además, cuando llegaron al punto de migración de retorno, tanto los migrantes activos como los pasivos eran más resilientes que antes para atravesar las dificultades que podían surgir con esta nueva etapa de sus vidas, como se explicará a continuación.

Resiliencia migrante desapercibida

El último proceso de salud que se analizará en este capítulo está relacionado con la fortaleza que migrantes activos y pasivos acumularon a medida que surcaban los anteriormente mencionados procesos de salud, así como los desafíos resultantes de las presiones económicas, socioculturales y psicológicas de la vida migrante. En lugar de señalar a este proceso simplemente como resiliencia (Turner y Simmons, 2006; Southwick et al., 2014; Bourbeau, 2015),

se lo conceptualizó como resiliencia migrante desapercibida porque, por un lado, tiene características propias a la experiencia de vivir como migrante activo o pasivo y, por otro, aunque los migrantes activos y pasivos eran notoriamente resilientes, solían no percibirlo, apropiarlo o celebrarlo. Por ende, se define como el fortalecimiento inadvertido que logran los migrantes activos y pasivos por haber superado con éxito dificultades o experiencias traumáticas relacionadas con los procesos migratorios (véase la Figura 2.7).

Figura 2.7. Ilustración de resiliencia migrante desapercibida



La investigación demostró que los migrantes activos y pasivos en general eran tenaces cuando se enfrentaban a los retos provocados por los procesos migratorios. Superaban situaciones difíciles en su vida cotidiana y se esforzaban por progresar. En la mayoría de los casos, alcanzaban sus metas y, con frecuencia, superaban sus propias expectativas. Al final, se hacían más fuertes tras experimentar acontecimientos arduos o traumáticos relacionados con la migración. Desde el punto de vista psicológico, eran resilientes, tenían “la capacidad de doblarse, pero no de romperse, de recuperarse y quizás incluso de crecer en caso de experiencias vitales adversas” y habían hecho “un esfuerzo consciente para avanzar de una manera positiva integrada y perspicaz como resultado de las lecciones aprendidas de una experiencia adversa” (Southwick et al., 2014, pp. 2 y 3). Sin embargo, los migrantes activos y pasivos no se consideraban resilientes. En algunos casos, reconocían que habían sido capaces de resistir y perseverar, pero no se sentían animados ni se enorgullecían por ello. En general, sentían que su sacrificio era desproporcional a lo que habían logrado a través de la migración, y percibían una gran vulnerabilidad e inestabilidad. Como expresó Jorge, que había atravesado y superado con éxito muchas situaciones complejas como familia migrante en situación irregular en Estados Unidos durante varios años:

Si me preguntan qué palabras me describen, no pienso en fuerte o resistente... mmm, en lugar de eso pienso en perseverante y creativo, porque creo que para poder seguir adelante uno tiene que ser creativo en la forma en que... como a veces, todo el mundo te dice “no”, así que uno tiene que encontrar la forma de seguir adelante. ¿Fuerte? Bueno, supongo que... sí, pero, no, en realidad no pienso en mí de esa manera. Creo que es muy difícil describirse a uno mismo como fuerte porque uno sigue teniendo la sensación de que todo puede salir bien o no. [...] Vivimos en una situación tan delicada, tan vulnerable, que me resulta difícil decir: “¡Oh! Soy fuerte porque voy a seguir manteniendo la lucha”, porque algo puede pasar, algo puede salir mal y,

por eso, no, no me siento una persona fuerte. Espero serlo en el futuro. (Jorge, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019)

La dinámica contradictoria de ser resiliente, pero no reconocerlo, fue encontrada en migrantes activos y pasivos, independientemente del grado de éxito que hubieran alcanzado. Es decir, la resiliencia pasaba inadvertida y era menospreciada por una serie de migrantes, desde los que aún luchaban por lograr subsistir día a día hasta los que ya habían asegurado estabilidad y crecimiento económico y alcanzado o superado sus metas de bienestar personal y familiar. La combinación de la volatilidad sistémica (o la amenaza de esta), tanto en los países de origen como de destino, con las cicatrices dejadas por la migración anulaba la capacidad de los migrantes activos y pasivos para valorar su propia resiliencia. A pesar de que ignoraban su resiliencia, algunos migrantes demostraban ser conscientes de cómo habían conseguido superar los diversos obstáculos que habían encontrado en el camino y así perseverar en sus esfuerzos personales y familiares para prosperar como migrantes activos o pasivos; o, en otras palabras, cómo habían atravesado el “proceso para aprovechar los recursos con el fin de mantener el bienestar” y “un sentido de esperanza de que la vida sí tiene sentido, a pesar del caos, la brutalidad, el estrés, la preocupación o la desesperación”, es decir, cómo habían sido resilientes (Southwick et al., 2014, p. 5, p. 6). Las entrevistas personales y de grupo y los talleres revelaron este proceso. Leonardo, un migrante activo que también estuvo en situación irregular durante varios años en Estados Unidos, por ejemplo, dio una respuesta detallada:

Para mí fue muy importante no dejarme arrastrar por las leyendas urbanas: es decir, cuando te dicen que *no puedes*, debes confiar en que, en realidad, *sí puedes*. Que ¡sí!, hay una manera de conseguirlo. Si te dicen que *no*, debes insistir, insistir e insistir porque Sí, hay posibilidad. Los migrantes no pueden dejarse llevar por el *no*, porque siempre hay una manera de hacerlo [su énfasis]. También debemos ser positivos y mantenernos positivos. [...] Es importante que

busquemos grupos de apoyo para cosas prácticas como la salud, los derechos, la educación, etcétera, así como para cuestiones personales y emocionales.

Debemos valorarnos a nosotros mismos. Debemos valorarnos para poder estar mejor emocionalmente, porque, si no, uno se deja ir por el caño. Un ejemplo de esto es cuánto nos pagan, porque es una de las cosas que nos deprimen. Por eso, cuando nos dicen que no valemos nada, tenemos que ser nosotros los que les digamos lo que realmente valemos, ¡y cuánto nos deberían pagar por nuestro trabajo! En cuanto a la salud, no debemos esperar a estar enfermos. Debemos prevenir las enfermedades y ocuparnos proactivamente de nuestra salud. Debemos estar abiertos a recibir ayuda, especialmente apoyo psicológico.

Personalmente, pude salir adelante porque tenía buenas amistades y buenos familiares (pero no todos son solidarios, así que, si no lo son, ¡no te acerques a ellos!) Uno debe buscar y seleccionar bien sus pilares emocionales y morales porque si no... [...] Hasta hoy conozco gente que me dice: “No, no puedes hacerlo ahora, ya perdiste tal o cual oportunidad”. Pero siempre he sabido encontrar a la persona adecuada que me ha dicho: “Tú no eres así, no te rindas, ¡sigue y pregunta por ahí!”. Y esas personas son los amigos con los que uno debe contar. Y aunque no tienes que evitar por completo a las personas negativas, debes intentar no verlas con demasiada frecuencia; es decir, ¡no te desvíes de tu camino para estar con personas negativas! No estar en contacto frecuente con la negatividad es la clave. Y ser optimista no es lo mismo que ser ingenuo. Hay que aprender de las experiencias; además, hay que ser comprensivo y constructivo en lugar de aferrarse a los rencores. Es importante aprender de los desacuerdos y los conflictos. Siempre he intentado aprender a explicarme mejor y evitar ofenderme u obsesionarme con algo o alguna actitud determinada. Otra cosa ha sido no ver las cosas como un fracaso. En lugar de eso, hay que verlas como oportunidades para cambiar, crear nuevas metas y pensar en cómo lograrlas.

También me he apoyado siempre en modelos a seguir: mi padre fue uno, mi madre otro. Pilares, fuertes pilares míos. No eran perfectos,

pero eso es ser un buen modelo: a pesar de las imperfecciones, poder inspirar a los otros. También fue muy positivo involucrarme en la comunidad, hacer trabajo voluntario. Por ejemplo, siempre trabajé limpiando casas, y con eso pude pagarme la universidad. Pero, mientras tanto, hacía voluntariado y encontraba nuevas oportunidades, conocía gente nueva, creaba redes. Y lo más importante: saber quién eres, cómo te identificas. De ese modo, no pueden enmarcarte desde fuera. Tienes que saber quién eres y decirlo en voz alta, con tu propia historia, tus propios relatos, para respaldarlo, para poder expresar por qué tienes esa personalidad. (Leonardo, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019)

Otros migrantes compartieron sólidos procesos de resiliencia, aunque cimentados en menos aspectos de los que articuló Leonardo. Coincidían en recalcar la importancia de poder apoyarse en familiares, establecer relaciones fructíferas con mentores en la escuela o en el trabajo y desarrollar su propia autonomía e iniciativa mientras recreaban y reafirmaban su sentido propio y sus metas de vida personal o familiar. Cecilia fue primero una migrante pasiva tras la marcha de su padre a Estados Unidos, de su madre a otra ciudad de Ecuador y, más tarde, de su abuela, que la había criado, también a Estados Unidos; y luego, a los trece años se convirtió en una migrante activa regular después de que su padre obtuviera la custodia tras la muerte de su madre. Cecilia reflexionó sobre su proceso de resiliencia, el cual refleja las experiencias de muchos otros jóvenes migrantes activos:

Había aprendido desde muy pequeña que, si me portaba bien, tenía una casa en la que vivir, pero si me portaba mal, no. Esto sucedió cuando empecé a vivir de nuevo con mi madre, porque me había criado con mi abuela desde que era un bebé y siempre había pensado que *ella* era mi madre [su énfasis]. Entonces, aunque sabía que mi madre era mi verdadera madre, también sabía que tenía que ganarme su amor; que tenía que ganarme el amor de los que me cuidaban. Así que, cuando llegué a Estados Unidos, estaba segura de que tenía que ganarme el afecto de la gente que estaba conmigo para demostrarles

que era digna de quedarme con ellos; tal vez tenía eso en mente por las muchas veces que había pasado por cambios familiares. Entonces, al principio, cuando llegué a Nueva York con mi padre, al que no conocía mucho, fue un impacto conocer a mi madrastra (¡que ni siquiera sabía que existía!). Pero hice todo lo posible por llevarme bien y ser cariñosa. Cuando mi madrastra enfermó —tenía cáncer—, prácticamente fui yo quien cuidó de ella; la llevé a todas sus citas, a la radioterapia, etcétera, porque mi padre tenía que viajar. Y lo hice porque internamente siempre había sabido que tenía que portarme bien. La experiencia nos unió más y, con el tiempo, ella se convirtió en uno de mis principales pilares aquí.

Pero lo que realmente me ayudó a superar el impacto de mudarme de Ecuador —porque el primer año fue horrible: todos los días me acostaba llorando, incontrolablemente, hasta la una, dos, tres de la mañana, hasta que me dormía; y en seis meses más o menos, perdí como treinta libras; extrañaba terriblemente a mi abuela y solo quería estar de vuelta en Ecuador; me sentía... vacía— fue la escuela. La escuela era muy, muy mala, pero allí podía distraerme de mis problemas. Además, un año después, conocí a una profesora que con el tiempo se convirtió como en una madre para mí, fue mi primera mentora, y gracias a ella pude salir adelante, terminar la escuela e ir a la universidad.

A los catorce años también empecé a trabajar, así que me mantenía ocupada: iba al colegio y me quedaba hasta tarde haciendo actividades extraescolares y, luego, me iba a trabajar para pasar el menor tiempo posible en casa. También trabajaba los fines de semana. Me gustaba distraerme con cosas que no eran mis problemas; era como no darles demasiada importancia a mis propios problemas... porque, ¿cómo decirlo?, en mi cabeza, sentía que había un lado muy oscuro que quería evitar, así que, para hacerlo, siempre sentía que tenía que concentrarme en otra cosa, en el trabajo o en la escuela. [...] Más adelante, hice lo mismo cuando entré en la universidad, básicamente me pasaba todo el día hasta altas horas de la noche y los fines de semana estudiando o trabajando fuera de casa.

Pero, de todos modos, lo que más me ayudó fue la ayuda de mis mentores. Mi profesora de secundaria fue la que me hizo dar cuenta de que era capaz, de que lo iba a conseguir, de que podía ir a la universidad en vez de a un colegio comunitario... de que podía solicitar una beca. Ella fue quien me enseñó que los mentores son como piezas de la caja de herramientas de uno. Y aprendí que, si estaba en un entorno diferente, tenía que buscar a alguien que me ayudara a ser lo mejor que pudiera en ese lugar. Pero también aprendí que la relación es mutua, es decir, que no se trata solo de establecer contactos o de dar nombres, sino de construir una relación en la que me sienta 100 % cómoda para pedir ayuda.

También busqué establecer relaciones íntimas que me ayudaran a seguir adelante. Por ejemplo, mi primer novio era el mejor estudiante de mi escuela, así que me ayudó mucho. Y en la universidad, también tuve un novio que era muy aplicado; y ahora, mi novio actual, al que conocí en la facultad de Derecho, también es muy trabajador y me ayudó mucho; así que, sí, siempre vi a mis novios con buenos ojos, y eso me ayudó a seguir adelante.

Creo que para mí ha sido muy importante estudiar, es decir, sumergirme en lo que me gusta hacer. Y esa es la clave para que nosotros, los migrantes, podamos avanzar: dedicarnos a las cosas positivas que nos gustan, sean lo que sean, estudio, libros, religión... porque yo tenía muchos amigos que se metían en cosas que no eran positivas y ya no podían salir. Mi estrategia era esa, enfocarme al 100 % en algo positivo. (Cecilia, comunicación personal, Nueva York, 2018)

Concentrarse en los estudios fue un tema común en el proceso de resiliencia de los jóvenes migrantes activos. Diana, cuyos padres emigraron a Estados Unidos, donde ella nació, pero más tarde regresaron a Ecuador y, al cabo de unos años, decidieron migrar de nuevo a Estados Unidos, también se orientó a estudiar y utilizó la estrategia de pasar tiempo fuera de casa para evitar malos sentimientos:

Cuando volvimos a Estados Unidos, nos mudamos a Nueva Jersey, y allí, en la escuela a la que fui, nadie hablaba en español y toda la enseñanza era en inglés. Y me asusté porque no estaba acostumbrada a tener malas notas (¡en Ecuador era una estudiante excelente!), así que tener malas notas por culpa del idioma me perjudicó. Pensaba que era estúpida. Antes era inteligente, y luego, ¡estúpida! Me preguntaba qué me había pasado. ¡Incluso querían ponerme en un curso inferior! Y yo decía: “No, no, no, si me vuelven a poner en séptimo grado, ¡me mudaré!”. Así que insistí tanto que me asignaron a una clase de octavo grado. Más adelante, nos mudamos al Bronx y allí fui a una escuela en la que me sentía muy mal. Había otros estudiantes que se burlaban de mí porque no sabía inglés. Me acosaban constantemente. Así que me negué a seguir yendo a esa escuela, ¡era muy cabeza dura! Si es no, ¡es no! Me enteré de que una amiga mía había ido a una escuela que acababan de abrir que se llamaba Bronx International High School y a ella le encantaba porque era solo para estudiantes migrantes que llevaban menos de un año en Estados Unidos, así que enseñaban inglés a la vez que todas las demás asignaturas. Así que me cambié a esa escuela y empecé a aprender el idioma, y así empezaron a mejorar mis notas porque no nos castigaban por no hablar bien en inglés. Poco a poco fui mejorando. Además, como éramos migrantes de todas partes del mundo, hablábamos inglés entre nosotros y también nos ayudábamos. Además de la escuela, lo que me ayudó mucho fue leer. Siempre me había gustado leer. Solía ir a la biblioteca y leer los libros para bebés y niños pequeños para aprender el idioma y, además, ¡disfrutaba leyéndolos!

Entrevistadora: ¿Alguien te recomendó que lo hicieras como una buena estrategia de aprendizaje?

No, me las arreglé sola porque me encantaba leer. Otra cosa que me ayudó fue que mi primo pequeño veía dibujos animados y había uno que le gustaba mucho, así que lo veía una y otra vez. Me aprendí todas las canciones de memoria.

También estaba decidida a poder valerme por mí misma, a ser independiente. [...] Entonces, me centré en la escuela. Mucho. Demasiado. No me gustaba estar en casa, así que iba al colegio desde la mañana

hasta por la tarde, luego iba a programas extraescolares y volvía sobre las nueve o diez de la noche y me iba directamente a la cama. Intentaba estar lo menos posible en casa. No me gustaba estar allí.

En uno de los programas extraescolares, hice un curso de robótica en la Universidad de Columbia. [...] y decidí que quería ser ingeniera. Me gradué de la secundaria con notas sobresalientes y fui a la universidad fuera del Estado. Fui a Pensilvania, tenía una beca. Y allí empecé a estudiar Ingeniería desde el principio. ¡Pero fue un error! [risas] Los primeros años fueron muy duros, porque todos los demás estudiantes venían de escuelas privadas o de los mejores colegios de las afueras, donde habían estudiado cálculo, física y química a nivel universitario, pero yo no. Después de un año y medio de estudiar mucho no lograba mejorar, entonces decidí tomarme un tiempo libre para volver a empezar. Fui a tomar clases a un colegio comunitario en los semestres intermedios de primavera y verano para reforzar mis bases, ¡y me gasté todos mis ahorros! Los fines de semana trabajaba en un restaurante. Luego volví a la universidad para seguir con la carrera de Ingeniería, pero cambié de enfoque porque había entrado con la idea de hacer Ingeniería Eléctrica o Mecánica y decidí seguir con Ingeniería Civil porque desde que había empezado la universidad había formado parte de un grupo llamado Ingenieros Sin Fronteras. Habíamos ido varias veces a Honduras para instalar un sistema de agua potable. Al principio trabajaba como traductora, pero después ayudé a diseñar el sistema y me interesé por los proyectos civiles porque tenían un impacto en la comunidad. [...] Me licencié en Ingeniería y, en el último semestre, empecé a trabajar como pasante en Turner Construction, una de las mayores empresas de construcción en Nueva York. (Diana, comunicación personal, Nueva York, 2019)

Los migrantes activos que ya habían pasado sus años de escolarización al llegar hablaron de concentrarse en el trabajo no solo para satisfacer sus necesidades y objetivos económicos, sino también para encontrar consuelo y distracción. Hugo, por ejemplo, explicó:

Trabajaba todo el día y por la noche. Tenía dos empleos y un trabajo de fin de semana. Necesitaba el dinero, por supuesto, para lograr

vivir en Nueva York, y quería ganar lo suficiente para pagar la deuda que tenía y ayudar a mi familia. Pero también trabajaba todo el tiempo porque así me mantenía ocupado y sentía menos la soledad y la tristeza. Trabajar tanto me ayudó a perseverar y a salir adelante económica y emocionalmente. (Hugo, comunicación personal, Nueva York, 2019)

Matías también compartió sus observaciones sobre el excesivo tiempo dedicado al trabajo a partir de sus experiencias como director de empresa:

Había gente en nuestra empresa familiar que trabajaba unas ochenta o noventa horas a la semana. Eran zombies. Realmente, los mirabas y veías zombies. Así que decidí hacer un cambio porque había aprendido que cuanto mejor es la calidad de vida de los trabajadores, mayor es su productividad. No era saludable ni para ellos ni para la empresa. Pero, cuando apliqué la política de menos horas por el mismo sueldo, encontré resistencia. Estaban molestos, aunque estaba claro que no perdían dinero. Había trabajadores que me llamaban durante sus días libres o el fin de semana y me decían: “No sé qué hacer, nunca he tenido un día libre, no sé qué hacer conmigo mismo, me estoy volviendo loco”. Y esto era peor con los trabajadores que no tenían familia. Eran los que menos sabían qué hacer con el tiempo libre, porque toda su vida se centraba en su trabajo. Sus trabajos eran trabajos y pasatiempos. Trabajar era todo para ellos, así que cuando tenían tiempo libre, no sabían qué hacer, y no tener nada que hacer los hacía sentirse deprimidos. Fue entonces cuando empezaron a sentir nostalgia, cuando empezaron a darse cuenta de lo que les estaba pasando. Y los trabajadores que tenían familia aquí también estaban perdidos en cuanto a su tiempo libre, era como si fuera demasiado tarde para volver a conectar con sus hijos, a los que habían dejado solos sistemáticamente porque habían estado trabajando y trabajando y trabajando. Así que mi propuesta de reducir el número de horas de trabajo para mejorar su calidad de vida y, en última instancia, la productividad del negocio solo generó desaprobación, resistencia y negatividad. Me di cuenta de que los migrantes crean autoempleo, no negocios. Es decir, si intentan crear su propio

negocio, lo hacen porque quieren ser autónomos para siempre, no estar a merced de otro. Pero no se dan cuenta de que pueden bajar el ritmo y seguir siendo solventes. Trabajar es su manera de sentirse útiles. Trabajar es la respuesta a todo. Y, al final, cuando se dan cuenta de que han pasado tanto tiempo trabajando que no tienen otra forma de vivir, a veces es demasiado tarde. (Matías, comunicación personal, Nueva York, 2019)

Las experiencias de Diana y Hugo también apuntan a otro aspecto de los procesos de resiliencia que los migrantes mencionaban usualmente y que condujo a la conceptualización del mecanismo de afrontamiento llamado metas transgeneracionales, el cual se analiza ampliamente en el siguiente capítulo. Los migrantes activos articulaban claramente que una de sus principales motivaciones para esforzarse por salir adelante era el “sacrificio” que sus familias habían hecho por su “bienestar” (Jorge, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019); “el deseo de volver para estar con mi familia y disfrutar de la vida y del bienestar que habíamos creado” (Luis y Camila, comunicación personal con padre e hija, 2016, Loja). Los migrantes pasivos, como Olivia, afirmaban algo similar:

Para que pudiéramos soportar la presión de estar separados de nuestros padres, teníamos que entender el sacrificio que ellos hacían por todos nosotros. Entonces era importante darles a nuestros padres la alegría de que nos iba bien, de que crecíamos bien, de que íbamos a ser buenas personas, buenos profesionales, de que íbamos a construir un hogar con valores y principios. Esforzarnos para lograr todo eso, y lograrlo, nos ayudó a superar las dificultades, a olvidar las penurias del pasado y a construir una nueva vida con mejores perspectivas para el futuro. (Olivia, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

Del mismo modo se expresó Lara, otra migrante pasiva:

Primero, nos separamos de nuestros padres cuando teníamos once años aquí mismo en Ecuador, para poder estudiar e ir a la escuela y unos años después ellos migraron a España. Fue muy difícil, porque tuvimos que hacernos cargo de todo nosotros solos, sin la ayuda de

nuestros padres. Las llamadas telefónicas eran escasas —no es que nos estuvieran llamando todo el tiempo— y no era lo mismo que tenerlos presentes, aunque fuera para ayudarte a hacer los deberes, ir a las reuniones de padres y profesores o cuidarte cuando estabas enferma. Para nosotras, cuando una de las dos se enfermaba, teníamos que convertirnos en la mamá y cuidarnos la una a la otra. Pero, como ha dicho otra persona, al final esas dificultades se superan. Tuvimos que adaptarnos a esa forma de vida porque era la única manera de salir adelante, porque nuestros padres tampoco podían dejar sus trabajos. Y creo que, de alguna manera, también dependiendo de la personalidad de cada uno, uno se hace más fuerte, más responsable y aprende a valorar y a tomar buenas decisiones. [...] Fuimos capaces de adaptarnos a lo que pasó entendiendo que eran procesos que nos ayudarían a salir adelante y ahora somos quienes somos porque fuimos capaces de afrontar esas circunstancias. Ahora que podemos volver a estar con nuestros padres simplemente estamos recuperando el tiempo perdido. (Lara, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

Brenda, migrante retornada de España, explicó cómo habían podido superar los retos que enfrentaron como migrantes activos:

Creo que lo que nos ayudó a todos fue que teníamos un objetivo fijo, así que... en realidad tampoco teníamos alternativa porque nos habíamos ido y estábamos endeudados y, pasara lo que pasara, teníamos que trabajar y seguir adelante. Pues, yo observaría, uno está haciendo trabajos que no le gustan, con los que nunca soñó, y dice: “Bueno, esto es lo que es, y tengo que hacerlo, porque puedo y porque soy digna”. Y hay que tener el sentido de ser respetuoso con los demás y con uno mismo. Para mí eso era muy importante, hacer los trabajos que me tocaba hacer respetuosamente, lo que ayudaba a que los demás confiaran en mí, lo que a su vez me fortalecía porque veía que empezaban a valorarme y, más tarde, empezaban a recomendarme como buena trabajadora. Así les demostramos que éramos buenas personas, responsables, buenos trabajadores, que éramos personas valiosas. Que éramos honrados y dignos de confianza. Eso nos abrió las puertas en todas partes. (Brenda, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017)

En línea con Brenda, Gastón, que también migró a España y regresó, dijo: “Aprendimos mucho. Lo bueno y lo malo. Pero tuvimos la sabiduría suficiente para tomar las decisiones correctas. Y ser respetuosos y, además, hacer las cosas bien” (Gastón, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017). Marco, quien pasó varios años trabajando por toda España y había regresado recientemente a Ecuador, enfatizó: “Uno aprende a no pretender ser alguien que uno no es. A ser humilde, pero decidido. A ser honesto y directo” (Marco, comunicación grupal nro. 6, Santo Domingo, 2017). Los migrantes activos y retornados coincidieron en que para avanzar habían tomado conciencia tanto de sus propias normas y hábitos culturales (cómo eran percibidos por los demás y cómo encajaban o no con la cultura dominante en el lugar de destino), como de las del lugar al que habían migrado. Para algunos, este proceso de aprendizaje y desaprendizaje cultural era más conflictivo y difícil que para otros, pero todos eran conscientes del importante papel que desempeñaba en sus propios esfuerzos por superar los retos de la migración de ida y vuelta y avanzar en sus objetivos personales y familiares. Por ejemplo, Simón, que se fue a España y después de varios años regresó a Ecuador, comentó:

Traemos nuestra cultura con nosotros y, a veces, no es apropiada. Aquí la gente piensa, por ejemplo, que si tiene un título universitario es mejor que los demás, y no se molesta en saludar a los que cree que están por debajo de ellos, cosa que no encontré cuando estuve en España, donde traté con personas muy ricas e importantes que eran humildes y sencillas. O, por ejemplo, aquí en Ecuador la cultura es muy machista. Pero no es lo mismo en España, donde el feminismo es más fuerte. Y uno tiene que aprender de esas diferencias para ser mejor, para ser respetuoso y respetado, y para salir adelante, aunque sea difícil. (Simón, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017)

Antonia, también migrante retornada de España, se mostró de acuerdo, subrayando: “Cuando volvemos, volvemos con nuevas ideas, con otros fundamentos, y nos chocamos con lo que antes

nos parecía aceptable, y a la gente de aquí también le chocan nuestras nuevas costumbres y exigencias, por lo que es difícil estar de acuerdo o satisfecho” (Antonia, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017). Varios retornados se mostraron particularmente insatisfechos con los funcionarios públicos a quienes consideraron “irrespetuosos y despectivos con las necesidades de uno” (Pamela, comunicación grupal nro. 1, Loja, 2017) y, si tenían hijos que regresaron a la escuela, expresaron su decepción por cómo habían sido maltratados por los maestros:

Quando volvimos, fue un nuevo reto acostumbrarnos a lo que aquí se aceptaba como apropiado en la escuela. Aquí había profesores que me decían que no querían a mis hijos en sus clases porque eran demasiado informales con ellos y los cuestionaban. Y tuve que explicarles que su forma de tratarlos no era una muestra de falta de respeto sino simplemente de costumbre —que la forma en que se comportaban era como lo habían aprendido en España— y les aseguré que mis hijos estaban bien educados y tenían buenos modales, que eran buenos estudiantes. Insistí en que, al final, son los padres los que enseñan a los hijos a ser buenas personas y que yo garantizaba que les había enseñado bien. Algunos profesores lo entendieron, pero otros no, y tuvimos suerte de que el peor se jubilara. Creo que los profesores que tienen migrantes retornados como alumnos tienen que ser más sensibles a lo duro que es para ellos haber migrado dos veces, ¡de ida y vuelta! Mis hijos, a pesar de los cambios y los obstáculos, perseveraron y al final les fue bien, pero fue un gran reto. (Nancy, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017)

Rocío, que fue migrante activa en España, donde cursó sus estudios secundarios, y había regresado recientemente a Ecuador, compartió:

Es importante tener espacio y tiempo porque lo necesitas, lo necesitas porque cada cultura tiene sus costumbres, y de una manera u otra, aunque uno sea ecuatoriano, tomó las costumbres de allá y no es lo mismo. Aquí tuve que readaptarme a hablar de una manera

más respetuosa, a recuperar la sensibilidad con la gente, a no ser tan directa. Porque yo soy muy directa, y me había acostumbrado a los hábitos de España, porque había pasado toda mi juventud allí y me había acostumbrado mucho a que, allí, tú vas y dices lo que piensas, y lo dices de una manera directa, o sea, no te vas por las ramas. Y claro, aquí, la gente se ofende y se molesta, se toman las cosas a mal. Así que, sí, algo que es muy importante hacer es tomarse tiempo para uno mismo para, primero, adaptarse al lugar y, luego, adaptarse a la hora de interactuar con otras personas. En mi caso, primero, me quedé un tiempo en casa y me acostumbré a estar en Ecuador con gente más cercana y, después, salí de casa. Porque si no lo haces así, es imposible. Cuando fui a España me pasó exactamente lo contrario. Cuando llegué, empecé el colegio enseguida, me fui a vivir con mis tíos, que tenían un estilo de vida completamente diferente al nuestro porque llevaban mucho tiempo viviendo en España. En el colegio me preguntaba: “¿Dónde estoy? ¿En qué zona horaria estoy?”. Lo pasé muy mal. Lo pasé muy mal. (Rocío, comunicación personal, Santo Domingo, 2016)

Ryan, que surcó el impacto del retorno tras pasar varios años en España, habló de cómo lo superó:

Mi familia, mis tíos y mis amigos me ayudaron a integrarme. Pero fue difícil, sobre todo al principio. No tenía ganas de hacer nada, estaba triste. Pero me decía: “¡Vamos! ¡Disfruta! Sé positivo”. Al principio no funcionaba, pero poco a poco mejoró. Siempre me he considerado una persona fuerte: puedo estar triste o llorar, pero enseguida me digo: “¡Basta! A ver... Debo salir de esto. Esto debe pasar, debo seguir adelante. Sé positivo”. Así que busco algo que hacer. Me distraigo con algo, de alguna manera. Trato de no pensar en lo que me hace sentir mal. Y ahora, estoy súper adaptado. [...] Volver también me ayudó a darme cuenta de que tenía que ser más ambicioso y menos conformista. [...] Al final, de las dificultades saqué algo positivo. (Ryan, comunicación personal, Santo Domingo, 2016)

Las amistades también eran relevantes y solían estar presentes en los procesos de resiliencia de los jóvenes migrantes activos. Por ejemplo, Lesly me dijo:

La escuela me ayudó y, allí, conocí a una amiga. Y estaba con ella como todo el tiempo. Iba a la escuela y luego iba a su casa, y allí estaba su madre y yo sentía que era como mi madre y veía a mi amiga como mi hermana. Así que todo eso me hacía sentir mejor. Y también me ayudaron a quedarme en la escuela, me animaron a seguir estudiando. Esa amistad me ayudó a salir de la tristeza que sentía cuando estaba en mi casa. Ellas también eran ecuatorianas, de la misma zona, y sentían afecto por mí, la madre también, así que me sentía bien cuando estaba con ellas. [...] También me motivaba terminar el bachillerato porque esa había sido una ambición en mi familia, y aunque mi padre fuera denigrante con nosotros y su familia nunca creyera en mis hermanos y en mí, yo no me rendía. Al contrario, me hice más fuerte para demostrarles que estaban equivocados. Mi empuje era demostrarles que iba a ser capaz de perseverar, de hacer algo bueno con mi vida o de ser alguien en este país. [...] También busqué apoyo fuera de mi familia, como con noviazgos, aunque eso no siempre funcionó bien. [...] Otra cosa que me ayudó a seguir adelante fue involucrarme en la iglesia porque allí había gente que se preocupaba por mí, aunque no fueran íntimos, seguían interesándose por mi bienestar y eso me ayudó. (Lesly, comunicación personal, Nueva York, 2019)

Por su parte, Luciano, migrante retornado de España, dijo:

Pude afrontar la vuelta sobre todo haciendo nuevos amigos. Al principio, me quedaba dentro de casa, pensando (y echando de menos) a todos mis amigos de Madrid. Y si no hubiera conseguido salir y conocer nuevos amigos, no lo hubiera podido superar. Así que creo que es muy importante salir y explorar, explorar y explorar. Por eso elegí estudiar Hotelería y Turismo, para poder viajar y deambular. [...] Hay que poner mucho de uno mismo, hay que tener la voluntad de crecer y adaptarse. [...] Mis padres se habían fijado sus propias metas, y sus esfuerzos, a pesar de los sacrificios, dieron sus frutos. Nunca los he

oído decir que se arrepintieran de su decisión de migrar. Pudieron conocer otros lugares y tuvieron sus buenos momentos. Es muy importante saber lo que uno quiere y tener una idea de cómo va a intentar conseguirlo. Hay que seguir luchando, adaptarse cuando sea necesario y seguir adelante. (Luciano, comunicación personal, Santo Domingo, 2017)

Al analizar los procesos de resiliencia atravesados por migrantes activos y pasivos, descubrimos que, basándose en su fuerza interior fundamental, soportaron el trauma migrante y el estrés migratorio principalmente reflexionando sobre sus condiciones pasadas y actuales y teniendo en mente un propósito claro y significativo con vistas al futuro. Esto les permitió, por un lado, identificar los obstáculos y encontrar formas de superarlos y, por otro, reafirmar su sentido de ser y los motivos para salir adelante. La familia y la comunidad eran espacios críticos, que proporcionaban retroalimentación tanto positiva como negativa al proceso. La familia podía ser el elemento clave que mantener a los migrantes animados y dispuestos a persistir proporcionándoles apoyo emocional y capital social, cultural y económico. Cuando esto ocurría, los objetivos familiares transgeneracionales compartidos funcionaban como una luz de guía. Por el contrario, la familia también podía ser fuente de conflicto, desánimo y descontento. Entonces, los migrantes intentaban evitar el contacto o minimizar las interacciones para mantenerse alejados de relaciones abusivas o tóxicas. Del mismo modo, miembros de la comunidad como vecinos y maestros también podían ser favorables al crecimiento de los migrantes al proporcionarles un trato justo, ofrecerles oportunidades, aliento y apoyo o, en el extremo opuesto del espectro, perjudiciales para el desarrollo de los migrantes al ser explotadores, discriminatorios, minimizadores y desmoralizadores. Los migrantes buscaban la compañía y la ayuda de los miembros de la comunidad que los ayudaban o intentaban eludir a los que los obstruían. Sin embargo, cuando se trataba de empleadores, los migrantes activos eran

menos capaces de evitar los abusos, especialmente si su situación era irregular. No obstante, seguían esforzándose por encontrar mejores empleadores o situaciones laborales que promovieran su bienestar.

Una de las prácticas más típicas de los migrantes para eludir sentimientos y situaciones adversas era concentrarse en otra cosa: los migrantes más jóvenes tendían a centrarse en estudiar, mientras que los mayores se dedicaban a trabajar. En muchas ocasiones, este cambio de atención se realizaba de una forma que parecía extrema, pero lo que podría tomarse como una sobrecompensación no hacía sino corresponder al dolor y los problemas que los migrantes estaban atravesando. Este desvío destinado a escapar del malestar se basaba en su fuerte pulsión por sobrevivir. Pero el empuje más allá del aguante, es decir, los esfuerzos de los migrantes por prosperar, se fundaban en sus metas migratorias. Para prosperar, la reflexividad y la intencionalidad relacional y laboral de los migrantes se combinaban con la plasticidad y el ingenio personal, familiar, social y cultural. Los migrantes eran flexibles con respecto a sí mismos a medida que se adaptaban a las circunstancias que ponían a prueba su carácter y sus preferencias, de modo que, sin sacrificar su esencia, se amoldaban en torno a las contingencias. También se ajustaban a reconfiguraciones familiares de diversos tipos, y social y culturalmente, aprendían y desaprendían costumbres y normas de interacción. En conjunto, los migrantes lograban restaurar y fortalecer su autoestima, regenerar su identidad y solidificar su proyecto de vida y, a pesar de que no se consideraban a sí mismos resilientes, claramente lo eran.

En resumen, este capítulo demostró como la migración planteó serios retos que generaron varios procesos de salud, incluidos el duelo reflexivo, el trauma migrante activo y pasivo, el estrés migratorio, los disparadores de crisis migrantes y el impacto del retorno. Migrantes activos y pasivos atravesaron estos procesos de salud de diferentes maneras según las peculiaridades de sus experiencias migratorias. En muchos casos, fueron capaces de perseverar

en su misión personal y familiar de prosperar. Y salieron fortalecidos. Muchos migrantes identificaron cómo habían afrontado las dificultades que encontraron; sin embargo, no se consideraban resilientes ni pensaban en su propia resiliencia como una ventaja. Algunos creían que habían reunido la fuerza suficiente para persistir, pero pensaban que era circunstancial, o “una parte normal de ser migrante” (Ryan, comunicación personal, Santo Domingo, 2016). Por lo tanto, migrantes activos y pasivos tendían a sentir la resiliencia migrante desapercibida como un proceso de salud concluyente desencadenado por las múltiples dificultades y procesos de salud relacionados con la migración.

En los siguientes dos capítulos, se exploran los mecanismos psico-socioculturales que los migrantes activos y pasivos utilizaron para hacerle frente a los retos generados por la migración de salida y de retorno, algunos de los cuales fueron especialmente relevantes para desarrollar su resiliencia migrante desapercibida, como la metas transgeneracionales antes mencionadas, y otros como la nostalgia motivante, el ideal de bienestar, la de/reconstrucción familiar, los pactos tácitos, la comprensión sensata, el reajuste al asentamiento y el rebote del retorno involuntario. También se investigan otros mecanismos que influyeron en el hecho de que la resiliencia pasara inadvertida o fuera menospreciada, como la nostalgia paralizante, la encapsulación del dolor y la normalización del malestar. Sin embargo, estos mecanismos no pueden explicar por sí solos por qué los migrantes solían no identificar ni valorar su resiliencia. Las historias personales y familiares y los factores estructurales también desempeñaron un papel, especialmente las desigualdades socioeconómicas entrecruzadas con las etnoraciales y de género / sexuales, tanto en lugares de destino como de origen, y los contextos y políticas antimigratorias en el extranjero.

Afrontamiento de los desafíos migratorios

Este capítulo se centra en once de los mecanismos psico-socioculturales que los migrantes activos y pasivos utilizaron para hacer frente a los efectos de la migración de salida y de retorno que fueron identificados y conceptualizados en nuestro estudio del caso ecuatoriano en el contexto de otros procesos migratorios latinoamericanos similares. El ajuste a la desilusión, la nostalgia paralizante, la nostalgia motivante, la negación de salud migrante, la normalización del malestar, la encapsulación del dolor, el ideal de bienestar, las metas transgeneracionales, el retorno estratégico, el reajuste al asentamiento y el rebote del retorno involuntario se explican incluyendo significativas porciones de las historias de salud y migración compartidas por migrantes activos y pasivos en entrevistas individuales y grupales, y en talleres comunitarios.

Ajuste a la desilusión

Los migrantes activos compartieron una experiencia común: la realidad de vivir como migrante en el extranjero no coincidía con las ideas que tenían antes de dejar su país de origen. Aunque en la mayoría de los casos los migrantes expresaron que en realidad no contaban con mucha información para empezar, todos afirmaron

que hubiesen preferido tener un panorama más realista de las penurias y sacrificios implicados en la vida migrante, sobre todo respecto a las historias que familiares y amistades les habían contado para animarlos a migrar. El desfase entre la información que los migrantes habían recolectado formal e informalmente y las propias ideas que se habían armado sobre cómo iba a ser su experiencia, por un lado, y la realidad con la que se encontraban, por el otro, generaba serias fisuras en sus procesos migratorios y perspectivas de futuro. De ahí que los migrantes activos pasaran por lo que se conceptualizó como ajuste a la desilusión, es decir, un proceso de adaptación a la realidad de vivir como migrante, que con frecuencia difería de las expectativas y proyecciones previas a la partida. Este proceso fue uno de los mecanismos de afrontamiento que utilizaron los migrantes activos para superar los efectos desafiantes de la migración. Una estrategia que les permitía perseverar en su afán de supervivencia, mientras articulaban sus propias historias personales y dinámicas familiares nacional e internacionalmente con el nuevo contexto estructural y su respectiva economía política de inclusión y exclusión social (véase la Figura 3.1).

Figura 3.1. Ajuste a la desilusión



Por ejemplo, Jorge, un migrante activo que se fue de Ecuador cuando era pequeño, compartió sus recuerdos sobre la brecha entre lo que había imaginado y cómo de hecho se desarrollaron las cosas en el extranjero:

Al principio, era como una aventura ir a un país diferente. Recuerdo que le preguntaba a mi madre si el cielo de Estados Unidos era el mismo que teníamos en Ecuador. Mis parientes y mis amigos me preguntaban fascinados cómo eran las cosas en Estados Unidos, especialmente en Nueva York, por ejemplo, “¿cómo son las casas? ¿Cómo son los coches?”, y me gustaba la idea y la sensación de que iba a estar en un lugar tan especial que todo el mundo quería conocerlo. Así que, cuando llegué a Estados Unidos, estaba feliz. Pero entonces empecé la escuela, y todavía recuerdo el primer día, que era a mitad del año escolar. Yo no hablaba nada de inglés, mis padres tampoco y mi hermano, peor. Así que llegué al colegio, subí las escaleras, perdido, no lograba encontrar mi aula, sin saber comunicarme con nadie. Todavía recuerdo las caras, las expresiones de los alumnos que conocí allí primero. Era tan diferente de mi experiencia en Ecuador. Y me di cuenta de que mi madre no podía ayudarme con la escuela, porque no conocía el idioma, y yo iba a estar solo. Además, en Ecuador teníamos una situación muy cómoda, mi madre era profesora de literatura y mi padre trabajaba en un negocio familiar. Aquí, las cosas eran difíciles, laboralmente hablando, no teníamos documentos, teníamos miedo e incertidumbre y faltaba dinero, mis padres lo estaban pasando muy mal, pero las razones médicas que nos trajeron aquí merecían el sacrificio. Así que poco a poco nos fuimos adaptando a la dura realidad de ser migrantes. (Jorge, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019)

Carmen, migrante retornada de España, compartió sus propias reflexiones sobre la diferencia entre sus ideas y la realidad de vivir en el extranjero:

Me fui con la ilusión de ver otro país, tenía la ilusión de encontrarme con amigos que estaban allí y que me habían dicho que lo estaban pasando fenomenal y que había muchas oportunidades económicas

para estar bien. Pero la realidad no es así. Es todo lo contrario. Trabajas, pero la vida es más cara y, al final, puedes ahorrar tanto como en Ecuador. Y tienes que adaptarte a descubrir que nada es como te imaginabas o como te habían contado. (Carmen, comunicación personal, Loja, 2016)

Luis, migrante retornado, también habló de esto:

Me fui a España porque mis amigos me dijeron que allí iba a poder trabajar, ganar y ahorrar para que a mi familia le fuera mejor en Ecuador. Así que, al principio, me fui lleno de esperanza. Pero fue muy duro. La madre patria no es como nos la pintaron. En realidad, no trabajas en una oficina, hay trabajos en los que el barro te llega hasta la nariz, y te maltratan, incluso tus paisanos. Pero igual tuve que trabajar y salir adelante, y aguanté todo por la familia. (Luis y Camila, comunicación personal con padre e hija, Loja, 2016)

A pesar de las desilusiones, los migrantes se adaptaron y perseveraron. Varios expresaron que su experiencia les había enseñado una lección que querían compartir con las personas que se planteaban migrar para que estuvieran mejor preparadas. Norma, migrante retornada de España, resumió este sentimiento común:

No me atrevería a decirle a nadie que no migre. Porque no todo es malo cuando uno se va. Pero sí les diría que busquen información sobre el lugar al que van y que sean conscientes, porque no hay que ir a lo tonto, porque todos nos fuimos a ciegas porque nos decían cosas bonitas de España. Entonces, yo le diría a la gente que está pensando en irse del país que busque información, que piense muy bien lo que está a punto de hacer, y sobre lo que ya tienen aquí. Porque todo tiene un riesgo. Más aún cuando se tiene una familia. Tienen que reflexionar profundamente sobre las consecuencias de romper la familia, pensar si vale la pena el esfuerzo de irse o si es mejor quedarse y darlo todo aquí, junto con la familia. (Norma, comunicación grupal nro. 5, Loja, 2017)

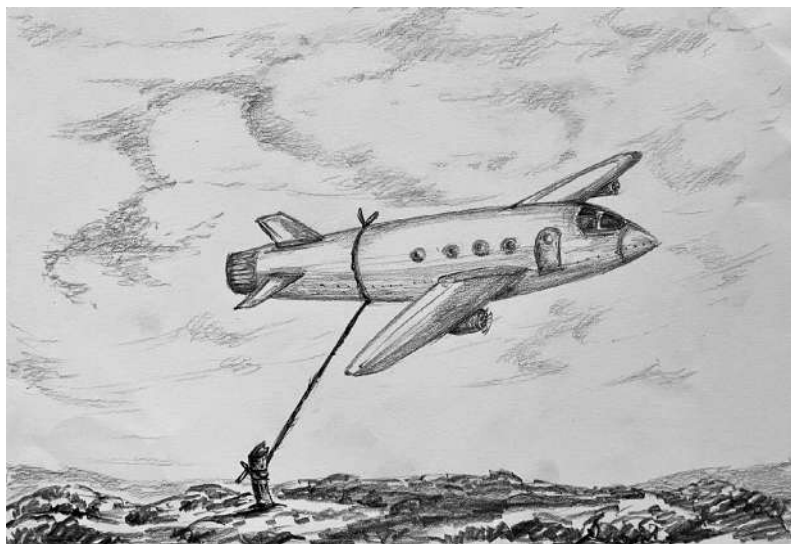
La adaptación al desencanto sentido tras la llegada fue un mecanismo de afrontamiento fundamental para que los migrantes activos lograran perseverar en sus intentos migratorios. Si hubieran sucumbido a la sensación de haber sido engañados por las historias de familiares o amigos sobre lo fácil y beneficioso que era migrar, se habrían visto atrapados en la ira y el resentimiento, lo que habría obstaculizado sus esfuerzos por tener éxito. Para la mayoría, el éxito significaba encontrar trabajo y ganarse la vida para poder enviar remesas a sus familiares. Si no, significaba lograr ganar lo suficiente para llegar a fin de mes y luego empezar a ahorrar para poder solventar la migración de sus familiares y así reunificarse en el extranjero. Por último, en los menos frecuentes casos de migrantes activos sin lazos familiares, el éxito significaba también pasar de una vida de mera subsistencia a contar con perspectivas económicas de futuro prósperas en el extranjero para poder vivir cómodamente. En todos los casos, superar el impacto de encontrarse con una muy diferente y dura realidad como migrante activo representaba el puente que les permitiría salir adelante.

Nostalgia paralizante y motivante

La nostalgia funcionaba de dos maneras distintas para los migrantes activos: para algunos era energizante, para otros contraproducente. Íntimamente asociada al duelo reflexivo, la añoranza de las familias, comunidades y culturas dejadas atrás era común, incluso para los migrantes que habían dejado sus países de origen en malos términos. El control de los efectos de la nostalgia también estaba vinculado a la superación del proceso de duelo migratorio y, por lo general, los migrantes activos que habían superado el duelo relegaban los sentimientos nostálgicos al fondo de su mente o los transformaban en sentimientos motivadores que los proyectaban hacia un futuro que usualmente incluía el regreso tras cumplir sus objetivos migratorios. Por el contrario, cuando la nostalgia se

apoderaba de ellos, los migrantes activos se sentían incapaces de seguir adelante y superar el dolor de la partida. Estos sentimientos tenían un efecto paralizante, como si los migrantes estuvieran atascados y no pudieran salir adelante, aunque hubieran podido empezar a trabajar y empezar a conseguir poco a poco sus objetivos migratorios. En general, los migrantes activos con nostalgia paralizante no habían superado su proceso de duelo migratorio y se sentían fuera de lugar en su destino. En algunos casos, la nostalgia paralizante se daba en migrantes que habían pasado muchos años en el extranjero y, aunque añoraban su pasado, no hacían nada para regresar o recuperarlo de alguna manera. Este tipo de nostalgia generaba como un efecto congelador que apresaba a las personas o detenía su desarrollo integral (véase la Figura 3.2).

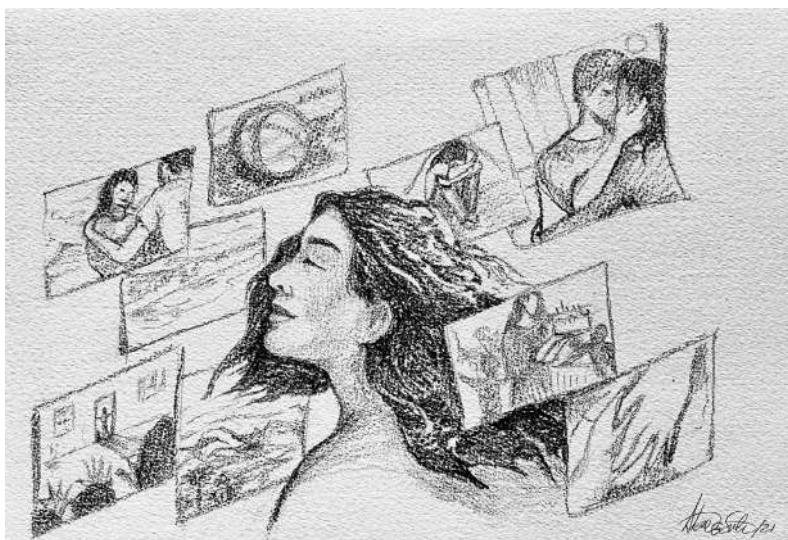
Figura 3.2. Ilustración de nostalgia paralizante



Por el contrario, la nostalgia motivante proyectaba a las personas hacia adelante y les daba fuerzas para superarse a pesar de las adversidades encontradas en el camino (véase la Figura 3.3). Los

migrantes activos con nostalgia motivante se comunicaban con los familiares que aún residían en su país de origen y hallaban consuelo y esperanza. Sin embargo, los migrantes activos con nostalgia paralizante temían comunicarse con sus familiares porque, al hacerlo, se sentían apesadumbrados y creían hundirse, hasta el punto de que a veces minimizaban la comunicación o la interrumpían por completo para evitar esas sensaciones sombrías. En algunos casos, la nostalgia paralizante era tan fuerte que la única solución que hallaban era el regreso. La nostalgia motivante se articulaba positivamente con la resiliencia migratoria, mientras que la nostalgia paralizante lo hacía negativamente.

Figura 3.3. Ilustración de nostalgia motivante



Las palabras de Benjamín, cubano migrante activo en España, reflejan claramente la vivencia de una nostalgia paralizante:

Para mí, era como si todavía estuviera allí. Aquí, pero allí. No podía dejar de pensar en mi familia, en mi país; no me gustaba estar aquí. Era diferente. Difícil. Y allá también era difícil, por eso me fui, pero

al menos era mi hogar. Aquí no. Empecé a trabajar, por supuesto, en cuanto pude. Pero no toleraba estar aquí. Igual, tuve que adaptarme, y recién pude regresar después de doce años. Siento que todo ese tiempo lo pasé en “modo supervivencia”. Pude sobrevivir, pero nada más. Era como si el tiempo se hubiera detenido. Como si mis sentimientos se hubieran detenido. (Benjamín, taller comunitario nro. 5, Nueva York, 2017)

Rafael también padeció nostalgia paralizante como migrante activo en Europa; en sus palabras:

Lloraba y pensaba en Ecuador. Quería volver. Era muy triste. Tardé unos tres meses en encontrar trabajo. Había dejado a mis hijos y a mi mujer. Fue muy difícil. No entendía mucho lo que sucedía ni lo que tenía que hacer, tenía que aprender mucho. Extrañaba a mi familia y a Ecuador. Solo quería volver. No quería tener nada que ver con ser migrante. (Rafael, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017)

Paula también tenía sentimientos paralizantes: “todas las noches cerraba los ojos y le pedía a Dios “haz que mañana despierte en la habitación de mi casa”, pero abría los ojos y nada, seguía en España. Así que lloraba y lloraba. Sufrí mucho” (Paula, comunicación personal, Loja, 2016).

Por el contrario, Soledad, una migrante colombiana activa en Estados Unidos que migró sola, dejando a su hija, explicó como la añoranza que sentía la incentivaba:

Para mí, todo lo que estaba haciendo tenía sentido porque en un futuro regresaría y viviría tranquilamente, con mi hija, disfrutando de la brisa del mar, del buen tiempo, de la vida simple. Extrañaba mucho a mi tierra, pero fue la certeza de que iba a salir adelante y volver lo que me ayudó a superar todas las adversidades. Sabía que quería volver a casa, con mi hija, y que mi presente no era más que una fase difícil que iba a pasar. Mi madre la estaba cuidando bien y yo iba a volver pronto. (Soledad, taller comunitario nro. 6, Nueva York, 2018)

Alejandra, migrante argentina activa en Estados Unidos desde hace varios años, expresó cómo su nostalgia motivante había enmarcado a su experiencia migratoria desde el inicio al final:

A pesar de las dificultades, disfruté de estar aquí, pude tener una buena vida. Pero siempre mantuve el contacto con mi gente, mi país y mi cultura, y sabía que tarde o temprano iba a volver. Cuando llegó el momento de jubilarme, me sentí en paz con mi estancia en el extranjero y decidí cumplir mi sueño de volver a casa. Este sueño me ayudó a salir adelante, con una disposición positiva, incluso cuando me enfermé. A veces, tener nostalgia era difícil, pero a mí me servía porque me afianzaba y me afirmaba que regresaría. (Alejandra, taller comunitario nro. 5, Nueva York, 2017)

De modo similar, Julia explicó cómo su nostalgia la ayudaba a superar los desafíos que surgían como migrante activa, y cómo se sintió después de poder retornar a su país de origen con su familia:

Lo que me dio fuerzas fue que volvería a casa, a estar con mi familia, todos juntos, que iba a poder tener un lugar donde estar sin preocupaciones ni inquietudes, tranquila. Y cuando regresé, me sentí feliz. Ahora, que he vuelto, digo: “Prefiero mil veces estar aquí, tranquila, en mi casa, por modesta o rural que sea, a estar allí, en una gran ciudad sin mi cultura, mi comida o mi familia”. (Julia, taller comunitario nro. 3, Vecindades de Cuenca, 2017)

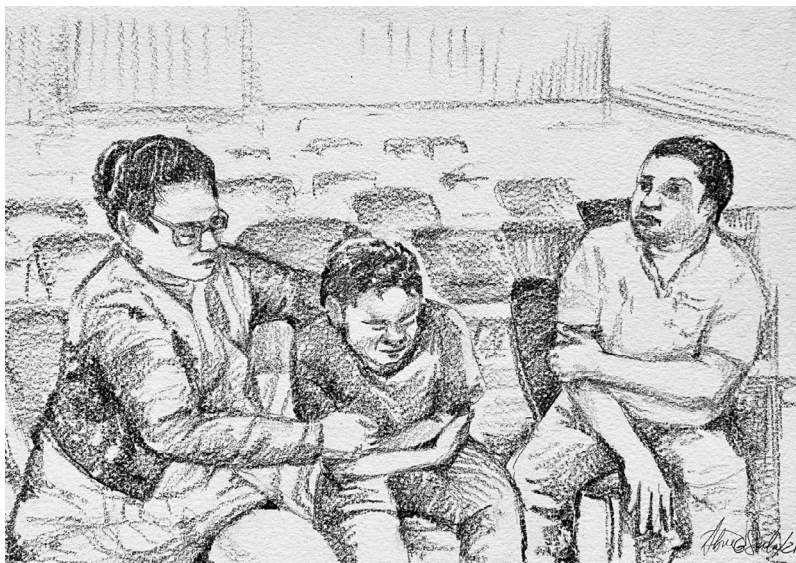
De hecho, la nostalgia era un arma de doble filo; varios migrantes activos compartieron haber contado con ambos tipos de nostalgia en distintas fases de sus vidas. Lo paralizante o motivante solía reflejar el padecimiento de procesos de salud como duelo reflexivo, trauma, crisis migrantes o estrés migratorio. La capacidad de afrontar los efectos negativos que causaba la nostalgia paralizante estaba relacionada con el trauma que los migrantes habían padecido y su nivel personal de resiliencia, así como con factores externos como las condiciones económicas y sociopolíticas tanto en el país de origen como en el extranjero.

Negación de salud migrante y normalización del malestar

Uno de los mecanismos más comunes que utilizaron los migrantes activos y pasivos fue rehusar que tuvieran cambios o problemas de salud y que estos estuvieran relacionados de algún modo con la migración. Esta negación se traducían en una falta de tratamiento o en un retraso de este, lo que solía provocar efectos negativos para la salud, dependiendo de la gravedad del malestar o enfermedad que se desarrollara (véase la Figura 3.4). En algunos casos esta negación estaba relacionada con tener un estatus migratorio irregular o no poseer suficiente información sobre cómo acceder a servicios sanitarios (que en España estaban abiertos a todos, y en Estados Unidos eran limitados, pero seguían estando disponibles). Pero en la mayoría de los casos la razón más común por la cual los migrantes activos se negaban a reconocer que su salud estaba comprometida era su empeño en proseguir con sus tareas cotidianas para lograr sus metas migratorias, por ende, solían insistir en que se encontraban perfectamente bien o que eran totalmente capaces de superar por su cuenta cualquier malestar o problema de salud que tuviesen. Percibían los cambios de salud como una molestia, un obstáculo para su misión migratoria. En otras palabras, si ellos eran los encargados de que los planes migratorios prosperasen, no podían permitirse estar enfermos: tenían que ser fuertes y salir adelante. Los migrantes pasivos, que se sentían “en la cola de la ecuación” (Frida, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017), tendían a desestimar sus cambios de salud por considerarlos injustificables dado que creían que ellos no eran quienes más se estaban sacrificando; los migrantes activos de su familia sí lo eran. Por lo general, preferían ignorar cualquier malestar o problema de salud para evitar preocupar a sus parientes en el extranjero, quienes ya estaban atravesando un período difícil. Por último, al igual que los migrantes activos, se resistían a asociar sus propios cambios de salud con la migración, a pesar de que una gran mayoría admitía

saber que la migración podía afectar a la salud física y mental de migrantes activos y pasivos; una contradicción que salió a relucir en las encuestas y en las entrevistas individuales y de grupo.

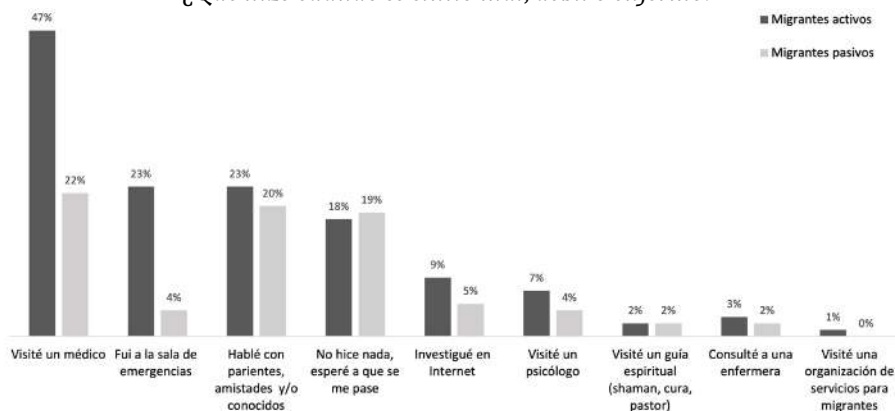
Figura 3.4. Ilustración de negación de salud migrante



Por ejemplo, la pregunta de la encuesta “¿Ha percibido cambios en su salud desde que migró?” fue contestada negativamente por 52 % de la muestra de migrantes activos y 78 % de migrantes pasivos. Sin embargo, solo 18,5 % de estos migrantes activos y 45 % de estos migrantes pasivos dijeron nunca haberse sentido mal, débil o enfermo en una pregunta de seguimiento y respondieron positivamente a preguntas detalladas sobre qué hizo cuando se sintió mal, débil o enfermo, incluyendo visitar a un médico o doctor, ir a servicios de urgencias, hablar con familiares, amigos y conocidos, y esperar a que su enfermedad desapareciera por sí sola. Esta última forma de actuar (“Cuando me sentía mal, débil o enfermo, no hice nada, esperé a que se me pasara”) fue de hecho la tercera respuesta

más frecuente tanto para los migrantes activos como para los pasivos, independientemente de su acceso a la asistencia sanitaria, como se muestra en la Figura 3.5.

*Figura 3.5. Datos de la encuesta sobre
“¿Qué hizo cuando se sintió mal, débil o enfermo?”*



Fuente: Elaboración propia.

La forma en que Leonardo habla de las experiencias sanitarias de su familia ilustra una de las formas típicas en que los migrantes activos niegan tener problemas de salud:

Por suerte, mi madre y yo nunca tuvimos grandes problemas de salud. Así que no fue un problema que no tuviéramos seguro de salud... [Leonardo se queda callado un rato] ¡Ah! Espera, estoy pensando. [...] ¡Sí, tuve un problema! Tuve que operarme de dos hernias abdominales. Y mi madre, bueno, tenía problemas de tiroides que empeoraron, primero con el estrés de estar aquí y, después, con la enfermedad y el fallecimiento de mi padre. (Leonardo, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019)

Incluso si los problemas de salud de Leonardo y de su madre fueron tratados en un hospital que ofrecía atención de beneficencia para personas que no tenían seguro o medios para pagar el costo total de las intervenciones y los tratamientos, él los había bloqueado de su memoria. Además, aunque asociaba la salud de su madre con el

estrés de migrar (como también asociaba la enfermedad de su padre a la migración, como se explica en el capítulo “Procesos de salud migrantes”), no pensaba que sus propias hernias estuvieran relacionadas con el estrés migratorio, aunque había articulado claramente lo difíciles que habían sido su duelo reflexivo, trauma migrante y estrés migratorio. Otro ejemplo de negación de salud migrante se manifiesta en la experiencia de Nilda, una migrante activa en España, donde tenía acceso gratuito a asistencia sanitaria, pero desconocía cómo funcionaba el sistema. Nos contó:

Me quedé embarazada, pero no fui a una consulta hasta que llevaba unos cinco meses de embarazo. La ginecóloga, muy alarmada por mi falta de atención, me preguntó por qué no había ido antes a un centro de salud, y añadió que estaban disponibles y eran gratuitos para todo el mundo en toda España. ¡Pero yo no lo sabía! ¡Y tenía miedo de que me deportaran!

Durante el embarazo, Nilda y su esposo vivieron precariamente, con ingresos limitados, mala nutrición y arreglos de vivienda inestables. “Afortunadamente”, el hijo de Nilda “nació sano” (Nilda, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017). Sin embargo, Nilda sufrió de depresión posparto severa y tuvo otras complicaciones que pusieron en riesgo su propia vida en parte debido a no priorizar su salud durante el embarazo. Paula también tuvo problemas de salud mientras estaba embarazada en España; compartió:

Migré a España cuando estaba embarazada de dos meses. Trabajé durante el embarazo. Todo iba bien. Allí tenía asistencia sanitaria. Encontré gente muy agradable. Tenía consultas mensuales. Tuve unos pequeños problemas, pero todo fue bien. Mi hijo nació con un pan debajo del brazo [trajo fortuna y felicidad]. Después tuve que estar hospitalizada quince días, pero todo salió bien. (Paula, comunicación personal, Loja, 2016)

Aunque al principio Paula presentó su estado de salud de forma positiva y minimizó los problemas que tenía, más adelante en la

entrevista mencionó que padeció de toxoplasmosis y depresión. Dos problemas de salud graves que merecen atención: la toxoplasmosis de Paula fue tratada, pero no su depresión. Ella tomó a ambos problemas con naturalidad, como si fuesen condiciones comunes.

La experiencia de negación de salud de Manuel también hace referencia a tener miedo, aunque en su caso se debía a que era un migrante activo irregular en Estados Unidos, e incluye la influencia de enfrentarse a barreras lingüísticas:

Si nos dolía una muela, esperábamos. Esperábamos todo lo que podíamos hasta que no podíamos soportar más el dolor. No sabíamos cómo expresar que nos dolía una muela y teníamos miedo de ir a una clínica. Si nos dolía la barriga, por ejemplo, yo tenía una úlcera, no nos atrevíamos a ir al centro de salud. Teníamos miedo: ¿nos deportarán? ¿Nos entenderían? ¿Podríamos cubrir el costo de la atención médica? Ni siquiera queríamos ir a la farmacia porque no entendíamos que decían las etiquetas de los medicamentos. (Manuel, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017)

El comentario de Ignacio muestra como la falta de información, el miedo y las barreras lingüísticas influyen en la negación de salud; él había migrado a Brasil y a Canadá, dos lugares donde no conocía el idioma al ser el español su lengua natal en Ecuador:

Es difícil. En cuestiones de salud, por ejemplo, aunque uno tenga seguro, no sabe adónde ir ni cómo pedir ayuda o expresarse para que lo entiendan, sobre todo si hay una barrera con el idioma. Uno no sabe cómo acceder a un hospital, o puede que también se resista un poco, porque aquí, de una forma u otra, uno puede ir y decirle a alguien cómo se siente, pero allí no sabe cómo decir las cosas o tiene miedo de que no le entiendan. También es diferente el costo y cómo acceder a los medicamentos. Entonces, lo que hice fue esperar a que se me pasara solo. (Ignacio, comunicación grupal nro.4, Loja, 2017)

Romina habló de la experiencia de sus padres con la negación de salud y de cómo les afectó a su regreso a Ecuador:

En España, mis padres tenían trabajos físicamente muy exigentes. También trabajaban al aire libre en climas duros. Mientras lo hicieron, nunca se quejaron. Pero ahora que han vuelto expresan su dolor. Mi madre, en las manos y el pecho; mi padre, en las rodillas. Es la consecuencia de años de trabajo duro y de negarse a cuidarse. No querían perder tiempo, lo tomaban como parte de su trabajo, de su responsabilidad, de su esfuerzo para llegar a fin de mes y lograr sus metas migratorias. (Romina, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

A diferencia de Romina, que reconoció como sus padres ignoraron el cuidado de su salud, en nuestra investigación era muy habitual escuchar a los migrantes pasivos referirse a la salud de sus familiares migrantes de forma positiva. Afirmaciones como “no, mis familiares estaban muy bien. No tuvieron ningún problema de salud” o “estaban bien, no les pasó nada” fueron las respuestas más típicas a la pregunta de la entrevista sobre la salud de los familiares migrantes. Sin embargo, estas aserciones solían ser contradichas más adelante, cuando los migrantes pasivos empezaban a enumerar los diversos problemas de salud que sufrían sus familiares. Por ejemplo, cuando Clara habló de sus tíos, primero afirmó: “En España, mis tíos no sufrieron. Encontraron trabajo y les fue bien”, pero luego en la entrevista, compartió más información sobre las experiencias de sus tíos:

Pero allí, en España, todo es difícil, y no hay mucho amor, así que los migrantes tienen que valerse por sí mismos y se vuelven cada vez más duros, resistentes. Uno de mis tíos, el que estaba casado, tenía algunas enfermedades. El hijo tenía cáncer, y la mujer una parálisis facial. Sufrieron mucho, su economía también. Y mi otro tío tuvo un accidente en el trabajo. Le cortaron un dedo. Pero allí, la medicina es tan buena, la ciencia está tan avanzada, que lo operaron y le quitaron uno de los dedos del pie para sustituir el de la mano, y dicen que está bien y que ha podido trabajar sin problemas. El otro tío mío está bien, ha trabajado bien. Pero se enamoró de una mujer y no les va bien. Eso le afectó mucho. Estaba muy triste. Yo creo que como ya estaba triste, aguanta los problemas que le da la familia de su novia —lo tratan como si fuera

una mula— porque no quiere estar solo. (Etelvina y Clara, comunicación personal con madre e hija, Loja, 2016).

La negación por parte de los migrantes pasivos de los problemas de salud de sus familiares también queda ilustrada por la respuesta de Paula sobre la experiencia de su hermano:

Entrevistadora: ¿Cómo fue la experiencia de tu hermano en España? ¿Le pasó algo?

Paula: No, no, no, no. Quiero decir, sí, sufría con su estado emocional, pero no con su salud. Pero la última vez que volvió de visita, vino así [gesto que indica obesidad]. Estaba muy gordo. Hablé con él para convencerlo de que se hiciera un chequeo médico. Le ofrecí hacérselo aquí, en el hospital de Loja. Pero no quiso. Al final, se lo hizo cuando volvió a España. Y le encontraron de todo: diabetes, hipertensión, colesterol... lo tiene todo. Y solo tiene cuarenta años. Desarrolló esos problemas allí, en España. Trabaja mucho, demasiado. No duerme. (Paula, comunicación personal, Loja, 2016)

Del mismo modo, Camila habló de las experiencias de su padre en el extranjero: “Tuvo un accidente de trabajo. Pero nada grave. Tenía gripe, algunos dolores en el cuerpo por el trabajo y nostalgia. El clima allí era como el nuestro, así que eso le daba mucha nostalgia. Pero estaba bien”. La presentación de Camila de los problemas de salud de Luis se acercaba a la negación porque más adelante en la entrevista, cuando Luis habló de aquel accidente, explicó que una se había hecho un corte en la frente con una motosierra y que la gravedad de este le hizo tomar la decisión de volver a Ecuador. Además, Luis, que insistía, al igual que su hija, en que “no tenía problemas de salud”, compartió que había sufrido “depresión, insomnio, fatiga, cambios de alimentación, falta de apetito y un deterioro total” debido a la migración (Luis y Camila, comunicación personal con padre e hija, Loja, 2016).

Por lo general, la negación de salud migrante generó lo que se conceptualizó como la normalización del malestar, es decir, la comprensión de los problemas de salud como intrínsecos a la

condición migratoria que resulta en su minimización y, por tanto, en su maltrato. La normalización del malestar era un mecanismo de afrontamiento utilizado asiduamente por migrantes activos y pasivos, independientemente de su acceso a la asistencia sanitaria. Al creer que era habitual sufrir como migrante, atenuaban su mala salud para concentrarse en otros asuntos y proseguir con su vida cotidiana y así continuar persiguiendo sus metas migratorias, que para ellos era definitivamente prioridad (véase la Figura 3.6).

Figura 3.6. Ilustración de normalización del malestar



Al igual que en el caso de la negación de salud migrante, este mecanismo era un arma de doble filo, ya que proporcionaba resultados positivos a corto plazo (permitiendo a los migrantes seguir progresando), pero que generalmente conducía a resultados negativos a medio y largo plazo, especialmente en lo que respecta a la salud: la falta de tratamiento podía resultar tanto en el desarrollo de problemas de salud graves o enfermedades crónicas, como en la inadvertencia de signos de otros problemas de salud subyacentes (potencialmente asintomáticos). El modo en que migrantes activos y pasivos percibían a la enfermedad no se centraba en la salud, sino en el bienestar general de la familia, en sintonía con el mecanismo que se conceptualizó como metas transgeneracionales (que se tratarán en profundidad más adelante en este capítulo). En pocas palabras, si normalizar el malestar permitía a la familia avanzar hacia la consecución de sus metas migratorias, entonces se creía que hacerlo era beneficioso. Solo en algunas ocasiones, cuando la falta de salud se convertía en enfermedades agudas, críticas o potencialmente mortales, los migrantes activos y pasivos se arrepentían de haber normalizado su malestar. La combinación de sus necesidades familiares transnacionales con sus propósitos de bienestar transgeneracionales resultó en que una gran mayoría de migrantes activos y pasivos emplearan este mecanismo de afrontamiento sin tener en cuenta las consecuencias negativas que les acarrearía en el futuro.

En las encuestas, entrevistas y talleres, migrantes activos y pasivos solían afirmar que su salud estaba bien, salvo por cosas “normales”, que una vez que se les pedía que detallaran, incluían una amplia lista de afecciones que quedaban desatendidas. En la Tabla 3.1, se presenta por tipo las condiciones de salud que los migrantes asumían como normales y se señala que la inestabilidad, la fragilidad y el deterioro de la salud general se tomaban como típicos y se pasaban por alto sistemáticamente.

Tabla 3.1. Condiciones de salud típicas del malestar normalizado

Cambios generales en la salud	Trastornos y problemas de salud
Estado de salud inestable	Debilidad física, fatiga, dolores corporales, dolores musculares, dolores articulares, artritis, dolores de espalda, migraña
Fragilidad de salud constante	Problemas respiratorios, alergias crónicas, dolor de garganta frecuente, resfriados recurrentes, gripes periódicas
Deterioro global de la salud	Gastritis, colitis, estreñimiento, dolor de estómago, úlceras
	Diabetes, hipertensión, aceleración del ritmo cardíaco, aumento del colesterol, desequilibrios hormonales, anomalías menstruales, cambios de apetito o peso
	Acné, erupciones cutáneas, alopecia, varicosis
	Cambios de humor, crisis frecuentes, decaimiento emocional, nerviosismo, ansiedad, insomnio, tristeza constante, angustia, depresión

Fuente: Elaboración propia.

La mayoría de los migrantes activos y pasivos que emplearon el mecanismo de normalización del malestar solían haber padecido una serie de trastornos, aunque, por supuesto, no todos; y solían haberlas sufrido en distintas ocasiones a lo largo de periodos de tiempo extensos. Por ejemplo, primero tuvieron insomnio y depresión, y más tarde padecieron desequilibrios hormonales, dolores articulares o problemas respiratorios. Si estas condiciones no les impedían continuar con sus quehaceres cotidianos, al principio las negaban por completo y más adelante las incorporaban como parte normal de su vida. Por el contrario, si los incapacitaban al punto que no podían ya ocuparse de sus responsabilidades, se veían obligados a atenderlas. Esperar al extremo resultaba en complicaciones de salud adicionales, lo que terminaba siendo contraproducente. Sin embargo, los migrantes solían persistir en sus labores, cargando con su frágil estado de salud como si fuese una

mochila mientras se exigían para lograr sobrevivir y cumplir con sus metas migratorias familiares. Este comportamiento no revelaba una falta de perspectiva a largo plazo, sino una estrategia según la cual se vivía como en una modalidad de subsistencia, enfocándose en las necesidades del grupo familiar y metas transgeneracionales en vez de hacerlo en el bienestar presente y personal. En otras palabras, los migrantes preferían sobrepasar sus límites de salubridad y ser lo suficientemente autosuficientes o productivos para no defraudar o contrarrestar los esfuerzos y planes de su familia y, si estaban al mando, mantener a su familia y generar los medios para que progresaran, aunque eso significara sacrificar su propio futuro personal. Era una apuesta. Y confiaban en que al final el resultado sería positivo. Además, mostraba los retos de ser un trabajador migrante en el extranjero y el realismo de los migrantes: mientras que pudiesen, antepusieron el trabajo a su bienestar actual e individual para generar ingresos (que garantizarían el bienestar transnacional y transgeneracional de la familia a corto plazo, como mínimo, y, previsiblemente, a medio plazo). Por ejemplo, Etelvina compartió lo que le decía su marido, Armando, que estaba en Estados Unidos como migrante y se quedó más tiempo del permitido por su visado porque en Ecuador estaban económicamente quebrados y las cosas no mejoraban:

Como migrantes aquí, si no trabajamos, no comemos. Aunque esté enfermo, tengo que trabajar. Si no lo hago, pierdo mi puesto y no podré enviar dinero a casa y nuestras hijas no podrán estudiar y progresar. Aquí estar enfermo está prohibido, pero lo que importa es que nuestras hijas lleguen a ser profesionales en el futuro y tengan una buena vida. (Etelvina y Clara, comunicación personal con madre e hija, Loja, 2016)

Del mismo modo se expresó Myriam, migrante regular en España:

Lo único que hacíamos era trabajar. Trabajar todo el tiempo. Y ahorrar. Ahorrar para pagar la deuda, ahorrar para enviar dinero a

Ecuador, ahorrar para poder eventualmente regresar a Ecuador. Si no nos sentíamos bien, no nos importaba, seguíamos trabajando. Seguimos porque teníamos nuestras metas y éstas eran más difíciles de alcanzar de lo que habíamos previsto. Y estábamos convencidas de que, si seguíamos esforzándonos, lo conseguiríamos. (Myriam, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

Matías, un migrante regular en Estados Unidos, que tenía una situación económica próspera, también articuló tener una dinámica similar:

No dejamos de trabajar. Trabajábamos todo el tiempo, todos los días, y ya no pasábamos tiempo en familia. Todo para ganar el dinero que en teoría necesitábamos. Y el costo de hacerlo era nuestra salud y bienestar. Pero lo negábamos mientras nos ocupábamos trabajando. Creíamos que estaba bien, no lo notábamos ni le prestábamos atención, pero habíamos renunciado a tener tiempo para descansar, para hacer ejercicio, para cuidar nuestro cuerpo. Ganamos peso, no dormíamos bien ni lo suficiente. También empezamos a tener conflictos familiares. Pero solo nos concentrábamos en nuestro trabajo y en el dinero, y en cómo estos nos ayudarían en el futuro. Con el tiempo, me di cuenta de que todo esto no estaba bien. Empecé a observar a otros migrantes que llevaban muchos, muchos años haciendo lo mismo y ahora, que tenían los medios, no tenían salud para gozar del fruto de su sacrificio; estaban enfermos, deprimidos; habían perdido la confianza en los demás, tenían fobias y estaban enojados. Los migrantes lo sacrifican todo por la familia y el futuro, y en el proceso pierden de vista el presente y a sí mismos. (Matías, comunicación personal, Nueva York, 2019)

La migrante pasiva Cristina compartió una perspectiva similar basada en la experiencia de su hermana: “Ella se fue, trabajó, se sacrificó, ahorró, ayudó a su familia aquí, envió dinero, regresó. Pero ahora tiene una serie de problemas de salud que había descuidado por años y además está lidiando con el desapego de su hija”

(Cristina, taller comunitario nro. 2, región circundante a Cuenca, 2017). Lara, migrante pasiva, reflexionó:

Lo que nos fue sucediendo a nosotras fue el resultado de sentir la ausencia de nuestros padres mientras estaban en el extranjero. Pero sabíamos por qué se habían sacrificado, y no queríamos crearles otra preocupación. Nos adaptamos a la idea de que todo lo que pasaba era normal, que eran procesos normales que teníamos que superar para seguir adelante. (Lara, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

Los migrantes pasivos y activos que aún no estaban en situación de trabajar y convertirse en proveedores, que principalmente eran menores de edad, también acudían al mecanismo de normalización del malestar porque conscientemente se esforzaban por no perturbar las decisiones y los planes de sus padres. Por ejemplo, Cecilia, que primero fue migrante pasiva y después activa, explicó:

Nunca busqué ayuda, ni personal ni profesional. Pasé por ello yo sola. Simplemente pensaba que era normal. Y, desde pequeña, había aprendido que tenía que portarme bien y cumplir las expectativas de mi familia si quería que me quisieran. Por eso, aunque hubiera perdido el apetito y me hubiera pasado todas las noches llorando durante al menos un año después de reunirme con mi padre en Estados Unidos, nunca molesté a nadie, me levantaba temprano por la mañana y me iba sola al colegio. Y hacía todo lo posible por ser la mejor estudiante: me quedaba después de clase mejorando mi inglés para que me fuera mejor en la escuela. Sabía que no podía convertirme en una carga. Tenía que hacerlo bien y apoyar a mi padre y a mi madrastra. No importaba que no me dieran a elegir ni que llevara años sin ver a mi padre ni que ni siquiera supiera que se había vuelto a casar ni que mi padre me impidiera comunicarme con mi abuela en Ecuador para que no la echara más de menos. En mi mente tenía muy claro que tenía que demostrarles que era digna de quedarme con ellos. (Cecilia, comunicación personal, Nueva York, 2018)

En retrospectiva, migrantes activos y pasivos lograban darse cuenta de las consecuencias negativas de haber negado sus trastornos

de salud y normalizado su malestar. Sin embargo, mientras los padecían, estaban convencidos de que debían hacerlo para subsistir o cumplir las metas del grupo familiar a largo plazo. Sin duda, ciertos problemas de salud no podían ser denegados ni descuidados. Los accidentes de trabajo graves, el abuso de alcohol y drogas, el cáncer y otras enfermedades críticas, como los accidentes cardiovasculares y cerebrovasculares, la epilepsia y la esclerosis lateral amiotrófica [ELA], que requerían cirugía u hospitalización urgentes, y los problemas psicológicos graves como la depresión clínica, los trastornos bipolares y los intentos de suicidio se reconocían automáticamente como problemas de salud, y los migrantes activos y pasivos buscaban el tratamiento correspondiente dentro de sus posibilidades. Cuando este tipo de enfermedades sucedían, los migrantes terminaban por reconsiderar sus opciones y su estilo de vida y, en muchas ocasiones, se convertían en la razón por la cual alteraban sus planes migratorios, incluyendo el regreso a sus países de origen o la búsqueda de una forma de reunirse con sus familiares más rápidamente (como se explica en el capítulo “Procesos de salud migrantes”, en la sección de disparadores de crisis migrantes, y como se analiza más adelante en este capítulo en la sección sobre el retorno estratégico). Sin embargo, en estas circunstancias, tanto los migrantes activos como los pasivos mantenían una perspectiva familiar y una visión a largo plazo de sus esfuerzos (como se explicará detalladamente en las secciones sobre los mecanismos de ideal de bienestar y metas transgeneracionales más adelante en este capítulo).

Encapsulación del dolor

En su búsqueda de bienestar, migrantes activos y pasivos recurrieron al uso de otro mecanismo de afrontamiento psico-sociocultural en respuesta a los retos derivados de sus procesos migratorios, las cuales incluían las circunstancias que habían

motivado su partida (afectando tanto a migrantes activos como pasivos directamente), los acontecimientos durante sus trayectos hacia los puntos de destino y sus experiencias de acogida y asentamiento (afectando a los migrantes activos directamente y a los pasivos indirectamente), y cómo siguió desarrollándose la vida después de la migración para los migrantes pasivos en sus países de origen. Los migrantes activos y pasivos que habían pasado por procesos de salud migrante como duelo reflexivo, traumas, estrés, crisis, impacto del retorno o resiliencia migrante desapercibida solían confinar el dolor que habían tolerado para prosperar en sus esfuerzos transnacionales y transgeneracionales de lograr sus metas migratorias. La encapsulación del dolor —definido como la contención de los tremendos sentimientos provocados por los procesos migratorios a los que se someten los migrantes activos, regulares e irregulares, y pasivos para poder seguir adelante con sus vidas— solía ser utilizada en conjunto con los mecanismos de negación de salud migrante y normalización del malestar. No obstante, también era usada por migrantes que reconocían sus problemas de salud y que no los naturalizaban, debido a que los efectos emocionales de la migración surgían en todos los casos. Aunque algunos migrantes conseguían elaborar esos sentimientos, ya fueran positivos o negativos, y exteriorizarlos, otros migrantes compartimentaban y sellaban las emociones negativas interiormente (véase la Figura 3.7). Como mecanismo de afrontamiento, la encapsulación del dolor solía funcionar bien (en el sentido de que los migrantes podían proseguir con su vida cotidiana sin sentimientos de angustia) mientras todo lo demás funcionara bien también y los migrantes creyeran que se estaban acercando a sus metas migratorias. Contrariamente, dejaba de funcionar cuando las cosas se descarrilaban, sobre todo con el tipo de acontecimientos endógenos y exógenos que desencadenaban las crisis migratorias (véase el capítulo “Procesos de salud migrantes”).

Diana, que nació en Estados Unidos de padres ecuatorianos y vivió unos siete años en Ecuador de niña para volver a Estados Unidos de adolescente, lo expresó claramente:

Es como si hubiera aprendido a desconectar mis emociones, como si me dijera a mí misma: “No sientas nada, nada de emociones, solo haz”. [...] Y si las cosas que pasaban me dolían, sabía que tenía que pasar página y seguir activa. (Diana, comunicación personal, Nueva York, 2019)

Lila, migrante pasiva, expresó que su forma de lidiar con la tristeza y la rabia que sintió con la partida de sus padres a Italia fue “Simplemente no darle importancia. No pensar nunca en ello. Así no puedo tener sentimientos negativos y puedo prosperar con mi vida” (Lila, comunicación grupal nro. 7, Santo Domingo, 2017). Perla, otra migrante pasiva en la misma comunicación grupal, afirmó que esa era la forma de lidiar con el dolor que sentían como migrantes pasivos:

No hay nada más que puedas hacer al respecto. Siempre nos va a doler. Siempre vamos a tener ese sentimiento de carencia o de falta, aunque nos vaya bien y tengamos una buena vida. No hay nada que puedas hacer para eliminar ese dolor, lo llevamos dentro, pero no dejamos que nos abrume o nos paralice. Tampoco hablamos de esos sentimientos. No tiene sentido porque solo nos hace sentir peor. Hablar de ellos ahora, aquí, está bien, pero esto es una excepción. (Perla, comunicación grupal nro. 7, Santo Domingo, 2017)

Figura 3.7. Ilustración de encapsulación del dolor



Edmundo, un migrante retornado de España, afirmó: “La vida del migrante es una de las más duras que puede haber, porque puedes tenerlo todo y aun así carecer de todo al mismo tiempo”. Con esta frase, Edmundo insinuaba la paradoja a la que se enfrentan los migrantes y la fuerza que necesitan para perseverar. Su dolor

encapsulado subyacía en sus vivencias como migrante, que dieron lugar a resultados positivos desde el punto de vista económico, pero también a resultados negativos. Afirmó: “Si pudiera volver atrás en el tiempo, lo haría. Nada podrá compensar el sufrimiento emocional de separarnos de nuestro hijo” (Edmundo, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017). Su esposa, Nilda, también presente en la comunicación grupal, asintió llorando. Brenda, en la misma entrevista, se hizo eco de sus palabras y sentimientos:

El dinero no lo es todo. El dinero no da la felicidad ni la tranquilidad. Al final, dejar a los hijos para mantenerlos resulta contraproducente. Es mejor estar con ellos, estar presente, estar ahí para ellos mientras crecen. Duele, duele mucho. Realmente les duele a ellos y a nosotros. Y ese daño no se puede reparar. Puede que los hayamos mantenido y nos hayamos sacrificado por ellos, y que ahora tengan mejores condiciones, pero, si los abandonamos, ¿cómo podemos gozar de los frutos de algo que nosotros no cultivamos? Les duele a ellos y a nosotros como padres. (Brenda, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017)

Muriel, migrante retornada de España, también declaró:

Mi hija siempre llevará consigo el dolor que sintió porque la abandoné durante unos años para poder mantenerla. Y nosotros como padres también llevamos ese dolor y el arrepentimiento. Pero lo hecho, hecho está y no se puede deshacer ni volver atrás en el tiempo. Hay que alejar esos sentimientos y mirar hacia adelante, tratar de encontrar la manera de vivir mejor, en armonía, con cariño, con amor, y poco a poco, superar todo lo que podamos. (Muriel, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017)

Lesly, migrante activa residente en Nueva York, explicó el dolor encapsulado de su hermano:

Mi hermano, aunque pudiera afrontar el costo, solo volvió a Ecuador una vez, y nunca quiso regresar porque después de esa primera visita pasó por la fase de llorar, estar triste, echar de menos a mi madre y cosas así. Entonces, decidió no volver porque no podía lidiar con esos

sentimientos otra vez más. Tenía que olvidarlos y pasar página. (Lesly, comunicación personal, Nueva York, 2019)

Matías, migrante activo regular en Estados Unidos, comentó así el dolor encapsulado de la tía de su mujer:

El negocio familiar de mi mujer aquí en Nueva York era muy rentable, y todos pudieron crecer mucho económicamente. Pero la tía de mi mujer, por ejemplo, había pasado todos los días durante veinte años en una pequeña habitación, contando manualmente el dinero ganado en el negocio. Llevaba los libros y contaba todo el dinero a mano y anotaba los altibajos, las entradas y las salidas. Debajo de los ojos tenía unas profundas, oscuras ojeras. Siempre estaba trabajando de esa manera, pero ella no tomaba ninguna decisión empresarial. Era su marido quien mandaba. Tenían propiedades, varios coches, pero ella siempre estaba metida en esa habitación, trabajando. Y tenía como una tristeza, un descontento interno, una rabia oculta, o algo así, porque se veía que, aunque tuvieran tanto, ella nunca podía disfrutar de nada. Trataba mal a la gente, era impaciente, y siempre pensé que esa era su forma de mostrarle al mundo que ella sí existía, que era alguien, aunque siempre estuviera metida en aquella pequeña habitación, trabajando y trabajando. Era como un rencor. Como un dolor callado que guardaba muy adentro mientras mantenía el negocio familiar en orden. (Matías, comunicación personal, Nueva York, 2019)

Carmen, una retornada que estuvo nueve años en España y dejó a su hijo de cinco años con sus padres, nos contó:

Trato de no recordar esa parte de esa época. Porque fue muy triste. Demasiado triste para soportarlo. Tuve que apartar esos sentimientos cuando estaba en el extranjero, y ahora, sigo haciendo lo mismo, para poder seguir adelante. Emocionalmente se sufre mucho al dejar atrás a los hijos, a la familia. Y ese sufrimiento continúa después del regreso. Hay que alejar muy bien a esos sentimientos para sobrevivir. (Carmen, comunicación personal, Loja, 2016)

Del mismo modo, Mercedes, migrante pasiva con un hijo y una nieta que habían migrado muchos años atrás, se presentó al grupo y apenas dijo que “uno sufre mucho cuando se van los hijos y los nietos”, se puso a llorar. Luego de calmarse, dijo: “Escucho la palabra migrante y me pongo a llorar” (Mercedes, comunicación grupal nro. 1, Loja, 2017). El dolor encapsulado también se hizo evidente en entrevistas personales con activos o pasivos que se manifestaban como personas muy fuertes que estaban en control, y que no dejaban espacio para las emociones. Hasta que rompían en llanto y expresaban que todo había sido muy duro, muy doloroso, y que, de hecho, habían levantado una barrera para evitar que esos sentimientos afectaran a su capacidad para ocuparse de sus asuntos cotidianos, incluido el cuidado de su familia, y perseguir sus metas migratorias. Por ejemplo, Jorge, que después de muchos años regularizó su situación como migrante activo en Estados Unidos, había narrado la historia migratoria de su familia motivada por las necesidades de salud de su hermano y compartido detalladamente cuales habían sido los esfuerzos de su familia por superar las múltiples adversidades que padecieron. Jorge, sin saberlo, articuló innumerables maneras en las que él había estado ayudando a sus padres y hermanos a superar todo tipo de barreras (sociales, emocionales, lingüísticas, burocráticas, económicas, etcétera) desde que era un niño de siete años hasta la actualidad, con poco más de veinte años. A continuación, cuando describió como “algunas noches, antes de dormir” sentía la presión de todas las responsabilidades que tenía, empezó a llorar. Rápidamente intentó calmarse para poder seguir con la entrevista y continuar relatando la lista de cosas de las que aún tenía que ocuparse, entre ellas: “El ingreso de mi hermana a la universidad y que mis padres compren su propia casa para que por fin puedan alcanzar su sueño, con mi hermano y yo ya graduados de la universidad y trabajando independientemente y mi hermana en la universidad, con menos exigencias económicas”. Más adelante en la entrevista, Jorge expresó que, a medida que maduraba, aprendió que no tenía que avergonzarse de las experiencias difíciles que había tenido con

su familia como migrantes, pero enfatizó que había sido muy importante “no perderse en los malos sentimientos porque necesitamos ser fuertes y mantenernos bien activos porque todavía estamos en una situación muy delicada, nunca sabemos cuándo las cosas se pueden arruinar” (Jorge, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019).

Antonio, un migrante pasivo cuyo hermano se había marchado a España hacía quince años, tuvo un momento de quiebre emocional similar en la entrevista, la cual tuvimos que acortar porque él mismo estaba sorprendido y avergonzado de haber expresado repentinamente su tristeza. Mientras lloraba dijo: “Lo siento. Es muy difícil, muy duro. Extrañar. La tristeza que ha sentido toda la familia. Deseo que mi hermano vuelva. Le ha prometido a nuestra madre que lo haría, pero nunca lo hace. [...] Me da mucha tristeza” (Antonio, comunicación personal, Loja, 2016). Natalia, que primero fue migrante pasiva, luego activa y, finalmente, retornada de España, narró los diversos retos que vivió su marido en España, así como las dificultades al regresar a Ecuador, especialmente para su hija, que sufrió varios problemas de salud en consecuencia y a menudo expresaba que quería volver a España. Durante la entrevista, Natalia se mostró muy resiliente y, hacia el final, afirmó: “No me rendiré. Seguiré luchando”. Cuando le pregunté qué les había ayudado a superar sus problemas y seguir adelante, dijo: “Nuestra hija”, y rompió a llorar, repitiendo: “Es duro, muy duro”. Expresó que había acumulado su dolor e intentado mantenerlo sellado, pero con el desarrollo de los problemas de salud de su hija y la depresión de su marido, le estaba “costando más contener” sus sentimientos (Natalia, comunicación personal, Loja, 2016).

Cecilia, quien tuvo una experiencia muy difícil como migrante pasiva y después como migrante activa regular en Estados Unidos, pero que había logrado superar varios eventos traumáticos, lograr metas educativas y profesionales y encontrar su propio bienestar, también reveló su dolor confinado durante la entrevista cuando compartió lo que más le dolía: ni que su madre falleciera cuando

ella tenía nueve años ni que su padre se fuera y pronto dejara de visitarla ni que su padre la trajera a Estados Unidos porque tenía su custodia legal y la separara de su abuela sin decirle claramente que su plan era no regresar a Ecuador ni que se enterara de que su padre se había vuelto a casar en el momento en que entró a su apartamento, sino el hecho de que su padre le prohibió comunicarse con su abuela, quien la había criado, durante un año entero. Cecilia se puso a llorar después de contarle:

Al final, podía salir de casa a escondidas para comprar las tarjetas telefónicas y poder llamarla. [...] Solo se me permitió volver a Ecuador a visitar a mi abuela cuando tenía dieciséis años, o sea tres años después de que me trajeron. Y quería quedarme allí porque aquí todo era muy difícil.

Cecilia, más adelante en la entrevista, volvió a sobrecogerse cuando afirmó que durante el primer año que estuvo en Estados Unidos se iba a la cama por la noche y “lloraba desconsoladamente”, pero que lo hacía en silencio, sin recurrir a su padre ni a su madrastra ni a nadie porque, como se mencionó en la sección de negación de salud migrante y normalización del malestar, por un lado, ella pensaba que era normal estar triste y, por otro, no quería convertirse en una carga para su familia (Cecilia, comunicación personal, Nueva York, 2018).

Carina, migrante pasiva, explicó su propio dolor encapsulado:

Se sufre mucho. Y aunque perseveremos, hay sentimientos que se guardan muy dentro de nosotros. Porque nos faltó el afecto y el cuidado de nuestros padres en directo y, aunque ahora volvamos a estar todos juntos y estén orgullosos de nosotros porque todos somos adultos realizados y responsables, perdimos la oportunidad de poder contar con su apoyo, de estar cerca de nuestros padres mientras crecíamos. Básicamente crecimos solos y los echamos mucho de menos. (Carina, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

Brevemente, Estela expresó que encapsular el dolor en última instancia hizo que los migrantes “endurecieran su corazón”, lo que

lamentó, pero reconoció como necesario para lograr sobrevivir a las dificultades, especialmente emocionales, en el intento de conseguir mejores condiciones de vida y un futuro más próspero (Estela, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017). Los comentarios de Estela se relacionan con los siguientes dos mecanismos de afrontamiento que migrantes activos y pasivos utilizaron de manera fundamental: el ideal de bienestar y las metas transgeneracionales.

Ideal de bienestar y metas transgeneracionales

El ideal de bienestar se conceptualiza como la creencia de que con el tiempo se alcanzará un estado de bienestar holístico, la cual ayuda a migrantes activos y pasivos a perseverar a través de todas las dificultades relacionadas con el proceso migratorio. Todos los participantes en la investigación utilizaron este mecanismo de afrontamiento. Funcionaba como motivación para seguir viviendo, tanto que dejar de creer en ese ideal resultaba en la disipación total de su razón de ser y, en consecuencia, el desmoronamiento de su capacidad de tolerar los retos migratorios (véase la Figura 3.8). Desde el punto de vista psicológico, este ideal de bienestar se asemeja al instinto de vida definido por Freud en 1920, que impulsa a los seres humanos a preservar y recrear la vida, apoyando el bienestar individual y colectivo (Freud y Strachey, 1989). La distinción del ideal de bienestar de los migrantes radica en cómo esta creencia los ayudaba específicamente a sortear las dificultades de la migración y les proporcionaba una razón para seguir persiguiendo sus metas migratorias a pesar de todas las adversidades. Mientras que el ideal de bienestar de muchos migrantes implicaba a sus familias y tenía fines transgeneracionales, algunos migrantes estaban solos y solo se preocupaban por sí mismos y por su propio futuro. En ambos casos, sin embargo, el ideal de bienestar de los migrantes estaba orientado al futuro y se manifestaba como un deseo de que tarde o temprano ese estado ideal de comodidad y

tranquilidad se hiciera realidad gracias a sus continuos esfuerzos, persistencia y resistencia al sacrificio. La religiosidad de los migrantes activos y pasivos no estaba necesariamente asociada a esta creencia, pero cuando lo estaba, la fe en su realización también estaba depositada espiritualmente en Dios, independientemente de su denominación.

Figura 3.8. Ilustración de ideal de bienestar



Los migrantes activos y pasivos solían sostenerse en la persecución de propósitos de vida multigeneracionales con una pulsión histórica, prospectiva y colectiva que superaba intereses individualistas y sucesos cotidianos. Conceptualizado como metas transgeneracionales, este mecanismo ayudó a los migrantes a hacer frente a las dificultades de los procesos migratorios, proporcionándoles sentido y significado a sus vidas, lo que era fundamental para que se fortificaran y desarrollaran su resiliencia. Los pocos migrantes que no tenían una familia a su cargo también se proyectaban a futuro y consideraban su pasado familiar como punto de referencia para valorar sus esfuerzos y contextualizar sus logros (véase la Figura 3.9). La combinación de ambos mecanismos de afrontamiento, ideal de bienestar y metas transgeneracionales, fue el motor que permitió a migrantes activos y pasivos prevalecer a pesar de los obstáculos que encontraron. En general, estos mecanismos provocaban un efecto beneficioso a largo plazo y para el grupo familiar; sin embargo, a corto y medio plazo, solía empujar a los migrantes a tolerar lo inimaginable, con graves costos en la salud personal. No obstante, estos costos eran codificados como meritorios si al final se cumplían las metas transgeneracionales y se alcanzaba el bienestar.

Figura 3.9. Ilustración de metas transgeneracionales



En las entrevistas individuales y de grupo y en los talleres, los migrantes activos y pasivos compartieron de distintas maneras sus experiencias migratorias, sus motivaciones y lo que les permitió perseverar. Por ejemplo, Lara, una migrante pasiva cuyos padres regresaron a Ecuador después de muchos años y se reunieron con sus hijos, ya mayores, dijo:

El hecho de que ahora estemos juntos es lo que compensa todos los problemas que tuvimos antes. Creo que la vida es así, por muchos problemas que haya que soportar, al final existe la felicidad. Hemos superado nuestros problemas y ahora somos felices. Confiábamos en que este día llegaría y así perseveramos. (Lara, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

Muriel, una retornada, expresó: “Al final, yo creo que todos los migrantes salimos del país y regresamos con un objetivo final, vivir bien, y tener un bienestar personal y familiar. Creo que eso es lo que todos buscamos” (Muriel, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017). Lesly, primero migrante pasiva y luego activa, compartió:

Mi motivación para graduarme en la universidad era poder proporcionar una buena vida a un bebé en el futuro, una buena vida que no iba a poder darle si seguía trabajando en el supermercado y no terminaba mis estudios universitarios. Fui testigo de lo duro que era para mi hermana y su hija, mi sobrina, porque mi hermana se pasaba todo el día trabajando y mi sobrina se quedaba sola antes y después del colegio, y vivíamos todas en una habitación. Quería poder ofrecer bienestar a mi bebé. Además, había visto los esfuerzos de mi madre por garantizar el bienestar de sus hijos. Siempre había intentado hacer todo lo posible para ofrecernos una buena vida, aunque fuera difícil. (Lesly, comunicación personal, Nueva York, 2019)

Cecilia, que también fue primero migrante pasiva y luego activa, dijo que cuando por fin pudo regresar a Ecuador después de tres años, sus hermanos y su abuela, “que me extrañaban mucho, me convencieron de que no me quedara en Ecuador, porque sabían

que en el futuro iba a tener una mejor vida y bienestar en Estados Unidos”. Cecilia pasó por todo tipo de adversidades, pero perseveró y se graduó de la secundaria, ganó becas, entró a la universidad y obtuvo una licenciatura y una maestría, y después también hizo la carrera de Derecho y se convirtió en abogada de inmigración. Dijo:

Ahora me siento bien aquí. Vivo sola, y desde que dejé la casa de mi padre, estoy tranquila, en paz. [...] No importa lo que pase durante el día, llego a mi casa y ese es mi espacio. Me encanta mi trabajo, la organización jurídica en la que trabajo es muy buena, muy ágil, tiene una misión admirable, me gustan mis colegas y el personal, la mayoría de los cuales son migrantes, y son muy cariñosos, y nuestros clientes han pasado por muchos traumas, ¡y es bueno poder ayudarles a alcanzar su bienestar también! (Cecilia, comunicación personal, Nueva York, 2018)

Eduardo, migrante retornado, expresó su opinión sobre la búsqueda del bienestar: “Lo gratificante de ser capaz de perseverar a pesar de las dificultades de la vida del migrante es que uno desea volver a reunir a la familia para vivir bien” (Eduardo, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017). Del mismo modo, Frida, una migrante pasiva, compartió:

Creo que lo que nos motivó a superar los problemas y dificultades que todos tuvimos en el extranjero y al dejar atrás a nuestros hijos fue el deseo de obtener un poco de aquello que buscábamos y aún no teníamos, para así poder regresar y ver a nuestra familia feliz, disfrutando de una buena vida. Alcanzar el bienestar de toda la familia es lo que a la larga puede hacer que nos sintamos satisfechos con todos los esfuerzos que hicimos para poder progresar. (Frida, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

Las metas transgeneracionales fueron una fuerza principal, como expresó claramente Jorge al recordar cómo sus padres no se quedaron atrapados en sus recuerdos nostálgicos de Ecuador ni en su deseo de volver:

Estaban seguros de que sus esfuerzos habían valido la pena y de que Estados Unidos era el lugar donde debían estar porque veían que mi hermano y yo éramos estudiosos y lográbamos avanzar para asegurarnos un buen futuro, con oportunidades prometedoras de disfrutar de una buena vida.

Jorge explicó como este mecanismo también funciona en la lógica inversa:

Mis padres se habían sacrificado tanto por nuestro bienestar y yo había luchado tanto por ser un estudiante excelente que estaba convencido de que tenía que elegir las mejores opciones, las mejores universidades, en lugar de tomar el camino más fácil. Tenía que validar todos los esfuerzos que mi familia había hecho por nuestras vidas con mis propios esfuerzos para garantizar que todos llegáramos al punto de estar a gusto, en paz. [...] Que todos tuviéramos un título universitario, un buen trabajo, y que mis padres por fin tuvieran su propia casa y pudieran trabajar menos horas y así relajarse y disfrutar de la vida. (Jorge, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019)

Estela, retornada de España, reflexionó sobre las dificultades que experimentó al alejarse de su familia, que se había quedado en Ecuador, sin perder de vista el bienestar y las metas transgeneracionales:

Mi familia era el motivo que tenía para juntar fuerzas, para levantarme cada mañana y decir: “Hoy voy a dar lo mejor de mí”. Primero, porque quiero que mis hijas aprendan a ser luchadoras, a sacar lo mejor de sí mismas. Ese es el impulso. Sobre todo, cuando estás fuera de tu país: a pesar de todas las adversidades, con o sin trabajo, teniendo o no donde dormir, lo que te anima es pensar en la familia, en la gente que has dejado atrás, y recordar que lo estás haciendo por ellos. Que merece la pena el esfuerzo, el sacrificio. Vale la pena que no duerma, que esté enferma, que no coma. Eso no importa si es para poder ahorrar y enviarles algo de dinero, o para poder acortar el tiempo que tendré que pasar lejos para poder estar junto a ellos de

nuevo más pronto. Merece la pena. La familia es el motor, y la razón de la ausencia; es la respuesta cuando me pregunto “¿qué hago aquí? ¿Por qué no estoy allí, luchando, pero junto a ellos?”. (Estela, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017)

Rosa, migrante retornada de España, compartió los motivos de su decisión de migrar: “Me fui sola porque llevábamos muchos años casados, pero no teníamos casa; seguíamos viviendo con mis padres. Entonces, decidí migrar con el objetivo de darle una mejor vida a nuestros hijos y darles una casa” (Rosa, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017). Del mismo modo, Matías, un migrante activo en Nueva York, compartió que, de hecho, “los esfuerzos que su familia había hecho para prosperar y lograr el bienestar de padres, parientes cercanos e hijos” habían sido el motivo principal para que su esposa y él tomaran las decisiones primero, de migrar, segundo, de cambiar de trabajo y así reducir la carga laboral y el estrés, y tercero, perseverar contra viento y marea (Matías, comunicación personal, Nueva York, 2019).

Por último, la experiencia de Ryan, que primero fue migrante pasivo, luego migrante activo en España y finalmente retornado, también incluyó metas transgeneracionales, que en su caso fueron inicialmente de padres a hijos, dado que “migraron para que todos pudiéramos tener un futuro más prometedor”, y más adelante, se manifestaron de hijo mayor a padres y hermanos menores:

Así que mi madre, mis hermanos y yo volvimos a Ecuador después de varios años en España para ocuparnos de unos asuntos familiares de mi abuela y ver si por fin podíamos establecernos aquí de nuevo. Mi padre se quedó en España trabajando y nos enviaba dinero. Pero las cosas aquí en Ecuador no iban bien económicamente. Nos costaba llegar a fin de mes. [...] Así que le dije a mi madre: “Vuelve y llévate a mis hermanos porque allí tendrán una educación mejor, una vida mejor y un futuro más prometedor, sin tantas necesidades como aquí”. Insistí aun sabiendo que los iba a extrañar. Pero, para mí, mis hermanos son como mis hijos. Yo soy el mayor...

Los extraño, y creo que ellos a mí también, pero es por su bienestar, sé que allí van a estar bien, y que aquí no va a ser así. Mis hermanos ahora están muy bien en España. Ojalá no estuvieran lejos, pero es mejor para ellos. Ahora estoy aguantando y enfrentando las dificultades de aquí y el extrañarlos, pero es por su bienestar. Espero que dentro de dos años pueda reunirme con ellos en España y estemos todos bien. (Ryan, comunicación personal, Santo Domingo, 2016)

En conjunto, las vivencias de todos estos migrantes muestran la fuerza y la centralidad que la utilización de los mecanismos de afrontamiento del ideal de bienestar y las metas transgeneracionales tuvieron para que ellos lograsen navegar las múltiples dificultades que la migración les planteó a ellos y a sus familiares. Estos dos mecanismos también fueron fundamentales para lidiar con la migración de retorno, al utilizarlos en combinación con los mecanismos de retorno estratégico, reajuste al asentamiento, o rebote del retorno involuntario, como se expondrá a continuación.

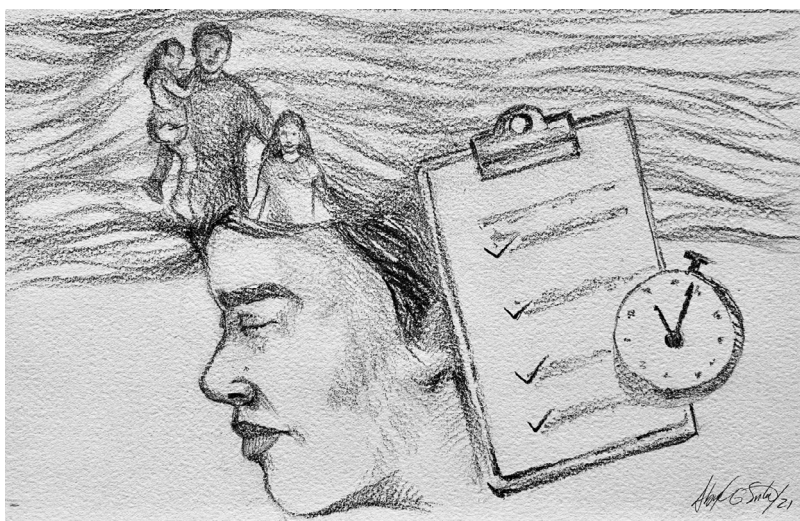
Retorno estratégico

En oposición a la hipótesis del sesgo del salmón, que sostiene que los migrantes acaban regresando a sus lugares de origen a medida que envejecen o enferman por un instinto biológico que los lleva a preferir morir donde nacieron —como hacen los salmones (Abraído-Lanza et al., 1999; Turra y Elo, 2008)—, nuestra investigación sociológica encontró dinámicas diferentes. Los migrantes activos eran deliberados y estratégicos a la hora de retornar o, por el contrario, se habían visto obligados a regresar por cuestiones migratorias, legales, económicas o políticas, por acontecimientos imprevistos, como accidentes laborales o enfermedades, o por ser menores de edad. A continuación, nos dedicamos al mecanismo psico-sociocultural del retorno estratégico, para luego explicar el

reajuste al asentamiento y, por último, explorar el mecanismo del rebote del retorno involuntario.

Basándonos en nuestros datos cualitativos, el retorno estratégico se conceptualizó como migración de retorno debido a un proceso de toma de decisiones reflexivo e instrumental basado en las metas transgeneracionales, el ideal de bienestar y las circunstancias actuales en los lugares de destino y origen. En general, si los migrantes activos aún no habían alcanzado algunas o todas sus metas migratorias y transgeneracionales, hacían todo lo posible por permanecer en el lugar de destino a pesar de las dificultades y persistir en su intento de prosperar en su proyecto migratorio. En algunas ocasiones, la razón por la que los migrantes activos no retornaban era porque “sentían vergüenza de haberse ido y no haber podido conseguir nada o de volver con las manos vacías” (Carol, comunicación personal, Loja, 2016), aunque sus familiares, migrantes pasivos, les “insistieran en que les apoyarían a su regreso y preferirían su bienestar a que siguieran sacrificándose en el extranjero” (Etelvina y Clara, comunicación personal con madre e hija, Loja, 2016). Al igual que la decisión de abandonar su tierra oriunda, la decisión de regresar y poner fin al proceso migratorio nunca se tomaba a la ligera y claramente iba mucho más allá de comportamientos instintivos (ver Figura 3.10). Los casos de Fernando, Matilda, Carmen y Luis ejemplifican cómo funcionaba el retorno estratégico.

Figura 3.10. Ilustración de retorno estratégico



Fernando había migrado a España por su cuenta, dejando a su mujer y sus dos hijas en Ecuador. Compartió:

Me fue bien. Fue muy duro. Dejé a mis hijas cuando eran pequeñas y volví cuando ya habían crecido. Volví por mis hijas. Había alcanzado el objetivo que me había fijado... que era ahorrar dinero para construirnos una casa y dejársela a nuestras hijas para que no tuvieran que estar de alquiler en alquiler... y mantenerlas para que pudieran estudiar y terminar una carrera universitaria, y lo hicieron, una es abogada y la otra ingeniera.

Fernando, que “tuvo ganas de volver muchas veces porque el trabajo era muy demandante”, esperó a que llegase el momento oportuno para regresar. Había empleado los mecanismos de afrontamiento de ideal de bienestar y metas transgeneracionales para tolerar las dificultades y avanzar hacia el objetivo de lograr mejores condiciones de vida para su familia y sus hijas. Fernando persistió hasta que puso fin a una etapa de su vida que le resultaba

ya demasiado exigida para poder disfrutar de los frutos de su esfuerzo, según sus palabras:

Cumplí mi meta... Tengo tierras, una casita, animales, y mis hijas tienen sus profesiones. Después de volver, mi mujer y yo también tuvimos más hijos. He dejado de ser migrante. Si volviera a marcharme, me llevaría a toda la familia conmigo. Pero preferiría nunca más tener nada que ver con la migración. (Fernando, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017)

Su caso ilustraba no solo el retorno estratégico, sino también la influencia que las metas migratorias transgeneracionales de mejorar las condiciones de vida para el futuro ejercían en la decisión familiar de migrar, aguantar todas las adversidades asociadas y, finalmente, regresar y reunirse.

Matilda, madre soltera, migró a España y dejó a su hija al cuidado de sus abuelos. Matilda lo pasó mal como trabajadora migrante, pero pudo ganar lo suficiente para enviar remesas a Ecuador. Ella pasó cuatro años en el extranjero y decidió regresar porque, aunque no había podido ahorrar lo suficiente para construir una casa, no quería perderse el crecimiento de su hija más de lo que ya lo había hecho. Relató:

Ya me había perdido su primera comunión; me perdí su confirmación. Así que me decidí y dije: “No. Tengo una hija y voy a ayudarla a salir adelante de una forma u otra, aunque tenga que luchar para subsistir en Ecuador”. Y así fue, volví y la ayudé a terminar el bachillerato y luego a cursar sus estudios universitarios para ser doctora en Medicina. Y mi hija me dice: “Mamá, yo no habría podido graduarme como médica si tú no hubieras regresado. Porque tengo muchas amigas que están solas, con sus padres en el extranjero, que se perdieron. Algunas se quedaron embarazadas, otras se escaparon de su casa, otras abandonaron la escuela o la universidad y no llegaron a ser profesionales. Pero sé que tu amor y tu compañía es lo que me ha hecho ser quien soy hoy”. Entonces, no me arrepiento de haber regresado ni me importa haber o no construido una casa, una casa

bonita, porque lo más importante era mi hija, era que yo pudiese estar con ella. (Matilda, comunicación grupal nro. 1, Loja, 2017)

Matilda dio prioridad al bienestar emocional de su hija y decidió regresar antes de cumplir los objetivos económicos implicados en su partida. Su decisión seguía siendo estratégica porque ella había reflexionado cuidadosamente sobre su experiencia migratoria, evaluado las ganancias y las pérdidas, y estimado el futuro colectivo de su familia de acuerdo con las oportunidades y los desafíos de estar en el extranjero o de regreso de un modo integral. El sopesar pros y contras de lo ya ocurrido y lo que se avecinaba con relación a las metas transgeneracionales y el ideal de bienestar fue fundamental para tomar decisiones informadas sobre la migración de retorno.

Carmen se había graduado en la Escuela de Enfermería y ejercía su profesión desde hacía un año. Migró a España con la ilusión de trabajar como enfermera allí. También madre soltera, Carmen dejó a su hijo al cuidado de sus abuelos. Su plan no funcionó por cuestiones legales relacionadas con su título profesional y su residencia. Mientras esperaba regularizar su situación, se empleó como trabajadora doméstica con cama dentro, luego como ama de llaves en un hotel y más tarde como parte de un equipo de limpieza en un hospital, intentando ganar lo suficiente para mantenerse y enviar remesas a Ecuador para su hijo. Esto “fue muy duro, porque, aunque mis familiares y amigos que estaban en España me habían dicho que era fácil ganar dinero allí, no lo era”. Una vez establecida su residencia, Carmen intentó convalidar su título de enfermera, pero había pasado demasiado tiempo desde su graduación, por lo que no pudo hacerlo. Entonces:

[...] seguí trabajando en varios sitios, pero la situación económica en España empezó a cambiar y se hizo más difícil encontrar trabajo, aunque ya tuviera la residencia. Así que, como por fin había podido saldar mi deuda de cuando compré el boleto de avión para venir a España y también había logrado enviar algo de dinero a casa, decidí

regresar a Ecuador, reiniciar mi camino profesional como enfermera y volver a estar junto a mi hijo.

Carmen planificó su regreso basándose en las dificultades materiales, profesionales y emocionales que había atravesado. Sus logros, aunque inferiores a lo que esperaba, le habían permitido ahorrar dinero para su hijo y su familia, superar los nuevos obstáculos que habían surgido y reforzar la creencia de que de vuelta en Ecuador podría seguir su carrera y reunirse con su hijo y su familia. Su retorno no fue fácil porque tuvo que completar algunos cursos de actualización antes de poder ejercer. Pero “después de un año, empecé a trabajar como enfermera en un hospital y llevo cuatro años trabajando allí”. En retrospectiva, Carmen dijo que “ojalá hubiese sabido exactamente cómo iban a ser las cosas” en España porque “ser migrante es muy duro, el trabajo que haces es duro, y el problema no es tanto acostumbrarse a otro país, sino, sobre todo, dejar atrás a tus hijos, a tu familia”. Carmen también empleó los mecanismos de ideal de bienestar y metas transgeneracionales:

Una vez que pude viajar a Ecuador de visita, todo el mundo me pedía que me quedara, y yo quería quedarme, por supuesto, pero no lo hice porque quería trabajar y seguir ganando dinero para acumular más ahorros. Y aunque una de las familias para las que trabajaba como empleada doméstica me ofreció que trajera a mi hijo, yo me negué porque no quería que estuviéramos allí, teniendo ese tipo de vida tan dura. Quería que estuviéramos aquí, en nuestro propio espacio, con mejores perspectivas. Así que me quedé todo lo que pude, ahorré, y ahora a todos nos está yendo bien aquí. (Carmen, comunicación personal, Loja, 2016)

A diferencia de Matilda, Carmen estimó que el bienestar de su hijo no se vería tan afectado si se quedaba más tiempo en el extranjero para alcanzar sus metas transgeneracionales. Sin embargo, todas estas madres fueron estratégicas en su toma de decisiones tanto a la partida como al regreso. A pesar de las avenencias, eran reflexivas e intencionales, conscientes de los escombros que la migración

y la separación habían generado y comprometidas en hacer todo lo posible para mejorar las condiciones de vida de su familia en el futuro.

Luis hizo una valoración similar de pros y contras para decidir su regreso de España. Sus dos hijas se habían quedado en Ecuador al cuidado de su mujer; había mantenido una comunicación frecuente y abierta con su familia y había podido visitarles en varias ocasiones. Al igual que Carmen, cada vez que los visitaba, se sentía tentado con la idea de quedarse porque había extrañado mucho a su familia, y sus hijas estaban creciendo. Pero seguían necesitando sus ingresos para subsistir. Luis había averiguado cuáles eran los trámites necesarios para que su familia migrara y se reuniera con él, pero “simplemente no podíamos afrontarlos, así que descartamos la idea y nos concentramos en cumplir nuestras metas lo antes posible”. Luis me contó:

Había estado pensando en volver, pero entonces me ocurrió algo y lo tomé como una señal. Un día, en el trabajo, tuve un accidente con una motosierra y me corté. Por suerte, llevaba una gorra que me había comprado hacía poco. Fue solo un susto, nada grave, pero para mí fue como una señal. Cuando volví a casa y me vi el corte en la frente, dije: “¡Se acabó! Ya no estoy para esto”. Así que lo hablé con mi mujer y decidí que trabajaría tres meses más para aprovechar la temporada, ahorrar algo de dinero extra y luego volvería a casa. Mis familiares en España criticaron mi decisión, decían que era demasiado joven para volver, que tenía muchos años por delante para trabajar, que iba a pasar hambre en Ecuador porque nunca iba a ganar suficiente dinero. Pero yo lo puse todo en la balanza: lo que ganaba y lo que perdía; y la última vez que había visitado Ecuador y había visto a mis hijas tan crecidas, me había dado cuenta de que ya había perdido demasiado.

Luis estaba muy consciente de la importancia de mantener las metas transgeneracionales y el ideal de bienestar como fuerza rectora. Así lo explicó:

Las decisiones sobre las migraciones deben tomarse en familia. Porque toda la familia sufre. Si hay necesidad económica, y por supuesto, muchas veces la necesidad es tan grande que la mejor decisión es que un miembro de la familia migre, aunque la familia tenga que separarse y sacrificarse. Pero todo se hace con el objetivo de superar los problemas y volver a estar juntos con mejores condiciones de vida en el futuro. La familia es lo que te salva si te derrumbas. Y, cuando estés en el extranjero, debes enfocarte en trabajar para poder cumplir cuanto antes el objetivo de lograr tener algo propio para la familia. La decisión de migrar debe estar bien pensada.

Luis optó por embarcarse en la migración de retorno una vez que había hecho todo lo posible por efectuar su “sueño de vivir a gusto en Ecuador con su mujer y sus hijas, sin preocuparse del alquiler ni de las deudas”. Si bien los esfuerzos de la familia fueron muchos y la migración había sido física, psicológica y emocionalmente desgastante para todos, como familia coincidían en que había “valido la pena” y estaban “felices de estar de vuelta juntos disfrutando de los frutos de todos los sacrificios que habían hecho” (Luis y Camila, comunicación personal con padre e hija, Loja, 2016).

Reajuste al asentamiento

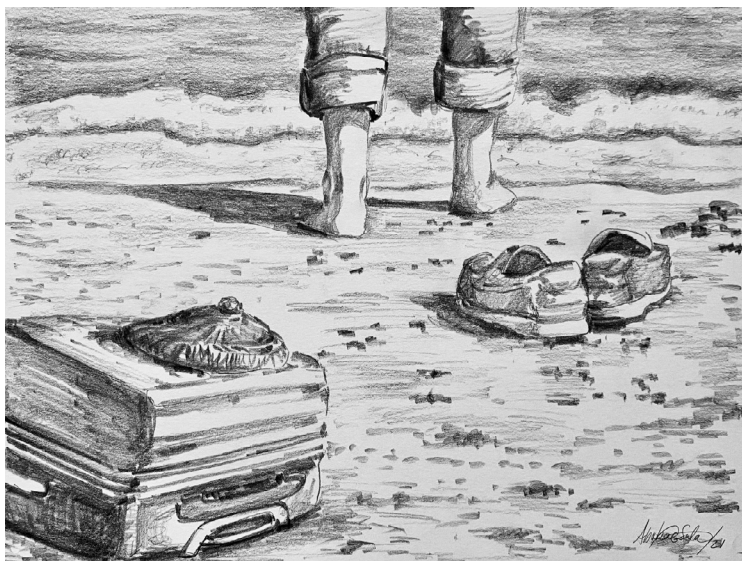
Los migrantes que planearon conscientemente su retorno también solían pasar por el proceso de salud del impacto del retorno. El mecanismo de reajuste al asentamiento se ponía en práctica para prevalecer sobre el golpe que la migración de retorno causaba en migrantes activos y pasivos. Este mecanismo les permitía lograr estar en paz con los esfuerzos y las consecuencias del proceso migratorio, incluidos sus efectos en la familia, y con la realidad actual de su tierra natal (véase la Figura 3.11). Para ilustrar este proceso, sigamos con el caso de Luis. Nos lo explica: “La reunificación ha sido difícil. Volví con tonterías en la cabeza. Tuve que adaptarme a

ellas y ellas a mí. [...] Ha sido un cambio muy exigente para mí. Ha sido difícil adaptarse”. Su hija Camila asintió:

Estábamos acostumbradas a vivir en una casa llena de mujeres y, ahora, todo cambió por completo con mi padre aquí. [...] Pero ahora han pasado tres años desde su regreso y todos nos sentimos más adaptados. Incluso lo extrañamos si no está en la casa por un rato. [...] Y todos nosotros, mi padre, mi madre, mi abuela, mi hermana y yo, nos sentimos mejor, estamos más sanos y de mejor humor.

Luis también tuvo que hacer frente a problemas económicos en Ecuador, y trabajaba en empleos esporádicos cuando podía conseguirlos, pero afirmó que “a veces nos falta dinero, pero al menos, somos los cuatro juntos los que nos ocupamos de ello”. Y añadió después: “Me siento bien porque sé que al final del día, después de trabajar en lo que sea, podré volver a casa y estar con mi mujer y mis hijas. No es como antes, en España, cuando tenía que lidiar con todos los problemas yo solo”. Con el tiempo, la familia de Luis se acostumbró a estar juntos como familia y aceptó su nueva situación económica. Luis se readaptó a establecerse de nuevo en Ecuador y estaba convencido de que “nunca más se iría” (Luis y Camila, comunicación personal con padre e hija, Loja, 2016).

Figura 3.11. Ilustración de reajuste al asentamiento



El caso del marido de Graciela también supuso el mecanismo de reajuste al asentamiento. Había migrado a España debido a la pobreza y permaneció allí durante trece años mientras enviaba remesas para su mujer y sus dos hijas. Poco a poco, “habían podido construir una casita” y tras un accidente laboral que “lo asustó porque podía haber sido grave, decidió que era el momento de volver”. El marido de Graciela “volvió con la idea de que iba a encontrar trabajo porque todavía era joven, pero la situación era difícil”. Padeció el impacto del retorno, que incluyó trastornos físicos y psicológicos, y su mujer y sus hijas lo apoyaron para superar estas dificultades:

Le digo que no se preocupe. Que estaremos bien. Que ahora estamos juntos y que, mientras podamos irnos a dormir después de haber tenido algo de comer, estaremos bien. [...] Está preocupado porque no encuentra un trabajo estable, así que piensa que quizá debería

volver a España. Pero nuestras hijas le dicen que no es una buena idea porque no quieren que vuelva a separarse de nosotras. Ya estamos acostumbrados a estar los cuatro juntos, así que mis hijas y yo no queremos que se vaya. [...] Además, le recordamos que nunca recuperaremos el tiempo que pasamos separados y que es mejor afrontar las dificultades juntos que separados.

El marido de Graciela acabó encontrando un trabajo temporal en la construcción y, aunque “le preocupa no poder mantener a nuestras hijas y sus estudios universitarios, yo lo tranquilizo diciéndole que estaremos bien porque yo tengo un ingreso estable y juntos lo lograremos”. Con el apoyo de Graciela y de las dos hijas, él pudo adaptarse a sus nuevas circunstancias como migrante retornado reunificado con su familia y finalmente “hacer las paces con el hecho de que ha vuelto y ahora estamos saliendo adelante juntos” (Graciela, comunicación personal, Loja, 2016). De manera similar al caso de Luis, el mecanismo de reajuste al asentamiento fue puesto en marcha por toda la familia y funcionó de manera colectiva.

Otro caso que ilustró la dinámica de este mecanismo fue el de Gisella. Su regreso también presentó dificultades; ella expresó:

Mi hijo se escondía detrás de la falda de mi madre porque no me conocía y tenía miedo. Mi madre le decía que no pasaba nada, que yo era su madre. Pero él se escondía detrás de mi madre. Ni siquiera quería que lo tomara de la mano. Entonces, volver a casa fue como empezar de cero para ganar todo el amor que se había perdido. Fue muy, muy duro.

Después, añadió que económicamente también fue difícil porque “hubo muchos momentos en los que simplemente no podíamos subsistir”. Sin embargo, ella había empleado el mecanismo de reajuste al asentamiento y estaba “en paz con mi decisión de regresar, sin importar lo duro que fue porque he podido estar con mis hijos y verlos crecer” (Gisella, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017).

Paula, que migró por cuestiones económicas con su marido a Estados Unidos y dejó atrás a sus hijos, regresó al cabo de seis

meses sola porque “no podía hacerme a la idea de estar lejos de mis hijos”. La migración de retorno de Paula fue “muy dura”:

Había pensado que al bebé no le iba a afectar mucho mi ausencia, pero era mentira. Uno piensa que seis meses no son nada. Volví a los seis meses y, efectivamente, seis meses son mucho, mucho. Cuando volví, mi bebé ya tenía cabello, cabello rizado, mi hijo mayor ya estaba cambiando la voz y mi hija, la del medio, había empezado a caminar y se la veía más grande. Es decir, las cosas que uno pierde, nunca, nunca las puede recuperar.

El hijo menor de Paula tenía algunos “problemas de desarrollo graves” que ella creía que eran consecuencia de su partida. Por ende, Paula se esforzó por superar los efectos negativos que le había generado la separación de sus hijos, “primero por mi cuenta, porque mi marido se quedó un año más en el exterior para intentar solucionar nuestros problemas económicos y, después, con él”. Su utilización del mecanismo de reajuste al asentamiento se centró sobre todo en ayudar a su hijo a recuperarse:

Cuando volví, me di cuenta de que mi hijo pequeño no era como mis otros hijos. Si lo ponías en el suelo en algún sitio, no se movía, y siempre estaba mirando hacia abajo, hacia el suelo... así que hice que lo viera un psicólogo, pedí citas con todos los especialistas que pude para que mi hijo se recuperara, para que hablara. No empezó a hablar hasta los cinco años. Estaba muy afectado, muy, muy.

Paula hizo todo lo que pudo para apoyar a su hijo, y “le di amor, seguridad y pasé mucho tiempo con él, y con el tiempo se recuperó. Ahora tiene doce años y le va muy bien”. El marido de Paula también recurrió al reajuste al asentamiento, sobre todo dedicándose a “juntar las fuerzas que le daba el estar todos juntos en familia mientras nos organizábamos para poder gestionar nuestra economía, trabajar y ahorrar aquí en Ecuador.” La familia de Paula pudo finalmente superar todos los obstáculos que primero habían motivado su migración y luego habían surgido a raíz de su separación y

a su regreso. En sus palabras: “Habíamos tocado fondo y pudimos levantarnos de nuevo. Y estamos aquí, bien, trabajando, intentando salir adelante” (Paula, comunicación personal, Loja, 2016).

El caso de Anahí también es ilustrativo de la forma en que el reajuste al asentamiento funciona para que los migrantes retornados superen los efectos de volver a sus países de origen. Anahí había migrado a Madrid cuando tenía nueve años con sus padres por cuestiones económicas, y cuando tenía veintiún años decidió estratégicamente regresar a Ecuador:

[...] porque ya estaba en una edad en la que buscaba independizarme y quería ir a la universidad y trabajar. Pero en España eran tiempos difíciles para encontrar trabajo y los exámenes de acceso a la universidad eran difíciles de aprobar. Entonces, con el apoyo y el acuerdo de mis padres, volví a Santo Domingo, me matriculé en la universidad y empecé a estudiar la carrera.

A pesar de su meditada decisión de volver, a Anahí le costó adaptarse a vivir de nuevo en Ecuador: “Al principio fue horrible, no quería ir por ahí porque me parecía todo demasiado caótico, las calles estaban sucias y el transporte público era inseguro; y también extrañaba a mi familia”. Cuando Anahí regresó, se dedicó a una relación que había iniciado años antes con el hijo de un amigo de la familia, y pronto decidieron casarse. Al cabo de un año, Anahí estaba embarazada y, cuando nació su hija, tomó una pausa en sus estudios universitarios y los continuó más adelante. Expresó:

Con el tiempo, me acostumbré a estar en Ecuador. Un poco a la fuerza, como que *tenía que* [énfasis de ella] acostumbrarme. Pero, sobre todo, porque había regresado porque deseaba seguir estudios universitarios y salir adelante, ¡y lo logré! Estoy logrando estos objetivos. [...] Además, gracias al crecimiento de mi hija me estoy acostumbrando a estar aquí. Mi marido también me ha ayudado, y queremos hacer todo lo posible para tener una buena vida.

Con el paso del tiempo, Anahí también “se acomodó al clima, a la comida y al estilo educativo, todos muy diferentes a los de España” y después de tener dificultades para hacer amigos en la universidad porque “eran más reservados y se burlaban un poco de mi acento y mis costumbres”, consiguió entablar amistades. La readaptación de Anahí se basó en la consecución de sus aspiraciones migratorias de retorno, así como de su ideal de bienestar y metas transgeneracionales recreadas, al implicar a su nueva familia, especialmente a su hija. Anahí también valoró con optimismo su decisión de regresar a pesar del difícil proceso de reajuste al asentamiento que sufrió: “El cambio fue positivo. Pude estudiar y cambié —mi personalidad, mi carácter—, maduré, incluso más al convertirme en madre. Me hice más fuerte y mi vida ha mejorado”. Anahí y su marido habían pensado en “cómo darle una mejor calidad de vida” a su hija en el futuro y estaban considerando “la idea de migrar a España más adelante, aunque los detalles de cómo exactamente” aún se estaban discutiendo mientras sopesaban sus opciones profesionales y la situación económica y legal (Anahí, comunicación personal, Santo Domingo, 2016).

Luján también era una joven que regresó a Ecuador “para cursar estudios universitarios porque el examen de ingreso en España era muy difícil”. En su caso, la transición de regreso no fue tan impactante como la de Anahí, sin embargo, seguía presentando desafíos. Para Luján, que había partido de Ecuador con siete años, pero había pasado unos tres años en Santo Domingo durante sus estudios secundarios y, finalmente, había retornado con diecinueve años, lo más difícil fue

[...] aprender que la vida en Ecuador era más controlada, porque en España, aunque fuera menor de edad, mi madre me dejaba ser independiente, y aquí, mi tía no me deja y me pregunta por todo lo que hago ¡aunque ya sea mayor de edad!

Luján también extrañaba a su madre, que se había quedado en España con su padre y su hermano. Rápidamente, ella recurrió al

mecanismo de reajuste al asentamiento. En Ecuador pudo hacer amistades enseguida y no se sintió sola porque sus abuelos estaban cerca y su tía, a pesar de ser “demasiado controladora”, vivía con ella. Luján dijo:

Tenía algunos amigos de cuando había estado aquí durante mis años de secundaria, así que me reencontré con algunos de ellos. Además, mi tía es muy joven, solo tiene veintitrés años, así que salí con ella y sus amigas. Luego, en la universidad, hice una amiga muy íntima; es como si fuéramos hermanas, aunque nos hayamos conocido hace poco. También tenemos un grupo de amigas con las que pasamos tiempo, vamos al cine, de compras y de fiesta. Siempre encontramos algo que hacer.

Además, Luján tuvo un par de novios con los que “se dio cuenta de que las relaciones en España eran más liberales... y que los hombres eran más celosos y no tan románticos”. Aun así, “sigo saliendo con mis amigas, aunque mi novio siempre se queja”. Al correr del tiempo,

[...] me encontré disfrutando de estar viviendo aquí, con amistades, saliendo de paseo, yendo a fiestas. Comprendí que mi tía estaba pendiente de mí porque se sentía responsable por si alguna vez me pasaba algo mientras yo estaba bajo su vigilancia, por así decirlo. [...] Y yo simplemente me acostumbré a estar aquí; eso es todo. Sigo extrañando a mi madre, por supuesto, pero eso es todo. Estoy bien aquí. (Luján, comunicación personal, Santo Domingo, 2016)

En algunos casos, el retorno estratégico de una familia no era sentido como tal por todos sus miembros. En general, los que sentían que su migración de retorno había sido impuesta eran los hijos y las hijas que, si eran menores, simplemente tenían que obedecer, y si eran adultos jóvenes, sentían que debían mantenerse unidos en las decisiones migratorias de su familia o aún eran incapaces de mantenerse por sí mismos. Los jóvenes adultos que ya habían formado su propia familia en el extranjero eran más propensos a

cortar lazos si no querían regresar. En otras situaciones, el miembro de la pareja que no estaban totalmente de acuerdo en regresar seguía el ejemplo de quien quería hacerlo para preservar la unión familiar. Si bien las dificultades de estos casos no pueden equipararse a las del retorno forzado por deportación, por ejemplo, las mismas hacían que los miembros de la familia que se habían sentido obligados a regresar a su país de origen emplearan el mecanismo de rebote del retorno involuntario en vez del reajuste al asentamiento. Los casos de Luciano y Jackelyn en la siguiente sección ejemplifican este tipo de situación mixta.

Rebote del retorno involuntario

El mecanismo empleado para superar las consecuencias negativas de un retorno impuesto al país de origen se conceptualizó como rebote del retorno involuntario. Este mecanismo se parecía al reajuste al asentamiento en cuanto se dedicaba a superar el impacto del regreso, pero era diferente en la medida en que a los migrantes les resultaba más difícil aceptar su regreso porque, para empezar, no lo habían deseado realmente. En algunas ocasiones, su desacuerdo inicial acababa convirtiéndose en un plan para migrar otra vez al lugar del que habían regresado involuntariamente. En otras situaciones, creaba conflictos entre los familiares que habían retornado que terminaban por separar a la familia. En general, el retorno involuntario era más oneroso cuando la razón del regreso era más traumática, como en el caso de accidentes fatales, enfermedades graves, condiciones económicas críticas o deportación. Cuanto más grave era la crisis que obligaba a los migrantes a regresar, más difícil era el rebote. Cuanto menos grave, como en el caso de los hijos de migrantes que por su edad volvieron con su familia a pesar de que no lo deseaban, menos difícil. Igualmente, la capacidad de los migrantes para superar los efectos negativos de los retornos impuestos no dependía únicamente de la gravedad de las crisis que

habían desencadenado la migración de retorno, sino también de su propia fortaleza psicológica, su historia familiar y migratoria, y su grado de capital social y cultural para salir adelante (véase la Figura 3.12).

Figura 3.12. Ilustración de rebote del retorno involuntario



El caso de Luciano ejemplificó cómo funcionaba este mecanismo en migrantes que formaban parte de una familia que había decidido regresar estratégicamente, pero ellos mismos no estaban totalmente de acuerdo con la idea. Por ello, mientras los miembros de su familia empleaban el mecanismo de reajuste al asentamiento, él recurría al de rebote del retorno involuntario. El padre de Luciano trabajaba en la construcción, y su madre limpiaba oficinas y cuidaba ancianos. Él era estudiante de bachillerato y estaba cursando estudios preuniversitarios cuando sus padres decidieron regresar a Ecuador. Luciano explicó:

Mis padres decidieron volver porque con la crisis económica en España a mi padre se le había hecho más difícil encontrar trabajo y ya habíamos podido construir nuestra propia casa aquí en Ecuador. Mi madre seguía trabajando, pero pensaron que era el momento adecuado para volver. Nunca nos preguntaron a mi hermana ni a mí si queríamos volver, aunque yo ya era mayor de edad. Yo tenía más de dieciocho años y no tenía intención de irme..., pero... bueno... Mi hermana tenía unos quince años.

Entrevistadora: ¿Cómo te sentiste con la decisión de regresar?

Sentía que no era lo que yo quería. Al ser mayor de edad, tenía muchas ideas de lo que podía hacer allí. Así que volver fue como un golpe duro. Estaba terminando mi bachillerato, pero entonces, tuve que terminarlo aquí, en Concordia.

El regreso de Luciano no fue fácil: “No conocía a nadie; no tenía amigos. Todos mis amigos estaban en España. No salía mucho. Me comunicaba con mis amigos que estaban en España. Y, no sé, sentía que me faltaba algo, que extrañaba todo”. Sin embargo, Luciano sentía que, como tenía a su familia a su lado, “estaba dispuesto a hacer el esfuerzo e intentar asimilarme, adaptarme”. En su opinión, “era tan importante lo que tenía aquí, en Ecuador, es decir, mi familia, que eso era una buena razón para no marcharme y volver a España”. Con el pasar del tiempo, Luciano logró formar nuevas

amistades en Ecuador y decidió estudiar Hostelería y Turismo para poder viajar. Luciano hizo todo lo posible por adaptarse al regreso de su familia y, a través del rebote del retorno involuntario, superó los sentimientos y experiencias negativas que padeció una vez que se mudó a Ecuador. Sin embargo, compartió:

En el futuro, me gustaría volver a España. He tenido muchas ideas y me gustaría aplicarlas. Por supuesto, no será lo mismo que si me hubiera quedado a estudiar allí. Será muy diferente. Pero igual, me gustaría volver a España e intentar utilizar mis estudios en Turismo porque allí hay mucho turismo. [...] Tendría que pedir un visado y podría quedarme con algunos de mis primos que todavía están allí. (Luciano, comunicación personal, Santo Domingo, 2017)

Luciano había desarrollado proyectos que incluían regresar a España como una forma de lidiar con las dificultades que el retorno a Ecuador sin su pleno consentimiento le había creado. Esta era una táctica típica que los migrantes utilizaban como parte de su rebote del retorno involuntario, para así tener una razón con la que vencer los sentimientos negativos y hacerse más fuertes para seguir adelante con sus propias vidas.

El caso de Jackelyn fue similar al de Luciano. Ella también consideró que su regreso fue “algo forzado” a los dieciocho años. Sus padres decidieron volver porque habían cumplido su objetivo de construir casa propia en Ecuador y porque el padre de Jackelyn “nunca se acostumbró del todo a vivir en España”. A su madre le preocupaba que Jackelyn se quedara sola en España, y al principio Jackelyn estaba indecisa. Al final, se decidió “porque quería continuar mis estudios y mi madre me dijo que, para eso, tenía que volver a Ecuador”. El regreso de la familia de Jackelyn fue todo un reto, especialmente desde el punto de vista económico: “A mis padres les llevó mucho tiempo conseguir dónde trabajar y cómo subsistir aquí... así que habían regresado con una idea que no se ajustaba a la realidad de Ecuador”. Jackelyn, dos años después de su regreso, afirmó que “segúan luchando”. Por su parte, recurrió

al mecanismo de afrontamiento de rebote del retorno involuntario concentrándose sobre todo en los aspectos positivos de estar de vuelta en Ecuador:

En parte fue bonito, porque uno vuelve al lugar donde nació, donde tiene a toda la familia, y vuelve a verlos. Y es como empezar de cero otra vez, pero lo principal es realmente la familia porque estás con ellos y puedes contar con ellos. [...] Yo estaba muy triste antes de irme de Barcelona. Lloré como cinco días seguidos, porque era muy triste despedirme de toda mi vida, de mis amigos, de toda la vida que tenía. Todo era triste. [...] Al principio aquí era triste, estábamos nostálgicos y llorábamos a menudo por los recuerdos y porque extrañábamos a nuestros amigos y nuestra vida allí. [...] Pero después de un tiempo, empecé a hacer amigos y a relacionarme con mis primos de aquí, muchos de los cuales también habían vuelto de España, así que entendían por lo que estaba pasando. [...] Y más tarde, empecé a estudiar y me concentré en eso... en acostumbrarme al estilo educativo de aquí.

Jackelyn superó los retos del regreso enfocándose en su familia, sus amigos y sus estudios y, al igual que Luciano, utilizó los planes que hizo para su futuro como motivación para seguir adelante:

Creo que volveré a Barcelona y viviré allí. Y si no es Barcelona, será otro sitio, pero será en el extranjero. [...] Lo tengo muy claro. [...] Dependiendo de cómo me vaya aquí o cuando termine la carrera, cuando haya trabajado un poco y eso, me iré... Ya se lo había dicho a mi madre, dos años máximo y me voy. (Jackelyn, comunicación personal, Santo Domingo, 2016)

El caso de la familia de Natalia y Horacio ilustró una situación de rebote del retorno involuntario por parte de Natalia, que no estaba de acuerdo con volver a Ecuador, pero también, por parte de Horacio, cuya decisión unilateral de regresar fue más el resultado de un accidente de trabajo que implicó problemas laborales y de salud que de un plan estratégico. La familia de tres miembros

atravesó un impacto del retorno que incluyó problemas de salud, de pareja y económicos. Natalia explicó:

No quería volver porque quería terminar mis estudios de posgrado, pero no pude. [...] Además, después de siete años, me había acostumbrado a vivir en España; era mi segunda patria. [...] Además, ahí había más apoyo, porque, aunque hubiera crisis, todavía había muchas maneras de llegar a fin de mes. Por ejemplo, con la comida: allí comprábamos y teníamos para dos semanas, pero aquí gastamos lo mismo y solo alcanza para un día. Es muy caro vivir aquí en Ecuador. [...] Además, cuando volvimos, no pudimos encontrar trabajo. Mi marido siguió sintiéndose mal tras su accidente laboral. Solo ahora empieza a recuperarse. Se ató a la depresión. Se sentía mal. Solo pasaba el tiempo llorando. Y entonces, hace un año, falleció su padre. [...] No sé si fue porque se encerró en sí mismo, pero no pudo salir de la depresión. Intentamos conseguir atención médica y psicológica, pero no era receptivo. Yo le decía que perseverara y luchara para sentirse mejor, pero él no quería. [...] Mi hija desarrolló alergias, eczemas... e incontinencia.

Natalia compartió su deseo de volver a migrar a España porque allí había “más posibilidades”. Se sentía frustrada por el hecho de aún seguir buscando trabajo, pero sobre todo estaba “preocupada por mi hija, que me dice todo el tiempo que quiere que volvamos a España”. Natalia estaba pensando en cómo migrar de nuevo hacia allá y lamentaba que no hubieran hecho los trámites necesarios para obtener la nacionalidad de su hija, que de hecho había nacido allí. Aun así, seguía investigando cómo podrían marcharse e intentaba animar a Horacio, que había empezado a expresar su deseo de volver a España también. En comparación con su marido y su hija, Natalia parecía ser la única capaz de poner en práctica el mecanismo de afrontamiento de rebote del retorno involuntario. Horacio y su hija se habían visto más afectados y todavía estaban atravesando el proceso de impacto del retorno en el momento de la entrevista. Sin embargo, Natalia estaba decidida a ver salir adelante

a su familia, especialmente a su hija. Sabía que “era duro”, pero no estaba dispuesta a rendirse (Natalia, comunicación personal, Loja, 2016).

El caso de la familia de Marta también generó el proceso de impacto del retorno e incluyó el mecanismo de rebote del retorno involuntario. Sin embargo, su crisis migratoria, económica y familiar provocó que la pareja se divorcie. Marta había migrado a España con su marido y había dejado a su hija en Ecuador, “que fue lo más duro”, pero al cabo de seis meses pudieron traerla con ellos. Marta y su marido habían calculado que tres años de trabajo arduo como migrantes serían suficientes para cumplir sus metas y entonces regresar a Ecuador. Pero “no fue así” y se quedaron trece años. Marta había atravesado un difícil proceso de trauma migrante activo y sufría de fuerte estrés migratorio: “Solo vivía trabajando y pensando en ahorrar para poder volver, y con el paso del tiempo y la constatación de que no lo íbamos a conseguir, empecé a dañarme a mí misma; me volví agria”. Marta y su marido experimentaron mucha ansiedad relacionada con el trabajo e intentaron superar las dificultades que tanto Marta como la hija de ellos tenían para adaptarse a vivir en España “en una granja, en una zona rural, aislada”. Varios años después, cuando su hija creció y tuvo que ir a la escuela secundaria, decidieron alquilar una casa en la ciudad más cercana a su lugar de trabajo para que pudiera estar más cerca del colegio:

Entonces empezamos a gastar hasta el último céntimo en gastos y ya no podíamos ahorrar. Entonces, todo se complicó y las cosas se pusieron difíciles. Perdimos la casa porque no podíamos hacer frente a los pagos, y fue entonces cuando nos dimos cuenta de que ya las cosas no tenían sentido. Decidimos volver. Volvimos con ilusión porque todo el mundo nos decía que los migrantes retornados recibían varios beneficios del Gobierno (que el presidente ofrecía esto y lo otro), pero después todo se complicó y nada fue como habíamos imaginado.

Marta y su marido sentían que se habían visto obligados a regresar por no poder hacer frente a sus gastos de manutención a pesar de llevar trece años trabajando veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Así que, aunque habían cumplido algunas de sus metas migratorias, como construir una casa en Ecuador, se sentían insatisfechos y agotados por el “esfuerzo desproporcionado” que habían tenido que hacer. Al regreso:

Teníamos nuestra casita y la familia cerca, pero ya nada era lo mismo, porque la emoción duró unos días, pero ahora es como si no existiéramos. Nuestros familiares ya nos han olvidado. Antes nos reuníamos para Navidad y Año Nuevo, pero ya no. Y uno piensa que cuando vuelve encontrará a la gente igual que cuando se fue, pero la familia ya no es como era y la sociedad también ha cambiado; y el espacio que uno solía tener ya no existe. Así que es muy duro, porque ya no somos jóvenes. Por ejemplo, yo pensaba que iba a poder trabajar, ser vendedora, pero nada. Ahora es incluso más difícil encontrar trabajo que cuando me fui. Así que estaba convencida de que volvía a un territorio conocido, pero no fue así. Para mí ha sido muy difícil. Han pasado cinco años desde que volvimos, y solo recientemente he empezado a recuperarme.

A la hija de Marta también le costó mucho regresar a Ecuador (había estado allí desde los seis hasta los diecinueve años). A pesar de tener una relación y haber tenido un bebé con un compatriota ecuatoriano, “lloraba todos los días y quería volver a España”. Marta afirmó que ella misma “no volvería a España” porque pensaba que estaría “cometiendo el mismo error” que cuando regresó a Ecuador, es decir, “pensar que todo va a ser igual, que todo sigue igual que cuando uno se fue”. Marta tardó en aplicar el mecanismo de rebote del retorno involuntario, en parte porque se disolvió su matrimonio, lo que “fue muy duro de asumir”; pero una vez que lo hizo, la motivó a que se involucrara activamente con una organización de migrantes retornados en Loja, según dijo: “Donde puedo ayudar a otros migrantes a no sufrir tanto. Porque si yo he sufrido,

puedo evitar que otros pasen por cosas que se pueden evitar si las conocen de antemano. El sufrimiento enseña a ser humilde y generoso” (Marta, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017).

Otro caso que convocó el uso de este mecanismo de afrontamiento fue el de Rocío, cuya familia “se vio prácticamente obligada a regresar” debido a su situación de desempleo durante la crisis económica española “así que, aunque nunca habíamos tenido en mente la idea de regresar, tuvimos que apresurarnos a hacerlo porque sencillamente ya no podíamos subsistir”. La familia de Rocío atravesó un fuerte proceso de impacto del retorno que incluyó tensión económica, conflictos familiares y problemas físicos, psicológicos, emocionales y culturales (los cuales fueron compartidos en detalle en el capítulo “Procesos de salud migrantes”). Sin embargo, con el tiempo, la familia pudo salir adelante gracias a recurrir al rebote del retorno involuntario. Rocío, que estaba “muy angustiada con la idea de volver a Ecuador porque era como tener que empezar de cero otra vez, y adaptarse a estar aquí”, compartió que su “estado de choque se disipó gradualmente”. Rocío empezó pronto sus estudios universitarios y pudo contrarrestar las dificultades y los malos sentimientos por medio de:

[...] centrarme en lo que me hacía sentir mejor, es decir, estar en mi casa, tener mi propio espacio, estar cerca de mis padres y de mi hermano... y ver que mis padres están más a gusto aquí hace que yo también me sienta más a gusto, como que me aporta paz, paz interior.

Rocío se sintió “más fuerte interiormente después de poder atravesar las dificultades del regreso” y también “maduré y aprendí a expresar mejor mis emociones en lugar de guardármelas y acabar explotando”. Rocío también habló como su hermano pasó del proceso de impacto del retorno al rebote del retorno involuntario: “Poco a poco fue superando su impacto. Poco a poco, intentó acostumbrarse a estar aquí en Ecuador... y empezó a hacer planes para la universidad: quiere estudiar Ingeniería Civil en Quito, porque está acostumbrado y prefiere vivir en grandes ciudades”. Aunque

Rocío no divulgó los detalles de la experiencia de sus padres, mencionó algunas cosas que indicaban que ellos también habían podido recuperarse del impacto del retorno. Afirmó que “habían podido establecerse económicamente y les iba bien”. También compartió que su padre era “una persona muy fuerte, que no teme a la confrontación y presiona por lo que es justo; dice lo que piensa y persevera”, y que su madre estaba “por fin viviendo una vida más cómoda, menos exigente, sin pasársela agotada por haber trabajado todo el día, viviendo en un lugar propio” (Rocío, comunicación personal, Santo Domingo, 2016).

Como resultado de nuestra técnica de muestreo de bola de nieve, ninguno de los participantes retornados en nuestra investigación había sido deportado, pero varios participantes tenían familiares o amigos cercanos que sí lo habían sido. Si hubiéramos contado con relatos directos de migrantes que habían atravesado procesos de deportación, podríamos haber sido capaces de conceptualizar los mecanismos de afrontamiento o los procesos de salud específicos de migrantes deportados. Sin embargo, basándonos en los datos recogidos indirectamente sobre experiencias de deportación, vimos que también estos migrantes tendían a sufrir el impacto del retorno y a emplear el rebote del retorno involuntario. Observamos que los tres métodos más comunes que utilizaban los migrantes deportados para resurgir eran (1) reafirmar sus proyectos y objetivos de vida y medios de subsistencia en su país de origen, descartando la migración irregular como opción; (2) hacer planes para volver a migrar en términos regulares para evitar la deportación, o (3) volver a migrar, de forma irregular, decididos a afrontar riesgos conocidos y tener una mejor comprensión de cómo evitar problemas con autoridades migratorias. Su trayectoria estaba influida por su propia experiencia como migrantes activos, incluido su duelo reflexivo, trauma migrante activo, estrés migratorio e impacto del retorno. Las metas transgeneracionales y el ideal de bienestar afectaban el modo en que atravesaban el rebote del retorno involuntario, en el que también influían las personalidades

de los migrantes deportados y su inclinación al riesgo, su historial de salud psicológica y física, su resiliencia, sus vínculos y dinámicas familiares, su capital social y cultural en el país de origen y en el extranjero, así como las necesidades y contingencias a las que se enfrentaban a la hora de tomar la decisión de volver a migrar o no.

En este capítulo se exploró cómo se utilizaron los mecanismos psico-socioculturales para hacer frente a los múltiples retos que planteaba la migración. Por un lado, la combinación del ajuste a la desilusión, la nostalgia paralizante y la motivante, la negación de salud migrante, la normalización del malestar y la encapsulación del dolor hicieron posible que los migrantes activos y pasivos soportaran los numerosos obstáculos y dificultades creados por la migración. Por otro lado, y dependiendo del tipo de migración de retorno experimentada, migrantes activos y pasivos utilizaron el retorno estratégico y el reajuste al asentamiento o el rebote del retorno involuntario para lidiar con los efectos resultantes de otra ronda de migración. Además, tanto en la migración de salida como en la de retorno, migrantes activos y pasivos recurrieron a los mecanismos de afrontamiento del ideal de bienestar y las metas transgeneracionales para superar los obstáculos migratorios, incluidos los procesos de salud migrantes, y así perseverar. El siguiente capítulo se dedica al modo en que migrantes activos y pasivos afrontaron los cambios que la migración provocó específicamente en sus relaciones familiares.

Relaciones familiares posmigración

Las personas que, al migrar, se convertían en migrantes activos o pasivos constituían parte de familias, las que podían ser más o menos unidas, solidarias o armoniosas. Estas familias tenían su propia dinámica, miembros, lazos, conflictos e historia antes que la migración ocurriera. A esta configuración se la categoriza como familia previa a la migración. Una vez que se producía la migración, usualmente provocada por motivos serios, comenzaba una nueva fase en la historia de estas familias, creando así una nueva configuración: la de familia posmigración. Esta se componía de miembros migrantes activos y pasivos, más las posibles incorporaciones de nuevos miembros debido a la formación de otras parejas y uniones y, a veces, la reunificación en el extranjero como resultado de la migración en tandas de los parientes que originalmente se habían quedado en el lugar de origen. Si también se producía migración de retorno, se añadía otra configuración a la familia posmigración, independientemente de que se produjera o no una reunificación y de que esta fuera parcial o total. Las futuras rondas migratorias seguían añadiendo capas a estas conformaciones. Estos diversos procesos migratorios generaban en migrantes activos y pasivos la necesidad de lidiar con las nuevas dinámicas, miembros, vínculos y conflictos de la familia posmigración a medida que esta continuaba desarrollando su historia. El mecanismo

psico-sociocultural de la de/reconstrucción familiar era el núcleo de la capacidad de migrantes pasivos y activos para afrontar sus transformadas realidades familiares. Este mecanismo se complementaba con un conjunto de otros cinco: distorsión de la comunicación, subordinación al ocultamiento y el engaño, pactos tácitos, resentimiento y desapego, y comprensión sensata (como se muestra en la Figura 1.1 de la Introducción). Este capítulo explora cómo migrantes activos y pasivos asumieron los efectos que la/s migración/es causaban en sus familias incorporando partes significativas de las historias de salud y migración que ellos compartieron en las entrevistas individuales y de grupo y en los talleres comunitarios que sucedieron durante la investigación.

De/reconstrucción familiar

Nuestro estudio transnacional indicó que los migrantes activos y pasivos afrontaron los efectos perturbadores que la migración tuvo en la familia utilizando un mecanismo conceptualizado como de/reconstrucción familiar: es decir, las unidades familiares de los migrantes se desenredaron y remodelaron con la partida o el regreso de sus miembros en función de las nuevas dinámicas generadas por el proceso migratorio. El mecanismo de deconstrucción y reconstrucción de la familia se practicaba para lidiar con los cambios y superar los retos provocados por las separaciones y reunificaciones de sus miembros al correr del tiempo. Vinculado al duelo reflexivo, al trauma migrante, a las metas transgeneracionales y al ideal de bienestar, los migrantes activos y pasivos recurrían a este mecanismo en distintas fases de sus procesos migratorios tanto instintiva como estratégicamente para poder seguir adelante con su vida personal y familiar. En otras palabras, los procesos migratorios generaban disrupciones significativas en la familia, pero no la aniquilaban. Al contrario, motivaban a que los miembros de la familia migrante repensaran y reorganizaran sus vidas,

relaciones, afectos y proyectos. Así, los problemas que surgían se abordaban (más o menos abiertamente) y se gestionaban (con más o menos éxito) con el objetivo de encontrar un sentido renovado de paz y propósito como miembro de una familia migrante. La deconstrucción y reconstrucción familiar era un mecanismo que se utilizaba en todas las ocasiones en que la dinámica familiar se veía alterada por nuevos procesos migratorios, incluidos la partida de otros miembros de la familia, la reunificación en el extranjero, y la migración de retorno y reunificación (véase la Figura 4.1).

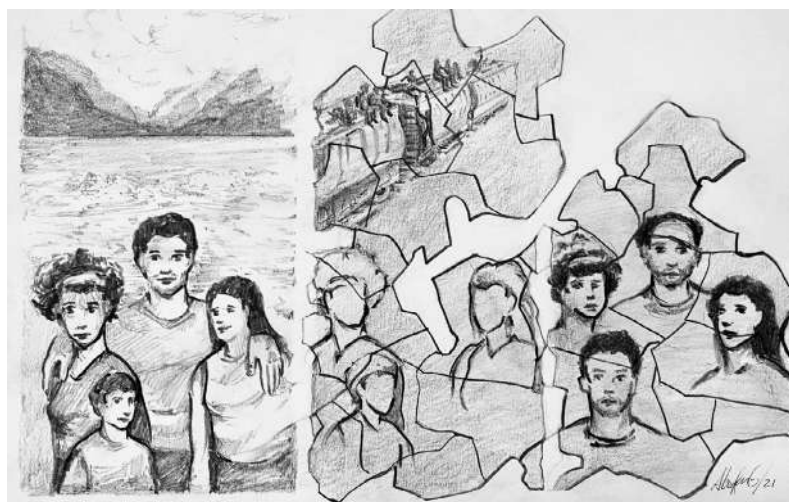
Esta investigación reveló que el tipo de de/reconstrucción familiar que se desarrollaba dependía de (1) los miembros de la familia que migraban al exterior, permanecían en su lugar de origen y regresaban; (2) sus relaciones interpersonales premigración; (3) sus planes y objetivos migratorios, y (4) sus personalidades y estado de salud. En cuanto al primer factor (1), se identificaron seis tipos de de/reconstrucción familiar como los más frecuentes:

- migración simultánea de familia nuclear con hijos;
- migración de padres y madres solos, dejando a hijos con familiares;
- migración del padre solo, dejando atrás a su pareja e hijos;
- migración de la madre sola, dejando a los hijos con su pareja si estaba presente o con parientes cercanos si el padre estaba ausente;
- migración del hermano o la hermana mayor;
- migración de parejas sin hijos.

Todos estos tipos de de/reconstrucción familiar se veían afectados por los otros tres factores. En cuanto al segundo, se reveló que cuanto más fuertes eran los lazos entre los miembros de la familia, más deseada e inclusiva era la reconstrucción de la familia deconstruida; por el contrario, cuanto más débiles eran los vínculos, más

fragmentaria era la reconstrucción de lo que, en un principio, podría haber sido una deconstrucción familiar deseada. En cuanto al tercero, se observó que, por un lado, cuanto más claros e inclusivos eran los objetivos y planes migratorios de la familia, más rápida y mejor era la reconstrucción, y, por otro lado, cuando las familias contaban con un mayor conjunto de recursos económicos, legales, sociales y culturales, más fluida era la de/reconstrucción familiar. Por último, en cuanto al cuarto, se advirtió que cuanto más autónomas eran las personalidades y más fuerte era la salud física y mental de los migrantes activos y pasivos, más resistentes eran en respuesta a los retos de la migración y la de/reconstrucción familiar.

Figura 4.1. Ilustración de de/reconstrucción familiar



Estos tipos y patrones generales de de/reconstrucción familiar nos ayudan a comprender mejor las experiencias por las que atraviesan las familias migrantes al proporcionar una textura y complejidad que difieren de la típica aseveración que la migración solo

provoca crisis y rupturas familiares. Nuestra categorización no es exhaustiva ni intenta minimizar los altos costos emocionales o las serias dificultades causadas por la separación familiar. De hecho, al afirmar que las familias se deconstruyen y reconstruyen, se desarticulan y rearticulan, no se da a entender que los migrantes pasivos no lamentaran la partida de sus familiares o que las parejas separadas de facto a causa de la migración fueran siempre fieles y se volviesen a ensamblar sin problemas. Muy al contrario, lo que aquí se describe es cómo se produjeron estos procesos de desestructuración y cómo, en consecuencia, se recrearon la estructura y la dinámica familiares. En otras palabras, la conceptualización del mecanismo de de/reconstrucción familiar nos aparta de las comunes idealizaciones de la familia como unidad armónica para señalar realísticamente los procesos que atraviesan las familias como el conflicto, la separación, el rencor, la aceptación, la adaptación, la recreación de los vínculos, etcétera. En las secciones siguientes se presenta el mecanismo de de/reconstrucción familiar implicado en los seis tipos de migración identificados con mayor frecuencia en nuestro estudio.

Migración simultánea de familia nuclear con hijos

Una de las formas en que las familias migraban era marchándose todas juntas como una unidad. Este tipo de migración fue menos frecuente en nuestro estudio debido a los elevados costos de la migración y al hecho de que la mayoría de los migrantes partieron por dificultades económicas. A pesar de este obstáculo, hubo varios casos de familias nucleares que pudieron migrar simultáneamente. Cuando estas familias (que en nuestra muestra solían estar conformadas por esposa, esposo y uno o dos hijos) migraban juntas, dejaban atrás a padres/abuelos y otros miembros de su familia extendida. Si estos migrantes pasivos tenían vínculos estrechos con los miembros de la familia nuclear que se iban, primero pasaban

por un duelo reflexivo, sufriendo lo que sentían como una pérdida, pero después reorganizaban sus relaciones con sus parientes en el extranjero. Los migrantes activos, es decir, los miembros de la familia nuclear que se habían trasladado también sufrían separarse de los familiares cercanos que se quedaban, pero, luego, rearticulaban sus relaciones con ellos desde el extranjero. Asimismo, las familias migrantes activas se adaptaban al novel entorno aprendiendo sus normas culturales y sociales, y recodificaban sus relaciones familiares íntimas de acuerdo con las exigencias del nuevo contexto. En ocasiones, la vida en el extranjero llevaba a que las parejas se separasen o divorciasen.

El caso de Selma ofrece un ejemplo de de/reconstrucción familiar de una familia nuclear que migró conjuntamente. Selma partió con su marido y su hija. Respondiendo a los comentarios de otros participantes en la comunicación grupal que habían descrito sus dificultades al dejar atrás a sus hijos, así como los conflictos que experimentaron con sus parejas debido a la migración sin hijos o escalonada; ella dijo:

Mi hija vino con nosotros. Y también tuvimos problemas porque en cuanto llegamos a España empezamos a dedicar todo el tiempo que teníamos a trabajar y no pudimos dedicarle el tiempo necesario. Ella tiene un gran resentimiento. Ahora que ha crecido y ella misma es madre, sigue quejándose de ello; y yo veo que le sigue doliendo. También veo que ahora estoy pasando más tiempo con mis nietos que el que pude pasar con mi propia hija. [...] En cuanto a mi marido, fuimos juntos y nos quedamos juntos, trabajamos sin cesar hasta que decidimos volver a Ecuador. Pero en vez de separarnos allá, como varios lo hicieron, nosotros nos terminamos separando aquí, después de regresar. Porque, una vez que volvimos, él no podía acostumbrarse a ganar menos, estaba desesperado; ¡estaba demasiado acostumbrado a ganar buen dinero en España! Entonces, él se enojaba conmigo y yo con él, me acusaba porque era yo la que había insistido en volver, y yo le decía: “Pronto estaremos bien”, pero mis palabras no eran suficientes porque aquí había pocas oportunidades de trabajo y

ganábamos muy poco, ni lo suficiente para comprar leche para nuestros hijos. Nuestros problemas empezaron aquí; en España no los teníamos. Fue un poco extraño. (Selma, comunicación grupal nro. 6, Santo Domingo, 2017)

Aunque Selma pensara que su caso era raro, no lo era. Muchas parejas que habían migrado juntas o escalonadamente, pero que igualmente habían pasado muchos años juntas en el extranjero, pusieron fin a su matrimonio tras regresar a su lugar de origen (véase el capítulo “Procesos de salud migrantes” sobre el impacto del retorno). Lucila, por ejemplo, expresó:

A veces pensamos que irse juntos o seguir al marido va a solucionarlo todo. Pero eso es mentira. En mi caso, me fui tres meses después que mi marido. Estuvimos doce años en España. Luego, él volvió primero para ocuparse de unos problemas que teníamos con una propiedad que habíamos comprado y rápidamente se encontró una amante. Cuando volví un par de meses después, ya se había comprometido con otra mujer. Así que los problemas no solo ocurren cuando uno se va por etapas o cuando está afuera y las cosas se ponen difíciles. Ni siquiera ocurren una vez que uno regresa por el dinero, porque estábamos bien económicamente, habíamos trabajado, ahorrado, comprado propiedades aquí. Sin embargo, acabamos divorciándonos. Y me pregunto de qué sirvió tanto esfuerzo. Ahora estoy sola. Mi familia está dividida, estoy divorciada, dos de mis hijos se quedaron en España y uno volvió con nosotros. Somos familia, pero estamos separados, aunque intentamos permanecer juntos desde el principio. (Lucila, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017)

Otras parejas que migraron juntas se separaron debido al estrés de la vida migratoria o

[...] la curiosidad que creaba conocer gente de otros países [...] y el hecho de que la cultura en el extranjero era diferente, más liberada; las mujeres eran más informales, fumaban, iban a los bares solas, y eso tentaba a los hombres ecuatorianos y también a las mujeres que querían explorar esa vida. (Marta, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017)

En algunas ocasiones, los padres continuaron involucrados en la vida de sus hijos una vez separados y mudados de casa, pero no siempre fue así. En ambas situaciones, los familiares reestructuraban sus relaciones en función de las nuevas circunstancias. El proceso nunca era fácil, pero todos lo atravesaban y lograban reconfigurar su sentido de ser familia. Normalmente, cuando las parejas con hijos se separaban, los migrantes pasivos se preocupaban e intentaban ofrecer su apoyo desde la distancia. Hablaban más a menudo, intentaban organizar visitas, tranquilizaban a sus familiares migrantes activos para que no se preocuparan por ellos y pudieran superar la crisis de la separación y sugerían que regresaran y contaran con su apoyo personal cotidiano. Es decir, las separaciones de pareja también desencadenaban la reconstrucción de los vínculos entre migrantes activos y pasivos. Los miembros de las familias estaban separados y la familia se fracturaba, pero, por oposición, estos sucesos reforzaban lazos familiares.

La experiencia familiar de Magdalena en España ilustra estas vivencias: tras su divorcio, se hizo cargo de su hijo ella sola económicamente. Sin embargo, el padre siguió manteniendo un vínculo con su hijo, que “estaba muy unido emocionalmente a su padre” (Magdalena, comunicación personal, Barcelona, 2017). Tras el divorcio, Magdalena estaba deprimida, pero reunió fuerzas para tener dos trabajos y procurar el bienestar de su hijo. Ella declaró: “Nunca hablé mal de mi marido a mi hijo. Le expliqué que habíamos deseado su nacimiento y lo amábamos más que a la vida misma, y que ya no podíamos entendernos como pareja y nos separamos” (Magdalena, comunicación personal, Barcelona, 2017). Su familia allá en Ecuador estaba al tanto de lo que sucedía y le sugirieron que regresara con su hijo para que pudieran ayudarlos. Pero el hijo de Magdalena “me suplicaba que no me fuera de España porque él había nacido y crecido aquí, y le gustaba mucho, además no quería estar lejos de su padre” (Magdalena, comunicación personal, Barcelona, 2017). Magdalena quería volver, pero se quedó en España por el bien de su hijo. Sus padres y hermanos

intentaron conseguir visas de turista para al menos ir a visitarla, pero era caro y complicado, y no pudieron viajar.

Con estos casos, se puede observar que las formas y dinámicas familiares cambiaron con la migración, pasando por varias etapas de desarticulación y rearticulación, siempre desafiantes, a veces traumatizantes, pero en última instancia, transitables; es decir, migrantes activos y pasivos lograban perseverar en la reconfiguración de su sentido de ser familia. Otros tipos de migración presentaron diferentes formas de de/reconstrucción familiar.

Migración de padres y madres sin sus hijos

La partida de padres y madres que dejaban a sus hijos en su lugar de origen era una de las formas más típicas de migración encontradas en esta investigación. La mayoría de las familias migrantes abandonaban su país debido a la pobreza o el empobrecimiento, y la posibilidad de migrar con sus hijos era prohibitiva debido a los elevados costos que implicaba. Basándose en una estrategia de supervivencia orientada al futuro, la migración de padres y madres comprendía uno de estos dos planes: o bien marcharse durante un breve periodo de tiempo para ganar suficiente dinero que les permitiera resolver su situación y regresar para reunirse con sus hijos, o bien marcharse y empezar a ahorrar inmediatamente para poder afrontar el costo de llevar a sus hijos con ellos. En muchas ocasiones, ninguno de estos planes tenía éxito: los migrantes necesitaban mucho más tiempo para reunir los recursos necesarios para regresar o traer a sus hijos, por lo que se posponía cualquier perspectiva de reunificación; un retraso que se traducía en una elevada, pero inevitable, carga emocional. Esta era menor, pero seguía presente, cuando los planes sí tenían éxito y la reunificación se producía con mayor rapidez. De hecho, todos los padres y todas las madres que dejaron atrás a sus hijos y todos los hijos que pasaron un tiempo separados de ellos fueron unánimes en su

valoración de esa fase como la más difícil de sus vidas. Cuando las familias se reagrupaban, contrarrestaban el sacrificio que habían hecho con el reconocimiento de que habían logrado sus metas migratorias transgeneracionales y así disfrutaban de estar juntos de nuevo a pesar de las dificultades surcadas. Las familias que seguían separadas tenían percepciones diferentes del costo de estar separadas: muchas afirmaban que dudaban de que la economía fuera en realidad un factor tan importante para lograr su bienestar, mientras que otras confiaban en que pronto volverían a estar juntos y entonces su situación mejoraría, lo cual justificaba el dolor que estaban pasando.

Hubo dos formas en que los padres y madres migraron solos: la pareja se marchó simultánea o escalonadamente. El duelo reflexivo, el trauma migrante pasivo y el estrés migratorio que atravesaban los hijos que se quedaban con otros miembros de la familia fueron más duros cuando ambos progenitores se marchaban simultáneamente. Sin embargo, el alivio provocado por la migración escalonada del padre o la madre se erosionaba apenas partía el progenitor que quedaba en último lugar. Los hijos sufrían la partida y la ausencia de sus progenitores. No obstante, creaban nuevos vínculos con sus nuevos cuidadores (normalmente sus abuelos, pero a veces sus tíos). Los abuelos o la familia extendida de los progenitores migrantes también sufrían la partida de sus familiares, pero intentaban mantenerse fuertes mientras desarrollaban su nuevo papel a cargo de los jóvenes. Con el correr del tiempo, los migrantes pasivos recreaban los vínculos con sus parientes migrantes activos, forjando un nuevo sentido de pertenencia como familia migrante transnacional. En cuanto a los padres y las madres migrantes activos también sufrían la separación de sus hijos, así como de sus padres, hermanos o miembros de la familia extendida con los que tuviesen lazos estrechos. El duelo reflexivo, el trauma migrante activo y el estrés migratorio se agravaban por la carga emocional que sentían al dejar atrás a sus hijos. Apoyándose en los mecanismos de afrontamiento de metas transgeneracionales e

ideal de bienestar, los padres y las madres migrantes activos se esforzaban por regresar pronto o juntar recursos para llevar consigo a sus hijos y, si podían, a sus propios progenitores y otros familiares. Mientras tanto, regeneraban sus vínculos con ellos desde la distancia, normalmente comunicándose con frecuencia y reafirmando su amor y sus planes de reunificación. Simultáneamente, las parejas se acostumbraban al entorno de su nuevo lugar de residencia, incorporando sus normas culturales y sociales, y reconfiguraban su propia relación en función de las exigencias que les planteaba la nueva situación. Esta adaptación solía ser más dura cuando la migración de la pareja era escalonada (cuanto más larga era la separación, más difícil), pero muchos superaban las contingencias y reforzaban su vínculo. El divorcio o la separación eran también una consecuencia común de la migración, tanto para las parejas que partían al unísono como para las que migraban en secuencia. Como se explicó anteriormente, las dificultades del proceso migratorio y la exposición a nuevas culturas desencadenaban problemas de pareja.

El caso de la familia de Brigit y Lourdes ilustra la migración de padres y madres sin hijos con reunificación familiar al regreso. Ellas compartieron:

Brigit: Mis padres se fueron con la crisis económica. Yo tenía cinco o seis años. La primera en irse fue mi tía. Se fue a explorar cómo eran las cosas allí y estableció una base. Luego se fueron todos los parientes de mi padre. Esto nos afectó mucho porque éramos como quince primos que nos quedamos a cargo de nuestros abuelos, todos viviendo en una casa. Solo había tres o cuatro adultos cuidándonos a todos los menores. Ninguno de los primos era mayor de edad. Los mayores tenían entre doce y quince años. Esto nos afectó mucho. Mis padres hablaban mucho con nosotros, éramos tres hermanos. Pero mis primos hablaban con sus padres cada una o dos semanas. Pero nuestros padres nos llamaban todos los días, ¡incluso dos veces al día a veces! La primera vez que pudieron volver a visitarnos fue dos años después de haberse ido. Esa trayectoria afectó mucho a nuestro crecimiento

emocional. Lo bonito y gratificante de todo esto fue que hemos sido personas responsables y que mi hermano ha podido cuidar de nosotras mientras él se ocupaba de sus propias cosas. Eso nos motivó a mi hermana y a mí a seguir adelante, aunque nuestros padres no estuvieran con nosotros.

Lourdes: Mi abuela, aunque tenía muchas dificultades, era cariñosa y atenta con nosotros, con todos sus nietos. Con ella lo teníamos todo. A pesar de la escasez y de las necesidades que teníamos porque nuestros padres estaban lejos, ella siempre nos daba cariño y se aseguraba de que fuéramos a la escuela y tuviéramos un buen rendimiento. Hubo algunas dificultades con nuestra escolarización, sobre todo en la adolescencia, pero algunos de nuestros tíos y tías empezaron a volver y retomaron el cuidado de sus hijos y los ayudaban. Nos quedamos con mi abuela unos cinco años. Después de eso, nuestros padres habían podido construir casa propia, pero mi abuela no quería mudarse a esa casa, que era más grande y elegante. Así que nos mudamos los tres solos, teníamos siete, once y catorce años; mi hermano, el mayor, se hizo cargo. Era una persona responsable, educada. Se graduó de la universidad y es un profesional. Más adelante se comprometió con una mujer y tuvieron una niña. Esto creó algunos problemas, pero mi hermana y yo seguimos estudiando. Nosotras también hemos podido obtener un título universitario y tenemos nuestras carreras. Mis padres siempre fueron muy cariñosos, así que al menos por teléfono sentíamos su afecto, su cariño. Nos preguntaban cómo nos iba, qué tal los estudios, si necesitábamos algo. Es decir, no nos faltaba nada. Mientras estaban en el extranjero, estábamos bien. Los problemas empezaron cuando regresaron. Mi padre quería invertir aquí en Ecuador; montó un negocio de construcción. Invirtió mucho dinero, pero acabó en bancarrota. Ahora está sufriendo mucho, muchísimo. Ahora nos toca a nosotros ser fuertes y empezar a darles lo que ellos nos dieron antes. A pesar de su ausencia, siempre hemos sentido que estaban con nosotros... aunque haya habido momentos difíciles y tengamos algunas carencias afectivas, siempre nos hemos querido, y somos una familia fuerte y unida.

La experiencia de Brigit y Lourdes incluyó múltiples capas de de/reconstrucción familiar. Primero, con la partida de sus padres; segundo, formando lazos con su abuela y primos mientras se readaptaban a una relación a distancia con sus progenitores; tercero, viviendo independientemente sin la supervisión de un adulto, con el hermano mayor a cargo; cuarto, el reenfoque del hermano en su propia familia de procreación, y, por último, el regreso de sus padres a Ecuador. A lo largo de estas fases, mantuvieron un sólido sentimiento de unidad y pertenencia familiar y, a pesar de las dificultades, todos perseveraron en la consecución de sus metas familiares y su bienestar. Las experiencias de algunos de sus primos también fueron exitosas, como mencionó Lourdes, “algunos pudieron convertirse en médicos, ingenieros, abogados, incluyendo un par que está trabajando exitosamente en el exterior”. Sin embargo, otros de sus primos encontraron más dificultades, “algunos consumían drogas, se volvieron adictos, padres solteros, sin carrera o profesión, desempleados” (Lourdes, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017). Brigit creía que las falencias de sus primos se explicaban porque en comparación los padres de ellos habían tenido una comunicación menos frecuente y los habían dejado sin supervisión. Pero también reconocía que “las llamadas telefónicas a veces no son suficientes” y que “no es fácil reunir las fuerzas para cuidar de uno mismo; no todos somos capaces de soportar la distancia y llegar a ser autosuficientes” (Brigit, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017).

El caso de la familia de Frida presenta otro ejemplo de compleja de/reconstrucción familiar que incluye la migración de padre y madre por turnos, la migración posterior de los hijos, y finalmente, el regreso de la familia entero. Explicó:

En mi familia somos tres hijos. Cuando yo tenía seis años, mi papá se fue a España por problemas económicos (nos habíamos tenido que ir a vivir con nuestros abuelos y las cosas no mejoraban, así que ellos decidieron migrar). Cuando yo tenía siete años, se fue mi mamá. Los

tres nos quedamos con nuestros abuelos maternos. Pero hubo una disputa entre los abuelos maternos y paternos sobre con quién debían quedarse los nietos. Acabaron separándonos. [...] Fue muy duro.

Cuando Frida dejó de llorar, siguió contando su historia:

Mis padres volvieron. Pero entonces, mi papá volvió a irse. Al cabo de un año, mi mamá decidió volver a migrar a España para estar con mi padre, pero esta vez nos llevó con ella. Me había sentido muy feliz cuando mi mamá había vuelto. Estaba feliz de estar con ella. Fuera donde fuera. También con mi padre y mis hermanos.

Cuando fuimos a España, nos alojamos en casa de mi tía. No era fácil pagar por un lugar donde vivir, pero gracias a Dios, mi padre encontró un trabajo donde también podíamos residir. Nos quedamos allí, en ese lugar durante siete años... y los tres últimos vivimos en otro sitio. [...]

En total, estuvimos diez años en España. Cuando cumplí dieciocho años, volvimos a Ecuador. Fue por la crisis económica que había allí. Primero volvió mi padre y después volvimos mi madre y nosotros tres. Gracias a Dios volvimos todos y estamos juntos los cinco otra vez.

El énfasis de Frida en la felicidad y el bienestar que sentía cuando estaban juntos se expresó claramente durante la entrevista de grupo. Para ella, estar lejos de sus padres primero, de su hermano después y, más tarde, de su padre, era emocionalmente muy duro. Atesoraba su compañía y la convivencia familiar. El conflicto entre los abuelos se sumó al estrés causado por la migración de sus padres. Pero los diversos viajes de sus padres y sus esfuerzos por mantener unida a la familia reafirmaron el amor que Frida sentía. En su caso, la reconstrucción familiar también fue multifacética, desafiante y, al final, gratificante. En sus palabras: “Siempre he estado agradecida por haber podido estar con mi familia. [...] Cuando tuve problemas, siempre pude encontrar consuelo en mi mamá,

en mi familia. Poder estar con mi familia es lo más importante” (Frida, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017).

Por último, el caso de Estefani fue un ejemplo de cómo la de/reconstrucción familiar puede traer consigo una resolución más divisiva y conflictiva. Su padre, madre y hermanos mayores migraron cuando ella tenía un año. Ella se quedó con su abuela. Al cabo de diez años, regresaron. En sus palabras:

No recuerdo bien o demasiado. Me lo contaron. Me visitaban una vez al año. No era muy bonito porque me encariñaba con ellos, pero luego se iban. Cuando volvieron aquí, mis padres empezaron a tener problemas y acabaron separándose. Yo me quedé con mi padre y mi abuela. Mi madre se quedó en otra casa con mis hermanos. No me llevo bien con ella, nunca tuve una buena relación con mi madre desde que volvió. Aquí solo eran peleas, y ella solo se acercaba a mí por interés. Así que, cuando crecí, dije: “No más”. Para mí, mi familia son mi abuela y mi prima. Estamos muy unidas. [...] No es que no quiera a mis padres y hermanos, pero prefiero que vuelvan a Italia porque siento que desde que regresaron, solo tuvieron problemas, porque se separaron y la familia se rompió. [...] A veces siento que fue culpa mía porque ellos querían que todo funcionara, pero, para mí, mi verdadera familia eran mi abuela y mi prima, así que fue complicado. Hubiera sido mejor que se quedaran allí y siguieran viviendo como estaban acostumbrados. Al principio, cuando llegaron, se mudaron con nosotros, pero al cabo de un año, ya estaban listos para mudarse solos, tener su propio espacio, y ahí fue cuando tuvimos problemas, porque querían que me mudara con ellos y yo no quería eso; quería seguir viviendo con mi abuela y mi prima. Además, vinieron los problemas porque al principio tenían trabajo, pero después ya no. Mi padre se quedó desempleado y sigue sin trabajo. De hecho, por lo que sé, quiere volver a Italia. Pero no es tan fácil, porque mi hermano de siete años quiere mucho a mi padre, así que, si se fuera, tendría que llevárselo y, además, tendría que llevarme a mí, porque ahora que ya no estamos viviendo con mi madre, tendría que ser yo la que fuera con ellos para cocinar y cuidarles. Pero no me voy a ir porque mi abuela está aquí, y sería muy difícil estar lejos de ella después

de vivir tantos años con ella. (Estefani, comunicación grupal nro. 7, Santo Domingo, 2017)

En el caso de Estefani, vemos al menos cinco niveles de de/reconstrucción familiar: la familia nuclear original, la familia nuclear transnacional dividida, la unidad familiar ampliada, la familia de retorno reunificada y la familia de retorno separada. Aunque estas capas provocaron rupturas y fragmentación, también generaron fuertes lazos, especialmente entre los migrantes pasivos. Este tipo de vínculo se daba con frecuencia en casos de niño/as migrantes pasivos criados por sus abuelas durante muchos años con un contacto limitado con sus padres, madres y hermanos en el extranjero. En Santo Domingo, el número de chico/as en esa situación era tan común que

[...] las escuelas cambiaron la celebración del Día del Padre y de la Madre por el Día de la Familia, para que no nos sintiéramos mal si nuestros padres o madres no estaban y pudiéramos celebrar el amor que sentíamos por nuestros abuelos o nuestros tíos que nos criaban. (Malena, comunicación grupal nro. 7, Santo Domingo, 2017)

A través del conjunto de casos presentados en esta sección, se observa que la migración de los progenitores por su cuenta solía conducir a procesos de reunificación más o menos difíciles en el extranjero o a su regreso. La forma en que la familia lograba reconstruir sus vínculos afectados dependió en gran medida de la comunicación regular de los padres y las madres con sus hijos y de mantener planes migratorios integradores. La duración de la separación familiar y la edad de los hijos también influían, pero nuestra muestra no pudo ofrecer una respuesta concluyente sobre el modo en que esto sucedía, ya que algunas familias lograban solidificar su vínculo, aunque llevaran separadas más de una década y los hijos fueran pequeño/as al partir, mientras que a otras con solo un periodo breve de separación y otras edades les resultó más difícil.

Migración de padres solos

La partida de los padres por su cuenta fue otro de los tipos de migración más comunes encontrados en nuestro estudio. En este caso, los hijos se quedaban en compañía y al cuidado de su madre en su lugar de origen. Los abuelos y los miembros de la familia extendida que eran cercanos al padre migrante atravesaban los procesos de salud migrante de duelo reflexivo, trauma migrante pasivo y estrés migratorio, aunque en menor intensidad que la esposa y los hijos. Al pasar el tiempo, regeneraban su relación con él a la distancia. En algunos casos, la pareja mantenía su compromiso de unión, aunque, a menudo, el migrante activo formaba una nueva familia en el extranjero. Esta evolución solía ocultarse a la pareja y a los hijos, pero normalmente, tarde o temprano, se revelaba. La principal cuestión en juego en esa situación concreta era que el padre continuara apoyando a los hijos. Ese apoyo consistía principalmente en el envío de remesas y, cuando era posible, en asegurar la migración de los hijos. El apoyo emocional, aunque se consideraba importante, no era tan relevante como los otros dos porque las principales metas migratorias de la familia eran mejorar sus condiciones de vida y asegurar un buen futuro para su descendencia. El divorcio o separación formal de la pareja significaba otro cambio familiar que implicaba la reestructuración de la relación con el padre y su nueva familia en el extranjero. La ruptura de la pareja no estaba directamente relacionada con ningún problema conyugal previo a la partida, pero, por supuesto, si ese era el caso, la formación de nuevas relaciones se hacía más atractiva. La capacidad de los migrantes en el exterior para atravesar el duelo reflexivo, el trauma migrante activo y el estrés migratorio por sí mismos, es decir, sin el apoyo de sus familiares, influía la búsqueda de nuevas parejas. Otra situación que empujaba a los migrantes activos en esa dirección fueron sus necesidades legales, migratorias o económicas. A menudo, los migrantes activos consideraban

la posibilidad de casarse con una persona que ya tuviera la residencia o la ciudadanía en el extranjero para asegurar su propia regularización migratoria, algo muy común en Estados Unidos. Estas uniones de conveniencia a veces se convertían en relaciones más íntimas, incluso con el nacimiento de hijos. Por otra parte, la necesidad económica también impulsaba a los migrantes activos a buscar compañía para dividir y así disminuir el costo de vida, lo que a veces desembocaba en una relación amorosa. Además, como se ha mencionado en los dos tipos de migración anteriores, los migrantes activos también se encontraban en un nuevo entorno cultural y social que despertaba su curiosidad y les ofrecía la oportunidad de explorar nuevas relaciones. A pesar de que esta tendencia fuese habitual, fue igualmente frecuente que los migrantes activos no lo hicieran y se mantuvieran fieles a sus planes familiares migratorios. Los padres migrantes activos sufrían la separación de su pareja y sus hijos, así como de otros familiares cercanos que se quedaban. Con el tiempo, superando el duelo, el estrés y el trauma, conseguían recrear su relación con ellos a la distancia. Se esforzaban por cumplir sus promesas y trabajaban todo lo posible para enviar remesas y regresar pronto o acumular los recursos necesarios para traer a toda la familia al extranjero (especialmente a su pareja e hijos). Por último, aunque en nuestro estudio en menos ocasiones, al cabo de un tiempo los migrantes activos perdían el rastro y cesaban por completo las comunicaciones y relaciones con familia. Los tres casos a continuación ilustran algunas de estas variaciones de de/reconstrucción familiar.

El padre de Camila, Luis, se marchó debido a la escasez económica con la intención de permanecer en el extranjero de tres a cinco años para poder amparar a la familia, pero acabó regresando doce años después. Camila solo tenía seis meses cuando él se fue. No recordaba mucho, solo las visitas más recientes que él hacía, cuando se quedaba por tres meses. Sin embargo, Camila recordaba cómo se sentía la familia:

Veía lo difícil que era para mi madre. Estaba sola, aunque mi abuela la ayudaba un poco. Para mí era extraño ir a reuniones familiares en las que estaban presentes padres y madres, porque yo solo tenía a mi mamá. El Día del Padre siempre fue muy duro; siempre le tuve cariño a mi papá, nunca sentí rabia ni nada contra él. Siempre lo tuve en un lugar especial, pero el lugar de mi mamá era aún más especial. También recuerdo que era divertido cuando nos visitaba porque nos mimaba. Pero después de su partida, era muy triste. De pequeña no entendía mucho, pero veía cómo mis tías, que eran muy sensibles, se ponían muy tristes, y cómo mi abuela lo pasaba fatal e incluso cómo mi madre, que era muy fuerte, también sufría mucho.

Luis también padeció durante el proceso:

Siempre fue difícil volver a España después de pasar un tiempo con mi mujer y mis hijas. Tenía que volver a condiciones de trabajo muy duras y a los malos tratos que me hacían pasar otros ecuatorianos, solo porque tenían papeles y estaban en puestos más altos y se creían lo mejor de lo mejor. [...] Pero tenía que volver a irme para que pudiéramos alcanzar nuestra meta como familia. Mi mujer y yo nos habíamos propuesto tener nuestra propia casa porque vivíamos en una habitación en casa de mis padres. Así que, poco a poco, pudimos empezar a ahorrar para comprar un terreno y construir nuestra propia casa. También había intentado organizar el viaje a España para todos, pero no conseguía reunir el dinero suficiente para hacerlo. Trabajaba bien y ganaba bien, pero no lo suficiente para pagar la solicitud de mi familia. También tenía que alquilar un lugar para que pudiésemos vivir juntos, pero eso era muy difícil porque había que pagar dos o tres meses por adelantado. No tenía suficiente.

Sobre la posibilidad de migrar a España, Camila compartió que no le gustaba la idea porque “siempre tuve en mi mente que nunca dejaría a mi abuela”. El regreso de Luis fue provocado por un accidente de trabajo y, dado que había “logrado el objetivo de tener casa propia” y que “no tenía deudas”, planeó su retorno en tres meses. La reunificación de la familia en Ecuador fue una transición difícil, pero después de tres años se sentían “más adaptados” y “no se

habían arrepentido de la decisión” (Luis y Camila, comunicación personal con padre e hija, Loja, 2016).

En este ejemplo, la familia pasó por varias capas de desarticulación y rearticulación. En primer lugar, con la partida inicial: para Luis, estar solo en el extranjero, y para Camila, su hermana, su madre y su abuela, estar lejos de Luis y solas. En segundo lugar, su adaptación a vivir como una familia transnacional, para lo que fue fundamental que tuviesen un objetivo común, fuesen persistentes en avanzar hacia él, mantuviesen una comunicación fluida, y coordinaran visitas frecuentes del padre. Tercero, la reunificación de la familia en Ecuador, que implicó que todos los miembros pasaran por el proceso de salud migrante de impacto del retorno, como se explicó en previos capítulos, pero que terminó con éxito en el sentido de que, a pesar de las dificultades, tanto los migrantes pasivos como los retornados mejoraron su salud y bienestar, y el núcleo familiar se reunió.

El caso de la familia de Armando, que también implicó la migración del padre por su cuenta, se diferenciaba del anterior caso porque él no había podido visitar ni migrar de regreso a Ecuador. Armando (marido de Etelvina y padre de Clara y Sofía) llevaba doce años en Estados Unidos, aunque originalmente “su idea era volver rápido porque solo tenía un visado de turista por tres meses, pero la situación económica no mejoraba aquí [en Ecuador] así que no tenía sentido que volviera a casa tan pronto”. Las remesas de Armando ayudaron a Etelvina y a sus dos hijas a salir adelante, pero “también tuvimos que vender el taxi y el pequeño terreno que teníamos, y casi hipotecamos nuestra casa. La crisis financiera nos llevó a todos al límite, prácticamente lo perdimos todo”. En ese contexto, Armando y Etelvina decidieron que “él se quedaría más tiempo fuera, aunque literalmente todos nos estuviéramos enfermando por los problemas que teníamos y por estar separados”. A pesar de estos retos, la familia perseveró en la superación del duelo, el trauma y el estrés generados por el proceso migratorio y se dedicó a cumplir sus metas transgeneracionales, aspirando al

ideal de bienestar. Etelvina y Clara valoraban la lealtad y perseverancia de Armando:

Etelvina: Mi marido nunca se perdió. Aunque no le pagaran bien, siempre enviaba remesas. Dice: “Lo más importante es que nuestras hijas alcancen sus metas profesionales y se conviertan en buenas profesionales”. Se siente orgulloso del éxito de nuestras hijas. Nos sentimos orgullosos de ellas. Son buenas hijas. [...] Él siempre trabajaba más para que pudiéramos arreglárnoslas aquí sin que yo tuviera que ir a trabajar. En cambio, yo me quedaba en casa cuidando de nuestras hijas, así que, aunque él no estuviera, yo siempre estaba ahí para ellas.

Clara: Mi padre nunca perdió la conexión con nosotros. Todos los días, de lunes a lunes, recibimos su llamada telefónica, de siete a ocho, una hora. Siempre ha sido constante. Mi papá nunca perdió una llamada. Nos contamos lo que hemos hecho durante el día. [...] Él nos ha estado diciendo que está cansado de trabajar tanto y de estar lejos de nosotras, pero aquí aún no hay suficientes oportunidades para que estemos bien sin los ingresos que mi papá genera en Estados Unidos.

Etelvina, Clara, Sofía y Armando buscaron alivio espiritual para atravesar las adversidades y la tristeza que sentían; “ir a la iglesia y unirnos a grupos de oración nos ayudó a seguir adelante y a recuperar fuerzas”. Al reflexionar sobre su experiencia, tanto Etelvina como Clara se mostraron agradecidas por haber podido mantener su unidad familiar a distancia. Se habían enterado por parientes y conocidos de que “otras familias se habían separado, las parejas se divorciaron, los hijos adquirieron malos hábitos, drogas y alcohol, se fueron con sus novios o novias cuando aún eran demasiado jóvenes, abandonaron la escuela”. Pero en su caso, describían haber podido crecer a partir de las dificultades: “Ha sido como un proceso de fortalecimiento para nosotros. Estamos separados físicamente, pero estamos juntos como familia” (Etelvina y Clara, comunicación personal con madre e hija, Loja, 2016). Su de/

reconstrucción familiar fue muy desgastante, pero exitosa en el sentido de que tanto Armando como migrante activo y Etelvina, Clara y Sofía como migrantes pasivas fueron capaces de recrear sus relaciones familiares de acuerdo con las exigentes circunstancias a las que se enfrentaron. Unos meses después de la entrevista, Clara se puso en contacto conmigo para comunicarme que iba a visitar a su padre en Nueva Jersey. Una visita que “fue maravillosa, como un sueño hecho realidad” (Clara, comunicación personal electrónica, Loja / Nueva York, 2017).

El caso del hermano de Antonio ejemplifica otra experiencia muy común, pero menos constructiva, la de un padre que migra y pierde el contacto con su pareja, sus hijas y su familia extendida. En palabras de Antonio:

Mi hermano se fue a España hace quince años. No ha vuelto. No habla mucho con nosotros. Sé que no ha enviado nada a su mujer e hijas. [...] Le dice a nuestra madre que vendrá a visitarnos, pero luego no lo hace. [...] Cuando su hija se graduó, no vino. Y cuando su otra hija mayor se casó, tampoco vino.

Antonio lloró al contarle, y luego recalcó que había sido una situación demoledora. En la entrevista con Antonio, me enteré de que, a pesar de la ausencia de su hermano, su mujer y sus hijas habían podido reestructurar su vida familiar entre ellas y su familia extendida, incluido Antonio, que había sido un tío afectuoso, y sus abuelas cariñosas. Así pues, en este caso, la de/reconstrucción familiar supuso una reorganización de la familia nuclear independiente de la desaparición del marido / padre de sus vidas, mientras se reforzaron los lazos con miembros de la familia extendida. En cuanto al hermano de Antonio, no supe que hubiese formado una nueva familia en España; según Antonio, parecía que el desapego de su hermano estaba relacionado con que “no tenía trabajo” y “lo estaba pasando mal en España. Él nos dice que está bien, pero yo sé que no dice la verdad”. Con base en esto, se puede deducir que el hermano de Antonio no había logrado superar los retos de la vida

migrante y su forma de afrontar el hecho de formar parte de una familia transnacional fue no participar en la vida familiar desde el extranjero. Las palabras de su hermano mostraban que, no obstante, seguía sintiendo afecto por su hermano y lo extrañaba mucho, esperando que “tarde o temprano vuelva y se reincorpore a la familia” (Antonio, comunicación personal, Loja, 2016).

Si se comparan entre sí, estos tres casos de padres que migraron solos dieron lugar a resultados dispares en términos de integración familiar: algunos más unificadores, otros más traumatizantes. Sin embargo, todos mostraron la compleja textura del mecanismo de deconstrucción y reconstrucción de la dinámica familiar, indicando elasticidad y resiliencia.

Migración de madres solas

En la mayoría de los casos de nuestra investigación, las madres que habían migrado por su cuenta eran solteras y dejaban a sus hijos al cuidado principalmente de sus propias madres y, con menos frecuencia, de sus hermanos mayores o de la familia extendida, como tíos. También hubo algunos casos en los que la madre que había migrado estaba casada y dejaba a sus hijos al cuidado de su padre y de la familia extendida. En general, la migración con madres solas fue la más dura de todas, tanto para los hijos como para las madres, que sufrieron profundamente la separación. Los hijos que se quedaban con los abuelos o los tíos frecuentemente eran pequeños, a veces menores de un año. Las madres solían marcharse para poder proporcionar un futuro mejor a sus hijos, sopesando sus limitadas opciones en su país de origen y las dificultades previstas que surgirían al separarse de sus hijos frente al bienestar potencial que generaría la migración. Las madres planeaban regresar tan pronto como logaran sus metas transgeneracionales o bien reunirse con sus hijos en el extranjero (recogiéndolos ellas mismas o enviando a buscarlos, dependiendo de su edad y del sostén de cuidadores).

A pesar de que, sin excepción alguna, las madres pasaban por un proceso agotador de duelo reflexivo, trauma migrante activo y estrés migratorio, todas habían persistido en recrear el vínculo con sus hijos y con los demás miembros de la familia que se quedaban en su lugar de origen.

En cuanto a los migrantes pasivos, los familiares adultos de la madre también pasaban por los procesos de salud migrante de duelo, trauma y estrés, pero, dado el rol central que tomaban al encargarse de los hijos, se dedicaban a pleno a la creación de lazos fuertes con ellos mientras les reafirmaban el compromiso que su madre tenía con lograr el bienestar familiar. Los hijos pasaban por los mismos procesos de salud, pero la forma en que procesaban la migración cambiaba naturalmente de acuerdo con su edad en el momento de la partida de su madre. Cuando eran criaturas (bebés y niños pequeños), sus recuerdos de cómo vivieron la separación con su madre se basaban en las historias que les contaban los parientes a cargo. Todas las madres reconocían que el ser más joven no les había impedido verse afectados negativamente por su partida ni sentir rencor hacia ellas, incluso cuando habían logrado la reunificación familiar en buenos términos. Los hijos mayores contaban con sus propios recuerdos sobre la migración de sus madres y evaluaban esa decisión y esa fase de sus vidas teniendo en cuenta principalmente la duración de la separación y lo que había ocurrido con posterioridad. Las separaciones más largas siempre habían sido más difíciles de remontar. La manera en que los hijos reconstruían la relación con sus madres a la distancia variaba: algunos formaban fuertes vínculos transnacionales y otros se limitaban a reconocer su parentesco formalmente. Los cuidadores influían significativamente en cómo se utilizaba el mecanismo de de/reconstrucción familiar. Las abuelas normalmente se convertían en la madre de facto de los hijos (más aún en el caso de los bebés y los niños pequeños) y, en ese papel, tendían a preservar el amor de ellos por su madre tanto como podían (los abuelos también influían y tendían a apoyar las acciones de sus parejas). Las

tías y los tíos no solían generar un vínculo tan fuerte como el de las abuelas. Sin embargo, cuanto más reafirmaban la relación con la madre, mejor podían los hijos desarrollar esos lazos. Si los padres estaban presentes, lo cual no era habitual, el principal hecho que permitía la reconstrucción de la relación madre / hijos desde el extranjero era la unión de la pareja: si el plan migratorio era consensuado y habían sido capaces de reconstruir su vínculo mientras estaban separados, más positiva era la influencia que ejercían en los esfuerzos de sus hijos por rearticular la relación con su madre. En cambio, si ya había o surgían problemas de pareja, el padre ejercía una influencia más negativa en la capacidad de sus hijos para reconstruir la relación con su madre mientras estaban separados. En todos estos casos, la forma en que la madre mantuvo la comunicación y regeneró los vínculos con sus hijos fue esencial.

En cuanto a la posibilidad de que las madres encuentren una nueva pareja y amplíen su familia en sus lugares de destino, nuestra investigación expuso que ocurría con más frecuencia si las madres eran solteras o si tenían problemas conyugales con sus parejas antes de partir. Si eran solteras, entablar una nueva relación en el extranjero podía facilitar o dificultar la relación con sus hijos en función de la disposición de su nueva pareja a ayudarlas a reunirse con ellos y de que tuvieran más hijos durante su estancia en el extranjero. Si seguían vinculadas con su pareja a la distancia, a veces las madres migrantes intentaban mantener la nueva relación en secreto durante el mayor tiempo posible, manteniendo ambas relaciones simultáneamente, especialmente si no habían tenido más hijos con su nueva pareja. Otras veces, las madres eran sinceras al respecto, lo que desembocaba en una separación formal o un divorcio y, en la mayoría de los casos, en la continuación de sus vínculos transnacionales con sus hijos y de sus planes de reunificación en el exterior para que se ensamblaran a su nueva pareja (e hijos). La reunificación de los hijos con madres que migraron solas supuso otra capa de de/reconstrucción familiar que incluía el impacto del retorno (si ella volvía a su país de origen) y

el duelo reflexivo, el trauma migrante y el estrés migratorio (si los hijos se convertían ellos mismos en migrantes activos). Por lo general, con el tiempo, los lazos familiares se reconstruían de acuerdo con el nuevo contexto en el que vivían, las experiencias que habían atravesado mientras estuvieron separados y la forma en que habían podido comunicarse y mantener su vínculo a la distancia. Los casos que se exponen a continuación ilustran diferentes expresiones de la de/reconstrucción familiar desencadenada por la partida de madres solas.

La experiencia de Gisella es un ejemplo de madre soltera que dejó a sus dos hijos y regresó al cabo de dos años porque no podía soportar más la separación. En sus propias palabras:

Estuve poco tiempo fuera: en mi caso, se impuso el amor por mis hijos. Cuando me fui, mi hijo tenía seis meses y mi hija un año y medio. Tuve la oportunidad de migrar cuando aún era más fácil preparar los trámites. Efectivamente, me concedieron el visado, los billetes de avión, todo, porque iba a estudiar allí. Aquí no estaba trabajando, así que obtener un título era una gran promesa. Pero acabé quedándome en España solo dos años. Aunque mis familiares de allí insistían en que me quedara más tiempo porque pronto iba a poder pedir la residencia y traer a mis hijos y a mi familia. Me decían: “Te pasas llamando a tus hijos”, pero yo no entendía cómo podían llamar a los suyos solo una vez a la semana, cada quince días o incluso una vez al mes. Me decían: “Gastas tus ingresos en llamar a tu familia”. Pero yo tenía una hija pequeña y le cantaba canciones infantiles por teléfono. Le pedía a mi madre que pusiera a mi hija al teléfono para que oyera mi voz cantándole. Mi hijo era tan pequeño que entonces ni siquiera hablaba. Pero aun así le pedía a mi madre que le pusiera al teléfono para que pudiera oír mi voz. Eso era fundamental para mí, no romper el vínculo con mis hijos. Mis familiares en España me decían que no les llamara tan a menudo porque me hacía sufrir demasiado. Me decían que era inteligente y que podía trabajar bien. Yo sabía que, si insistía, podría quedarme allí, pero extrañaba mucho a mis hijos. Así que, un verano me quedé sin trabajo y mi prima se ofreció a ayudarme a encontrar uno, como siempre hacía, pero yo le dije: “No lo

hagas. Tengo billetes para volver a Ecuador”. Me dijo que estaba loca y luego afirmó: “Te vas a arrepentir. Te vas a arrepentir porque la economía está mejor aquí [en España] que allí [en Ecuador]”. Pero no se puede compensar la situación económica de una familia o de un país con el amor familiar. Eso no tiene precio. Así que le dije: “No sé si me arrepentiré, pero tengo mis billetes y me vuelvo”.

Y, sinceramente, tuve algunos momentos en los que me arrepentí; cuando pasé por situaciones económicas difíciles. [...] Pero, aun así, no se comparaba con poder ver crecer a mis hijos; y aunque fueran pequeños, mi hija tenía tres años y medio, y mi hijo, dos y medio cuando volví, yo era una extraña para ellos. [...] Fue muy difícil.

A veces me cuestiono cuando hablo con otros migrantes que se fueron durante cinco, diez, quince, veinte años, u otros que tienen otra familia allí, además de la que dejaron aquí, y ni siquiera se ocupan de ellos. Y no sé si es fuerza de voluntad, o egoísmo personal, no sé cómo llamarlo; pero, personalmente, yo no podía soportarlo, no podía soportarlo. Tuve que volver. Creo que a la larga fue la mejor decisión, porque, aunque a veces me arrepintiera por las dificultades económicas que tuvimos aquí después de volver, esas dificultades no fueron nada comparadas con la felicidad que todos sentíamos al estar juntos. (Gisella, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017)

La de/reconstrucción familiar de Gisella fue desafiante, pero desde su perspectiva, terminó con una buena nota: es decir, pudieron mantener sus lazos familiares mientras estuvieron separados y luego, al regresar, pudieron reconstruirlos. Este sentimiento de consecución fue encontrado comúnmente en las familias que pudieron “capear el temporal de la migración” y, a pesar de las dificultades y esfuerzos, se mantuvieron unidas como familia (Leonardo, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019).

El caso de Alma ilustra el mecanismo de de/reconstrucción familiar de una madre migrando sola, con la implicancia de separaciones conflictivas y reunificaciones parciales. Alma decidió migrar a Madrid porque enfrentaba serios problemas económicos, dejando a sus cuatro hijos, de dieciséis, catorce, doce y nueve años,

al cuidado de su esposo, el padre de ellos, Hernán. Él siguió trabajando a tiempo completo:

[...] en la central eléctrica de Zamora. Tenía turnos de doce horas diarias con una semana de descanso. Entonces, cuando me iba a trabajar, dejaba el desayuno, la comida y la cena preparada para mis hijos, y cuando volvía a medianoche, iba a ver cómo estaban y lavaba, planchaba y hacía otras tareas domésticas.

Dos años después, Alma regresó a Ecuador, pero Hernán “la percibió distante y sospechó que algo andaba mal”. Poco después ella regresó a España. Su relación era tensa y, a pesar de la voluntad de Hernán de arreglar las cosas, Alma prefirió poner fin a su matrimonio y comprometerse con una nueva relación en España. Según Hernán, sus hijos sufrieron mucho; le molestaba no haber ejercido “suficiente control” sobre ellos, pero creía que había hecho “todo lo posible por educarlos bien”. Cuando el hijo mayor se casó (unos cinco años después del breve regreso de Alma), ella volvió a visitarlos y “convenció a nuestros hijos para que se fueran con ella a España”. Hernán describió su marcha como “un robo” cometido por Alma. Tuvo que buscar ayuda profesional porque no era capaz de sobrellevar la separación —había empezado a beber mucho— y el psiquiatra que lo atendió le dijo que la raíz de su problema era “la soledad” que sentía. Los procesos de salud migrante de duelo reflexivo, trauma y estrés de Hernán empeoraron cuando recibió la noticia de que uno de sus hijos “había empezado a fumar [consumir drogas], se había metido en una pandilla y había sido encarcelado”. Intentó ayudar, pero “no podía hacer nada desde lejos”, entonces, sintiéndose angustiado, intentó quitarse la vida. Hernán recordaba que “mi psiquiatra me decía que la línea que separa la cordura de la locura es tan delgada que cualquier situación puede hacernos cruzarla”. Con ayuda profesional, estabilizó su salud mental y superó su abuso del alcohol.

Su hija pudo visitar a su padre tras varios años en España, a pesar de las presiones de su madre para que no lo hiciera:

Ahorró dinero por su cuenta durante tres años para poder comprar su propio billete. Vino y se quedó conmigo un mes. Estaba decidido a no decir nada malo de su madre porque no quería hacerle daño. Estuvimos mirando fotos del pasado. Me contó que su hermano había podido resolver sus problemas y llevaba una vida responsable; que se había casado y había tenido un hijo.

Eventualmente, Hernán conoció a otra mujer y entabló una nueva relación. Tuvieron un hijo. Comentó que se alegraba de que a sus hijos les fuera bien en España y agradecía que la pareja de Alma se hubiese portado bien con ellos. Alma también había tenido otros hijos en España, y declaró que él “los apreciaba porque también eran parte de la familia”. Los retos de la familia de Alma y Hernán eran muchos, y las capas de deconstrucción y reconstrucción múltiples: desde los primeros momentos de la migración de Alma hasta la de sus hijos y la formación de nuevas parejas. Hernán, a quien entrevisté, había insistido en mantener fuertes los lazos familiares y, a pesar de grandes dificultades, había llegado a un punto de bienestar y a un renovado sentido de pertenencia familiar más amplio. Así, mientras que al principio había sentido a su familia “rota” y “destruida”, al final, veía a las fracturas y los cambios que se habían producido como “parte integral de su familia” (Hernán, comunicación personal, Loja, 2016).

Por último, el caso de la hermana de Susana ejemplifica la migración escalonada de madre y padre por su cuenta, y los efectos de un nuevo entorno en la concienciación sobre los derechos de la mujer. En sus palabras:

Mi hermana estaba casada cuando se fue a España. Tenían dos hijos. Su marido era mecánico aquí, pero lo estaba pasando mal. No llegaban a fin de mes. Ella migró primero. Bueno, en parte porque tenía una vida terrible aquí con él. Él abusaba de ella. Ella le mintió para poder irse. Le dijo que trabajaría allí y le ayudaría para que luego pudieran volver a estar juntos. Dejó a su hija con nuestra madre y a su hijo con la de su marido. Tres meses después de marcharse, su

marido consiguió los papeles para migrar. Pero mi hermana se escondió y lo evitó durante mucho tiempo. En España le habían dicho que tenía derechos y que no tenía por qué someterse a sus abusos, y cosas así. Pero, bueno, después de que ella lo castigara desapareciéndose, volvieron a estar juntos. Su relación cambió a mejor. Siguen juntos. Después de tres años, consiguieron que sus hijos se reunieran con ellos allí. Han estado allí todos juntos y no piensan volver. [...]

Mi madre, que crio a su hija, estaba muy disgustada con su partida. Estuvo a punto de morir; desarrolló diabetes e hipertensión. También había sufrido cuando mi hermana se fue, por supuesto. Todos lo hicimos porque todos la queríamos. Pero, cuando se fue la nieta, fue peor. Mi madre se había encariñado mucho con ella. Para mi hermana, irse también fue difícil, pero quería irse porque tenía problemas con su marido, pero, afortunadamente, él cambió y han estado mejor. [...] Los niños sufrieron la partida de su mamá y más tarde de su papá. Pero se acostumbraron tanto a estar con sus abuelos que, al principio, la idea de irse con ellos les daba miedo. La niña le decía a su abuela que la escondiera para que sus padres no pudieran llevársela a España. Pero, una vez que llegaron y pasaron tiempo juntos, se relajó y se sintió satisfecha de estar allá. [...] Mi hermana me contó que a su hijo le costó adaptarse a España, incluso tuvo algunos problemas de salud. Pero rápidamente se adaptaron. Extrañan a sus abuelos, por supuesto, pero ahora tienen su vida allí. Mi hermana me dice que solo volvería a Ecuador si volvieran todos juntos. Aunque extraña a toda la familia que sigue acá, en Ecuador, no volvería a separarse de sus hijos ni de su marido. Ellos ya llevan como dieciocho años allá y a veces nos visitan. (Susana, comunicación personal, Loja, 2016)

La experiencia de la familia de la hermana de Susana expone también varias capas de de/reconstrucción familiar, incluyendo la separación de la pareja, la adaptación de los hijos y de la familia extendida a estar lejos y la creación de nuevos lazos entre ellos, la reunificación de la pareja, la reunificación con sus hijos y su nueva fase de convivencia en el extranjero y el alejamiento de los niño/as de sus abuelos. En estas distintas fases surgieron y se resolvieron

conflictos familiares y, al final, la primera en irse se convirtió en la última dispuesta a migrar de nuevo convencida de que mantener a la familia nuclear unida era muy importante.

Los casos con madres que migraron solas presentados aquí ilustran las diversas formas en que su partida generó mecanismos de de/reconstrucción familiar. Con diferentes grados de dificultad, cada ejemplo demostró los esfuerzos que migrantes activos y pasivos hacían para afrontar las dificultades generadas por la distancia (las cuales habían sido claramente traumatizantes) y lograr reconstruir su sentido de pertenencia familiar y nuevas dinámicas relacionales. Migrantes activos y pasivos apostaban a restaurar y recrear sus vínculos a la distancia y al reencontrarse. La insistencia en reparar la fractura de facto que se producía con la migración de las madres y la separación de sus hijos fue generalizada, y, aunque similar al proceso que generó la partida de los padres, la migración de las madres conllevó una carga más pesada en términos de roles de género tradicionales que centraban el desarrollo emocional de los hijos en su relación con la madre. Las normas patriarcales añadían presión tanto a las madres solteras como a las que se encontraban en pareja de quienes se esperaba respectivamente que “repararan sus males por ser madres solteras” (Carmen, comunicación personal, Loja, 2016) o “fueran leales a sus esposos como deben ser las buenas mujeres” (Hernán, comunicación personal, Loja, 2016). En general, tanto las madres solteras como las que estaban en pareja lamentaban mucho haber dejado a sus hijos. Pero las madres que terminaban sus relaciones de pareja después de la migración evaluaban sus decisiones de distintos modos, especialmente si habían sido capaces de mantener y recrear sus vínculos con sus hijos. En todos los casos, sin embargo, las madres que participaron en este proyecto de investigación habían prevalecido a la hora de reconstruir sus lazos familiares desde la distancia y una vez reensamblados.

Migración de hermanos o hermanas mayores por su cuenta

Con frecuencia, los hermano/as mayores migraban por su cuenta con el propósito de convertirse en los principales proveedores de la familia, especialmente en hogares con madres solteras debido a viudez o una separación no deseada después de que sus parejas formaran una nueva familia en el extranjero y redujeran o cesaran su apoyo económico a la familia de origen. En la mayoría de los casos, los hijos mayores eran los más propensos a desempeñar ese papel, también por las anteriormente mencionadas normas de género patriarcales. Cuando el hermano/a mayor migraba, la madre (o el padre, si fuera el caso), los hermano/as menores, los abuelos o familia extendida con lazos estrechos atravesaban los procesos de salud de duelo reflexivo, trauma migrante pasivo y estrés migratorio. Pero, más adelante, recreaban su relación con él o ella desde la distancia. Los hermano/as mayores que partían también sufrían la separación de los miembros de la familia que se quedaba en el lugar de origen, especialmente de aquellos parientes con los que tenían un vínculo más estrecho. Atravesaban también el duelo reflexivo, el trauma migrante activo y el estrés migratorio y, con el tiempo, remodelaban sus relaciones familiares a la distancia. En la búsqueda del bienestar familiar, se esforzaban al máximo por tener éxito en su papel de principales proveedores transnacionales. Por lo general, se establecían en el extranjero, encontraban pareja y tenían hijos. En algunas ocasiones, ahorraban lo suficiente para traer a sus hermano/as y padres al extranjero y seguir prestándoles ayuda. En otras ocasiones, cumplían las metas transgeneracionales y regresaban, a menudo para vivir de forma independiente sin dejar de ayudar económicamente a su familia de origen. Los casos de los hijos mayores de Rita e Yvonne ofrecen algunos ejemplos de este tipo de de/reconstrucción familiar.

Rita enviudó a los veintisiete años y, en consecuencia, su hijo migró para mantener a su madre y hermanos. Su hijo vivió catorce años en España, se casó y tuvo dos hijas. Ella contó:

No hay nada en el mundo que se pueda comparar a lo que se siente al estar separados. Ha pasado mucho tiempo y hasta hoy no he asimilado la distancia que me separa de él. Es algo terrible. [...] Tengo tres hijos y una hija, todos ellos casados. Y es algo que no puedo comprender del todo. Mi hijo me dice ahora que debería irme con él al extranjero. Pero tengo resentimiento contra España. España me arrebató la vida. Mi hijo solo tenía doce años cuando enviudé. Dejé la escuela y se fue solo a España para sacar adelante a la familia, sin conocer a nadie. Con la bendición de Dios le fue bien. Pudo ayudar a todos sus hermanos, que pudieron estudiar y salir adelante. Ahora todos mis hijos están casados y les va bien. Se sacrificó por nuestro bienestar. Pero estamos resentidos. Porque yo le digo que “él se fue” y él me dice que “yo lo eché”. Incluso habla mal de su padre, aunque esté muerto. Dice que le dejó toda su responsabilidad hacia sus hijos. Todo esto es algo que hasta hoy no he podido comprender del todo, y me duele mucho. Aún no lo asimilo. (Rita, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017)

La familia de Rita se deconstruyó y reconstruyó de múltiples maneras. Primero, en respuesta a la viudez y la precariedad económica; después, como familia migrante transnacional, y, más tarde, con la formación de familias de procreación por parte de los hijos de Rita. Como migrante pasiva, Rita había atravesado claramente muchas dificultades para lidiar con la migración de su hijo. Aunque lograron sus metas transgeneracionales, tanto Rita como su hijo estaban rencorosos por su separación. Él había asumido el papel de principal proveedor de la familia, pero no le parecía justo. No obstante, mantuvo una relación afectuosa con su madre y sus hermano/as desde el exterior. Su madre y sus hermano/as también recrearon sus lazos familiares a la distancia a pesar del costo emocional que les supuso. En definitiva, la familia de Rita pudo mantener un sentido de unión y pertenencia, y prosperó.

Un resentimiento similar se encontró en el caso del hermano de Yvonne, a quien su madre, que también era viuda, alentó a marcharse. Yvonne explicó:

Mi hermano tenía veintitrés años cuando se fue a España. Lleva ya diez años allí. Al principio le resultaba muy difícil estar fuera. Trabajó repartiendo paquetes, como mensajero y luego en una empresa de mudanzas. Todavía está esperando recibir la tarjeta de residencia, por lo que no ha podido volver a Ecuador en todos estos años. Ahora quiere ir a Estados Unidos porque la situación en España está demasiado difícil. [...] Sinceramente, yo no extrañaba demasiado a mi hermano porque bebía mucho y se pasaba todo el tiempo con los videojuegos. Se emborrachaba mucho con sus amigos y las cosas se ponían muy pesadas. Nunca le tuve demasiado apego, así que, para mí, cuando se fue, fue un alivio. Para mi madre también fue un alivio, pero aun así le dolió tener a su hijo lejos. Se puso muy triste cuando se fue, pero al cabo de un tiempo pudo seguir adelante con su vida. Mi hermano desarrolló algunos problemas de salud: tiene lesiones en la espalda y las rodillas debido a su trabajo. Solo toma ibuprofeno, porque cuando fue al médico no le recetaron nada más. Como yo trabajo aquí en el hospital, hago que mi hermano consulte con médicos de aquí, y ellos le han recomendado otros medicamentos que le enviamos por correo cuando podemos.

El hermano de Yvonne, a pesar de su rencor y sus dificultades, “enviaba mucho dinero” a su familia en Ecuador. Sin embargo,

[...] una vez que se casó y tuvo sus propios hijos, se hizo más difícil ganar suficiente dinero para enviar aquí, aunque su mujer trabaje en una pizzería por las noches. Así que le ha pedido a nuestra madre que venga a España y les ayude a cuidar de sus hijas. Pero nuestra madre no puede pagar el viaje.

Yvonne estaba casada y tenía dos bebés. Seguían viviendo en casa de su madre y, aunque ella y su marido trabajaban, “apenas ganaban lo suficiente para comprar pañales”. También se planteaban migrar, quizá a Estados Unidos, donde tenían otros parientes que

los acogerían. Pero Yvonne quería “migrar bien”, no quería irse sin la debida autorización o certeza sobre lo que harían en el extranjero porque, además de la experiencia de su hermano, otros familiares suyos habían intentado migrar con coyotes y no había funcionado. También estaba decidida a mantener unida a su familia; expresó:

Incluso rechacé un arreglo que había hecho mi tía para casarme con alguien en Estados Unidos para conseguir los papeles. Tenía miedo de que mi marido dudara de mí y luego no volviera a casarse conmigo. Quiero que mi marido, mis dos bebés y yo permanezcamos juntos y, si nos vamos, irnos juntos. Prefiero tener a mi familia unida y disponer de pocos recursos que hacer cosas arriesgadas como migrar, irme ilegalmente o separarme de ellos solo para intentar tener más y estar mejor. (Yvonne, comunicación personal, Loja, 2016)

El caso de la familia de Yvonne incluye varias capas de de/reconstrucción familiar que informaron a Yvonne sobre cómo tomar sus propias decisiones sobre futuros planes migratorios. Aunque separarse de su hermano le parecía un alivio, era muy consciente de los retos que le esperaban si se separaba de su pareja y de sus hijos. El hermano de Yvonne, a pesar de su resentimiento, mantenía la relación con su madre y sus hermano/as, los ayudaba cuando podía y deseó que su madre lo ayudara cuando su situación cambió. Los tíos de Yvonne, que también habían migrado, mantuvieron su vínculo familiar a distancia y ofrecieron su ayuda, no solo mediante remesas, sino también con información logística sobre cómo migrar. En otras palabras, mientras estaban separados, los migrantes activos y pasivos recrearon sus lazos familiares, preservando el valor de sus relaciones en la medida de lo posible.

Estos dos casos ejemplifican la migración de los hermanos mayores, que apunta a una exigente dinámica de género que espera que los hermanos mayores asuman el espacio y las responsabilidades incumplidas por el marido/padre que ha fallecido o se ha marchado. Aunque en algunos casos los hermanos mayores resienten

la presión, otros la aceptan. Por ejemplo, el hermano mayor de Lesly:

Primero, dejó la universidad y se fue a Estados Unidos para poder ayudar a mi madre, mi hermano, mi hermana y a mí en casa. Después, una vez que mi hermano y yo migramos, se ocupó de nosotros y siguió ayudando a mi madre y a mi hermana en Ecuador... siempre pensando en el bienestar de nuestra familia, pasara lo que pasara. (Lesly, comunicación personal, Nueva York, 2019)

A veces estas experiencias provocaban que los hijos mayores migrantes se replantearan los roles de género en sus familias de procreación. Pero en general, el legado patriarcal seguía firme, como en el caso del hermano de Yvonne, que quería que su madre dejara su trabajo y su vida en Ecuador para que “pudiera ayudarle con sus propios hijos”. Las hermanas también lidiaban con mandatos patriarcales, sin embargo, solían incrementar tanto su resiliencia como su conciencia sobre dinámicas de género, como en los casos de Yvonne, que se negó a casarse con un desconocido para poder migrar regularmente y se mostró “orgullosa de que mi madre se negara a dejarlo todo para ir a ayudar a mi hermano y convertirse en su niñera” (Yvonne, comunicación personal, Loja, 2016), o de Lesly, que “en cuanto pude, empecé a ayudar a mi madre y a mi hermana allá en Ecuador y a ser autosuficiente” descentrando el rol que su hermano mayor ocupaba (Lesly, comunicación personal, Nueva York, 2019).

Parejas sin hijos

Un modo menos frecuente, pero aún significativo de de/reconstrucción familiar fue el que ocurría con la migración de parejas sin hijos. Su partida afectaba a los parientes cercanos de la pareja, incluidos sus padres, hermanos y familia extendida, todos los cuales atravesaban el duelo reflexivo, el trauma migrante pasivo y el

estrés migratorio porque sentían su migración como una pérdida en la familia. Sin embargo, con el tiempo, trataban de recrear sus vínculos con los migrantes activos a la distancia. La pareja que migraba también sufría la separación de sus familiares cercanos y padecía similares procesos de salud migrante. Además, con el objetivo de superarlos, la pareja intentaba reconstruir los vínculos con sus familiares cercanos a la distancia. Además, las parejas de migrantes activos se adaptaban a su nuevo entorno aprendiendo sus normas culturales y sociales y recodificaban su relación en el nuevo contexto. A veces, su relación se disolvía, debido a las dificultades de la migración o simplemente a que encontraban otras parejas. Otras veces, las relaciones de pareja duraban y tenían hijos en el extranjero. En general, la pareja criaba a sus hijos y se quedaba allí. Pero en algunas ocasiones, decidían volver a Ecuador con ellos para que crecieran rodeados de su cultura y su familia extendida. Cuando regresaban, atravesaban el proceso de salud de impacto del retorno, y todos encontraban bastante difícil el proceso de adaptación a vivir allí. Si los hijos habían pasado varios años en el extranjero, normalmente tenían la esperanza de poder volver al lugar donde habían nacido y crecido. Los padres y las madres solían arrepentirse de su decisión de regresar porque, se daban cuenta o bien de que lo que recordaban sobre sus lugares oriundos había cambiado drásticamente, o de que sus hijos tendrían más oportunidades en el extranjero. A menudo, migrar de nuevo les resultaba prohibitivo debido a limitaciones económicas, a la edad y a cuestiones legales, dado que era frecuente que hubieran regresado a Ecuador porque sus propias oportunidades laborales en el extranjero estaban disminuyendo, y habían asumido lo que se denominaba un retorno voluntario con renuncia a cualquier derecho de residencia que hubieran podido obtener. Otro caso común entre las parejas que tenían hijos en el exterior era su decisión de enviarlos a Ecuador para que los cuidaran los abuelos. Entre las razones que justificaban esta decisión figuraban la incapacidad de los padres para costear el cuidado de sus hijos, ya que tenían que

trabajar sin descanso y no podían contar con apoyo familiar. La separación de progenitores e hijos, independientemente del motivo, solía ser muy traumática para la madre y los hijos primero, y para el padre después, creando desavenencias que a menudo terminaban en la separación de la pareja o el regreso de la madre para reunirse con sus hijos. A veces, la pareja superaba la crisis generada por el envío de sus hijos a Ecuador y regresaban juntos para reunirse con ellos en cuanto podían. Esta reunificación siempre era complicada, especialmente cuando habían pasado demasiados años de separación. Las experiencias de la familia de Nilda y Edmundo ejemplifican aspectos clave de estos procesos.

Migraron a España poco después de casarse; solo tenían veinticinco años. Se fueron solos “a trabajar para una familia adinerada que vivía en el campo para cuidar de ellos y de su gran propiedad”. Edmundo supervisaba las tierras de labranza y Nilda tenía que cocinar para los propietarios, gente ya mayor, que les trataban “como si fuéramos sus propios hijos”. Al poco tiempo, Nilda se quedó embarazada y, cuando los dueños se enteraron, le permitieron hacer lo mínimo. Pero, no mucho después, los primos de Edmundo los visitaron y les propusieron irse con ellos a trabajar en la temporada del melocotón para “ganar dinero más rápido y volver pronto a Ecuador”. A Edmundo le gustó la idea, así que Nilda le propuso que mientras ella se quedaba trabajando donde siempre, él fuera con ellos y comprobara si el trabajo del que hablaban sus primos era realmente tan rentable. Pero Edmundo se negó y le dijo que “si vinimos juntos hasta aquí, nos iremos juntos”. Este desacuerdo creó tensiones en la pareja. Nilda insistió en que se lo pensara mejor porque “sus jefes eran buena gente y pronto iban a facilitarles los papeles para regularizar su residencia en España”. Edmundo no estuvo de acuerdo y rescindió el contrato, así que se fueron a trabajar recogiendo melocotones. Sin embargo, tenían que “encontrar un contacto para trabajar allí, y no pudimos, así que tuvimos que gastarnos el dinero que nos había quedado de nuestro anterior trabajo, que, por cierto, no era mucho”. El embarazo de

Nilda avanzó, pero no fue a ningún control porque tenía miedo de que la deportaran. Empezó a buscar otras oportunidades de trabajo y “encontró un contacto para trabajar recogiendo alcachofas”. Edmundo y Nilda probaron ese trabajo, pero “era muy duro; nos dejaba las manos sangrando”, así que él pensó que era mejor dejarlo y, a pesar de todos los días que trabajaron, “nunca les pagaron”. Después, con dinero prestado, llegaron a Madrid y mientras se quedaban a dormir en la estación de autobuses, un día, por casualidad, se encontraron con un primo de Nilda que los acogió y “no les cobró” por quedarse en su casa. No tenían dinero. Con el tiempo, Edmundo empezó a trabajar, ayudando con mudanzas, pero ganaba muy poco. Solo podían comprar trozos de pollo y con los huesos hacían sopa. Nilda estaba embarazada de cinco meses cuando fue por primera vez a una revisión. Ella estaba desnutrida y la ginecóloga le dijo que, al descuidar las revisiones periódicas, ponía en peligro al bebé. Nilda nunca se lo dijo a Edmundo. Tenía miedo. Aun así, siguieron luchando juntos. Nilda le decía a Edmundo: “Estamos juntos en esto, vamos a luchar juntos hasta el final”. A veces Edmundo:

[...] se derrumbaba y decía que era una mierda estar allí en España. Que quería volver a Ecuador. Pero no teníamos más dinero. Encontrábamos tarjetas telefónicas desechadas y comprobábamos si les quedaba saldo. Cuando teníamos suerte, llamábamos a casa y les pedíamos que nos ayudaran a ponernos en contacto con parientes y amigos que estaban en España para encontrar trabajo.

Cuando Nilda estaba a punto de dar a luz, un amigo de Edmundo le consiguió trabajo en una imprenta.

Tenía que viajar unas dos horas para llegar. Se levantaba a las tres de la mañana para llegar temprano. El dueño acabó ayudándolo mucho; le tramitó los papeles del trabajo. Y desde entonces, fuimos benedicidos. Dicen que los bebés nacen con un pan debajo del brazo. Y creo que ese fue el caso. Porque mi hijo nació bien y sano.

Pero, seis meses después, la madre de Edmundo los llamó y les sugirió que enviaran al bebé a Ecuador para que ella pudiera cuidarlo mientras ambos trabajaban. Nilda “suplicó que no la separaran de mi hijito” (Nilda, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017). Edmundo, sin embargo, decidió hacer lo que su madre le sugería porque Nilda estaba “físicamente débil” y temía por su vida. Él le decía “no quiero perderte”. En retrospectiva, Edmundo compartió:

Fue el peor error que he cometido en mi vida. Ojalá pudiera volver el tiempo atrás porque no hay nada que podamos hacer para compensar lo que hicimos. Ahora nuestro hijo está mejor, pero cuando regresamos después de dos, tres años, no quería estar con nosotros porque estaba apegado a mi prima. (Edmundo, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017)

Nilda, llorando, dijo que “cuando llegamos, nuestro hijo tenía dos años, y yo tenía otro bebé en camino. Ahora tiene dieciséis y todavía no me llama mamá” (Nilda, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017). Edmundo y Nilda tuvieron otro hijo más adelante; con tres, podían vivir bien en Ecuador porque Edmundo había logrado trabajar como soldador en España y había acumulado buenos ingresos. Pero tras la crisis de Ecuador, tuvieron problemas económicos, así que decidió volver a probar suerte en el extranjero, aunque esta vez se fue a Estados Unidos. Edmundo “no soportaba estar aparte de mis hijos y mi mujer. Cada noche era como una pesadilla. Lo único que quería era estar con ellos”. Por ende, regresó pronto; y compartió: “Si volviera a irme, porque aquí la economía está muy mal, lo haría con mi esposa y mis hijos” (Edmundo, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017).

La familia de Nilda y Edmundo atravesó varias fases de de/reconstrucción familiar. Su partida inicial como pareja puso a prueba su vínculo cuando discreparon sobre qué hacer con el trabajo, dado que Edmundo estaba ansioso por regresar rápidamente a Ecuador, ya que extrañaba a su familia de origen y a su país. Luego, pasaron por la separación de su hijo pequeño, que les afectó a

los tres. Su hijo se crio con la hermana y la madre de su padre, y una vez reunidos en Ecuador, tuvo que readaptarse a quiénes eran su madre y padre de nacimiento. Esa experiencia fue muy dañina para Nilda, principalmente, pero también para Edmundo, quien lamentó haber sido el responsable de forzar la separación de su hijo a tan temprana edad. Su primogénito también tuvo que reconstruir su sentido de familia con el nacimiento de un hermano y, más adelante, de otro. Todo este proceso parece haber sido muy difícil para él; todavía no llama a su madre “mamá”, aunque hayan vivido juntos como una familia durante muchos años. Por el contrario, Nilda y Edmundo insistieron en reforzar la idea de unidad en su familia y, cuando Edmundo migró de nuevo, no pudo soportar estar lejos de ellos mucho tiempo y regresó rápidamente. El primogénito de Nilda y Edmundo desarrolló un sentido de familia amplio, como las experiencias de los niños pequeño/as que se quedan en sus lugares de origen después de que sus padres migraron solos. Sin embargo, su experiencia agravó su trauma porque, aun siendo muy pequeño, tuvo que pasar por su propio duelo reflexivo al dejar España y a sus padres para crecer en Ecuador con familiares. Como ya se ha dicho, la de/reconstrucción familiar es desafiante y perturbadora, y los esfuerzos que los miembros de la familia hacen para reconstruir sus relaciones a lo lejos y cuando se reúnen son imperfectos y a menudo problemáticos. A pesar de ello, los lazos familiares no desaparecen y, aunque se rompan, dejan un legado que a veces pesa y otras veces ayuda a los migrantes a seguir adelante con sus vidas.

En resumen, las familias eran alteradas por distintos tipos de migración y sus miembros reconfiguraban sus relaciones cuando estaban separados y cuando se reencontraban. Todos los migrantes activos y pasivos de este estudio recurrieron a la utilización del mecanismo psico-sociocultural de afrontamiento de de/reconstrucción familiar que les resultó fundamental para reestructurar su sentido de ser de sí mismos y su sentido de pertenencia, su sociabilidad y su capacidad para hacer planes de futuro. Normalmente,

la de/reconstrucción familiar implicaba múltiples capas y era difícil de atravesar. Este mecanismo estaba estrechamente relacionado con los de metas transgeneracionales e ideal de bienestar y se complementaba con la distorsión de la comunicación, la subordinación al ocultamiento y el engaño, los pactos tácitos, el resentimiento y desapego, y la comprensión sensata, los cuales se analizan a continuación.

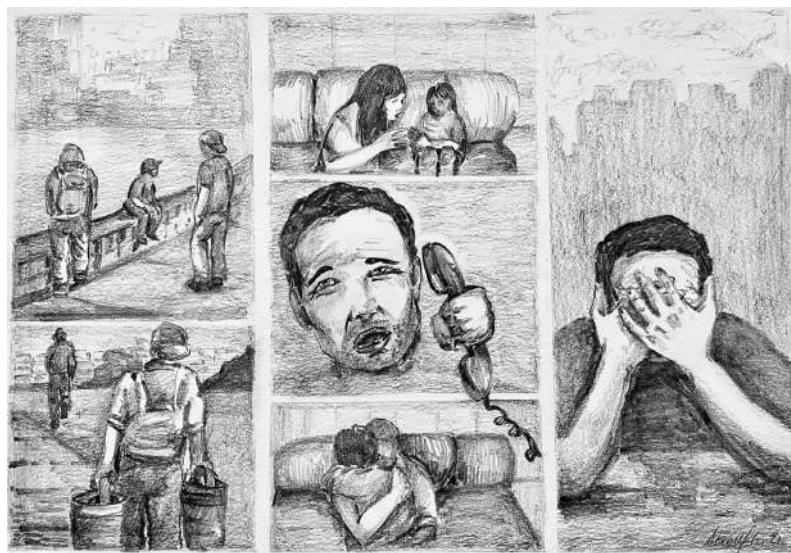
Distorsión de la comunicación

Los migrantes activos y pasivos se comunicaban entre sí con distintas frecuencias tras la partida. En el caso de los migrantes que se habían marchado antes de que se generalizara el acceso a los teléfonos móviles y a aplicaciones de comunicación gratuitas como WhatsApp y FaceTime, el ritmo y la duración de sus llamadas estaban limitados a sus recursos económicos para comprar tarjetas telefónicas. Por el contrario, una vez que aparecieron las llamadas por internet y se hicieron fácilmente accesibles a un costo bajo o nulo, los migrantes pudieron comunicarse con más frecuencia y hablar durante más tiempo, así como realizar videollamadas. Los migrantes apenas mencionaron el correo electrónico y las cartas como medio para mantenerse al día de sus asuntos familiares. Comúnmente, ellos enviaban mensajes a sus familiares a través de otros parientes o amigos para aprovechar la oportunidad de mantener el flujo de noticias entre medio de sus comunicaciones directas. Además, los familiares y amigos de los migrantes solían compartir noticias sobre otros sin su consentimiento directo, creando una red de rumores que en muchas ocasiones creaba problemas o conflictos y en otras desencadenaba intercambios directos para aclararlos.

Cuando los migrantes se comunicaban directamente, eran muy selectivos en cuanto a la información que compartían con sus familiares. Los migrantes rara vez mantenían un flujo de

comunicación abierto y transparente. La divulgación completa era excepcional. Normalmente, la mayoría de los migrantes activos y pasivos filtraba la información que intercambiaban, atenuaban la seriedad o gravedad de acontecimientos y circunstancias, exageraban el impacto de los sucesos positivos y omitían cualquier noticia negativa. Las cuestiones de salud casi nunca eran mencionadas, a menos que hubieran alcanzado un punto extremadamente crítico. La expresión de emociones adversas o exuberantes se obviaba en la medida de lo posible, tanto por los migrantes activos como por los pasivos, con el propósito de minimizar respectivamente la preocupación de la otra parte y evitar sentimientos de culpa. Conceptualizada como distorsión de la comunicación, esta forma de compartir pensamientos, sentimientos y noticias entre los migrantes era un arma de doble filo. Por un lado, permitía a migrantes activos y pasivos disminuir el grado de preocupación de unos por otros para favorecer que siguieran adelante con sus vidas como familias transnacionales. Por otro, creaba nociones erróneas sobre sus respectivas realidades. A la larga, estas tergiversaciones daban lugar a decepciones, revelaciones ingratas y sentimientos de decepción y aislamiento que solían desatar conflictos familiares (véase la Figura 4.2). Sin embargo, este mecanismo funcionaba en combinación con otros dos: la subordinación al ocultamiento y el engaño, y los pactos tácitos. Y finalmente, estos tres mecanismos combinados llevaban a la utilización de los mecanismos de resentimiento y desapego, o comprensión sensata.

Figura 4.2. Ilustración de distorsión de la comunicación



Las experiencias de Marina, Kim y Franco, todos ellos migrantes pasivos, ilustran cómo funcionaba la distorsión de la comunicación. Durante una entrevista en grupo, Marina habló de lo que ocurrió cuando su hermana se marchó para reunirse con su madre y sus nuevos hermanastros “con el objetivo de poder trabajar en el extranjero y enviar remesas para la familia”, como había hecho su madre durante muchos años. Recordó que, antes de partir, su hermana “lloraba porque no quería irse de Ecuador y tenía miedo de cómo iban a ser las cosas en España”. Marina recordaba que, al principio,

[...] me acostaba y pensaba en mi hermana, en cómo estaría. Le preguntaba si estaba bien y ella me decía que sí lo estaba, que la familia la trataba bien. Quería ir a la universidad allí, así que tenía que estudiar para los exámenes de ingreso. Mientras tanto, empezó a trabajar en un restaurante y en un bar. Estaba triste porque me extrañaba,

pero nunca me lo dijo. Yo solo lo sabía. Yo tampoco le decía que la extrañaba ni que nuestra abuela también estaba muy triste y se encontraba mal (había adelgazado mucho). Supongo que no queríamos preocuparnos la una a la otra. (Marina, comunicación grupal nro. 7, Santo Domingo, 2017)

En la comunicación grupal, Kim confirmó los comentarios de Marina al afirmar sucintamente: “En mi familia no decimos mucho sobre nuestros sentimientos para evitar herir a la otra persona” (Kim, comunicación grupal nro. 7, Santo Domingo, 2017). Franco, que fue criado por su tía, compartió:

No estoy seguro de lo que siento por mi madre y que había migrado cuando yo era un niño pequeño. Hablo un poco de cómo me va con mi tía. Pero no hablo con mi madre sobre eso. Es un tema que se deja de lado, no se toca. (Franco, comunicación grupal nro. 7, Santo Domingo, 2017)

En el caso de tres hermanas que se quedaron en Ecuador mientras sus padres se fueron a España a trabajar, se pueden observar el desarrollo y los efectos no deseados de la distorsión de la comunicación con el pasaje del tiempo. Lara, una de las hermanas expresó:

Teníamos suerte de que nuestros padres estuvieran atentos a cómo nos iba en la escuela y en general. Pero las llamadas no eran tan frecuentes y nunca podían sustituir la presencia. Además, muchas cosas no se decían. Por ejemplo, una de nosotras llegaba de la escuela y contaba que había podido enterarse por sus amigas de cómo era tener novio. Porque, ¿quién nos iba a explicar eso si no? Porque nuestra madre no estaba con nosotros y, cuando hablábamos por teléfono, no podíamos hablar de estas cosas. Nuestra madre estaba para otras cosas y nuestros abuelos tampoco iban a hablar de eso con nosotras. Teníamos que confiar en nosotras: las tres hermanas.

Después de varios años, dos de ellas se mudaron a España, pero Lara se quedó en Ecuador porque ya estaba cursando estudios

universitarios. Una vez separadas, su propia comunicación, que solía ser estrecha, minuciosa y transparente, también cambió:

Cuando mis hermanas se fueron, las dificultades que teníamos para comunicarnos a distancia eran otras. Como que ya no podíamos compartir nuestro día a día, aunque tuviéramos la tecnología para estar en contacto, no era lo mismo. Era difícil no estar juntas, y llamarnos no podía reemplazar eso. (Lara, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

Complementariamente, Milly, una de las hermanas de Lara, habló de cómo su comunicación como familia cambió con el tiempo:

Ahora que hemos crecido y somos independientes, hemos podido contarles a nuestros padres cómo nos sentíamos mientras estaban fuera. Quizá con una broma, de pasada, hemos podido decirles cómo nos hemos sentido durante el proceso. Por ejemplo, mi madre nos dice: "Allí estuvimos trabajando hasta la extenuación todos los días, por ustedes", y nosotros respondemos: "¡Nosotras también! Estábamos solas, ocupándonos de todo. ¿Cuándo estuvieron con nosotras?". Decimos cosas así, pero no con la intención de ofenderlos o hacerlos sentir mal. A esos sentimientos los hemos escudado, porque los extrañábamos, necesitábamos estar cerca de nuestros padres, pero estaban lejos. A veces, como hermanas, nos decíamos: "Nos dejaron solas, pero los necesitábamos con nosotras". Prácticamente, crecimos por nuestra cuenta y teníamos la sensación de que nuestros padres estaban en el extranjero pasándola bien, relajados, mientras nosotras estábamos aquí sufriendo; pensábamos que ellos estaban allí como si fuese una luna de miel, y nosotras aquí estábamos tristes y solas. (Milly, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

Los comentarios de Milly reflejan la doble vertiente de la distorsión de la comunicación: tanto los migrantes activos como los pasivos no lograban transmitirse mutuamente lo que les ocurría y cómo se sentían, lo que creaba una ambigüedad que daba lugar a ideas erróneas. En su caso, tanto las hijas como sus progenitores no eran conscientes de sus respectivos esfuerzos y sentimientos, a pesar de

que habían mantenido el contacto y estaban mutuamente atentos a su bienestar. Solo el tiempo y el hecho que volvieron a estar todos juntos después de retornar les permitieron expresar de forma más completa y vívida sus experiencias, emociones y pensamientos.

Elisa, una migrante activa que se marchó sola a España, también reflexionó sobre los efectos contrarios de su propio uso de la distorsión de la comunicación al hablar de cómo el hecho de no compartir una descripción más detallada de su vida como migrante creaba expectativas inalcanzables por parte de los migrantes pasivos:

Quando uno habla con la familia, le piden, le exigen que uno les envíe dinero. Así que uno se convierte en un fabricante de envío de remesas. Y ellos no saben. Tenía tres trabajos en un día. Dejaba uno para ir al siguiente. Tenía que correr, literalmente, para llegar de uno a otro a tiempo. Cuidaba a una niña, después, a una mujer mayor, y, por último, limpiaba casas. Pero mi familia no sabía todo lo que tenía que hacer para poder generar el dinero que me pedían y esperaban que les enviara.

Una noche, sentí un fuerte dolor en el pecho. Y pensé: si me muero aquí y ahora, ni siquiera mi familia ni mis hijos se enterarían de que he muerto. Pensé que el esfuerzo de estar lejos no merecía la pena. Pero nunca le conté a mi familia lo que me había pasado ni lo dura que era mi vida, así que en realidad ellos no podían entender mi situación. (Elisa, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017)

La distorsión de la comunicación también se empleó entre los migrantes activos que vivían juntos, normalmente para evitar que el otro se preocupara y aumentara su ya alto grado de estrés migratorio. Por ejemplo, Nilda: “Nunca le conté a mi marido el reporte negativo que me dio el ginecólogo sobre nuestro bebé ni lo asustada que yo estaba” cuando acudió a su primera revisión estando embarazada de cinco meses porque “no quería preocuparle ni estresarle más” (Nilda, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017). La intención de no agobiar a la otra parte era generalizada, como lo expresó

Gonzalo: “Es difícil hablar con tu gente cuando tienes problemas porque no quieres preocuparlos. [...] Entonces, para no generar preocupaciones, dices que sí, que todo está muy bien” (Gonzalo, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017).

El caso de Lesly ilustra la distorsión de la comunicación tanto entre migrantes activos y pasivos como entre migrantes activos. Ella compartió:

Nuestro hermano mayor nos decía que no lloráramos ni nos quejáramos a nuestra madre cuando hablábamos por teléfono con ella porque mi madre sufría de nerviosismo y nuestra partida lo había empeorado aún más. Así que nos decía que no le dijéramos nada de que nos sentíamos tristes o mal, o si estábamos enfermos. Y nosotros nos sentíamos así, nos sentíamos mal y, como adolescentes, no sabíamos lo que nos pasaba ni lo que debíamos hacer. Pero, en el momento, obedecíamos a nuestro hermano mayor y no le decíamos nada a nuestra madre, aunque hacerlo fuera muy difícil. Creo que guardarnos nuestros sentimientos y no comunicarnos plenamente con ella hizo que nuestro proceso migratorio fuera aún más traumático.

Lesly también escudaba sus sentimientos y seleccionaba y distorsionaba lo que comunicaba a sus hermanos; en sus palabras: “Todas las tardes, cuando volvía del colegio, lloraba y lloraba. Pero cuando llegaba cualquiera de mis hermanos paraba de llorar porque tenía que ser fuerte. No les decía que me sentía triste”. Además, Lesly adoptó una práctica similar con su hermana (que se había quedado en Ecuador con su madre y su hijo). Su comunicación distorsionada, reflexionó Lesly, perjudicó a su hermana porque cuando acabó viniendo a Estados Unidos para reunirse con ellos, ella “no tenía ni idea de las dificultades emocionales y materiales de vivir como migrante aquí, porque yo nunca había compartido nada de eso con ella” (Lesly, comunicación personal, Nueva York, 2019).

Subordinación al ocultamiento y el engaño

En estrecha relación con la distorsión de la comunicación, los migrantes activos y pasivos recurrían al mecanismo conceptualizado como subordinación al ocultamiento y el engaño, definido como el uso y la aceptación sistemáticos de información parcial y oculta, y del engaño como un aspecto inevitable de la vida como familia migrante (véase la Figura 4.3). El caso de la hermana de Carol muestra su funcionamiento. Carol se refirió a la migración de su hermana a España y a su relación con sus padres y consigo misma durante su estancia en el extranjero: “Estábamos todo el tiempo preocupados por ella. ¿Cómo le va por allá? ¿Está bien? Aunque hablábamos a menudo por teléfono, no era lo mismo: “Todo va bien” nos decíamos, pero ninguno de nosotros decía o sabía la verdad”. Esto sucedió incluso cuando los padres de Carol desarrollaron problemas de salud tras la partida de su hija, por un lado, y cuando la hermana de Carol estuvo deprimida antes, durante y después de su embarazo, y luego, tras su divorcio, que incluyó “el maltrato psicológico de su exmarido que la amenazaba con quitarle a su hijo y la acechaba controlando a dónde iba y qué hacía en todo momento” y que la llevó a episodios de alcoholismo. La hermana de Carol reveló estos secretos muchos años después a Carol y a su madre “después de haberlos superado” (Carol, comunicación personal, Loja, 2016). Sin embargo, ninguno de los miembros de la familia guardaba rencor por haber ocultado información o haberse engañado mutuamente, sino que entendían que no había mala intención y estaban agradecidos de seguir en buenos términos entre ellos.

Figura 4.3. Ilustración de subordinación al ocultamiento y el engaño



El caso del marido de Paula también ilustra el común uso del mecanismo de subordinación al ocultamiento y el engaño entre los familiares migrantes activos y pasivos. Paula expresó:

Se quedó un año en Estados Unidos, regresó y nos dijo que nunca más saldría de Ecuador. [...] No sé qué le pasó, pero no quiere volver a salir del país. Dice que no, que nunca más se iría. A veces le propongo que migremos todos juntos, pero siempre rechaza la idea.

Entrevistadora: ¿Y alguna vez te dijo por qué?

No, solo dice: “No. ¿Para qué? Allí las cosas son como aquí. Hay que trabajar y ya está. Nada más. Tenemos que organizarnos”. Cuando regresó, simplemente dijo: “Nunca más, nunca volveré a Estados

Unidos". Yo le decía que al menos pasara unos meses allí para que pudiera trabajar un poco y pudiéramos estabilizar nuestras finanzas. Pero no. Quería quedarse.

Paula intentó comprender lo que le había ocurrido a su marido mientras estaba fuera, pero él nunca se lo contó y ella lo respetó. Probablemente, podía empatizar porque ella misma no compartía lo que le había pasado ni lo mal que se sentía con respecto a su propia migración y los efectos negativos que tuvo en su hijo pequeño, al que había dejado con sus abuelos: "Nunca pedí ayuda ni compartí nada. Todo lo que pasó se quedó conmigo. Y lo llevo hasta hoy. Son recuerdos muy tristes, muy feos. Y aunque uno intente deshacerse de ellos, perduran" (Paula, comunicación personal, Loja, 2016). Ocultar lo ocurrido en el extranjero era habitual. La hermana de Antonio, por poner otro ejemplo, migró, pero:

Al cabo de ocho días regresó. Se había ido a trabajar cuidando a una persona mayor. Pero volvió y nunca quiso hablar de ello. Nunca supimos qué le había pasado; solo sabemos que regresó rápidamente. Nunca nos dijo nada, nada. Ella no quería contarnos. (Antonio, comunicación personal, Loja, 2016)

El caso de Fernando, que migró solo a España dejando a sus hijas en Ecuador, también muestra el uso combinado de los mecanismos de la distorsión de la comunicación y la subordinación al ocultamiento y el engaño. Habló con pesar de su forma de comunicarse con su familia:

Era muy triste ser migrante. [...] A veces lloraba y pensaba en volver a Ecuador. Pero aprendí a ser migrante, me quedé y trabajé mucho, mucho para cumplir mi objetivo de ahorrar dinero para construir una casa para mis hijas. [...] Me gustaba mucho jugar al voleibol, así que solía jugar en canchas de cemento en Madrid. Una vez me rompí la pierna. Nunca se lo dije a mi familia. Siempre me preguntaban si estaba bien y yo les decía que sí. Mis hijas me preguntaban llorando

cuándo iba a volver a casa, y yo les decía que volvería pronto. [...] Pero volví cuando ya habían crecido, siete años después. (Fernando, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017)

La carga que generaban el embozo y la duplicidad era percibida por migrantes pasivos y activos, que, si bien reconocían su función, también identificaban su riesgo y sus consecuencias imprevisibles. Como afirmó Hernán, “el peor error que pueden cometer las familias migrantes es no comunicarse. [...] Los chismes y las mentiras destruyeron nuestro hogar” (Hernán, comunicación personal, Loja, 2016). Roque, migrante peruano activo en Ecuador, compartió ese sentimiento. Expresó:

Hubo algo más que sucedió que fue muy doloroso para mí. Y eso, me lo guardé dentro. Mientras estaba aquí en Loja, murió mi abuela. Pero mi padre no me dio la noticia porque ocurrió en época de exámenes finales y él creía que si me lo decía yo iba a perder un año de estudio o no iba a poder concentrarme en los exámenes. Así que me enteré tres días después del funeral porque un primo mío me llamó para reprocharme que no me había presentado en el entierro de nuestra abuela. Cuando me llamó, me quedé confundido y en *shock*, y le pedí que me explicara lo que había pasado. No hablé con mi padre por dos semanas. Estaba muy disgustado.

Entonces, Roque reflexionó que él había actuado de forma similar a su padre en el pasado: “Yo mismo había ocultado información a mis padres cuando tuve un accidente y, aunque no era lo mismo, seguía siendo un engaño”. La experiencia de Roque, como la de Hernán, generó rumores dañinos:

En ese momento, no les conté a mis padres cómo me sentía ni lo que me pasaba. Ahora, que ha pasado el tiempo y somos mayores, les cuento algunas experiencias que tuve, pero como anécdotas. Por ejemplo, le cuento a mi madre que una vez me equivoqué de autobús y no me quedaba dinero para comprar otro billete para volver a casa. Pero no le doy los detalles porque no quiero que se sienta mal por

ello ni siquiera ahora. O, por ejemplo, cuando tuve el accidente aquí en Loja, me pregunté: “¿Cómo le cuento esto a mi padre? ¿Cómo se lo digo a mis padres sin que se asusten y se preocupen?”. Tuve que usar muletas. Un amigo vino a visitarme al hospital y cometió el error de contárselo a un primo mío: todo se precipitó. Le dijo a mi familia que estaba todo fracturado, ¡y en terapia intensiva! Mi madre me llamó llorando. La tranquilicé, le expliqué que estaba en la casa y que solo tenía que usar muletas, nada más. (Roque, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

Pactos tácitos

Otro hecho habitual que solía ocultarse o comunicarse parcialmente y generaba rumores era cuando los padres o las madres formaban una nueva relación íntima o una familia en el extranjero. En contadas ocasiones se casaban para regularizar su situación migratoria tras consultarlo con su pareja original en el país de origen. La pareja lo consideraban una estrategia práctica que beneficiaría a toda la familia y tendían a mantener a los hijos desinformado/as, sobre todo si eran pequeño/as. A veces les llegaban rumores, pero en lugar de preguntar a sus padres si eran ciertos, solían guardárselos para sí mismos. Si la pareja accedía a realizar estos matrimonios transaccionales, simultáneamente renovaban el pacto tácito que habían hecho al migrar, es decir, que cada parte seguiría contribuyendo a cumplir las metas transgeneracionales de utilizar la migración como un medio para mejorar sus condiciones materiales y su bienestar futuro. Si el progenitor que había migrado y se había casado para regularizar su situación empezaba a desarrollar sentimientos amorosos por su nuevo cónyuge o tenía nuevo/as hijos, el pacto tácito le exigía mantener el vínculo con los hijos de la familia original y seguir enviando remesas de acuerdo con las necesidades económicas que tuviesen. El grado

de franqueza con el que comunicaban cualquiera de estos hechos variaba, pero en la mayoría de los casos, se tomaban como una disolución de facto de la pareja. Mientras que el pacto tácito se respetase, los hijos se mantenían desinformados. Por el contrario, si se lo quebraba, el progenitor que no había migrado solía ser más franco, aunque rara vez completamente honesto, sobre lo sucedido entre ellos, normalmente para preservar el amor y el respeto de sus hijos hacia el progenitor que había formado otra familia en el extranjero.

Una secuencia diferente se desarrollaba si el progenitor que migraba formaba una nueva relación o familia sin consultar a su pareja. Si el migrante activo mantenía su parte del pacto tácito y seguía contribuyendo al bienestar de la familia y manteniendo una relación con los hijos, los rumores sobre la relación oculta o su revelación resultaban hirientes, pero tolerables, generando la disolución de facto de la pareja. Sin embargo, si el migrante activo no respetaba el pacto tácito, la pareja migrante pasiva estaba más propensa a compartir los hechos con sus hijos. Una vez más, el grado de franqueza variaba para preservar tanto el respeto de los hijos hacia el progenitor que había formado una nueva familia como la posibilidad de que pudieran aprovechar el apoyo que eventualmente podrían recibir del extranjero, incluida la posibilidad de que migraran para lograr condiciones de vida más prósperas y prometedoras. El uso de los pactos tácitos, conceptualizados como acuerdos implícitos entre migrantes activos y pasivos que deben respetarse para que la familia siga funcionando, era un delicado mecanismo psico-sociocultural de afrontamiento necesario para mantener vivo el proceso de de/reconstrucción familiar (véase la Figura 4.4). Las promesas rotas necesitaban la formación de nuevos pactos tácitos si se quería reestructurar la familia dadas las nuevas circunstancias. Los pactos tácitos funcionaban como una base invisible que exigía una reparación inmediata en caso de fractura. El diálogo, el tiempo y los mecanismos de metas

transgeneracionales, el ideal de bienestar y la comprensión sensata eran fundamentales para poner en marcha la creación de nuevos acuerdos tácitos.

Figura 4.4. Ilustración de pactos tácitos



El caso de Cecilia ilustra estas dinámicas. Su padre migró antes que su madre, que se quedó con los hijos e hijas. Él les visitaba y avanzó en el proceso de regularización migratoria. Sin embargo,

al cabo de un tiempo, la pareja empezó a divergir en sus planes de reunirse en el extranjero. Años más tarde, la madre de Cecilia falleció. Cecilia había vivido con su abuela y sus dos hermanos durante cuatro años hasta que su padre reclamó su custodia y la trajo a Estados Unidos cuando tenía trece años (los hermanos de Cecilia se quedaron en Ecuador; eran mayores de dieciocho años). Cecilia no sabía que su padre tenía otra esposa: “Cuando entré en el apartamento de mi padre, vi a una mujer. Le pregunté: “¿Quién es? Así me enteré de que tenía una madrastra. Fue terrible, realmente muy difícil”. Cecilia tampoco sabía mucho sobre la relación de sus padres y había oído algunos rumores:

Creo que mi padre conoció a mi madrastra en Ecuador. Ella era amiga de mi tía en la universidad. Y, según dicen, se conocieron y mi padre se enamoró de ella en uno de los viajes que hizo para visitarnos. Más tarde, ella vino a Estados Unidos y se encontró con mi padre. Decidieron vivir juntos y entablaron una relación.

Entrevistadora: ¿Tus padres estaban separados o divorciados?

La verdad es que hasta el día de hoy no lo sé. Lo que recuerdo es que mientras mi padre estuvo en el extranjero, mi madre nunca tuvo un novio o algo así. Nunca tuvo una relación amorosa con nadie. Así que supongo que, tal vez, algunas de las peleas familiares se debían a que mi padre ya tenía otra relación y mi madre quería protegernos de eso. Por ejemplo, ella ya no estaba de acuerdo con la idea de enviarnos a Estados Unidos y me imagino, ahora, que era porque no quería que viviéramos con otra persona que no fuera ella.

La idea original era que mi padre iba a sacar los papeles para que todos estuviéramos juntos en Estados Unidos; la idea era que iba a arreglar su situación migratoria y luego nos iba a solicitar a todos. Cuando mi padre se fue, se vendió el negocio para que pudiera pagarse el viaje. Mis hermanos se quedaron sin nada y mi madre no tenía trabajo, así que se fue a vivir con mi abuela (su madre). Entonces ella terminó sus estudios, encontró un trabajo y empezó a ahorrar para que pudiéramos vivir bien, estudiar, etcétera. Así que, una vez

que consiguió cierta estabilidad en Ecuador, no quiso venir a Estados Unidos y empezar de cero otra vez. Por eso también había conflicto entre la familia: mi padre quería que la familia viniera a Estados Unidos, pero mi madre no quería.

El escaso conocimiento que Cecilia tenía del pasado se basaba en rumores y retazos de conversaciones de sus familiares. Afirmó que su padre “nunca habla de su migración aquí” y que la “única vez” que le preguntó al respecto, él respondió brevemente que “la razón por la que había venido a Estados Unidos era porque los problemas familiares eran muy difíciles”. Cecilia compartió entonces que “él nunca aborda el tema de mi madrastra. Para él, todo lo que pasó en el pasado, se quedó en el pasado y murió allí”. Los mecanismos de distorsión de la comunicación y subordinación al ocultamiento y el engaño también fueron asumidos por Cecilia una vez que migró. Me contó que los tres primeros años fueron muy difíciles para ella; lloraba todas las noches hasta quedarse dormida y se quedaba fuera de casa el mayor tiempo posible para evitar estar con su padre y su madrastra. Sin embargo, se guardaba sus sentimientos para sí misma: “Por ejemplo, con mi padre, nos saludábamos y nos dábamos las buenas noches, pero en realidad no teníamos ninguna conversación entre nosotros. Con mi madrastra tampoco”. Además, cuando podía llamar a su abuela y a sus hermanos —a pesar de los intentos de su padre de limitar sus comunicaciones con ellos para que “se le pasara la idea de volver”— no les contaba cómo se sentía ni lo que estaba pasando. Cecilia me lo explicó:

Bueno, cuando uno viene aquí, empieza a pensar que la gente a la que quieres también se está sacrificando mucho, así que, teniendo eso en cuenta, cuando nos comunicamos, tenemos que ser fuertes los unos para los otros para proporcionarnos el apoyo moral necesario que necesitamos para poder superar lo que sea que estemos pasando. [...] Por ejemplo, cuando hablaba con mi abuela, no quería decirme que estaba triste porque no quería que yo me sintiera triste. Pero yo

sabía que me extrañaba porque prácticamente me había criado ella. (Cecilia, comunicación personal, Nueva York, 2018)

Descubrir este tipo de secretos resultaba doloroso. Sin embargo, las reacciones implicaban no solo decepción, sino también una llamada a la recapacitación. En muchos casos, la parte engañada primero sentía resentimiento y desapego, para luego lograr una comprensión sensata; pero en algunos casos, esta nunca llegaba.

Resentimiento y desapego

El mecanismo de afrontamiento de resentimiento y desapego, conceptualizado como amargura e indiferencia que sienten los parientes que no participaron en el proceso de toma de decisiones de la familia en relación con la migración o no estaban de acuerdo con la idea de la migración o la separación familiar debida a la migración, era empleado frecuentemente (véase la Figura 4.5). En la mayoría de los casos, se encontraba en menores, aunque los adultos jóvenes también recurrían a él. Por ejemplo, era común en hombres jóvenes que eran enviados al extranjero para asumir el papel de sostén de la familia, que normalmente desempeñaban los padres, como en el caso del hermano mayor de Yvonne, que migró a España tras fallecer su padre. Estaba “resentido con nuestra madre porque le habían puesto en la posición de mantenernos a todos (éramos cuatro hermanos) porque él era el mayor”, aunque la madre de Yvonne estaba disgustada por la partida de su hijo. Al principio, el hermano de Yvonne pudo enviar remesas significativas, por lo que pudo ayudar a su familia y cumplir con metas transgeneracionales. Pero con el tiempo, se desvinculó de su familia en Ecuador e “hizo su propia vida; se casó, tuvo hijos y nunca regresó” (Yvonne, comunicación personal, Loja, 2016).

Figura 4.5. Ilustración de resentimiento y el desapego



En la relación entre la hija de Nancy y su madre, que migró sola, también se empleó el mecanismo de resentimiento y desapego. Nancy compartió:

Si pudiera volver atrás en el tiempo, nunca me hubiese ido. Porque el vacío que tengo con mi hija... y ella ya está casada y tiene un hijo, y es como si ella me dijera, no directamente, porque nunca me dice: "Mamá, me dejaste", pero habla y dice, por ejemplo, si yo le digo: "¡Vete a viajar y haz estudios de posgrado!", ella responde: "No, mamá, yo nunca sería capaz de dejar a mi hijo". Con esa frase, me rompe. A veces le digo: "Puedes dejar a tu hijo conmigo", y ella responde: "¿Estás loca? Yo soy su madre". Entonces, con esas palabras, me mata, porque me está diciendo: "Tú me dejaste". Luego me dice: "Si pudiera irme con mi hijo, tal vez me lo pensaría. Pero si no, me quedaré aquí con él, pase lo que pase". Concluyo que nada compensa el vacío que uno deja en los hijos, ni el dinero ni la casa ni la mansión, nada. Y aquí estoy hablando

de los hijos de uno, porque con el marido es diferente, porque uno puede tenerlo o no, puede irse o venir, pero con los hijos es diferente. Nuestros hijos estuvieron con nosotros desde el principio en nuestros vientres, y estarán con nosotros hasta que mueran, nunca dejan de ser nuestros hijos. (Nancy, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017)

En el caso de Carmen, fue su hijo quien padeció resentimiento y desapego con ella. Él creció con sus abuelos mientras ella estuvo en el extranjero por nueve años. En sus palabras:

Ahora me doy cuenta de que mi hijo tuvo problemas con mi partida. Ahora tiene diecinueve años y a veces se queja de que le dejé solo. Me reprocha que tenía la sensación de que le había abandonado, de que le había dejado solo. [...] Migrar tuvo un gran costo emocional para nosotros. (Carmen, comunicación personal, Loja, 2016)

En el caso de Selma, el resentimiento y desapego también estaban presentes a pesar de que su hija hubiese migrado junto con sus padres. Lo explicó así:

A diferencia de la mayoría de los migrantes aquí, yo traje a mi hija con nosotros. Pero no podía dedicarle el tiempo y la atención que necesitaba porque siempre estaba trabajando. Tiene mucho rencor por ello, incluso hoy, que ya es mayor y es madre también. Todavía se queja de eso y puedo ver que todavía le duele. También compara su infancia con la que tuvieron sus hermanos y le molesta que ellos crecieran mimados porque yo tenía más tiempo para estar con ellos. Si pudiera volver atrás en el tiempo, no me hubiese ido. Porque el dinero que pude ganar no valió el esfuerzo y el dolor que causó. (Selma, comunicación grupal nro. 6, Santo Domingo, 2017)

El caso de Estefani mostró la forma en que el resentimiento y desapego podían estar vinculados a los mecanismos de distorsión de la comunicación y subordinación al ocultamiento y el engaño. Estefani era la hermana menor y fue dejada en Ecuador con su abuela por sus padres, que viajaron con el resto de sus hermanos a Italia y regresaron al cabo de diez años. El regreso no fue fácil ni para Estefani

ni para sus hermanos, padre o madre, que acabaron separándose y teniendo problemas económicos. Ella misma lo contó:

Para ser sincera, casi nunca los vi como mi familia porque nunca estuve con ellos. [...] Y cuando volvieron, querían ser la familia perfecta, pero creo que ya era demasiado tarde. Yo ya era mayor y tenía mi forma de pensar... y ellos tenían sus propias costumbres. [...] Es más fácil hablar de estas cosas con desconocidos que con gente que conozco o con la que he vivido toda mi vida. No le diría a mi madre, a mi padre ni a mis parientes lo que siento de verdad. Porque mis padres se fueron porque querían un futuro mejor y, es verdad, nos ayudó a todos económicamente. Pero creo que podrían haber conseguido lo mismo aquí, en Santo Domingo, o, por lo menos, ellos deberían haber migrado todos juntos como una familia en lugar de dejar atrás solo a uno de sus hijos (yo). Creo que siempre voy a sentir rencor hacia ellos porque la pregunta de “¿por qué se fueron y por qué me dejaron?” siempre estará ahí. Esa creo que es la barrera que me impide decirles lo mal que me siento. (Estefani, comunicación grupal nro. 7, Santo Domingo, 2017)

Otro caso que ilustraba los vínculos entre ambos mecanismos fue lo que le ocurrió a la hija de Graciela. Se había quedado con su madre y su hermana mientras su padre migraba a España, pero le resultaba difícil procesar la separación de la familia. Necesitaba apoyo psicológico porque “se encerraba en su propio mundo y no quería que nadie lo perturbara”, según su psicóloga. Graciela expresó:

Mi hija se quedaba en su habitación y no quería hablar con nadie. Si lo hacía, era muy grosera con todo el mundo. No quería estar con nadie. Su psicóloga me explicó que echaba de menos a su padre y que estaba enfadada con su familia paterna y que tenía como rencor y estaba furiosa..., pero no sé exactamente por qué. [...]

Hablaba con ella y le explicaba que su padre había tenido que irse para que pudiéramos tener recursos suficientes para salir adelante y, con el tiempo, tener una casa propia y asegurar su futuro. [...] Después de algunos años, creo que fue capaz de aprender y entender, pero fue un proceso largo y duro.

Eventualmente, la hija de Graciela pudo superar la crisis generada por la partida de su padre, recurriendo a los mecanismos de distorsión de la comunicación y resentimiento y desapego primero, y luego al de comprensión sensata. Sin embargo, la propia Graciela se arrepintió de la decisión de que su esposo migrase por su cuenta para mejorar las condiciones de vida de la familia:

Lo positivo es que pudimos tener algo de dinero, pero lo negativo fue que estuvimos separados y, a pesar de todas las cosas materiales que ahora tenemos y de que mi marido volvió, nunca recuperaremos todo el tiempo que no pasamos juntos. [...] Además, las dificultades se llevan mejor juntos que separados... estar separados, una familia separada realmente no funciona.

Graciela también reconoció cómo ellos mismos habían utilizado los mecanismos de distorsión de la comunicación y subordinación al ocultamiento y el engaño mientras estuvieron separados:

Porque siempre estábamos en comunicación, pero no nos contábamos lo que realmente nos pasaba; además, no era lo mismo hablar en el teléfono que estar presentes. [...] Y mi marido estaba allí, solo, y podría haber encontrado o estar con otra persona, no lo sé.

Con esfuerzo y a un alto costo emocional, psicológico y de salud física, Graciela y su familia lograron atravesar los retos desencadenados por la migración mientras mantenían a flote sus pactos tácitos para cumplir sus metas transgeneracionales. Como expresó Graciela, su marido le había dicho que “cuando pueda construir una casita para nosotros, volveré”, y después de trece años de estar en el extranjero y enviar remesas, regresó. “Ahora estamos aquí, juntos, lidiando con nuevas dificultades económicas y familiares, pero en pareja, y eso es mejor” (Graciela, comunicación personal, Loja, 2016). Graciela empezaba a sostener una comprensión sensata a pesar de, o gracias a, todas las dificultades vividas.

Comprensión sensata

Definida como la comprensión de un comportamiento de otro modo objetable basada en una evaluación realista de la vida como familia migrante, la comprensión sensata fue un mecanismo que los migrantes activos y pasivos emplearon para hacer frente a los retos de mantener las relaciones familiares a través de procesos migratorios que incluían la separación y, en algunas ocasiones, la reunificación. Este mecanismo era fundamental para que los miembros de la familia migrante superaran las cicatrices emocionales y psicológicas que sus parientes involuntaria e inevitablemente dejaban en ellos en aras de avanzar hacia las metas transgeneracionales y lograr el bienestar de la familia. La comprensión sensata solía alcanzarse después de un tiempo considerable, dado que, en la mayoría de los casos, las primeras reacciones ante las penurias de la migración estaban más cerca de la tristeza y el enojo que de la empatía. En general, cuando todos los miembros de la familia habían participado en el proceso de toma de decisiones y estaban de acuerdo con los objetivos migratorios del grupo, el mecanismo de comprensión sensata se activaba más rápidamente. Lo contrario sucedía cuando ocurrían imprevistos que retrasaban la reunificación familiar (véase la figura 4.6). Este mecanismo era empleado tanto por los migrantes más jóvenes como por los de más edad, y aunque los migrantes pasivos eran los que normalmente más necesitaban utilizarlo, los migrantes activos también tuvieron que recurrir a él cuando sus parientes en el país de origen se hicieron independientes hasta el punto de no implicarles en decisiones familiares importantes. Naturalmente, cuanto menos distorsionada era su comunicación, más rápido y fácil era superar el resentimiento y desapego y lograr una comprensión sensata.

Así lo expresó Sheila, hija de una madre soltera que había migrado a Estados Unidos y permaneció allí por veintitrés años, visitándola unas pocas veces:

Nunca le dije a mi madre cómo me sentí cuando se fue. Y, ahora, no me siento enfadada porque se fue, sino agradecida porque no sé cómo mi vida hubiese sido si ella no hubiera migrado. No teníamos padre, así que tuvo que irse porque no tenía otras opciones. Ahora que soy adulta, el tiempo ha pasado y nuestras condiciones son diferentes, mi madre me cuenta ahora lo mucho que sufrió. Cómo pasaba las Navidades llorando sin nosotros; cómo veía a una niña de nuestra edad y deseaba abrazarla. Es *ahora* cuando me lo cuenta; pero *antes*, nunca me lo contaba [su énfasis]. No siento rabia, pero no sé cómo se sienten mis hermanos. Tenían edades diferentes, y cada uno siente las cosas de un modo distinto. Ahora sé que mi madre sufrió porque por fin me lo contó. Pero nunca me lo había contado cuando yo era más joven. (Sheila, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

Los comentarios de Sheila sobre su madre muestran cómo su comunicación estaba distorsionada, así como el hecho de que Sheila fue capaz de desarrollar un entendimiento y aceptación de las decisiones de su madre basada en la sensibilidad hacia su difícil situación.

Figura 4.6. Ilustración de comprensión sensible



Como se ha mencionado en apartados anteriores, tanto Cecilia como Roque, a pesar del dolor y la decepción, habían sido capaces de lidiar con las consecuencias que la falta y el ocultamiento de información, y las promesas quebradas habían provocado. Cecilia afirmó que “no estaba enfadada” con su familia y explicó que se había dedicado a fomentar el vínculo y la comunicación con su padre y su madrastra, que se alegró de describir como “mucho mejor” (Cecilia, comunicación personal, Nueva York, 2018). Roque explicó que después de un tiempo de sentirse molesto con su padre por el fallecimiento de su abuela, “me puse en su lugar. Un padre siempre quiere lo mejor para sus hijos. Él no quería verme sufrir. Él quería que yo me concentrara en mis estudios, para mi futuro” (Roque, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017). Por último, el caso de Lesly muestra el funcionamiento del mecanismo de comprensión sensata en combinación con el de resentimiento y desapego. La amargura y la indiferencia de Lesly se desarrollaron hacia su padre primero, después de que él “básicamente abandonó” a la familia en Ecuador y, segundo, después de que él les retiró su apoyo una vez que ellos habían llegado a los Estados Unidos y no se preocupó por ellos. El hecho de que el padre de Lesly y su nueva familia fueran “despectivos y abusivos” con ellos también aumentó su rencor y la empujó a independizarse lo más posible de él. Dado que al final el padre de Lesly no hizo más que tramitar su estatus migratorio mientras les trataba mal y les utilizaba “para conseguir exenciones fiscales”, ella nunca llegó al punto de comprensión sensata hacia él. Sin embargo, en relación con su madre, Lesly compartió cómo pasó de sentirse rencorosa y desapegada a encontrar que, a pesar de todo, la entendía:

Hasta hace poco, yo también tenía un sentimiento de abandono por parte de mi madre porque desarrollé un resentimiento cuando era adolescente y nos envió a Estados Unidos. Era difícil entender que mi madre hacía lo mejor que podía. Tenía sentimientos contradictorios hacia mi madre, porque la quería y habría dado mi vida por ella.

Pero también me sentía abandonada porque nos envió a un mundo desconocido cuando éramos pequeños, y sufrimos mucho. Ahora, como adulta, soy capaz de entenderlo psicológicamente, pero todas esas experiencias fueron traumatizantes, y como niña no podía comprender por qué me habían hecho pasar por todo eso. Fue después de hacer terapia cuando pude perdonar a mi madre y entender con madurez que ella también sufrió al atravesar este proceso y todos los problemas que tuvo. Ella también sufrió cuando se separó de sus hijos pequeños. Fue doloroso. (Lesly, comunicación personal, Nueva York, 2019)

Su caso, como el de muchos otro/as hijos que se separaron de sus progenitores por la migración y que a veces se habían reagrupado, pero a veces no, mostraba claramente que el proceso de análisis de la conducta problemática y traumatizante que los hijos hacían de sus padres era polifacético, llevaba largos periodos de tiempo y se recorría con criterio, en lugar de arbitrariamente.

En resumen, los mecanismos de distorsión de la comunicación, subordinación al ocultamiento y el engaño, pactos tácitos, resentimiento y desapego, y comprensión sensata se complementaban entre sí y, juntos, sostenían el mecanismo central de la de/reconstrucción familiar. Aunque los migrantes activos y pasivos no necesitaban utilizar los cinco mecanismos, solían combinar algunos de ellos con el fin de restablecer sus relaciones familiares tras la migración. Los procesos migratorios afectaban inevitablemente a sus dinámicas familiares, que tendían a rearticularse a largo plazo, especialmente bajo la guía general de los mecanismos de metas transgeneracionales e ideal de bienestar. Cuando estos dos mecanismos se debilitaban, el proceso de de/reconstrucción familiar se hacía aún más difícil y los complementarios mecanismos de distorsión de la comunicación, subordinación al ocultamiento y el engaño, y pactos tácitos acercaban a los migrantes al resentimiento y desapego mientras los alejaban de la comprensión sensata. Por el contrario, cuando las metas transgeneracionales y el ideal de bienestar se mantenían fuertes, los mecanismos para

lidar con los vínculos familiares se dirigían hacia la comprensión sensata, minimizando el uso de la distorsión de la comunicación y la subordinación al ocultamiento y el engaño, manteniendo a flote los pactos tácitos, acortando o evitando el resentimiento y desapego y dando lugar a una conclusión más gratificante del mecanismo multifacético de la de/reconstrucción familiar.

Política frontera transformadora

Atravesar procesos migratorios permitió que migrantes activos y pasivos participasen en lo que se conceptualizó como política frontera transformadora. Para definirla, primero hay que distinguir entre políticas fronteras formales e informales: las primeras se refieren a los mecanismos formales que establecen fronteras geográficas, políticas y sociales *desde arriba hacia abajo*, y las segundas a los procesos y prácticas informales que las sostienen, reproducen y cuestionan *desde abajo hacia arriba*. Teniendo en cuenta este contraste, nuestra investigación reveló cómo los migrantes activos y pasivos interactuaban con las políticas fronteras formales, incluidos los límites geográficos entre países, las políticas nacionales e internacionales en materia de migración, residencia y ciudadanía y las estructuras y prácticas sociales de desigualdad imbricadas a lo largo de ejes etnoraciales, de género /sexualidad y de clase, entre otros, en lugares de origen, tránsito y destino. Migrantes activos y pasivos aprendieron a navegar políticas fronteras formales y así fueron capaces de sostenerlas, recrearlas, impugnarlas y modificarlas. Al hacerlo, crearon sus propias políticas fronteras informales. Cuando estas políticas fronteras informales desafiaban y dismantelaban las políticas fronteras formales, surgía una política frontera transformadora. De esta manera, migrantes activos y pasivos lograban atravesar, reelaborar y trascender las

fronteras geográficas, políticas, económicas, sociales y culturales que los habían marginado. La política fronteriza transformadora era transnacional por naturaleza y tenía un potencial radical para quebrantar la desigualdad y generar cambio social.

El concepto de política fronteriza transformadora se basa en las teorías de la interseccionalidad, que identifican el accionar de las personas dentro, a través y más allá de su ubicación en la matriz social, la cual sostiene un cierto orden que refleja la ideología hegemónica y así influye en el desenvolvimiento de dinámicas de poder. Al migrar la gente atravesaba las matrices que encontraba en distintas sociedades, lo cual ponía en evidencia la versatilidad de la ubicación individual y familiar dentro de estas jerarquías, así como la porosidad de sus confines. De este modo, los migrantes activos y pasivos cambiaban la percepción de su posición en el gran esquema de poder social, y, consecuentemente, ideaban estrategias para trasponer o transformar las mismas matrices sociales y sus divisorias. Nuestro estudio reveló el potencial de las políticas fronterizas transformadoras en cuatro ámbitos. Primero, las fronteras geopolíticas: las migraciones se produjeron porque y a pesar de políticas e instituciones migratorias (los límites geográficos se cruzaron de forma regular e irregular, y las leyes de residencia y ciudadanía de varios países se respetaron e ignoraron tácticamente). Segundo, los regímenes de género / sexuales: las experiencias migratorias desafiaron las dinámicas de género asumidas que priorizaban a los hombres, la masculinidad y la heterosexualidad (tanto migrantes activos como pasivos cuestionaron los órdenes heteropatriarcales como resultado de la migración). Tercero, las jerarquías etnorraciales: las migraciones traslucieron el grado de igualdad de las diferentes culturas y estructuras etnorraciales (tanto migrantes activos como pasivos tomaron conciencia del nivel de discriminación de y entre los migrantes de color y minorizados en el Norte Global y, al mismo tiempo, reevaluaron los regímenes etnorraciales de sus propios países, reafirmaron su identidad y orgullo etnorracial propio y se enfrentaron al racismo,

la xenofobia y la opresión interiorizada). Cuarto, las barreras socioeconómicas: las migraciones facultaron el logro de la movilidad social transnacional (migrantes activos y pasivos soportaron penurias en su país y en el extranjero, pero pudieron salir adelante, dejando atrás la pobreza y garantizando niveles educativos más altos para las generaciones más jóvenes y la promesa de mejores perspectivas para la familia). Por lo general, los migrantes ejercían políticas fronterizas transformadoras en varios ámbitos, aunque en distintos niveles y momentos. En general, las fronteras geopolíticas eran las inicialmente afectadas, a continuación, se implicaban los regímenes de género / sexuales o etnorraciales después de que los migrantes activos y pasivos atravesaran experiencias cruciales al respecto y, por último, llegaba la movilidad social, fruto de los esfuerzos acumulados de trabajar en el extranjero, enviar remesas, ahorrar y reinvertir para el bienestar futuro. En conjunto, las políticas fronterizas transformadoras ponían de manifiesto la capacidad de los migrantes para navegar, enfrentarse y cambiar los sistemas sociales de desigualdad a escala transnacional y transgeneracional (véase la Figura 5.1). Seguidamente, se exponen casos característicos de cada esfera, señalando al mismo tiempo el modo en que la política fronteriza transformadora de los migrantes era a menudo polifacética.

Fronteras geopolíticas

Los límites geográficos, las políticas fronterizas internacionales y las políticas migratorias, de residencia y de ciudadanía nacionales establecían barreras de pertenencia en función del lugar de nacimiento y criterios económicos, socioculturales y políticos que otorgaban derechos a determinadas personas mientras excluían a otras. Los migrantes, cuya comprensión de todos estos parámetros oscilaba entre lo más fundamental y lo más complejo, decidían deliberadamente su trayectoria migratoria. Teniendo en cuenta

si podían o no migrar siguiendo las normas establecidas debido a su elegibilidad formal o a los recursos para financiar el proceso, los migrantes seleccionaban el plan que mejor se ajustaba a sus necesidades. Cuando los migrantes podían seguir los cauces legales, lo hacían; pero cuando eso no era posible, buscaban formas alternativas de perseguir sus metas (que en la mayoría de los casos estaban dedicadas a asegurar condiciones de vida dignas, superiores a la supervivencia básica y que promovieran movilidad social transgeneracional de su familia). En otras palabras, los migrantes no elegían la opción irregular más peligrosa por despecho o inconscientemente, sino solo cuando era la única oportunidad que tenían de intentar alcanzar lo que pensaban que les traería un futuro mejor. A veces, para migrar de forma regular debían hacer maniobras que incluían endeudarse (para hacer frente a los costos de y relacionados con la solicitud) o establecer alianzas engañosas (como matrimonios de conveniencia) que garantizaran su elegibilidad. Otras veces, la alternativa era migrar de forma irregular. Su riesgo variaba en función de la ruta, el destino y la nacionalidad, el género, la sexualidad, la edad y la capacidad del migrante. Así pues, las migraciones se producían por y a pesar de los límites geográficos, las políticas fronterizas y las leyes migratorias, de residencia y de ciudadanía. Surgía una política fronteriza transformadora cuando, a pesar de todas las adversidades, los migrantes desafiaban las delimitaciones geopolíticas. Los casos de las familias de Manuel, Marta, Teo, Leonardo, Jorge y Diana ejemplifican este fenómeno.

Figura 5.1. Ilustración de política frontera transformadora

Manuel llegó a Estados Unidos desde Ecuador por tierra, pasando por Honduras, Guatemala y México. Pasó “cuatro días sin comer, junto con unas ciento cincuenta personas en un camión, escondidas entre la carga”. Las personas que iban en el camión “lloraban y se orinaban encima”. Una vez que llegaron a Chiquimula, en Guatemala, el número de personas que se unieron al viaje ascendió a cuatrocientas. Relató:

Lo más difícil fue atravesar Guatemala y México... tuvimos que cruzar ríos con neumáticos. Nos quedamos en un campo de plátanos y lo atravesamos cuando nos lo ordenaron. Luego, en camionetas Ford, ellos [los coyotes] nos hacían acostar debajo de naranjas y plátanos. Era muy claustrofóbico. Lo único que podíamos hacer era rezar. No llegamos los cuatrocientos al lugar al que llegamos, que estaba a ocho horas de la frontera. Unas treinta personas murieron en las camionetas. Esas camionetas iban muy rápido. Una volcó. ¿Y qué podía

hacer uno? Uno no podía llorar porque los demás se burlaban de uno y se aprovechaban. Había que demostrar que uno era fuerte. [...] Esperamos cinco días para que nos llevaran a Ciudad de México. Nos llevaban en grupos de diez personas. Cuando me tocó a mí, había habido un accidente en la ruta, así que dieron marcha atrás porque iba a haber mucha policía. Dos días después partimos. Después de llegar a Ciudad de México, teníamos que ir a Tijuana, que estaba a cuarenta horas de camino. Los coyotes paraban si veían que había retenes de la policía, así que nos quedamos sin avanzar muchas noches, dormíamos en las montañas. Hacía mucho frío. Esperábamos a que los coyotes volvieran a recogernos. A veces los coyotes sobornaban a la policía y les dejaban pasar los controles de carretera. A veces nos daban algo de comida, o encontrábamos sobras que la gente dejaba en las paradas. Yo digo que uno nunca sabe cuándo va a tener que pasar por esas cosas: he comido sobras de los tachos de basura, he dormido en la calle. [...]

Luego, cuando estuvimos en Chihuahua, era como un desierto y hacía mucho calor. Mientras estábamos ahí esperando, empezaron a llegar poco a poco como tres mil personas de todas partes del mundo, de China, de la India, nadie hablaba con nadie. Todos querían dormir porque estaban muy cansados. Había unos guatemaltecos que decían que cerca había unas personas vendiendo tamales. Habíamos estado bebiendo agua de los baches, agua sucia; por eso, cuando comimos esos tamales, pensamos que estaban deliciosos. ¡Después nos enteramos de que estaban hechos con carne de serpiente! Esa tarde partimos a Tijuana; viajamos dos días, y a las seis de la mañana nos dijeron: “Bueno, ahora salgan y caminen derecho”. Así que caminamos y caminamos hasta que vimos alambre de púas. Una mujer nos dio unas tortillas con carne y, después de comer, nos quedamos dormidos. Éramos diez, pero cuando nos despertamos, había como cien mil personas, ¡incluidas algunas que daban mucho miedo!

Estábamos muy cerca de la frontera, como a una cuadra. Al otro lado de la alambrada estaba la migra [agentes de la patrulla fronteriza], escuchando su música, esperando. Y a este lado, mexicanos insultándolos. Había mujeres de todas las nacionalidades. Y los coyotes,

fumando marihuana, inyectándose, inhalando... ¡de todo! ¡Y uno no podía decir nada! Uno veía todo eso y se sentía mal y amargado. Estaban allí, teniendo sexo... ¡jera como Sodoma y Gomorra! Pero no se podía decir nada. Había un puente por el que había que pasar y había calaveras. [...]

Eran cerca de las once de la noche y estábamos desesperados por irnos. Otros ya se habían ido. Pero tuvimos que esperar. Esperamos hasta las cuatro de la mañana. Eran cuatro kilómetros y teníamos que correr lo más rápido posible para atravesar esa montaña. Algunas personas gritaban: “¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!”. A eso de las seis de la mañana empezó a llover fuerte, así que cuando pasamos por debajo de ese puente, el suelo estaba todo embarrado. Pude cruzar a Estados Unidos. Me quedé treinta años.

Primero hice lo que no hacen los ecuatorianos. Todos se van y se enfocan en trabajar para poder construir su propia casa de vuelta en Ecuador. Pero yo me concentré en legalizar mi situación, primero trabajando, y, después, estudiando, para poder salir adelante. Por ejemplo, una vez me encontré con un cuencano [una persona oriunda de Cuenca, Ecuador] y me dijo: “Yo trabajo, envío dinero a mi familia y apenas construya la casa en Cuenca, me regreso”. Y yo le dije: “Mira, aquí en Estados Unidos, si trabajas, puedes salir adelante. Mejor legaliza tu situación, será mejor para ti”.

Otros migrantes, sobre todo ecuatorianos, me decían que no iba a poder hacerlo. Pero sí pude.

Manuel se instaló en una pequeña ciudad cercana a Nueva York. Pasó por los procesos de salud de duelo reflexivo, trauma migrante activo y estrés migratorio, pero perseveró y se fue haciendo más y más resiliente. Trabajaba “muy duro, cosa que a los estadounidenses les gustaba” y, al cabo de un tiempo, empezó a estudiar inglés y regularizó su situación. Manuel fue capaz no solo de cumplir sus propios objetivos migratorios, sino también de superarlos antes de decidir regresar a Ecuador después de treinta años. Su forma de desafiar las fronteras geopolíticas y las

reglamentaciones migratorias en su trayectoria desde Ecuador a través de Latinoamérica, Centroamérica y México fue costosa, arriesgada y traumatizante. En sus palabras: “Una cosa es hablar de ello y otra es vivirlo... Todavía estoy psicológicamente afectado, aunque no me haya pasado nada grave”. Sin embargo, Manuel, como muchas de las personas que encontró en su viaje “hacia el Norte”, logró proseguir con sus proyectos migratorios a pesar de las normas que prohibían su paso y penalizaban sus intentos. Además, Manuel averiguó cómo regularizar su situación y se convirtió en residente legal permanente. Al hacer todas esas cosas —cruzar las fronteras limítrofes de forma irregular, trabajar sin autorización de empleo, aprender el idioma y la cultura del lugar de destino y regularizar su situación migratoria— ejerció su política fronteriza transformadora en el sentido de que desafió y superó las limitaciones formales y las exclusiones informales, demostrando que su humanidad era más valiosa que las barreras de pertenencia preexistentes. Además, la política fronteriza transformadora de Manuel se vio también reflejada en su perseverancia contra viento y marea (cuando le repetían que no lo lograría, pero continuaba intentando a pesar de todo y de forma desafiante); y en su logro de movilidad social (de hecho, tuvo éxito económico y, de vuelta en Ecuador, estableció su propio negocio de exportación e importación, ayudando a su familia a salir de la pobreza). Además, se manifestó en su reevaluación de estructuras y relaciones etnorraciales: concretamente, al ser testigo del racismo y la discriminación, tanto contra los migrantes latinoamericanos en Estados Unidos como entre ellos, Manuel modificó su “forma de pensar sobre la raza y de tratar a los demás, sin importar de dónde fueran, sin importar si estaban aquí o allí, con respeto, ayudando a los necesitados, no juzgando”. Y, por último, afectó a su percepción de regímenes heteropatriarcales; reflexionó: “Nuestra cultura es tristemente muy machista, algo que tenemos que cambiar, empujando por nosotros mismos” (Manuel, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017). La experiencia de Manuel tuvo así efectos internos

y externos; lo cual podría decirse conforma la versión más radical de política fronteriza transformadora.

Otros casos que ilustran la conversión de fronteras geopolíticas eran los de los muchos ecuatorianos que fueron a España porque “no era tan arriesgado como cruzar la frontera con Estados Unidos y uno podía hablar español en lugar de tener que aprender inglés”. Además, hasta el año 2003, los ecuatorianos no necesitaban visado para viajar a España, por lo que “todo lo que teníamos que hacer era ahorrar suficiente dinero para obtener un pasaporte y comprar un billete de ida y vuelta” (Marcela, comunicación grupal nro. 5, Loja, 2017). Después del 2003, se requería un visado, que implicaba la presentación de “la bolsa famosa”. Esta debía ser presentada en el Consulado de España en Ecuador y consistía en una serie de requisitos, incluyendo evidencia de fondos económicos para sustentarse en España durante la duración del viaje turístico, prueba de alojamiento, billete de vuelta para demostrar que la estancia era temporal y pruebas de vínculos con Ecuador. Estas cláusulas eran similares a las necesarias para obtener un visado de turista para Estados Unidos, y aunque eran inalcanzables para muchos, los flujos migratorios no cesaron debido a la mayor necesidad creada por la crisis financiera de 1998-99 y a las “muchas historias que escuchamos de amigos y familiares sobre poder encontrar trabajo y enviar dinero a casa fácilmente” (Linda, comunicación grupal nro. 1, Loja, 2017). Por lo tanto, muchas personas decidieron endeudarse y arriesgarse sin tener en cuenta los costos y el peligro que ello conllevaba.

Los ecuatorianos que viajaban como turistas o cruzaban la frontera de forma irregular empezaban a buscar trabajo apenas llegaban y, en cuanto empezaban a ganar dinero, iniciaban el pago de sus deudas y el envío de remesas a sus familias. Si habían llegado como turistas, se quedaban más tiempo del permitido por sus visados y permanecían trabajando de forma irregular. Los ecuatorianos que fueron a España antes del 2001 podían solicitar su residencia tras cinco años de residencia continuada. A partir de

ese año, debido al gran número de migrantes ecuatorianos en España, se firmó un acuerdo bilateral que proporcionaba visados de trabajo legales a aproximadamente veinticinco mil migrantes irregulares ecuatorianos y, posteriormente, en el 2005, España aplicó una ley de regularización masiva que afectó a casi doscientos mil ecuatorianos (Jokisch, 2014). Por el contrario, Estados Unidos no promulgó medidas similares, y la mayoría de los ecuatorianos que entraron de forma irregular o se quedaron más tiempo del permitido por sus visas de turismo buscaron otros medios para regularizar su situación, como casarse con residentes permanentes legales o ciudadanos o, si tenían hijos nacidos en Estados Unidos, obtener su patrocinio una vez que cumpliesen los dieciocho años. Los casos de Marta y su marido y Teo ilustran la política fronteriza transformadora geopolítica en España, y los casos de Leonardo, Jorge y Diana, en Estados Unidos.

Marta y su marido viajaron como turistas a España:

Mi primo me había dicho que podíamos quedarnos con él en la habitación que alquilaba. Pero era muy pequeña. Tuvimos que alquilar otra habitación, pero era más cara y no podíamos pagarla. Compartíamos habitación con muchas otras personas, era terrible. En mi pobreza, me fui allí porque aquí no podíamos subsistir, aunque trabajáramos mi marido y yo. [...] Y me sentía desesperada en Madrid, porque teníamos una gran deuda por haber solicitado los pasaportes y pagado los boletos de avión, además de que necesitábamos ayudar a nuestra familia en Ecuador. La única manera de hacerlo era trabajando sin parar, pero al principio no encontrábamos mucho trabajo y lo pasábamos muy mal. Por suerte, al cabo de unos meses, pudimos conseguir trabajo porque una familia que vivía en una zona rural buscaba una pareja como nosotros para cuidar de la granja y hacer tareas domésticas, así que nos fuimos allí, donde trabajaríamos y residiríamos, es decir, ya no teníamos que pagar alquiler en Madrid. (Marta, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017)

Marta y su esposo, que en un principio habían previsto quedarse tres años como máximo, acabaron quedándose en España trece; los seis primeros trabajando como migrantes irregulares. Seis meses después de su partida, pudieron reunirse con su hija de seis años y, varios años más tarde, tuvieron otros dos hijos. Marta sufrió mucho el proceso de duelo reflexivo y padeció trauma migrante activo y estrés migratorio. Pero, en general, la familia fue capaz de perseverar y cumplir sus objetivos transgeneracionales a pesar de todas las adversidades que encontraron en el camino. Geopolíticamente, aprovecharon la oportunidad de viajar a España sin visado en 1999, pero se endeudaron para poder costearse los pasaportes y los billetes de ida y vuelta. Una vez en España, ignoraron la limitación de tiempo para permanecer allí como turistas y las restricciones para trabajar sin autorización de empleo. Su política fronteriza transformadora con respecto a las restricciones geopolíticas tuvo efecto no solo en sus vidas personales, ya que pudieron conseguir mejores condiciones de vida a pesar de ser migrantes irregulares, sino también en el ámbito público. Dado que ellos hicieron exactamente lo mismo y al mismo tiempo que otros miles de ecuatorianos, sus acciones indirectamente empujaron a que los Gobiernos español y ecuatoriano cambiaran sus políticas migratorias y leyes de residencia en apoyo de la regularización de los flujos migratorios y de la situación y los derechos de los migrantes. En otras palabras, la política fronteriza transformadora de una gran acumulación de migrantes ecuatorianos desafió el *statu quo* y tuvo una influencia inintencional, pero significativa a nivel gubernamental nacional e internacional, demostrando su radical potencial.

Teo vivió una experiencia similar a la de Marta y su marido; recordaba:

Había salido de Ecuador con una mochila con las pocas cosas que tenía. Pedí dinero prestado para comprar un billete de turismo a Holanda. Pero era mentira. Nuestro verdadero propósito era llegar a España para trabajar. Iba con otros chicos de Loja; y teníamos

mucho miedo, porque en el aeropuerto estaban haciendo regresar a los ecuatorianos. [...] ¡Pero tuvimos suerte y pasamos migraciones! Luego me fui a España por tierra, pero durante dos meses no encontré trabajo. Recorrí diferentes ciudades, buscando oportunidades de trabajo. En Valencia, trabajé recolectando naranjas y me detuvieron porque no estaba autorizado a trabajar. Pero, finalmente, gracias a algunos cambios legales, pude obtener un permiso de trabajo y después encontré empleo en una empresa de renovaciones. Trabajé allí durante seis o siete años, haciendo trabajos en varias partes de España. Trabajé impermeabilizando, y más tarde, aprendí soldadura y acabé trabajando en la construcción de tuberías.

Teo, como Marta, su marido y otros miles de compatriotas ecuatorianos, se endeudó y se arriesgó a migrar irregularmente a través del turismo en busca de mejores condiciones de vida. El modo en que rodeó normas migratorias y, posteriormente, su éxito a la hora de regularizar su situación, demostraron la eficacia de su política fronteriza transformadora. Teo también tuvo muchas dificultades para atravesar los desafíos “de trabajar desde las cuatro de la mañana y volver a casa a medianoche todos los días”, sentirse “estresado y psicológicamente agotado” y “no darse cuenta de que el tiempo pasaba y uno envejecía” (Teo, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017). Sin embargo, perseveró en la consecución de sus objetivos migratorios y desafió las limitaciones geopolíticas.

También era habitual que los ecuatorianos que viajaban a Estados Unidos sobrepasaran las restricciones del visado de turista. Leonardo y su madre, por ejemplo, “viajaron como turistas en 1999 con la idea de quedarse al menos tres meses para recuperarse de la crisis financiera”, mientras que el padre y el hermano de Leonardo se quedaron en Ecuador. Pero la madre de Leonardo “pronto se dio cuenta de las ventajas de estar en Estados Unidos”, por lo que se quedaron más tiempo del que les permitía su visado. Dos años más tarde, el padre de Leonardo viajó, también con ese tipo de visa, y se quedó más tiempo del permitido (su hermano, sin embargo, no se unió a ellos porque se casó con una venezolana y se trasladó

a Venezuela con ella). La familia de Leonardo tenía parientes que ya estaban en Nueva Jersey, incluido un tío que acabó patrocinando su petición para convertirse en residentes permanentes legales. Pero ese proceso “duró once años, lo que significa que vivimos como migrantes indocumentados durante todo ese tiempo”. Leonardo compartió que “en muchas ocasiones consideramos regresar a Ecuador, pero teníamos miedo de no poder volver a Estados Unidos. Habíamos venido como turistas, y eso es más fácil que cruzar la frontera con coyotes, así que no queríamos arriesgarnos”. La madre de Leonardo era maestra en Ecuador, pero en Estados Unidos “aunque lo intentara, le decían que no podía hacerlo, entonces, empezó a trabajar limpiando casas”. El padre de Leonardo hizo lo mismo a su llegada, pero “pronto se organizó para montarlo como un negocio independiente, sin una persona intermediaria que los contratara”. Leonardo también trabajó con ellos y, cuando estudiaba en el instituto terciario, “investigó cómo hacer que su negocio fuera más rentable”; un esfuerzo que dio sus frutos porque su negocio creció, “haciendo hincapié en que la gente contrataba un servicio que era algo más que limpiar, obtenían una limpieza buena y a fondo a la vez que tenían la seguridad de que las personas que entraban en sus casas eran de confianza y seguras”. La familia de Leonardo tuvo éxito en su empresa, poniendo en práctica políticas fronterizas transformadoras en torno a la movilidad social al desafiar las barreras que mantenían a los trabajadores migrantes en posiciones marginales y subordinadas. Además, Leonardo prosperó como estudiante en la escuela secundaria, luego en la terciaria y, por último, en una universidad. Durante sus estudios, Leonardo siguió en muchos aspectos la práctica de sus padres de una política fronteriza transformadora que no solo los había llevado a desafiar las limitaciones geopolíticas, sino también a perseverar en sus esfuerzos como “trabajadores responsables y dignos” a pesar de su situación irregular como migrantes y su “miedo constante a ser detenidos por los funcionarios de migración y deportados”. Relató:

Nunca les decía a mis profesores de dónde era o sobre mi estatus migratorio porque tenía miedo. Los profesores me habían ofrecido muchas veces solicitar becas porque era un buen estudiante, pero nunca lo hice porque era indocumentado. También recuerdo que una vez, en una clase de Estudios Sociales, el profesor nos hizo hacer a todos el examen de ciudadanía. Yo saqué ochenta y cinco puntos sobre cien mientras que todos mis compañeros reprobaron, y ella dijo: “Den gracias por haber nacido aquí y tener por eso su ciudadanía, porque otros tienen que conseguirla”, y esa frase se me quedó grabada en la cabeza. Mis profesores tuvieron una buena influencia en mí y me ofrecieron su apoyo. Después de la secundaria, fui a una terciaria local y luego intenté pasar a una universidad estatal de cuatro años. Pero me dijeron que iba a tener que pagar como si fuera un estudiante internacional, aunque fuera un residente estatal, sin documentos. La mujer que trabajaba en admisiones me dijo: “Agradece que te dejan estudiar”. Pero no dejé que me desanimaran y me matriculé de todos modos. Cuando recibí la factura, me habían cobrado como residente local, así que pude graduarme de la universidad sin deudas (pagué el costo trabajando con mi familia en nuestro negocio de limpieza). Lo que pasó me enseñó a no dejarme llevar por lo que dice la gente. Estudié administración de empresas y contabilidad, y luego empecé a pensar en hacer política en mi comunidad, para promover cambios y los derechos de todas las personas, independientemente de su estatus migratorio o de cualquier otro origen. Mientras estaba en la universidad, siempre tuve cuidado porque seguía siendo indocumentado y temía que me detuvieran y deportaran. Por eso aprecié tanto lo que han logrado los Dreamers [grupo de activistas hijos de migrantes irregulares que reclamaron su regularización por haber sido menores de edad cuando migraron a los Estados Unidos]. Redujo el miedo que sentimos. Por ejemplo, recuerdo que escribí un ensayo para una clase de Sociología sobre impuestos y representación en el que argumentaba que los migrantes indocumentados pagaban impuestos, pero no podían votar, reflexionando indirectamente sobre mi propia experiencia. Cuando por fin obtuve el permiso de residencia, hablé mucho de ello porque me di cuenta de lo importante que podía ser para otros migrantes indocumentados ver el camino, así que ofrecí mi ayuda.

Además de estos logros, Leonardo llevó su política fronteriza transformadora a su empleo después de graduarse. Había trabajado como parte de un equipo de mercadeo contratado por una compañía de seguros médicos “con la tarea de diseñar mejores estrategias para atraer a la comunidad latina” porque no habían tenido éxito en llegar a esa población. Más tarde, cuando la empresa abrió un puesto dedicado al asunto, Leonardo se presentó y consiguió el puesto:

Cuando hice la entrevista, hablé de mi propia experiencia, de cómo mi padre tuvo que maniobrar a través del sistema sanitario para ser tratado de ELA, de cómo mi madre y yo tuvimos que recurrir a la asistencia caritativa en un hospital porque, como migrantes indocumentados, no podíamos estar asegurados, y cómo intercedí cuando mi tío y mi primo tuvieron un accidente durante un viaje al extranjero y, debido a que tenían dos seguros diferentes, uno privado y el otro subvencionado (Medicaid), estaban siendo tratados de formas drásticamente diferentes, hasta el punto de que mi tío, con su seguro público, estaba siendo abandonado a su suerte sin atención médica.

Una vez empleado, Leonardo influyó “apasionadamente” en el liderazgo de la compañía y creó programas para “abordar estas diferencias, concientizando a la empresa, porque a menos que haya líderes con esa experiencia y conocimientos, estos temas quedan desatendidos; y para llegar adecuadamente a la comunidad latina”. Leonardo también trabajó con su equipo para “idear formas para involucrar a los migrantes indocumentados, incluidos talleres comunitarios y actividades de divulgación para explicar cómo acceder a la asistencia sanitaria y a seguros de salud independientemente de la situación migratoria que se tenga” (Leonardo, comunicación personal, 2019, Nueva Jersey). De este modo, la política fronteriza transformadora de Leonardo también tuvo repercusiones en cuestiones etnorraciales, dado que impulsó una comprensión profunda de la heterogeneidad de las experiencias y necesidades de los migrantes latinoamericanos y latines, e

instrumentó medios para ampliar el acceso a la atención sanitaria de forma inclusiva. Su experiencia también incluyó políticas fronterizas transformadoras en el ámbito de los regímenes de género / sexuales, sobre las que profundizaré más adelante.

El caso de la familia de Jorge también ejemplifica la política fronteriza transformadora en relación con la geopolítica. Los padres de Jorge habían viajado a Estados Unidos como turistas, donde vivía el primo del abuelo de Jorge. Durante ese viaje, se enteraron de que trabajaba en una clínica de salud que prestaba servicios de bajo costo a poblaciones vulnerables, entre ellas personas sin seguro médico y migrantes irregulares. Cuando años más tarde descubrieron que su hijo tenía un tumor, según palabras de Jorge (comunicación personal, Nueva Jersey, 2019): “Pensaron en la posibilidad de buscar atención en Estados Unidos porque temían tratar a mi hermano en Ecuador” debido a experiencias anteriores problemáticas y fallidas allí. Tras meditarlo detenidamente, la madre de Jorge decidió viajar de nuevo a Estados Unidos con su hijo enfermo. Lo hicieron con un visado de turista y luego, concertaron las citas en la clínica de salud para que el hermano de Jorge pudiera ser atendido. Una vez asegurado el tratamiento y solicitado el seguro médico infantil con ayuda de la clínica, prolongaron su estancia más allá del límite de tiempo del visado. Cuando estaba previsto que comenzara el tratamiento, el padre de Jorge viajó también como turista y, en cuanto pudo, empezó a trabajar sin autorización de empleo para mantenerlos y ahorrar para pagar los gastos relacionados con la atención sanitaria. Cuando el plazo de su visado venció, lo ignoró para acompañar a su hijo y a su esposa. Los padres de Jorge “no habían planeado quedarse en Estados Unidos, pero acabaron quedándose porque los médicos de mi hermano explicaron que el tratamiento requería cuidados a largo plazo en caso de que hubiera remisión” (Jorge, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019). Jorge se unió a ellos tras la operación de su hermano, utilizando la misma estrategia de viajar como turista y exceder el límite de tiempo permitido. La familia se instaló

en Nueva Jersey, “dejando atrás una buena posición socioeconómica en Ecuador, para asegurar la salud de mi hermano”. La madre de Jorge, que era maestra, trabajaba de niñera, y su padre, en la construcción. Temían ser deportados, sobre todo después del 11 de septiembre del 2001, pero perseveraron y siguieron trabajando como migrantes irregulares siendo “muy cuidadosos”. Al cabo de unos años, el padre de Jorge intentó solicitar la residencia “con el patrocinio de una persona que solía emplearlo a menudo, porque era muy buen trabajador y muchos lo buscaban específicamente a él”. A pesar de contratar a un abogado, el proceso no funcionó. En ese momento, Jorge estaba a punto de terminar el bachillerato, es decir, habían pasado once años desde su llegada a Estados Unidos:

Mis padres querían poder apoyar mis solicitudes de ingreso universitario y temían que, si no teníamos la residencia, no calificaría para ayuda financiera ni podría estudiar por ser indocumentado. Se sentían asfixiados y desesperados porque habían intentado obtener los papeles de la manera correcta, pero no había funcionado, y realmente querían poder mantenernos y vernos cursar estudios universitarios. Entonces, como último recurso, decidieron divorciarse para poder casarse con otras personas que fueran ciudadanas y con su patrocinio tramitar la solicitud de residencia para regularizar nuestra situación.

Una vez más, los padres de Jorge pusieron en práctica su política fronteriza transformadora desafiando las normas migratorias y de ciudadanía. Los matrimonios de conveniencia han sido un recurso habitual utilizado por los migrantes irregulares, aunque el proceso sea costoso y arriesgado. Jorge compartió:

El proceso legal para hacer algo así es muy exigente. Es muy estresante y mis padres tenían mucho miedo de que los descubrieran. También es un proceso largo y complicado. La gente cree que es fácil, pero no lo es. No es como si te casaras y automáticamente te convirtieras en ciudadano. Tuvieron que demostrar que sus matrimonios eran legítimos y mantenerlos durante cinco años. [...] Al menos

habían podido encontrar a personas que eran familiares de familiares, originarios de Ecuador también, que ya habían obtenido su estatus. Así que eran buena gente y nos ayudaron. Pero, por supuesto, les pagamos. [...] Al final, todo salió bien. No los descubrieron, y nuestro estado migratorio acabó regularizándose.

Jorge, al igual que Leonardo, también se había convertido en un estudiante excelente después de luchar mucho con la transición, el idioma y el choque cultural a su llegada, y emuló la política fronteriza transformadora de sus padres. En la secundaria, “trabajó como voluntario en diferentes organizaciones y sacó buenas notas en todas las clases y en el examen SAT [examen de aptitud académica entonces necesario para ingresar a la universidad]”, y encontró el apoyo de “profesores y orientadores que me animaron a incluir mis numerosas experiencias como voluntario en los ensayos de solicitud de admisión a la universidad”. Sin embargo, Jorge era consciente de que “no iba a poder solicitar financiación” debido a su “situación irregular”:

No dejé que nada de eso me desanimara porque mis padres habían sacrificado tanto por nuestro bienestar que no iba a rendirme ni a hacer caso a los profesores que me decían que iba a ser difícil entrar en las mejores universidades. Así que solicité plaza en todos los mejores programas de las universidades de la Ivy League [las más prestigiosas] y en un programa que ya no sé si existe en Nueva York en el que uno entra a estudiar para ser médico después del secundario y en solo siete años te gradúas.

Jorge fue aceptado en tres universidades, incluido el programa de medicina. Una de las universidades era una institución privada muy reconocida “que no se preocupó por mi estatus migratorio y me ofreció apoyo financiero como estudiante internacional”. Jorge estudió allí, y con el tiempo y el contacto con

[...] compañeros, profesores y clases como una de Geografía sobre las experiencias de los migrantes en Estados Unidos empecé a entender

que la historia de mi familia no era algo de lo que avergonzarse sino, por el contrario, algo que había que valorar.

El “proceso de aprendizaje y maduración” de Jorge lo llevó a “compartir mis experiencias más abiertamente en lugar de ocultarlas por vergüenza y a ser activo para asegurarme de que las generaciones futuras tengan un camino menos difícil por delante”. Su política fronteriza transformadora fue entonces tanto geopolítica como etnorracial, ya que se volvió orgulloso y activo como migrante latinoamericano y latino. Después de la universidad, Jorge se presentó a Teach for America (un programa de formación de posgrado de maestros) y se convirtió en maestro, “consciente y proactivo sobre las necesidades y la inclusión de los estudiantes migrantes”. Además, Jorge reflexionó:

Mi experiencia y estar expuesto a las experiencias de otras personas, ir a la universidad, ser profesor y hacer la Maestría en Educación me ayudó a entender mejor los problemas sociales y políticos que están ocurriendo ahora, incluidos los problemas raciales en los que no había pensado antes en Ecuador, así que he podido ofrecer apoyo y ser una persona abierta a las conversaciones que este país necesita para ser un lugar mejor para todos, sin importar tu origen racial, étnico o nacional.

Los triunfos de Jorge en cuanto a su educación y carrera profesional, sumados a los logros similares de su hermano y su hermana, también demostraron la política fronteriza transformadora de su familia en el ámbito de la movilidad social. Sus padres habían salido de Ecuador con una buena posición socioeconómica, pero una vez en Estados Unidos, sacrificaron sus carreras y posición, luchando por subsistir como trabajadores informales. Centraron sus fuerzas en el bienestar de sus hijos y apostaron por su futuro. El hecho de que todos sus hijos se graduaran de la secundaria y dos de ellos de la universidad, con la tercera en camino, había demostrado que sus metas transgeneracionales merecían la pena.

Jorge compartió: “nuestro objetivo final será que nuestros padres puedan comprar su propia casa —hemos empezado a prepararnos para que les aprueben un préstamo— para que por fin puedan hacer realidad ese sueño” (Jorge, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019). Los esfuerzos de esta familia migrante habían dado sus frutos, desafiando por completo fronteras geopolíticas, económicas y etnorraciales excluyentes.

Con el ejemplo de la familia de Jorge, se hacen evidentes los resultados agudos, aunque arbitrarios, que la política fronteriza transformadora puede generar. Los migrantes apuestan por tomar determinados caminos, arriesgándose a fracasar e incurriendo en costos materiales y emocionales. A veces, las consecuencias entran dentro de lo deseado y provocan un efecto transformador, aunque la intención no fuera causar un gran impacto. En Estados Unidos, a diferencia de España, la acumulación de políticas fronterizas transformadoras de los migrantes respecto a las restricciones geopolíticas aún no ha producido cambio de las políticas migratorias para regularizar y ampliar las prestaciones a las poblaciones migrantes de las que tanto depende la economía del país. Por el contrario, ha motivado más restricciones y vigilancia, que no hicieron sino aumentar los esfuerzos de los migrantes por desafiar esos límites impuestos. Al mismo tiempo, la continuación de las múltiples acciones desafiantes de los migrantes tuvo efectos transformadores cultural y socialmente. Efectos que no pueden pasar desapercibidos ni considerarse menores.

La experiencia de la familia de Diana ofrece otro ejemplo de política fronteriza transformadora geopolítica. La madre de Diana había migrado a Estados Unidos, siguiendo a su hermano, por problemas económicos. Ambos rebasaron el plazo de sus visados de turista y trabajaron de forma irregular para poder enviar remesas a sus familiares en Ecuador. Su marido viajó meses después para estar con ella y también pudo empezar a trabajar sin autorización laboral poco después de llegar. Dos años después de migrar, nació Diana, seguida, un año más tarde, por su hermana.

Los padres permanecieron en Estados Unidos durante seis años, trabajando de manera informal, y consiguieron ahorrar suficiente dinero para enviarlo a Ecuador y construir su propia casa. Cuando Diana tenía cuatro años, decidieron volver a Ecuador para “poder criarnos en un entorno mejor, porque vivíamos en el Bronx, en un barrio malo, y no querían que creciéramos allí”. Después de siete años, los padres de Diana decidieron migrar una vez más, pero esta vez su propósito era “que recuperáramos nuestras habilidades para hablar inglés, para que pudiéramos estudiar en Estados Unidos y tener un título universitario de ahí y así poder conseguir buenos trabajos cuando fuéramos mayores”. En aquella ocasión, Diana y su hermana viajaron primero a Nueva York con su abuela, “porque podíamos hacerlo” (Diana y su hermana eran ciudadanas estadounidenses por nacimiento, y su abuela tenía un visado de turista para visitar a su hijo). Meses después, a la madre de Diana le concedieron un visado de turista, así que viajó para reunirse con sus hijas y, finalmente, el padre consiguió hacer lo mismo. Volvieron a exceder el límite de tiempo autorizado de estadía y, al igual que antes, se quedaron varios años trabajando como migrantes irregulares, “muchas, muchas horas porque tenían una gran deuda que pagar en Ecuador, porque vendieron propiedades y aun así tuvieron que pedir dinero prestado para pagar los pasajes, las visas y los pasaportes de todos nosotros”. El caso de Diana ejemplifica la recurrente política fronteriza transformadora geopolítica: sus padres desafiaron estratégicamente las normas migratorias no solo una vez, sino dos. Además, su experiencia migratoria supuso poner a prueba y transformar fronteras de género / sexuales, etnoraciales y socioeconómicas. En primer lugar, la madre de Diana disputó sistemas y prácticas heteropatriarcales y misóginos en relación con su matrimonio y con la forma en que educó a sus hijas; en segundo lugar, la educación internacional de Diana generó una nueva conciencia de su origen etnorracial, tanto en Ecuador como en Estados Unidos, y, en tercer lugar, su experiencia alteró límites socioeconómicos, ya que la familia logró una movilidad social

transnacional y transgeneracional ascendente con el pasar de los años.

Regímenes sexogenéricos

Otro ámbito en el que los migrantes pusieron en práctica políticas fronterizas transformadoras fue el de los regímenes de género / sexuales. Las experiencias migratorias permitieron a los migrantes activos y pasivos desafiar las dinámicas hegemónicas que daban prioridad a los hombres, la masculinidad y la heterosexualidad. Esto afectó a los sistemas de género / sexuales tanto en los lugares de destino como de origen. Además, tuvo un efecto transgeneracional: los progenitores migrantes activo/as inculcaron (más o menos activamente) ideas y prácticas renovadas relacionadas con el género y la sexualidad a su descendencia; y los hijo/as migrantes activo/as fueron testigos de estos procesos y construyeron reflexivamente sus propias formas de ser y hacer, a la vez que atravesaban su proceso de socialización secundaria en entornos socioculturales que presentaban jerarquías más abiertas y menos verticales y una mayor concienciación sobre la inaceptabilidad de la violencia de género y sexual. Las políticas fronterizas transformadoras de género / sexuales de los migrantes pasivo/as solían ser el resultado de los cambios en las dinámicas de cuidado y disciplina que se producían en el hogar con la partida de uno de los progenitores, convirtiéndose las madres en cabeza de familia de facto, o los padres asumiendo las tareas domésticas típicamente femeninas y los deberes de cuidado de sus hijos. Como mostraban los ejemplos relacionados con la política fronteriza transformadora geopolítica, la migración tendía a generar procesos de cambio similares en otras esferas. Por lo tanto, los casos presentados para ilustrar las modificaciones relacionadas con los regímenes de género / sexuales harán referencia a algunas de las experiencias de los migrantes mencionadas anteriormente, además de incluir otros ejemplos

específicamente representativos de esta esfera per se. Los dos primeros casos serán los de la familia de Diana y Leonardo, complementando sus políticas fronterizas transformadoras geopolíticas. Luego, me centraré en Camila, Rocío, Lesly, Roxana, Andy, Victoria, Miguel, Analisa, Génesis y Juana.

El caso de Diana ilustra un doble efecto: por un lado, la madre de Diana cambió su perspectiva y actitud en relación con la violencia de pareja después de vivir en Estados Unidos, por otro lado, Diana desarrolló sus propios puntos de vista sobre la igualdad de género basándose en ser testigo de las experiencias y la transformación de su madre y creciendo tanto en EE. UU. como en Ecuador, lo que le ofreció una vívida comparación de los riesgos asociados a la violencia de género y la sumisión heteropatriarcal. Diana compartió:

Mis padres se peleaban mucho. [...] Mi padre llegó a pegarle a mi madre. Recuerdo al menos dos veces que se pelearon a puñetazos, una en Ecuador y otra aquí. En Ecuador, cuando mi padre le pegaba a mi madre, mi madre no lo dejaba, se defendía, le tiraba cosas y cosas así. [...] La primera vez, yo no hice nada, como por respeto, porque no iba a empujar a mi madre, así que, en vez de eso, me paré entre mi padre y mi madre porque pensé que, si yo estaba en medio, dejarían de pelearse. Pero no, continuaron, y acabé sangrando por la nariz, porque fue un puñetazo aquí, otro puñetazo allá, y ¡pum! estaba sangrando. Entonces, empezaron a gritarse el uno al otro: “¡Fue culpa tuya! No, fue culpa *tuya*” [su énfasis].

Luego, la segunda vez, bueno, antes de que él se fuera hubo muchas peleas. Una parte de mí quería que se separaran. Me sentía culpable porque era un mal pensamiento, pero no podía soportarlo más. Quería verlos separados, divorciados, lo que fuera. Porque eran muchos gritos, muchas palabrotas. Insultaba a mi madre; decía: “¡No salgas, no hagas esto, no hagas lo otro! ¿Por qué no está lista la comida? ¿Por qué las niñas ya están dormidas?”, como si mi madre fuera su sirvienta. “¡Estás gorda! Eres una vaga”. La insultaba. Había mucho de eso. También él tuvo varias aventuras amorosas. Pero la última vez que se pelearon a puñetazos, no me metí entre ellos porque pensé

que no iban a parar. No respetaban mi presencia. En lugar de eso, agarré a mi padre y mi hermana agarró a mi madre. Porque mi padre era más fuerte, ¡uff! Yo tenía como catorce años y tiraba con fuerza. Empezaron a tirarse cosas. Uno de ellos tiró algo de cerámica contra un cristal, así que el cristal se rompió y yo, otra vez, me hice daño. Pero no fue tan grave como la primera vez. Fue entonces cuando mi padre se fue. ¡Oh, no! Fuimos nosotras las que salimos de casa. Y fuimos hacia la playa. “¡Vamos! Vámonos. Vámonos”. Pero, a mitad de camino, mi madre cambió de opinión y nos dijo que debíamos volver a casa. Y yo dije: “¡No! ¡Prefiero estar en la playa!”. Pero volvimos. Cuando llegamos, él se había ido. Había tomado sus maletas y había dejado una nota. Se había ido.

Tras la marcha del padre de Diana, comenzó un largo y contencioso proceso judicial “porque él quería tener nuestra custodia”, algo que Diana y su hermana “obviamente no querían”. Diana se expresó con franqueza: “No creo que mi padre naciera para ser un hombre de familia; cometió un error al casarse y tener hijos. Era alguien a quien le gustaban estar de fiesta. Aunque no bebía, ¡tenía muchas mujeres!”. Cuando le pregunté a Diana si creía que el conflicto de sus padres empeoró cuando regresaron a Estados Unidos, me contestó:

Mmm... Creo que estar aquí le dio más libertad a mi madre. Porque allá en Ecuador era como un poco anticuado. Porque habían estado peleándose siempre, pero allí en Ecuador la veían como mujer divorciada. [...] Como que rehuían a mi mamá... era como que fuese una cosa horrible... hasta la familia de mi mamá pensaba así... le decían que debía tener paciencia con su marido; allá el machismo sigue muy presente. Pero, aquí, divorciarse es más normal, por lo que para ella había menos presión para poner fin a la relación. Creo que mi madre no toleraba tanto su maltrato aquí porque tenía más oportunidades que en Ecuador.

La determinación de la madre de Diana de separarse se hizo más evidente para Diana durante el proceso que sufrió tras la marcha de su padre. Ella recordaba:

Después de que mi papá se había ido de la casa, volvía a menudo, sin avisar. Entraba y salía a su antojo. Hasta que mi madre le dijo: “Esto no es un hotel”, y le quitó las llaves. Después cambió la cerradura. [...]

Fue muy difícil porque cuando decidió irse no se fue y punto. En lugar de eso, decidió irse y seguir peleándose con mi madre, más, más y más. Fue un momento muy difícil, sobre todo para mi madre, pero también para nosotras porque era como si nos hicieran elegir un bando. Obviamente, yo elegí el de mi madre. [...] Luego, la lucha continuó en los tribunales porque mi padre quería tener la custodia completa, así que se inventó un montón de mentiras. Mi madre incluso me enseñó el informe del juzgado que decía que la acusaban de ser drogadicta. ¡Mi madre! ¿Qué? Ella no hizo ninguna de esas cosas de las que él la acusaba. Se inventó todo tipo de mentiras para conseguir nuestra custodia, solo para hacerla sufrir.

El proceso judicial falló a favor de la madre de Diana. Ella recuerda que “mi madre me dijo que, durante el juicio, ella se mantuvo tranquila mientras mi padre estaba todo agitado, acusándola. Así ella demostró que no tenía miedo porque solo eran mentiras”. La madre de Diana también ganó confianza en sí misma al superar su miedo de no poder mantener sola a sus hijas:

Después de que mi padre se fuera de casa, mi madre por fin pudo trabajar fuera, porque antes él no se lo permitía. [...] Fue muy difícil para mi madre..., pero era muy práctica. [...] Se sacrificó mucho para poder darnos a mi hermana y a mí lo que necesitábamos y se concentró en trabajar todo lo posible. [...] Cuando crecimos, también empezamos a ayudarla en el trabajo. Íbamos con ella a limpiar casas, a limpiar un salón de belleza cuando ya cerraba; salíamos a vender pasteles caseros fuera de la iglesia, o a vender comida o las pulseras que solía hacer.

Después, obtuvo el certificado para cuidar niños. Primero cuidó a una niña. Lo hizo durante muchos años. Durante un tiempo, también trabajó como empleada doméstica con cama adentro, así que no la veíamos durante algún tiempo y nos quedábamos con nuestra abuela. [...] Así que fue duro, pero se las arregló e hizo todo lo que pudo para mantenernos ella sola, para que pudiéramos terminar la escuela e ir a la universidad.

Todo este proceso también afectó a la percepción que Diana tenía de las relaciones y la autonomía. Ella misma lo explicó:

Estaba convencida de que quería ser una mujer independiente. Incluso quería irme de casa y valerme por mí misma a los dieciséis años. Pero pensé en mis opciones. Había dos: me busco un novio y me voy con él o me voy a la universidad, fuera del estado [de Nueva York]. Obviamente, la primera opción no era la más recomendable. Entonces, me centré mucho en mis estudios... porque había visto sufrir mucho a mi madre porque nunca ganó tanto como mi padre y, en una familia, el que gana más tiene el poder. Entonces, con mi mente de adolescente, pensé: si gano mi propio dinero, no tengo que estar con nadie. Porque mi madre no quería dejar a mi padre porque tenía miedo de no poder ganar lo suficiente para pagar el alquiler. Me decía: “Si tu padre se va, ¿cómo vamos a pagar el alquiler?”. Y así aguantaba muchas cosas. Así que dije: “¡No! Quiero ganar mi propio dinero y aprender a vivir sola”, para que en el caso de que aparezca un hombre y empiece a hacer tonterías, pueda decirle: “¡Adiós, no te necesito porque económicamente estoy bien!”. Mi madre también nos había educado a mi hermana y a mí para que fuéramos independientes, para que no tuviéramos que pasar por una situación parecida a la suya.

Diana se graduó como *valedictorian* (con el mejor promedio de su cohorte) y fue aceptada en una universidad de Pensilvania, donde estudió ingeniería con varias becas, hizo varias pasantías y, tras graduarse, trabajó para una serie de empresas de construcción. Durante sus estudios, Diana también tuvo citas. Recordaba:

He aprendido a ser una persona práctica, pero aún más, analítica, sobre todo mientras estudiaba ingeniería. [...] Incluso mi vida sentimental era una ecuación [risas]: si empezaba a no sentirme a gusto con un novio, preparaba una hoja de Excel, ¡de verdad! [risas] y hacía dos columnas; una con las razones por las que quería seguir con él y la otra columna con las razones por las que no. Y si el porcentaje final era más no que sí, sería ¡adiós! Aunque me doliera, tenía que seguir mis cálculos. [...] Por ejemplo, tuve un novio después de la universidad y vivimos juntos ocho meses, pero no funcionó. Me había mudado a vivir con él a Nueva Jersey, pero allí no había nada. Solo casas viejas y feas. Yo le decía: "Aquí eres mi única fuente de entretenimiento". Era horrible, me gustaba salir, pasear, ver gente, ir a las tiendas. Y allí no había nada. No había nada. Llegaba a casa y me ponía a llorar, porque era como un gueto, pero no un gueto divertido. [...] Al menos en el Bronx, en el gueto en el que crecí, podía ver a la gente, jugar, había barberías y bodegas, pero allí no había nada. [...] Me dije: ¡Este gueto no es divertido! Así que lo pensé, y había más cosas negativas que positivas. Terminé la relación y volví a Nueva York.

En el momento de la entrevista, Diana vivía y se mantenía por su cuenta y estaba contenta de haber logrado sus objetivos. También estaba entusiasmada porque recientemente había podido cambiar su percepción sobre el hecho de ser latina:

Antes me daba mucha vergüenza ser migrante, no hablar tanto inglés, tener ese acento, no ser americana. Porque, me decía a mí misma, soy americana, pero no me veo como americana, no sueño como americana. Por ejemplo, la primera vez que estuve de novia con un compañero de clase en la universidad, que era gringo, la primera pregunta que me hizo su madre fue si yo era legal... ¡y yo, asistiendo a la misma escuela que su hijo! Así que le envié mi currículum porque me estaba ayudando a buscar trabajo. Pero, bueno, después de ver mi currículum, empezó a respetarme porque era así: veían esta cara y suponían muchas cosas de mí. Entonces, me avergonzaba por esas cosas, hasta hace uno o dos años. Un día, me enteré por internet de una charla que el periodista Jorge Ramos iba a dar en la tienda Barnes & Noble de la calle 14 para presentar su libro. Entonces, leí su

libro (el que escribió después de que lo habían echado de una entrevista) y fue como si mi mente cambiara, como si empezara a sentirme orgullosa de estar aquí, porque incluyó todas las estadísticas de lo que contribuimos, de cuánta presencia tenemos en Estados Unidos, de que tal vez en veinte años seamos mayoría y de que tenemos poder, así que me siento más segura. [...] Me di cuenta de que debía estar orgullosa de ser hispana, ¡de ser latina! (Diana, comunicación personal, Nueva York, 2019)

Posteriormente, Diana se involucró activamente con un grupo de jóvenes ecuatorianos en Nueva York y participó en diferentes actividades organizadas por el consulado de Ecuador. Así, la política fronteriza transformadora de Diana alcanzó también la esfera de las jerarquías etnorraciales.

El otro caso que implicó una importante política fronteriza transformadora de género / sexual, así como geopolítica y etnorracial, fue el de Leonardo. Con su migración familiar escalonada, las relaciones de género en cuanto a disciplina y autoridad cambiaron, al igual que la percepción de la masculinidad de Leonardo. Había migrado con su madre y permanecido en Estados Unidos durante dos años antes de que su padre se uniera a ellos. Cuando vivían todos juntos en Ecuador, el padre de Leonardo era “el típico patriarca, cabeza de familia, sostén de la familia; un hombre fuerte físicamente también, que había tenido éxito económico en su negocio”. Pero, con la crisis financiera y el traslado de Leonardo y su madre a Nueva Jersey, el dominio de su padre se tambaleó. Leonardo se dio cuenta de ello cuando su padre se reencontró con ellos:

Quando llegó mi padre, le sorprendió mi comportamiento. Me había desacostumbrado a su dura disciplina. Con mi madre me había habituado a hablar de cosas, de cómo nos sentíamos. No estaba contento de estar en Estados Unidos, extrañaba Ecuador y quería volver; y compartía esos sentimientos con mi madre. Había empezado a portarme un poco mal; por ejemplo, no quería hacer mi parte de las tareas domésticas y mi madre temía que empezara a ser irresponsable también en la escuela. Así que, cuando llegó mi padre, intentó

“arreglarnos”. Pero fue un proceso de adaptación, porque, aunque yo tenía que comportarme más según sus reglas, él también tenía que entender cómo había cambiado mi forma de pensar y de relacionarme. Aquí, yo había aprendido que las relaciones no consisten en imponerse, en usar la fuerza, sino en hablar, conversar, comprender el punto de vista, las necesidades y los deseos del otro.

El padre de Leonardo también se vio afectado por el cambio de vida en cuanto a trabajo y estatus:

El ego de mi padre se vio más afectado que el de mi madre con respecto a la situación que tenían en Estados Unidos en comparación con Ecuador. Para mi padre era muy difícil trabajar limpiando casas después de haber sido un exitoso empresario con título universitario en Ecuador. Se sentía muy frustrado. Había luchado mucho en Ecuador y se sentía muy frustrado por venir aquí y empezar de cero, todo de nuevo. Estaba tan perturbado que mi madre se sentaba con él y contaba el dinero que habían ganado en el día delante de sus ojos para recordarle por qué habían decidido venir y quedarse en Estados Unidos.

Por el contrario, la madre de Leonardo, que también sacrificó su carrera como maestra en Ecuador:

No se sintió tan frustrada cuando tuvo que empezar a trabajar de limpiadora. Sus familiares le aliviaron esa transición. Lo que más extrañaba era estar con mi padre, así que se centró en el hecho de que volviéramos a estar juntos y de que pudiéramos ganarnos la vida asegurándonos un buen futuro.

Leonardo atribuyó la frustración de su padre y la diferente reacción de su madre a las jerarquías y dinámicas de género; explicó:

Mi padre se sentía muy frustrado por las limitaciones de ser un trabajador migrante irregular en Estados Unidos y tener que vivir en una casa que compartíamos con otros familiares, sin intimidad. [...] No toleraba que nuestros parientes le señalaran que no tenía papeles. Eso fue muy duro para su orgullo. Mi padre era mucho de pelearse en

Ecuador. Siempre se hizo respetar. Empezaba una pelea a puñetazos y solucionaba el problema. Era machismo en estado puro. Mi padre era conocido por ser un buen luchador, y aquí tuvo que tragarse su orgullo porque no podía pelearse con nadie. Porque si se peleaba, tenía miedo de acabar en la cárcel (y eso era lo peor para él), y luego ser deportado a Ecuador.

Los padres de Leonardo también solían discutir tras su llegada “por todas las presiones y por cómo reaccionaba mi padre a los cambios”. Sin embargo, “sus peleas nunca llegaron a ser demasiado extremas” y permanecieron juntos hasta que el padre de Leonardo falleció. Desarrolló ELA (esclerosis lateral amiotrófica) tras cuatro o cinco años de estancia en Estados Unidos; un hecho que Leonardo relacionó con las dificultades que tuvo su padre para adaptarse a sus vidas como migrantes irregulares, incluidos los aspectos económicos, legales y culturales. Naturalmente, la madre de Leonardo sufrió la enfermedad y muerte de su marido:

Ella lo quería mucho, pero la relación se había vuelto cada vez más difícil; primero, él era infeliz aquí y, después, con su enfermedad. Mi madre se sentía mal y todas sus preocupaciones y atención las ponía en él, en que estaba enfermo. Así que, después de que él muriera, fue difícil para ella salir del túnel de haber cuidado tanto a alguien. La persona a la que uno cuidó durante tres años fallece y uno está triste porque ha perdido a alguien a quien quería, pero también es duro porque uno debe recrearse fuera de su papel como cuidador.

El proceso de recuperación de la madre de Leonardo también estaba relacionado con la forma en que su relación madre-hijo se había desvinculado de las formas patriarcales, así como con el empoderamiento de su madre como mujer respetada en su comunidad; según él:

Mi madre y yo habíamos desarrollado una relación de apoyo mutuo desde que llegamos solos a Estados Unidos. Construimos un fuerte vínculo que nos ayudó a atravesar las dificultades de migrar primero

y, luego de reunirnos con mi padre, lidiando con sus formas rígidas de ser “el hombre de la casa” y sus frustraciones por no tener una posición de poder en privado y en público. [...] Con el tiempo, pudimos superar su muerte. Mi madre siempre ha sido muy positiva, y yo soy como ella. Mi padre era más negativo. Ella hablaba conmigo de mi padre y, si se sentía triste, yo la animaba. Apoyarnos mutuamente nos ayudó a superar su enfermedad y su fallecimiento. Viví con mi madre hasta que me casé. Vivir con ella tras su muerte la ayudó a adaptarse a su nueva vida. Se involucró en la iglesia, ocupó puestos de liderazgo en la comunidad, como la supervisión del grupo dedicado a actividades para mujeres. Todo ello la ayudó a superar la situación. (Leonardo, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019)

En conjunto, la experiencia de la familia de Leonardo dio lugar a una política fronteriza transformadora de género / sexual, que incluía desafíos a la masculinidad hegemónica (Connell y Masserschmidt, 2005), relaciones remodeladas de autoridad y disciplina entre la familia y el fortalecimiento del papel de la mujer tanto en el ámbito privado como en el público.

Otro ejemplo de política fronteriza transformadora relacionada con los regímenes de género / sexuales fue el proceso que experimentó Camila como migrante pasiva que se quedó con su madre mientras su padre, Luis, migró a España. Su caso también ilustra los cambios en la dinámica y la comprensión del patriarcado:

Tras el regreso de mi padre [después de doce años de vivir en el extranjero], el proceso de adaptación fue muy difícil. Nuestra casa era solo de mujeres, y las cosas han sido diferentes desde que llegó mi padre. Él traía formas de pensar diferentes a las de mi madre. Y ella era la que nos había criado a mi hermana y a mí. A veces se contradecían, así que nos preguntábamos qué debíamos hacer. A veces todos nos peleábamos.

Camila dio más detalles:

Mi madre fue muy importante para mí para poder soportar la tristeza y las dificultades de estar separada de nuestro padre. La aprecio

mucho como modelo a seguir. Es una mujer fuerte, una luchadora. [...] He visto los esfuerzos de mi madre por mantener todo en orden para nosotras, aunque fuera duro para ella estar sola. [...] Siempre he apreciado mucho a mi madre, más que a mi padre.

Juntos, la madre y el padre de Camila habían tomado la decisión de migrar porque “no teníamos suficiente para alimentar a nuestras hijas”, y aunque él fue quien se marchó para convertirse en el principal proveedor económico de la familia y la madre de Camila fue quien crio a sus hijas proporcionándoles apoyo emocional en un orden doméstico típicamente patriarcal, la perspectiva de Camila sobre quién era el líder de la familia difería. Dada la presencia constante de su madre y su esfuerzo por criarlas y el hecho de que ella era la persona que mantenía el orden en la casa, incluyendo el establecimiento de la disciplina y la responsabilidad, Camila pensaba que era ella la verdadera cabeza de familia. El regreso de Luis lo confirmó: “Seguimos admirando a mi madre e hicimos que nuestro padre cambiara sus costumbres para adaptarse a nuestro entorno femenino”. La dependencia de Camila de las mujeres de la familia también implicaba a su abuela: “Ella también nos crio y es la otra persona a la que venero”. Simultáneamente, Camila afirmó:

Yo también quería a mi padre y lo respetaba por todos los sacrificios que hizo. Pero para mí estaba claro que nuestra madre y nuestra abuela eran las que nos mantenían a raya y nos motivaban para salir adelante, ser estudiantes responsables, ser buenas personas; ¡haría cualquier cosa por ellas dos!

Luis era consciente del cambio de autoridad que se había creado con su ausencia prolongada, y expresó que “fue duro asimilarlo y soltar del todo mi carácter machista”. A pesar de la dificultad para procesar la nueva dinámica de género (con Camila y su hermana y madre poco dispuestas a volver a estar en una posición subordinada al padre / esposo y Luis resentido por haber sido desplazado como patriarca), expresaron “felicidad de estar juntos de nuevo” y

compartieron que ahora “tienen conversaciones para solucionar cualquier problema, pelean menos y tratan de llegar a acuerdos entre los cuatro en vez de imponer el punto de vista de uno” (Luis y Camila, comunicación personal con padre e hija, Loja, 2016).

Los cambios en las percepciones y comportamientos respecto al patriarcado y, específicamente, al machismo, fueron comunes en los migrantes activos adultos y en sus hijos, especialmente cuando crecieron y estaban listo/as para establecer sus propias relaciones y familias. El caso de Rocío, que vivió en España desde los trece años hasta los veintiséis con su familia y regresó a Ecuador por falta de empleo y problemas económicos en el extranjero, ofrece un ejemplo. Ella quedó impactada al regresar con “la forma en que los padres sobreprotegían a sus hijas incluso cuando ya eran adultas”; lo había presenciado tanto con sus compañeras de colegio como con vecinos y familiares:

Hay tantas mujeres jóvenes que están como atadas a la voluntad de su padre. Por ejemplo, me explico, hay compañeras aquí en la universidad a las que no les han dejado salir de la ciudad a Quito, Riobamba o Puerto Viejo para dar exámenes. Ellas me decían: “No, es que mi papá no me dejó ir a Puerto Viejo por esto y por aquello, porque soy chica”. O me decían: “Estaba tan lejos que mi papá no me quiso dejar ir sola, entonces no pude viajar a dar el examen”. [...] Además, no es habitual que una estudiante universitaria circule sola o utilice transporte público cuando ya ha oscurecido. Dicen que es porque es inseguro, pero yo lo he hecho y no lo veo tan inseguro como dicen que es. No quiero vivir con miedo en mi cuerpo. [...] Me han llamado padres de compañeras para que viajara con sus hijas en el autobús de vuelta a nuestro barrio, aunque no fuera de noche ni nada. Las hijas están muy controladas por sus padres.

Rocío recordó que “siempre había sido así”, pero después de estar tanto tiempo en el extranjero, “no puedo acostumbrarme y me resulta intolerable”. Rocío compartió que tuvo problemas al intentar salir con alguien en una cita o encontrar novio:

Tuve una relación con un chico. Duró solo un mes y medio. No me gustaba. El tipo de relación era demasiado controlador, él era demasiado machista. No me gustaba cómo era. Para nada. [...] A veces bromeo con mis amigas y les digo que tendré que volver a España para buscarme un novio español porque él sí será capaz de entenderme. Aquí hay demasiado machismo. Intentan someter a la mujer con la que están, y así no se puede. Te juro que no lo soporto.

Rocío también percibió el peso insoportable de la cultura machista en general a través de la gente que la juzgaba por tener veintitantos años y no estar casada; compartió:

Mira, en este momento, no es mi plan involucrarme en una relación seria. Si comparto esto con algún chico de aquí, no lo entienden. En general, todos desaprueban que tenga esta edad, pero que no tenga marido, hijos o el compromiso de casarme y tener hijos. Aquí no lo entienden. Y esto ha sido muy duro para mí. Mucha gente me dice: “Es como que vas a ser una solterona. Estás dejando que el arroz se pase. Esto...y aquello...”. Y yo les respondo: “¡Déjame en paz!” Les digo: “¡Es mi vida, no la tuya!” Por eso te decía que, con aquel novio que tuve, terminé la relación porque hice un comentario sobre que no quería tener hijos todavía y que no estaba preparada para tener un compromiso serio y él se lo tomó como si fuera el fin del mundo.

La postura de Rocío era más liberal que la de sus compañeras, familiares y amistades ecuatorianas, y aunque sentía la presión de volver a las “viejas costumbres” y se sentía frustrada, estaba decidida a seguir sus propios puntos de vista sobre los roles y las expectativas de género:

Lo que digo es que no siento que haya logrado mis objetivos personales y profesionales. Y hasta que no sienta que los he conseguido, no quiero tener un compromiso ni tener hijos ni nada. No. [...] Pero aquí, nadie entiende eso. No hay manera de que lo entiendan. Mira, anoche, unos amigos de la familia vinieron a nuestra casa. Dijeron que, como yo ya estaba en la universidad, esperaban que encontrara un novio para sentar la cabeza. Así que les dije: “Bueno, estaré

mejor si no encuentro novio". Se rieron y me dijeron: "No, porque ya es hora de que tengas novio, de que tengas hijos". Entonces les dije: "Mira, para tener un hijo no hace falta tener pareja. Y si cumplo treinta años y no tengo hijos para entonces, voy a una clínica de fecundación y elijo tener un hijo yo misma sin necesidad de tener un padre que me moleste". Por supuesto que no les gustan este tipo de comentarios, te dicen: "No, debes estar casada, debes seguir las leyes de Dios" y no sé qué más.

Rocío estaba dispuesta a compartir su perspectiva, aunque la mayoría de las veces se encontrara con desaprobación y resistencia. De hecho, insistía en expresarla y ofrecer nuevas ideas, especialmente a otras mujeres jóvenes. En sus palabras:

Conozco a algunas chicas que no quieren casarse con el novio que tienen, pero creen que deben hacerlo. Yo les digo: "No tienes que seguir estas normas; no son buenas para nosotras". Y ellas me dan la razón, pero luego discrepan en algunas cosas. Les digo: "Cuando estás enamorada de alguien no significa que te vayas a meter en su cama o que tengas que comprometerte. Porque al día siguiente o un año después puedes sentirte infeliz con esa persona, puedes haberte dado cuenta de que no son compatibles o de que no te sientes bien con ella. Si esto ocurre y ya te has comprometido con ellos, ¿qué haces? Acabas teniendo un matrimonio fallido en lugar de una relación fallida. Y sería aún peor si ya tienes hijos. No solo sufres tú, sino también el niño. Pero aquí, no piensan en esto. Son jóvenes, tienen dieciséis años, disfruten de la vida, vivan, disfruten de su juventud, porque la casa, el marido y los hijos llegarán en el momento adecuado, pero no ahora. [...] También les digo, respetuosamente: "Mira, si te apetece tener relaciones sexuales con alguien, hazlo, utiliza métodos anticonceptivos, usa preservativo o píldoras. Sé prudente. No te quedes embarazada sin pensarlo. No te precipites".

Rocío también intervino cuando preguntaron a sus padres por los nietos:

Preguntan a mis padres: “¿Cuántos nietos tienen? Mi padre responde: “Uno”. Luego le preguntan: “¿Es de su hija?” Y mi padre responde: “No, es el hijo de mi hijo mayor”. Entonces preguntan: “¿Y por qué no quiere tener hijos?” Y yo salto y respondo: “Porque no quiero y la que decide soy yo”. Es mi cuerpo, no el de ellos. Tengo que decírselo así, para ser clara y a ver si entienden que hay otras formas de ser mujer, además de ser madre y casarse.

Rocío también se encontró con que se criticaba su forma de vestir:

Aquí es habitual que las mujeres usen pantalones largos, aunque haga calor y haya humedad. Y a mí nunca me ha gustado tanto llevar pantalones; todavía los uso, pero también llevo pantalones cortos y faldas, y voy cambiando. Y me he dado cuenta de que los hombres reaccionan al ver las piernas desnudas como si nunca las hubieran visto... se quedan como impactados. Como si nunca hubieran visto una pierna o una mujer o nada. Eso me choca mucho y me molesta mucho. A veces me dicen que me he vestido muy provocativa, a veces me dicen que me he vestido muy recatada, así que les digo: “Conmigo no tienen término medio. Así es como me gusta vestirme. No me gusta llevar lo mismo que lleva todo el mundo aquí, con pantalones y sandalias. Me vestiré como yo quiera”.

A Rocío no le gustó el grado de escrutinio que recibió, pero se negó a cambiar su forma de ser y manifestó que se identificaba más con las normas de género en España. Explicó:

Me identifico mucho más con la cultura y la sociedad españolas. Aquí debo medir mis palabras, debo controlar lo que digo, y eso no me gusta. Y no soporto, no tolero que los hombres quieran tener control sobre ti. Lo juro, no lo soporto. Le digo a mi padre: “El día que me case y mi marido intente decirme lo que tengo que hacer o pegarme, ese será mi límite. No soportaré que un hombre me dirija o me controle. No. Como viví suficiente tiempo en el extranjero y aprendí que las tareas domésticas son algo que hay que compartir, las esposas no tienen por qué hacerlo todo ni estar a merced de su marido”.

A pesar de este malestar, Rocío no tenía planes de volver a España. Valoraba que en Ecuador “se puede disfrutar de un ritmo de vida que permite tener más tiempo libre y de mejor calidad con tu familia” y estaba segura de que podría vivir allí y promover dinámicas de género más igualitarias, aunque la gente se resistiera (Rocío, comunicación personal, Santo Domingo, 2016).

Lesly, que migró a Estados Unidos, también tuvo una experiencia que implicaba una política fronteriza transformadora en relación con el patriarcado, la masculinidad hegemónica, la subordinación femenina y la violencia de género. Lesly había crecido en un entorno en el que la violencia de pareja era habitual y se aceptaba como parte integral de la vida familiar. Su padre había partido con la promesa de mantener económicamente a la familia desde el extranjero, pero pronto se separó de ella y formó una nueva. Cuando el hermano mayor de Lesly y después ella misma y su hermano menor intentaron reunirse con su padre en Estados Unidos, este los maltrató, los abandonó emocionalmente y los utilizó para su beneficio económico personal. La hermana de Lesly tenía una pareja que la maltrataba y Lesly recordaba a su madre animando a su hermana “a ser paciente como esposa, pero nunca diciéndole que estaba mal que él le pegase”. Lesly compartió que le había llevado “muchos años y malas experiencias darse cuenta de que subordinarse a los hombres no era la única opción”, pero que finalmente, comprendió “de qué se trataba realmente el machismo y cómo liberarse y evitar las relaciones abusivas”. Lesly se había mudado a Nueva York cuando tenía trece años junto con su hermano menor porque se esperaba que cuidara de él como “una buena hermana”, siguiendo la dinámica patriarcal de la familia que empujaba a las hermanas a proporcionar apoyo emocional y hacer las tareas domésticas a sus hermanos. Lesly recordaba: “Cocinaba y limpiaba la habitación donde vivíamos mis hermanos y yo cuando volvía de la escuela. [...] También me aseguraba de parecer feliz delante de ellos porque necesitaba que se sintieran bien, especialmente mi

hermano menor”. Lesly también reflexionó sobre su relación con su padre y su hermano mayor:

Mi padre decía que éramos unos niños malcriados porque no hacíamos lo que él quería. Pero no le obedecíamos porque era como un desconocido para nosotros y no hacíamos caso de su disciplina. Sin embargo, para mi hermano menor y para mí, era nuestro hermano mayor quien tenía la autoridad: se había convertido como en un padre para nosotros desde que nuestro padre se fue. Entonces, cuando nuestro hermano nos decía algo, seguíamos su consejo; si nos reprendía, nos importaba. [...] Nuestro padre nunca nos comprendió ni se preocupó por nosotros, y siempre hablaba mal de nosotros. Por ejemplo, siempre decía que yo nunca iba a poder terminar la escuela porque me iba a quedar embarazada en cualquier momento.

La opinión que el padre de Lesly tenía de ella no solo era denigrante, sino que también coincidía con ideas estereotipadamente misóginas sobre las mujeres jóvenes y su sexualidad. Lesly “estaba decidida a demostrarle que se equivocaba”, así que estudió mucho, se graduó de la escuela y obtuvo un título universitario. Pero su camino estuvo lleno de obstáculos y “malas relaciones” que, según su propio análisis:

Fueron el resultado de estar sola en este país y no haber sanado el sentimiento de abandono que tuve con mi padre primero, luego con mi madre cuando nos mandó a Estados Unidos y por último con mi hermano mayor, una vez que nos dejó solos porque tenía su propia relación.

La primera relación sentimental de Lesly fue “en la secundaria, con un chico que era mayor que yo y estaba a punto de terminar la carrera universitaria”. Ella compartió:

En ese entonces, mi única meta era terminar el bachillerato y, como cualquier ecuatoriana en ese entonces, mi pensamiento era que después de graduarme tendría que casarme con el novio que tenía y luego tener hijos. Pensaba que eso era lo que tenía que hacer.

Pero él había ido a la universidad, así que me ayudó a abrir los ojos. Pensó que podíamos irnos a vivir juntos, pero que yo debía seguir estudiando.

Cuando Lesly terminó el instituto, su padre le hizo firmar la solicitud para alistarse en el Ejército “porque algunos amigos suyos lo habían hecho con sus hijos y había funcionado bien, aunque él nunca pensó realmente que yo pudiera ir a la universidad”. Pero Lesly acabó ingresando en un programa en el que su padre también la había obligado a inscribirse y que “se suponía que ofrecía educación y formación laboral, pero en realidad era más como una prisión”. Cuando asistía a ese programa, su novio la visitaba, y se quedó embarazada. Sufrió un aborto espontáneo porque la institución a la que asistía no se ocupó de ella. Lesly pudo salir con la ayuda de su novio, pero “descubrí que me había estado engañando, así que terminamos la relación y volví a vivir con mi hermano mayor”. Estaba “avergonzada y tenía miedo de compartir lo que me había pasado con mi hermano, así que él nunca entendió por qué había abandonado el programa ni por qué estaba tan deprimida”. Reflexionó que “por aquel entonces, aún no había comprendido que dependía emocionalmente de cualquier persona que me mostrara un poco de amor. Entonces, tuve más experiencias con hombres que también acabaron mal”. Unos años después de romper con el novio que le había sido infiel, se relacionó con un amigo “en el que confiaba, pero que también acabó siendo injusto conmigo: cuando me quedé embarazada, me obligó a abortar y me amenazó”. Mientras me contaba esto, también recordó y compartió “por primera vez”:

Cuando tenía dieciséis años, pasé por algo que ahora entiendo que fue una violación, porque él tenía veintiocho años, y se aprovechó de que era un conocido de la familia y vio que yo estaba sola y necesitaba cariño. Y yo me sentía muy sola y no sabía lo que debía hacer.

Luego, habló de su última relación abusiva:

Hace un par de años, me casé en Ecuador, con el sueño de volver a vivir allí. Pero pronto me di cuenta de que él era una persona violenta y muy macho.... Me maltrataba psicológica, emocional y físicamente; quería que fuera su subordinada. Primero, tenía la mentalidad de que las esposas tenían que hacer todo lo que los maridos les decían. [...] El divorcio no era una opción porque mi madre y todo el mundo en Ecuador lo considerarían inaceptable... así que volví a Estados Unidos y estaba tan deprimida que busqué atención de salud mental para poder poner fin a ese matrimonio sin sentir que iba a ser otro fracaso para mí o que le estaría abandonando, que es lo que él solía decirme.

Explicó que el asesoramiento psicológico había sido clave para identificar el carácter abusivo de las experiencias que había vivido de niña, adolescente y mujer, y cómo habían sido traumatizantes, así como para darle herramientas para progresar recurriendo a valorarse a sí misma y tomando conciencia. En sus palabras:

Llevo dos años en terapia y hace poco empecé a entender qué me ha pasado y por qué. Me ayudó a liberarme de mi última relación. Me divorcié y empecé a ser capaz de construir relaciones no desde un espacio de dependencia emocional y subordinación de género, sino como iguales. He podido empoderarme y darme cuenta de que no necesito que los demás tengan expectativas sobre mí para salir adelante. Soy yo quien debe tener esas expectativas y confiar en que voy a salir adelante, que voy a estudiar para hacer lo que realmente me gustaría hacer, no lo que mi marido quiere y no porque lo quieran los demás.

Se había especializado en psicología y había empezado a estudiar para convertirse en consejera “para poder trabajar con migrantes, borrar el tabú de que solo los locos van al psicólogo, tan común entre los ecuatorianos, y proporcionar atención relacionada con las dificultades de migrar y ser migrante” (Lesly, comunicación personal, Nueva York, 2019). La experiencia de Lesly fue una experiencia impregnada de desigualdades de género / sexuales; fue difícil llegar a su política fronteriza transformadora, pero lo hizo,

y al hacerlo rompió con la creencia arraigada de que el orden patriarcal era el único posible, y realizó el hecho de que las mujeres pueden ser independientes y prosperar por sí mismas.

Los casos de Roxana, Andy, Victoria, Miguel, Analisa, Arturo y Génesis ilustraron la política fronteriza transformadora en relación con la identidad sexual. Roxana había migrado a Estados Unidos desde Ecuador cuando tenía doce años, Andy, quince. Ambos participaron en uno de nuestros talleres comunitarios en Nueva York, organizado en una iglesia luterana que celebraba relaciones y matrimonios LGBTQ+. Durante nuestras conversaciones sobre cómo los procesos migratorios abrieron nuevas posibilidades a pesar de los muchos retos, compartieron sus propias experiencias en relación con su identidad sexual. Roxana dijo:

Para mí, ser adolescente en Nueva York fue como una bendición... Quiero decir, en Ecuador, la cultura es muy conservadora cuando se trata de la sexualidad. Es como si ser *gay* o lesbiana estuviera prohibido o fuera tabú. Mis padres solían pensar así. Crecí en ese contexto, así que siempre había luchado con tener sentimientos y sentirme atraída por otras chicas. Estaba convencida de que algo en mí estaba fallado y lo ocultaba todo lo posible. Pero, después de pasar algún tiempo en Estados Unidos, sobre todo en la secundaria, me sentí menos fuera de lugar. Conocí a otras chicas que tenían sentimientos similares... había un club LGBTQ y bueno, en Nueva York, ¡ser *gay* no es tan raro! [risas]. Pero lo que también ayudó fue que mis padres empezaron a acudir a esta iglesia por todos los programas que tenían para ayudar a los migrantes. Uno de los sacerdotes, que era argentino y dirigía la congregación latina de la iglesia, era muy abierto sobre las preferencias e identidades sexuales. También tenían un grupo LGBTQ. Mis padres al principio se sorprendieron, pero pronto entendieron que estaba bien. [...] Tardé un tiempo en salir del clóset, pero cuando lo hice, me sentí segura. [...] Finalmente, mis padres me apoyaron y aceptaron que fuera lesbiana. (Roxana, taller comunitario nro. 4, Nueva York, 2017)

Andy tuvo una experiencia similar, pero diferente:

Para mí fue como para Roxana, como que también fue una bendición estar aquí en Nueva York y no de vuelta en Ecuador, porque, como ella dijo, es conservador allí. Pero, en mi caso, mis padres no me apoyaron en absoluto. Creen que ser *gay* es como una enfermedad o un pecado. Para ellos era como: “¡Olvídate de esta iglesia! ¿Qué quieres decir con que dos hombres se casen entre sí?”. Cuando yo estaba en la secundaria, la cosa estaba más o menos bien, pero tampoco tan bien como la experiencia de Roxana. La escuela a la que iba no tenía un club LGBTQ ni nada parecido, y muchos de mis compañeros eran un poco homófobos. Así que no me abrí mucho en ese contexto. Sabía que me gustaban otros chicos y que las chicas no me interesaban en absoluto, pero no estaba “fuera del clóset”... Pero ahora ya tengo veintidós años, ya no vivo con mis padres, soy independiente y tengo novio. A veces venimos juntos —aunque hoy no está— y hemos estado en la boda de Felipe y Jerry. [...] Fue tan bonito verlos casarse y también nos tranquilizó, fue como un mensaje que nos enviaron, como un *hashtag*, *#wearefine* [*#estamosbien*] *#nothingwrongwithus* [*#notenemosnadademalo*] [risas]. (Andy, taller comunitario nro. 4, Nueva York, 2017)

Andy y Roxana eran buenos amigos, y el sacerdote argentino estaba feliz de confirmar que sentían que “pertenecían” (Maximiliano, taller comunitario nro. 4, Nueva York, 2017). Andy más tarde compartió conmigo: “Creo que algún día mis padres van a cambiar de actitud y me van a apoyar porque todos nos queremos, y para nosotros la familia es un tesoro”, lo que reflejaba que él sostenía una perspectiva a futuro, coincidente con las metas transgeneracionales y el ideal de bienestar de los migrantes (Andy, taller comunitario nro. 4, Nueva York, 2017). Otros participantes en el taller comunitario expresaron su apoyo a Andy y Roxana y, en general, su aprobación de la fluidez de género y la diversidad sexual. Algunos agregaron que tenían hijos o amigos que habían tenido una experiencia similar, incluso si eran de otros países latinoamericanos, sobre lo cual Victoria, una migrante activa de Argentina, declaró:

¡Absolutamente! Ecuador no es el único lugar donde ser *gay* es tabú. Y también depende de si vienes de una ciudad más grande o de una más pequeña. Para mi amiga, que creció en Buenos Aires, no era tan extraño ser lesbiana, pero para mi hermano que, como yo, se crió en un pueblito cerca de Tucumán, en el interior de Argentina, era como una pesadilla ser *gay*. [...] De todos modos, creo que una vez que nos alejamos del lugar donde crecimos y conocimos estilos de vida alternativos, nos atrevemos a explorar quiénes somos y a expresarnos con más libertad. (Victoria, taller comunitario nro. 4, Nueva York, 2017)

Por otra parte, Maximiliano compartió que los migrantes LGBTQ+ que participaron en los grupos de apoyo por lo general habían “dejado sus países de origen porque eran perseguidos y atacados por su identidad sexual” (Maximiliano, taller comunitario nro. 4, Nueva York, 2017). Dora, la psicóloga que proporcionada asesoramiento a la comunidad Latina allí, agregó:

Muchos de los migrantes que asisten al grupo LGBTQ manifestaron haber encontrado aquí condiciones mucho más seguras que en sus lugares de origen. Hay varios migrantes LGBTQ que fueron severamente castigados física y psicológicamente en su país de origen. Hubo casos con daños cerebrales, convulsiones y pérdida de visión debido a los golpes que les dieron por ser homosexuales. La violencia sexual también era habitual, incluidas las violaciones y la contracción de enfermedades de transmisión sexual como el VIH / SIDA. Les prestamos asistencia junto con otros programas de la ciudad. Cuando trabajamos con migrantes transgénero, solemos ayudarles a elaborar todos los traumas que han sufrido a causa de su identidad sexual y les aseguramos que no se les puede culpar ni juzgar. Es un proceso complejo. (Dora, comunicación personal, Nueva York, 2019)

El sacerdote y la psicóloga estaban obligados, por supuesto, a mantener la confidencialidad, por lo que no pudieron compartir más detalles, pero ambos coincidieron en su apreciación de que los migrantes LGBTQ+ que habían conocido habían sido capaces de

trascender las rígidas fronteras de género / sexuales a través de la migración.

Miguel, un migrante venezolano activo en Nueva York, compartió brevemente su experiencia en otro taller comunitario:

Estoy casado con Esteban. Nos casamos aquí, en Nueva York. Él es de Portugal. Nos conocimos aquí y nos enamoramos. Yo migré aquí debido a las dificultades en Venezuela y Esteban se mudó porque profesionalmente Estados Unidos era más prometedor, además de que había una recesión en Portugal. [...] Siempre supe que yo era *gay*, pero no actué de ese modo en mi país. Incluso ahora, que estoy casado, lo oculto a mi familia, que sigue allí. Si fuéramos de visita, ¡no podría decirles que Esteban es mi marido! Para ellos sería solo mi buen amigo. [...] Es difícil, pero es así. Por el contrario, la familia de Esteban en Portugal está al tanto de todo y les parece bien; de hecho, creo que les molesta más que la persona que está con su hijo sea venezolana que *gay*.

Miguel estaba solo en el taller, así que no pude hablar directamente con Esteban. Pero, después de que el grupo se dispersó, Miguel habló conmigo un poco más y dijo: “No me fui de Venezuela por mi identidad sexual, pero estoy feliz de haberlo hecho porque aquí he podido ser realmente quien soy” (Miguel, taller comunitario nro. 5, Nueva York, 2017). El caso de Miguel ejemplifica cómo las políticas fronterizas transformadoras de género / sexuales pueden tener más resonancia en los lugares de destino, especialmente si estos son más liberales y progresistas, y encontrar más resistencia en los lugares de origen, porque pueden ser más conservadores o incluir a miembros más rígidos en la familia. Además, señala cómo la apertura de género / sexual puede verse socavada por las jerarquías etnoraciales, dado que la familia de Esteban resentía más a su origen del Sur Global que a su identidad sexual.

En otros talleres comunitarios con una variedad de participantes latinoamericanos, algunos migrantes activos mencionaron

que sus opiniones sobre la diversidad sexual habían cambiado tras vivir en Estados Unidos; las palabras de Analisa lo resumían:

Antes de venir aquí, no había pensado en que la gente tuviera novios y novias del mismo sexo... eso era algo que aparecía en algunas películas, pero no algo que viera suceder en mi país. Después de un tiempo, me di cuenta de que no era tan extraño... y ¿quién soy yo para juzgar? Si se quieren, ¡eso es lo que importa! Hablé de esto con mis parientes en casa cuando los visité y escuché sus prejuicios, los mismos que yo tenía. Se sorprendieron al ver lo flexible o comprensiva que me había vuelto y, aunque no decían “sí, estamos de acuerdo”, estaban más dispuestos a escuchar y aceptar que había más formas de vivir que a la que estaban acostumbrados. (Analisa, taller comunitario nro. 7, Nueva York, 2017)

El cambio de percepción y actitud de Analisa hacia la diversidad sexual se hizo eco de muchos comentarios compartidos por migrantes retornados de España en entrevistas de grupo celebradas en Loja. Por ejemplo, Arturo expresó:

Una de las cosas que me impactó ver en Palma fue la cantidad de hombres que estaban juntos con otros hombres, paseando, pasándose bien... y no voy a mentir y decir que al principio me sentía totalmente cómodo con eso. Me llevó un tiempo, pero al final me sentí bien. Aprendí que el amor tiene muchos modos y formas. (Arturo, comunicación grupal nro. 1, Loja, 2017)

Del mismo modo, Génesis, una migrante pasiva en Ecuador, compartió que su madre solía llamarla desde España por WhatsApp y preguntarle: “¿Cómo estás? ¿Estás saliendo con alguien?”, a lo que ella solía responder: “¡No, mamá, por favor, no me molestes con eso!”, hasta que un día, para “sorpresa” de Génesis, su mamá le dijo: “Está bien si no quieres decírmelo, pero si te gustaran las chicas, estaría bien. Puedes querer a quien quieras”. Génesis se rio cuando compartió esto con el grupo y añadió: “¡Me quedé tan sorprendida al oír a mi madre decir eso! Era como si estuviera viendo

un programa en internet o algo así, pero supongo que España le hizo eso, quiero decir, le abrió la mente” (Génesis, comunicación grupal nro. 7, Santo Domingo, 2017). Los casos de Analisa, Arturo y Génesis ilustran las políticas fronterizas transformadoras de género / sexuales en el sentido de la adopción de mentalidades y prácticas más abiertas que rompían con los regímenes heterosexuales hegemónicos debido a la migración internacional, contribuyendo así al desmantelamiento de categorías rígidas excluyentes transgeneracionalmente.

El caso de Juana ilustra una política fronteriza transformadora en relación con otro aspecto de los regímenes de género / sexuales: la segregación laboral. A su llegada a España, trabajó como empleada doméstica con cama dentro, un trabajo que “me parecía extremadamente deprimente porque no podía salir de esa casa, ¡me sentía como si estuviera en la cárcel! Y no me gustaba nada hacer tareas domésticas y de enfermera sin parar”. Entonces, en cuanto Juana regularizó su situación migratoria, buscó otro trabajo. Relató:

Empecé a trabajar en una empresa donde solo había hombres. Había ido a buscar trabajo a una empresa tras otra, y todas me decían que solo buscaban contratar hombres. Eran fábricas de muebles y cosas así, donde los hombres eran los que normalmente hacían ese tipo de trabajos. Pero yo insistía, les decía que como mujer podía hacer lo mismo que los hombres. Me decían: “¡No! ¡Estás loca!” Me decían: “¿Cuándo has cogido un taladro? ¿Qué sabes tú de eso?” Y yo respondía: “Bueno, no lo he hecho. Pero puedo aprender”. Entonces, alguien me habló de una fábrica que hacía fregaderos. Me puse muy nerviosa porque nunca había hecho algo así. Pero me dije: “Sí, puedo hacerlo” y pude calmarme. Fui a la fábrica y me la mostraron. Me decían: “¿Ves? Aquí solo trabajan hombres”. Y era verdad, ¡todos y cada uno de ellos eran hombres! Entonces me decían: “No es que no quiera darte trabajo, pero aquí no trabaja ninguna mujer”. Y yo les decía: “No importa. Puedo aprender”. Entonces, el gerente me asignó a un joven que era de Guayaquil para que me enseñara. Pero, como compatriota

ecuatoriano, no quería que saliera adelante. Me miró de pies a cabeza y me dijo: “¡No, no creo que seas capaz de aprender a hacer esto!”. Pero yo insistí y le dije al dueño que por favor me hiciera una prueba. El dueño aceptó. Me pidió que volviera al día siguiente vestida como correspondía, con ropa de trabajo y lista para empezar.

Y aprendí. Un mes después, me dio un contrato por seis meses y me dijo que iba a actualizar la fábrica para acomodarme, como que tenía que construir un baño, un vestuario para mí porque nunca había tenido mujeres trabajando allí, así que todas las instalaciones eran para hombres. Y pude ver el rechazo que los hombres tenían contra mí, especialmente los ecuatorianos, que hacían su pausa para almorzar y nunca me incluían. Así que me acercaba a los españoles, que sí hablaban conmigo.

Juana fue capaz de romper las barreras de género en el sector laboral, una segregación que también se entrecruzaba con cuestiones étnicas, de nacionalidad y de migración, ya que “en España se suponía que las mujeres ecuatorianas solo podían trabajar como criadas, niñeras o auxiliares de cuidado del hogar, y que los hombres ecuatorianos podían trabajar en la construcción y otros trabajos físicos pesados”. Juana rompió el molde y su jefe la apreció por haberlo hecho, así como por el buen trabajo que hizo en la fábrica. Contó que su jefe “confiaba” en ella y que después del primer contrato por seis meses, “me hizo un contrato que no tenía fecha de finalización”. Explicó:

Demostre que podía. Además, hacía el trabajo incluso mejor que mis compañeros. Porque había cosas que mis compañeros no podían hacer: a veces, dejaban los fregaderos a un lado, diciendo que no se podía hacer nada para arreglarlos. Pero yo les decía: “A ver... ¡yo puedo arreglarlo!”. Se sorprendían y me preguntaban: “¿Dónde has aprendido a hacerlo? ¿Cómo es posible?” Y yo les decía: “No te preocupes, déjame a mí. Me pondré a ello”, y los arreglaba.

Juana trabajó allí cuatro años y decidió regresar a Ecuador para reunirse con su hija. Tenía recuerdos positivos de aquella época:

La experiencia que tuve trabajando allí fue muy buena. Mis jefes eran buena gente, dignos de confianza. Siempre me pagaban a tiempo. Les estoy muy agradecida. Cuando me fui, me dijeron que, si alguna vez decidía volver a España, me estarían esperando y se ofrecieron a ayudarme si alguna vez necesitaba algo.

La valentía de Juana para entrar en una fuerza de trabajo dominada por hombres se duplicó con la presión que sintió de sus compatriotas ecuatorianos, que le parecieron “más machistas que los españoles” y también “celosos de ver prosperar a las mujeres, especialmente a las ecuatorianas” (Juana, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017). La rivalidad entre migrantes en el extranjero parecía ser un asunto común. Muchos migrantes se hicieron eco de que “no eran ellos, los gringos o los españoles; ¡eran otros ecuatorianos o latinoamericanos los que nos ponían trabas!” (Mimi, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017). Lo que se ha conceptualizado como “doble conciencia” y “opresión internalizada” (Du Bois, 1989 [1903]; Padilla, 2001; Pyke, 2010; David, 2013), nos lleva a la siguiente subsección centrada en la política fronteriza transformadora etnorracial.

Jerarquías etnorraciales

La política fronteriza transformadora en relación con las jerarquías étnicas y raciales también fue polifacética. Los procesos migratorios desencadenaron la comprensión experiencial de que los órdenes etnorraciales y la posición de cada uno en ellos variaban de un país a otro y con el pasar del tiempo, y de que el sentido etnorracial que uno tenga de uno mismo, la comunidad y en práctica pueden cambiar el tenor de las relaciones sociales. Además, las migraciones pusieron de manifiesto el grado de desigualdad de las distintas estructuras, culturas y dinámicas etnorraciales. Por un lado, los migrantes tomaron conciencia del nivel de

discriminación hacia y entre los migrantes en el Norte Global. Por otro, los migrantes reevaluaron los regímenes etnorraciales de sus propios países. Al poner en práctica políticas fronterizas transformadoras etnorraciales, los migrantes pudieron superar barreras y comportamientos racistas reafirmando, por un lado, su sentido de identidad y orgullo como migrantes latinoamericanos y, en el caso concreto de los ecuatorianos, como mestizos, y por el otro, enfrentándose al racismo, el nativismo, la xenofobia y la opresión interiorizada. Este efecto transformador normalmente requería el transcurso del tiempo y un nivel de reflexión significativamente profundo. Además, este proceso a menudo era transgeneracional: las generaciones más jóvenes de migrantes pasivos y activos se convertían en las que tenían una mayor conciencia no solo de la omnipresencia, sino también de la historicidad y la fluidez de lo que antes se daba por sentado como rígidos órdenes etnorraciales. Como mostraron los casos de políticas fronterizas transformadoras geopolíticas y de género / sexuales, la migración tendió a generar procesos de cambio en diversas esferas. En concreto, las experiencias de Manuel, Leonardo, Jorge, Diana y Juana habían implicado políticas fronterizas transformadoras etnorraciales, así como geopolíticas, de género / sexuales o socioeconómicas. Los casos que se exponen a continuación ponen de relieve políticas fronterizas transformadoras etnorraciales debidas a prácticas discriminatorias (1) contra migrantes por parte de personas que eran ciudadanos nativos de los países de destino; (2) entre migrantes en el extranjero, y (3) en los países de origen.

Los migrantes a los que nos referiremos a continuación tenían distintos niveles de comprensión del mestizaje de sus propios países, de la multiplicidad de comunidades indígenas y de los esfuerzos políticos y de base que se habían hecho para reconocer y respetar mejor las prácticas culturales nativas y a los afrodescendientes. Sin embargo, y no es de extrañar, ninguno de ellos había pensado en la política etnorracial internacional mientras vivían en Ecuador. Consecuentemente, cuando atravesaron un nuevo

proceso de racialización en el extranjero y padecieron el racismo, ellos, como muchos otros migrantes que participaron en esta investigación, se sintieron “impactados” porque siempre se habían identificado “lisa y llanamente como mestizos, como ecuatorianos” y estaban “orgullosos de ello” (Marta, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017). Carina se había reunido con sus padres en España, recordó:

Cuando fui a España, empecé a ir a la escuela. Tenía compañeros de todas partes, de República Dominicana, Colombia, Puerto Rico, México. Los españoles nos excluían. [...] La discriminación existía, incluso los profesores siempre nos trataban como si fuéramos menos, y eso afecta a la moral de uno. Me sentía degradada, menospreciada... Incluso acabé pidiéndole a mi padre que me sacara de esa escuela, pero no quiso porque estaba pagando mucho dinero por ella, así que me pidió que lo intentara. [...] Así lo hice y, con el tiempo, empecé a acostumbrarme y a entablar amistad con algunas colombianas y españolas. Al final, me sentí mejor, pude soltarme y sentirme más cómoda siendo yo misma: una migrante mestiza, ecuatoriana. (Carina, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

La experiencia de discriminación en la escuela de Carina fue compartida por muchos otros migrantes activos en España —como Frida, quien expresó, llorando, que “la escuela era difícil cuando llegué, ahora cuando le cuento a la gente lo que me pasó, me dicen que fue acoso” (Frida, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)— y Estados Unidos —como Diana, quien dijo “se burlaban de mí, me maldecían y ridiculizaban porque no podía hablar en inglés como ellos” (Diana, comunicación personal, Nueva York, 2019)—. Las barreras lingüísticas dificultaron el proceso de integración, y estas barreras existían, tanto en Estados Unidos —“no hablaba nada de inglés... llegué al colegio... sin saber comunicarme con nadie” (Jorge, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019)— como en España con los muchos dialectos que se hablaban regionalmente —“Pensaba que iba a poder hablar en español, pero la enseñanza

en la escuela era toda en catalán y nadie me ayudaba; entonces, me quedaba callado, no abría la boca. Fue muy difícil” (Ryan, comunicación personal, Santo Domingo, 2016)—. Sin embargo, fueron las políticas etnorraciales las que marcaron a los migrantes como “diferentes y peores porque nos identificaban como personas que veníamos de países subdesarrollados, sin cultura ni educación, a aprovechar las riquezas de Europa o Norteamérica” (Gastón, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017). La política fronteriza transformadora etnorracial permitió a los migrantes resistir, desafiar y superar este tipo de exclusión discriminatoria. Carina sufrió el impacto del racismo de sus compañeros y profesores, pero aprendió a enfrentarlos no a través de la asimilación sino de una solidificación de su sentido de identidad y orgullo de ser ecuatoriana, mestiza y migrante:

Me di cuenta de que no tenía nada de lo que avergonzarme. No era una delincuente ni una mala persona. Y mi origen nacional, el color de mi piel, mi acento no debía importar, no debía ser lo que determinara cómo la gente me trataba o cómo yo los trataba. (Carina, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

Marta experimentó la política fronteriza transformadora etnorracial como trabajadora migrante adulta en España. Ella recordó:

Nuestro trabajo era muy exigente. Yo era la cocinera y mi marido el camarero en la finca de una pareja muy rica. Tenía que calcular el tiempo exacto no solo para cocinar las cosas, sino cuánto tardaría mi marido en llevarlas al comedor. Los dueños lo controlaban todo; me decían: “Muy mal, Marta. No está suficientemente salado” o suficientemente dulce, nunca estaba bien. [...] Eran muy exigentes y para mí eso era como un ataque psicológico. Vivía con los nervios y el miedo a equivocarme. A veces, traían invitados a cenar a casa, periodistas, gente importante con dinero, y éramos como conejillos de indias o mascotas exóticas para ellos; como si nos exhibieran como si fuésemos algo extraordinario, diferente. Cuando íbamos al pueblo a comprar provisiones para la casa, nos miraban como si fuéramos algo

especial, como si fuéramos los únicos ecuatorianos. Éramos jóvenes y morenos, y éramos como una curiosidad para la gente que vivía allí. Pensaban que éramos marroquíes. Nos miraban en las tiendas y nos preguntaban si éramos marroquíes. Les decíamos que no, entonces nos preguntaban si éramos gitanos o qué era lo que éramos. [...] También nos hacían preguntas como: en tu tierra, “¿tenéis televisión? ¿Qué tipo de comida comen? ¿Os bañáis?”. Y nos hablaban como si saliéramos de una revista de *National Geographic*. Luego, nos trataban como si fuéramos estúpidos, incompetentes.

También había gente de la zona que nos juzgaba porque al parecer los dueños de la finca en un principio buscaban contratar españoles, pero terminaron contratándonos a nosotros, dos jóvenes ecuatorianos, así que nos decían que por lo menos uno debería tener cuarenta años para trabajar para esos señores millonarios —así los llamaban en el pueblo—. Nos sentíamos muy mal con todas estas cosas, todos nos miraban mal. Pero con el tiempo, nos hicimos valorar y respetar porque éramos trabajadores honrados y serios. [...] No dejamos que nos hicieran sentir vergüenza de lo que éramos. Éramos migrantes ecuatorianos, mestizos de piel oscura, pero eso no debió ser una marca para que nos despreciaran. Estábamos y estamos orgullosos de nuestro origen e identidad.

Marta y su marido perseveraron en sus esfuerzos por cumplir sus objetivos migratorios transgeneracionales y lo consiguieron a pesar de las adversidades. Marta repitió que “nos llevó más tiempo del esperado, pero al final pudimos construir nuestra casa en Ecuador y asegurar un buen futuro para nuestra hija y nuestros hijos”. Marta y su familia volvieron a Ecuador, y esa nueva migración le abrió a Marta otra oportunidad para replantearse la política etnorracial:

Como retornada, he sido muy consciente de no alardear de mi éxito. He sido testigo de esta actitud en otras ocasiones y siempre me ha parecido lamentable. En cambio, he compartido lo que he aprendido y he ofrecido mi apoyo a las personas que quieren migrar y a otros retornados. Después de sufrir tanta discriminación en el extranjero,

¿por qué iba a discriminar ahora a compatriotas ecuatorianos? ¿Porque “lo logré”? Eso es ridículo. La gente cree que por su color de piel, nacionalidad o riqueza puede estar por encima de los demás. Se equivocan. Somos personas, somos iguales. No he vuelto a Ecuador para presumir o hacer que los demás se sientan menos. Estoy aquí, he pasado por mucho, no repetiré el comportamiento de quienes me maltrataron. Estoy aquí y he aprendido a ser humilde. Compartiré con los demás mi experiencia, para que no tengan que sufrir como nosotros. Son nuestras acciones las que pueden cambiar cómo nos tratamos unos a otros. Podemos actuar con respeto y cuidado y así deshacernos de esas absurdas formas de salir adelante haciendo que los demás paguen el precio: ¿qué sentido tiene eso? Al final, nos perjudica a todos. (Marta, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017)

Otros migrantes retornados, como Gastón, se hicieron eco de la opinión de Marta, subrayando:

Al final, fue una experiencia de aprendizaje estar en el extranjero. Todos pasamos por muchas cosas, es cierto. Nos trataban como menos por ser latinoamericanos, ecuatorianos, mestizos, “indios” o “gente morena” como nos decían. [...] Pero perseveramos. Les demostramos que éramos decentes, honrados, buenos trabajadores, buenas personas; y que nuestros hijos debían ser tratados con el mismo respeto. Así que ahora que hemos vuelto, tenemos que comportarnos lo mejor posible. Todos deberíamos haber aprendido que maltratar, ser racista, explotar a los que están en la lucha es sencillamente deplorable. ¿Por qué íbamos a hacerlo ahora? Vemos a otras personas que volvieron con dinero aprovecharse de otras con menos. Eso es triste y está mal. Como Marta, creemos que debemos ayudar y respetar a todo el mundo. Igual que nos hubiera gustado que nos trataran a nosotros en el extranjero. (Gastón, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017)

La discriminación racial y étnica también proliferaba en Estados Unidos; así lo expresó Manuel:

Como migrantes también sentimos el racismo todos los días. A mí me robaron muchas veces: trabajé horas y horas y nunca me pagaron. Se aprovechaban de que no tenía documentos ni sabía qué derechos tenía como trabajador, independientemente de tener papeles o no; y, por supuesto, se aprovechaban de mi inglés tan limitado. No sabía cómo defenderme y realmente me sentía menos que ellos. (Manuel, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017)

Matías, un migrante activo dedicado a asuntos empresariales y financieros, también se refirió a la presión que sufren los trabajadores migrantes en ese país debido a “una combinación de falta de papeles, idioma, conocimientos legales y económicos, por un lado, y racismo, por otro”. Explicó:

Los migrantes ecuatorianos y latinoamericanos llegan aquí como pueden, con tremendas necesidades económicas. Deben trabajar en cualquier empleo que encuentren para poder pagar la deuda que contrajeron para viajar y enviar remesas a sus familias para poder sobrevivir primero y, más tarde, salir de la pobreza o la precariedad. Trabajan de manera informal, sin contratos ni prestaciones ni seguridad ni nada. Se acostumbran a ser tratados como esclavos en el sentido de que se les considera solo “cuerpos-que-trabajan” a merced de quien promete pagar algo al final del día o de la semana. Se acostumbran a ser discriminados porque no hablan inglés, porque son de piel morena, “indignos migrantes ilegales que vinieron a aprovecharse de nosotros”. Y también se acostumbran a trabajar como “animales”, sin parar. Incluso después de regularizar su situación, siguen trabajando tanto, como si no supieran qué otra cosa hacer con sus vidas porque están muy concentrados en ahorrar el dinero suficiente para enviar a casa y hacer su propia casa para sus hijos.

En opinión de Matías, la política fronteriza transformadora etno-racial fue la base para que los migrantes se liberaran de ese ciclo alienante; así lo explicó:

Lo que hacemos los trabajadores migrantes es insostenible. Porque lo hacemos todos, no solo los migrantes sin papeles. Los migrantes

que tienen papeles también lo hacen. Es como si todos tuviéramos que demostrar que podemos ser los mejores o que podemos y vamos a hacer todo lo posible para cumplir nuestras metas, a pesar de todo el racismo, la discriminación y la explotación que forman parte de la estructura del capitalismo de estos países. Así que, con algunos colegas ecuatorianos, creamos un programa dedicado específicamente a empoderar a los migrantes educándolos económica, financiera y legalmente. Ofrecemos talleres comunitarios, así como servicios para que las empresas mejoren su rentabilidad aprendiendo sobre el mercado latinoamericano y latino. La clave es reevaluar quiénes somos étnicamente como migrantes. Creer en nuestras fortalezas y comprender nuestras debilidades para mejorarlas. Ir más allá de cómo nos ven y nos pintan la corriente dominante estadounidense y, en su lugar, capitalizar nuestras capacidades y potencial reales. (Matías, comunicación personal, Nueva York, 2019)

Los talleres comunitarios de Matías y sus colegas (a los que asistí varias veces e hice observación participante con su consentimiento) eran enérgicos y energizantes, llenos de migrantes latinoamericanos que compartían sus experiencias de discriminación y lucha, al tiempo que señalaban su perseverancia y deseo de superar los obstáculos y salir adelante. Para varias participantes en un taller centrado en la mujer, “ser latina fue primero una carga, pero luego me di cuenta de cómo hacer de eso un recurso para resistir y crecer como trabajadora” (Mirna, taller comunitario del grupo de Matías nro. 2, Nueva York, 2019). Otras mujeres se hicieron eco de ese proceso:

Nunca me había considerado latina. Me consideraba ecuatoriana. Como tú probablemente te considerabas ciudadana de tu país. Cuando llegué aquí, me pusieron la etiqueta de latina. Y al principio la odié porque nunca fue algo positivo. También me percibían como “persona de color” (¿qué querrá decir eso?): en mi país, soy tan morena como cualquiera. Era todo muy chocante. Pero últimamente he empezado a darme cuenta, gracias a otras compañeras migrantes, de que ser latina es algo bueno. Tenemos muchos atributos culturales

que son valiosos y que me hacen ser quien soy. Porque soy una madre dedicada y una trabajadora confiable, y soy fuerte, más fuerte que muchas personas que nacieron aquí, porque perseveraré a pesar de todos los obstáculos y de las muchas maneras en que me dijeron que no servía para otra cosa que para ser niñera o empleada doméstica, ¡como si cualquiera de esos trabajos fuera moralmente cuestionables! Todas las veces que me dijeron que “la gente como yo”, es decir, una migrante latina morena, “no pertenecía”. Todas las veces que me dijeron que “volviera a mi país”. Pero no. Estoy aquí. Y estoy haciendo las cosas bien. Y merezco más. (Maricruz, taller comunitario del grupo de Matías nro. 2, Nueva York, 2019)

Samantha, también empresaria, esposa de Matías y socia en esta iniciativa, expresó:

Me cansé de que me dijeran que no podía. Que no podía porque era migrante. Que no podía porque era ecuatoriana. Que no podía porque tenía acento. Que no podía porque era mujer. Que no podía porque era madre y esposa. Pero, antes de hartarme, ¡había empezado a creer que todas esas mentiras eran verdad! Hasta que me di cuenta de que de hecho eran mentiras. Que eran formas de mantenernos hundidas, calladas, dóciles. Pero no. Eso ya no está sucediendo. Yo estoy aquí. Soy estridente. Soy latina. Soy mujer. Soy madre. Soy esposa. Y soy una empresaria exitosa que se asegurará de que haya muchas, muchas otras latinas que dejen atrás todas esas tonterías tóxicas.

Las palabras de Samantha y el propio taller animaban a “las latinas a crecer económicamente y romper las fronteras de la movilidad, independientemente de su estatus migratorio” y, de esa manera, conectaban las cuatro esferas de la política fronteriza transformadora de una manera práctica (Samantha, taller comunitario del grupo de Matías nro. 2, Nueva York, 2019). Sus talleres comunitarios atraían entre cien y doscientas personas cuando eran presenciales, y unas quinientas cuando los organizaban a través de su plataforma virtual, lo que demostraba la resonancia que tenían

en la comunidad temas como cómo superar la opresión, la discriminación, el racismo y el sexismo y el empoderamiento latino y el crecimiento económico. Matías y sus colegas dirigieron varios talleres centrados en cómo llegar a ser “financieramente hábiles y económicamente prósperos como trabajadores y empresarios latinos”; que incluían consejos empresariales, cuestiones fiscales, gestión de préstamos y estrategias de mercadeo “todo ello mezclado con darse cuenta de cómo funcionan el racismo y la discriminación y, lo que es más importante, cómo deshacernos de nuestros propios traumas, para que valoremos nuestra latinidad”. En una de las presentaciones de su taller, Matías dijo al público -formado por migrantes latinoamericanos de distintas nacionalidades:

Lo sé porque estudié, pero lo más importante es que lo sé porque mi familia pasó por esto. Como latinos, estamos acostumbrados a ser tratados como personas desechables. O a ser invisibles. Pero ¡cuidado! No somos ninguna de esas cosas. Somos buenos trabajadores. A veces nos tomamos el trabajo tan en serio que nos convertimos en adictos al trabajo. ¿Qué otra cosa podemos hacer si no trabajamos? Somos recursos valiosos. Tenemos ideas empresariales. Y podemos aprender a ser aún mejores. La clave está en no creer que no podemos hacer más. No hay ninguna razón por la que no puedas explorar la posibilidad de abrir tu propio negocio de servicios de construcción. O que no puedas crear tu propia empresa de servicios de limpieza. O que puedas convertir tu negocio de venta de comida informal en una cafetería ambulante. El problema es que, primero, nos dijeron que no podíamos; segundo, teníamos miedo; tercero, no sabíamos cómo. Todos estos problemas pueden resolverse, y eso empieza por que estés aquí para aprender y deshacerte de ese miedo que se convirtió en parte de ti. Pero confía en mí, mira a mis colegas aquí. Nosotros podemos hacerlo. Somos migrantes latinoamericanos. Somos latinos. Somos ecuatorianos, colombianos, mexicanos, salvadoreños. [...] Y debemos estar orgullosos de lo que somos. No podemos dejar que su racismo nos margine para siempre. (Matías, taller comunitario del grupo de Matías nro. 1, Nueva York, 2019)

Los migrantes del público se entusiasmaron al oírlo, pero también compartieron sus dudas. Por ejemplo, Óscar dijo: “Pero, creo que no importa lo mucho que me guste ser de mi país. Lo que importa más es que aquí me ven como un animal, como manos, o como me dicen, como un ‘migrante ilegal de mierda’” (Oscar, taller comunitario del grupo de Matías nro. 1, Nueva York, 2019). Cuando otros participantes acordaron con Oscar, Matías insistió: “Es por eso por lo que necesitamos hacer esto. Necesitamos seguir intentándolo. Necesitamos mostrarles que cómo nos ven no es lo que somos”. Cuando les pregunté a Matías, Samantha y sus compañeros sobre estos comentarios, coincidieron en reconocerlo:

No es fácil romper los estereotipos y curar el daño que se ha hecho, además, es difícil también porque la mayoría de los migrantes están realmente luchando para subsistir aquí y en su país. Entonces, vemos que es como si les interesara creer en la posibilidad de crecer y deshacerse de toda la basura que les han echado encima, pero luego, sus necesidades los apremian a seguir con sus trabajos diarios para poder pagar un alquiler aquí y enviar algo de dinero a su país. Sabemos que es duro. Pero creemos que, a la larga, es la mejor manera de salir de la subordinación y el estancamiento. (Matías, taller comunitario del grupo de Matías nro. 1, Nueva York, 2019)

Matías y sus colegas también estuvieron de acuerdo en articular que “la comunidad empresarial no latina, los anglos blancos que dominan los negocios y las finanzas, también necesitan ser educados para que dejen de vernos solo como mano de obra barata porque también ellos están perdiendo” (Roberto, taller comunitario del grupo de Matías nro. 1, New York, 2019). Matías agregó: “Perdiendo económicamente, porque podrían estar haciendo negocios mucho más productivos con nosotros, y también culturalmente, como que siento que este país está estancado en el tiempo racialmente” (Matías, taller comunitario del grupo de Matías nro. 1, Nueva York, 2019). La percepción de “atraso” con respecto a las jerarquías raciales era comúnmente compartida por los migrantes,

especialmente las generaciones más jóvenes que estaban más inclinadas a “aprender sobre la injusticia racial y estar dispuestos a hacer nuestra parte para dismantlarla” (Cecilia, comunicación personal, Nueva York, 2018). Como dijo Guillermo:

Es una locura ver cómo Estados Unidos es tan avanzado en muchos aspectos, pero tan retrógrado en muchos otros. ¿Cómo es posible que todavía a los migrantes se los trate sistemáticamente como mugre y a los afrodescendientes se los mate como animales? (Guillermo, comunicación personal, Nueva York, 2017)

O Jorge, que expresó:

Aprendí tanto sobre raza, racismo y discriminación aquí que ahora cuando visito Ecuador soy mucho más consciente de estas cosas que antes y me doy cuenta del problema que tenemos allí también. Pero, al mismo tiempo, es difícil creer que todavía haya tanta desigualdad en Estados Unidos. Es como si la historia estuviera ahí, los movimientos sociales estuvieran ahí, pero la brutalidad policial, la supremacía blanca y el nativismo fueran más fuertes. Como maestro, he hecho todo lo posible para resistirlos y dismantlarlos, pero a veces tienes la sensación de estar tratando de acuchillar a un dragón con un tenedor de plástico. (Jorge, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019)

Del mismo modo se expresó Cecilia, una migrante activa que se convirtió en abogada de migración tras superar muchos obstáculos:

No pensaba que mi vida como migrante fuese especial. Pensaba que mis dificultades eran comunes. Fue mi profesora de secundaria quien me ayudó a pensar en mi historia en el contexto de la migración y de cómo viven los migrantes en Estados Unidos. [...] Aprendí sobre racismo, xenofobia, discriminación, leyes de migración excluyentes y todo eso. Yo había padecido todo esto, pero nunca me había dado cuenta de que era tan generalizado. Era difícil creer que con todo lo que ofrecía este país, también existiera eso. [...] Acabé estudiando sociología y derecho, y ahora trabajo como abogada de migración dedicada a la crisis fronteriza entre México y Estados Unidos con las

caravanas de migrantes centroamericanos. Es duro ser testigo de lo injusto que sigue siendo todo hasta hoy día. Pero necesitamos confrontarlo, especialmente nosotras, abogadas latinas. Insistir en que todos somos seres humanos, que todos tenemos derechos. Que ya no hay lugar para el racismo, la exclusión o la violencia de género. (Cecilia, comunicación personal, Nueva York, 2018)

El otro ámbito principal en el que surgieron políticas fronterizas transformadoras etnorraciales fue el relativo a la discriminación entre migrantes latinoamericanos en el extranjero. En general, los migrantes esperaban que sus compatriotas les ayudaran o, al menos, que no interfirieran negativamente en sus propios esfuerzos como recién llegados. Sin embargo, y para su sorpresa, muchos se encontraron exactamente con lo contrario, no solo con desconocidos compatriotas y migrantes oriundos de otros países latinoamericanos, sino también, con miembros de sus propias familias en el extranjero. A esto se hizo referencia en secciones anteriores en los casos de Marta, Gastón, Juana, Leonardo y Lesly; los tres primeros padeciendo y resistiendo la discriminación de otros ecuatorianos en sus lugares de trabajo, los dos últimos encontrándola entre sus familiares que, por un lado, “engañaron a mi madre cuando intentó trabajar como maestra en los Estados Unidos y atormentaron a mi padre porque no tenía papeles y tenía miedo de ser deportado” (Leonardo, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019) y, por otro lado,

[...] siempre me dijeron que yo no servía para nada y que nunca iba a poder graduarme de la escuela secundaria, y mucho menos ir a la universidad o hacer algo bueno con mi vida, con mi inglés precario y mi apariencia.

Sus intentos de superar este tipo de ofensas consistían en perseverar en demostrar su capacidad para superar los obstáculos, el menosprecio y los prejuicios y, al mismo tiempo, asegurarse de que “no incurrirían en un comportamiento despreciable y destructivo

similar” (Lesly, comunicación personal, Nueva York, 2019), “que al final nos destruye a todos” (Leonardo, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019) y “fortalece la posición de la gente de España, Estados Unidos o dondequiera que hayamos migrado que insiste en etiquetarnos como personas inferiores, como si pudieran decir ‘ellos mismos son los que se hacen daño, no nosotros!’” (Gastón, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017). Ser fieles a este compromiso fue su manifestación de política fronteriza transformadora etnorracial en relación con la discriminación intragrupal y la “otredad defensiva” (Pyke, 2010, p. 557). Los casos que siguen ilustran aún más esta práctica.

Natalia compartió su experiencia con la discriminación intragrupal durante su estancia en España con su marido, Horacio, y su hija:

Cuando pienso en nuestra estancia en España, tengo sentimientos encontrados. [...] Porque... sí, creo que es mejor estar en el propio país, pero al mismo tiempo, la experiencia de vivir en España me pareció una buena oportunidad para socializar y aprender de otras culturas. [...] Sin embargo, no es fácil migrar. Por ejemplo, acostumbrarse a la nueva comida y, sobre todo, el cambio social, porque a veces es como si te impidieran salir adelante. Es como si quisieran aplastarte, pero no hablo de los españoles, porque hay españoles que son gente magnífica. Yo trabajé con ellos y siempre se portaron muy bien conmigo. Los que realmente te quieren aplastar son otros ecuatorianos. Por ejemplo, quieren hacerte sentir menos. A veces actúan de manera muy egoísta. Por ejemplo, mi esposo, cuando tuvo el accidente de trabajo en el que se lastimó el brazo y la mano, estaba pasando por un momento difícil, estaba muy deprimido; no le iba bien. Me contó que a veces en el trabajo se quedaba dormido de lo mal que se sentía. Una vez, sus amigos lo vieron y le hicieron una foto mientras dormía. Luego, le dieron la fotografía a su jefe (aunque esto no había ocurrido cuando tuvo el accidente). Entonces, su jefe le dijo que podría utilizar la fotografía en su contra si decidía ir a juicio en vez de llegar a un acuerdo con la empresa por el accidente. Mi marido con

esta noticia se sintió aún peor y decidió no ir a juicio y presentó su renuncia, aunque su jefe le aconsejó que en vez de hacerlo solicitara la incapacidad y una indemnización. [...] Así que sus compañeros de trabajo ecuatorianos, que él pensaba que eran sus amigos, fueron los que más daño le hicieron.

Natalia, Horacio y su hija regresaron a Ecuador y cada uno, en su momento, se arrepintió de su decisión de volver por cuestiones económicas y de salud. Estuvieron pensando en cómo volver a migrar a España, “lo cual no es fácil porque solicitamos el retorno voluntario y no tenemos la residencia española”, pero aun así lo estaban evaluando porque “mis hermanas y cuñados siguen allí y nos dicen que, aunque no sea tan buena como antes, la situación en España sigue siendo mejor que aquí en Ecuador.” Para ellos, la experiencia de la discriminación intragrupal les reafirmó en su creencia de “nunca hacerle eso a nadie, y menos a gente como nosotros, que estamos luchando por subsistir”. Natalia también insistió en enseñar a su hija

[...] que no se comporte así; le digo, “¿ves el daño que se puede hacer?”. Yo le explico y la aliento a que sea buena persona, que sea amable en el colegio con sus compañeros, que no los juzgue, que no se aproveche de nadie y, sobre todo, que sea considerada con la gente que es nueva en la ciudad o en su colegio. (Natalia, comunicación personal, Loja, 2016)

Este caso también puso de manifiesto el carácter transgeneracional de la política fronteriza transformadora etnorracial, dado que los padres utilizaron experiencias discriminatorias y racistas como contraejemplo para inculcar creencias y prácticas que desacreditaran las barreras raciales y étnicas y fomentaran la empatía civil y la inclusión en sus hijos.

En el caso de Luis también hubo discriminación etnorracial intragrupal. Por ejemplo, cuando hablaba de su experiencia en el extranjero, en España, y de lo difícil que le resultaba volver a España después de visitar a su familia en Ecuador, afirmaba:

Era muy difícil tomar el avión de vuelta a España. Porque sabía que iba a volver al trabajo duro [...] donde incluso mi propia gente, mis compatriotas, me maltratarían y acosarían. Como para mí, lo peor siempre fue cómo me trataban otros ecuatorianos. Ellos eran lo peor. No los españoles u otros europeos, sino mis compatriotas. Por ejemplo, a los migrantes que ya tenían sus papeles los ascendían y apenas se convertían en “jefes”, su actitud cambiaba. Si los mirabas mal, te ordenaban no volver a trabajar al día siguiente. Se creían los mejores, que eran mejores que tú y que tenían derecho a abusar de ti.

Luis, al igual que Natalia, utilizó estas experiencias para motivar a sus hijas a ser conscientes de su actitud hacia los demás. Explicó:

Les digo que no se crean mejores que los demás por estar estudiando, por ejemplo, o por haber tenido la oportunidad de vivir en su propia casa. Con su madre les hablé de lo malo que era el comportamiento de los compatriotas ecuatorianos en España, e insisto en que no importa qué papeles tengas o qué posición obtengas, siempre hay que tratar bien a los demás. Mi mujer y yo también seguimos eso, les damos nuestro ejemplo y vemos que nuestras hijas han crecido siendo buenas personas.

Camila estuvo de acuerdo con el comentario de su padre y expresó:

Al principio, no podía entender por qué mi padre era maltratado por los nuestros. Me preguntaba por qué. ¿Les había hecho algo malo? Pero a medida que fui creciendo, aprendí que, al final, es nuestra responsabilidad ser respetuosos y ayudar en lugar de hacer daño a los demás. Mis padres nos lo enseñaron y crecimos siendo conscientes de ello. A menudo veíamos a compañeros de clase que cambiaban su forma de ser porque tenían más dinero o se mudaban a una casa mejor. Pero recordábamos lo que nos habían enseñado sobre esas cosas e intentábamos por todos los medios que eso no nos afectara. [...] No importa de dónde seas o cuánto ganes, lo que importa es cómo eres como persona. (Luis y Camila, comunicación personal con padre e hija, Loja, 2016)

Del mismo modo, Graciela compartió la experiencia de su marido, que implicaba discriminación intragrupal y política fronteriza transformadora etnorracial:

Vivía con otros seis o siete migrantes en un apartamento donde todas las habitaciones, incluso el salón, eran alquiladas. Eran de muchas partes del mundo, Marruecos, Brasil. [...] Allí hizo amigos. [...] Pero tuvo problemas con otros ecuatorianos. Me dijo que en realidad los españoles eran muy buena gente, pero que los que se portaban mal eran nuestros compatriotas que nunca se apoyaban entre sí. [...] Por ejemplo, me dijo que veía a ecuatorianos que se negaban a ayudar a los demás, aunque pudieran; o en el trabajo, cuando otro ecuatoriano era como el jefe, nunca hacía ningún favor, mientras que, por el contrario, los jefes españoles estaban dispuestos a ayudarte cuando lo necesitabas.

Al esposo de Graciela “no le gustaba ese tipo de comportamiento” y cuando regresó a Ecuador, “no fue como otras personas que regresaron que hacían alarde de su paso por España mientras desdeñaban a nuestro país; él ha sido muy humilde al respecto.” Además, “se preocupa de que nuestras hijas sean amables y serviciales con los demás; y aunque él no hable mucho, les demuestra lo mucho que le importa que seamos buenas personas” (Graciela, comunicación personal, Loja, 2016). Este tipo de actitud intencional sobre cómo tratar a los demás de una manera que contrarrestaba las jerarquías etnorraciales y socioeconómicas era común entre muchos de los migrantes retornados que participaron en las entrevistas grupales, como Nancy, quien afirmó:

El egoísmo es algo que al final nos perjudica a todos. Muchos retornados son engrèidos porque piensan que haber estado en el exterior y ganado dinero los hace mejores que el resto; pero otros, en cambio, regresan más sabios, porque vivieron y entienden el daño que genera la discriminación, el racismo y el clasismo, y se comprometen a tratar a los demás con el respeto que merecen como seres humanos. (Nancy, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017)

Salomé agregó que “a veces la gente sufre tanto afuera que se pone a la defensiva y pedante; pero otros son capaces de aprender de eso y alejarse de todo eso” (Salomé, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017). Gastón complementó lo compartido en el grupo afirmando que “lo más importante de todo es cómo les enseñamos a ser a nuestros hijos en base a lo que nosotros pudimos aprender y distinguir cuáles son las cosas que realmente importan” (Gastón, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017). Luego, en concordancia, Mimi expresó:

En España hubo racismo, pero como nos pasó a muchos de nosotros, el peor racismo fue el de los ecuatorianos y otros latinoamericanos. En mi caso, fue la chilena que me tenía que entrenar la que me maltrató y boicoteó. Los jefes, que eran españoles, en realidad eran muy buena gente. De hecho, la mujer de mi jefe me pagaba extra por el cariño que me tenía. Yo trabajaba bien y ella lo celebraba, lo apreciaba y lo compensaba también. Aquí, en Ecuador, somos racistas y nos maltratamos unos a otros porque tenemos un título en alguna cosa o porque creemos que sabemos más que los demás. Pero deberíamos aprender a ser mejores personas. ¡Deberíamos dejar de intentar aprovecharnos de los demás minimizándolos! (Mimi, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017)

Moisés, líder de la organización comunitaria de migrantes retornados en Loja, se basó en el debate que se desarrolló sobre la discriminación endógena y exógena, así como en la forma en que estas pueden ser desmanteladas. Compartió:

Recuerdo anécdotas de ir al aeropuerto a recoger a amigos y familiares míos y ser testigo de cómo otros ecuatorianos que ya estaban establecidos en España se aprovechaban de los recién llegados. Les hablaban, les prometían que les conseguirían trabajo y les pedían algo de dinero para “reservarles” esas oportunidades. Una vez pude ayudar a una mujer a no dejarse engañar por estas personas y, en otra ocasión, pude ayudar a otra mujer que me encontré en el metro. Estaba llorando porque la habían dejado allí sola después de decirle

que la ayudarían a encontrar alojamiento y trabajo. No tenía a nadie ni dinero. Le dije que pasar la noche en el metro iba a ser peligroso y le di algunas ideas de cosas no fraudulentas que ella podía hacer.

Moisés coincidió con otros migrantes del grupo en que migrar era difícil y que “el primer año es el más desafiante”, y afirmó que “los obstáculos que encontramos suelen estar en los lugares menos esperados o venir de las personas menos esperadas”. Al hablar de su propia experiencia, relató:

Con el tiempo pude superar las dificultades, no solo las económicas, sino también las más duras, es decir, las personales, como el racismo y la discriminación tanto por parte de los españoles como de nuestra propia gente y el estar separado de mi familia. [...] Pero la experiencia en general fue muy gratificante. Aprendí mucho. Me convertí en mejor persona al reflexionar sobre todo ello. Por eso, cuando volví y conocí a otros migrantes como yo, me di cuenta de que necesitábamos hablar de nuestras experiencias para sentirnos mejor y ayudarnos unos a otros y a la gente que estaba pensando en migrar. Me di cuenta de que nos habíamos ido sin saber nada o casi nada de lo que significaba migrar, y también de que el daño que existe ya es más que demasiado. En cambio, tenemos que ayudarnos unos a otros, aquí y allá. ¿Qué sentido tiene aprovecharse de nuestros hermanos en el extranjero? ¿Qué sentido tiene creerse mejor que los demás por haber estado en el extranjero a la vuelta? Todo esto es mezquino. Esto es lo que tenemos que evitar. Tenemos que comportarnos de otra manera y tenemos que darnos cuenta colectivamente de que esta forma de ser y de actuar no ayuda realmente a nadie. Porque, en realidad, ¿qué se gana menospreciando a los demás? ¿Qué se gana aprovechándose de los que tienen menos? Es patético. Pero a menos que cambiemos nuestra forma de ser, hablemos de ello y difundamos estas ideas y comportamientos, no mejoraremos como comunidad, como seres humanos.

La política fronteriza transformadora etnorracial de Moisés estaba orientada a la comunidad y, como líder, había sido capaz no solo de movilizar las ideas y las conductas de los migrantes y sus

familiares, sino también de impulsar cambios políticos, especialmente en relación con los migrantes de retorno “a los que se les prometió el sol y la luna para volver, pero recibieron una cáscara vacía del Gobierno”. Este tipo de iniciativas organizativas se había extendido por todo Ecuador debido al fracaso de las promesas gubernamentales y a los efectos inesperados de la migración de retorno, como se ha expuesto en secciones anteriores de este libro. Además, muchos migrantes retornados se sentían fortalecidos tanto por sus buenas como por sus malas experiencias en el extranjero, y como dijo Moisés, “somos personas resilientes, hemos sobrevivido a todo tipo de cosas que nunca imaginamos posibles, y ahora que estamos de vuelta, ¡no estamos dispuestos a rendirnos!”. (Moisés, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017). Nina, otra organizadora de migrantes retornados ubicada en Guayaquil, compartió una perspectiva similar:

Para todos nosotros, tuviéramos dinero o lo pidiéramos prestado, pudiéramos regularizar nuestra situación o no, migrar fue un gran riesgo y un gran reto. Pero crecimos gracias a ello. Y ahora que estamos de vuelta en casa, queremos lo mejor de nuestro querido Ecuador. Regresamos porque creímos en el potencial de nuestro país, porque amamos a nuestro país y lo extrañamos mucho mientras estuvimos en el exterior. Además, volvimos esperanzados y confiando en las promesas del Gobierno. Pero regresar no fue tan fácil como pensábamos. ¡Hay mucho que hacer aquí! Ahora tenemos nuevas ideas a partir de las experiencias que vivimos cuando estuvimos fuera, así como una mejor comprensión de lo que puede ser posible. (Nina, comunicación personal, Guayaquil, 2017)

Ronaldo, miembro de la organización de migrantes retornados de Guayaquil, que vivió en Italia cerca de una década, amplió los comentarios de Nina:

Sin duda, la migración fue dura, tanto de ida como de vuelta. Antes éramos jóvenes e ingenuos, pero ahora somos más sabios. Aprendimos mucho de las penurias que pasamos, pero también de los países

en los que estuvimos: España, Italia, Estados Unidos. Estos lugares tienen mejores oportunidades económicas, pero también tienen muchos problemas sociales, entre ellos cómo se trata a los migrantes (porque nos requieren y nos necesitan, pero en realidad no nos quieren del todo), así que no fue fácil ser un migrante, un forastero, una minoría. Sin embargo, pudimos aprender de todo ello. Y estamos convencidos de que podemos mejorar como personas, como sociedad, como país. Quedarnos con lo bueno, deshacernos de lo malo, por así decirlo. Por ejemplo, miembros de nuestra organización sufrieron discriminación por no tener documentos o por no hablar el idioma o simplemente porque se los veía como extranjeros de la parte subdesarrollada del mundo que intentaban aprovecharse de las riquezas del Norte o porque parecían indígenas o tenían la piel morena. A veces, por desgracia, la discriminación que sufrían procedía de sus propios compatriotas o de otros migrantes latinoamericanos. Pero lo más importante que les ocurrió fue que pudieron confrontarlos y demostrarles que eran buenas personas, que, en realidad, ¡eran mejores que ellos porque no se comportaban de esa manera! Ahora estos migrantes han vuelto y estamos trabajando juntos para ayudar a otros migrantes, para hablar de cómo mejorar nuestras vidas, para pensar en cómo podemos hacerlo mejor. También estamos juntos porque aprendimos que organizarnos como grupo nos fortalece para presentar nuestras demandas al Gobierno. Regresamos con ideas e ideales, y si regresamos para quedarnos, debemos poder mejorar aquí. (Ronaldo, comunicación personal, Guayaquil, 2017)

La organización de migrantes retornados de Nina y Ronaldo colaboró con otros grupos similares de todo Ecuador para compartir virtualmente experiencias, recursos y estrategias de movilización. El activismo de estos migrantes reflejaba una política fronteriza transformadora en sus diversas dimensiones, difundiendo información sobre cómo navegar por las políticas migratorias de salida y de retorno, planteando cuestiones relacionadas con los derechos de la mujer y la violencia de género, abordando el racismo externo e interno, y la discriminación a escala internacional como nacional, y haciendo hincapié en que la posición económica no debía

equipararse a tener facultades sobre otras personas. Al reconocer y reflexionar sobre la complejidad de la experiencia migratoria, los retornados reivindicaron su derecho a ser respetados como seres humanos, independientemente de su origen o estatus actual.

La reevaluación de los regímenes etnorraciales en el país de origen constituyó la tercera dimensión de la política fronteriza transformadora en este ámbito. Como ilustran los casos de Ryan, Ignacio y Roque, las experiencias vividas y lecciones aprendidas sobre la discriminación etnorracial en el exterior fueron de suma importancia. Ryan, que había estado en España desde que tenía nueve años y regresó a Ecuador después de terminar la secundaria, habló de su proceso de impacto del retorno y compartió:

Cuando volví, no me sentí integrado aquí, en absoluto. Me sentía extranjero en mi propio país. [...] Y eso fue muy difícil de aceptar porque era como si la sociedad y el propio país que tanto había idealizado me estuvieran decepcionando. Porque aquí, incluso hay racismo: entre la gente que vive en la costa y la que vive en la sierra, no se llevan bien, se llaman unos a otros “monos” e “indios” y no sé qué más. [...] Así que cuando vi esto al volver, me quedé como ¡joder! Cuando estás en el extranjero, ves racismo contra los extranjeros y eso es malo, pero, luego, estás en tu país ¡y ves racismo entre nosotros mismos! Es terrible. [...] Por ejemplo, si voy a Quito, me llaman “mono”; aquí, en Santo Domingo, estamos situados entre las dos regiones, así que cuando voy a la costa me llaman “indio”. Cuando me instalé, me di cuenta de cuánta distinción se hace en nuestro país, no solo racial, sino también económicamente. Cuando tienes dinero, lo tienes todo, por decirlo de alguna manera: te tratan bien, te miran amablemente, todo el mundo te saluda. Pero, cuando no tienes dinero, no tienes nada, ¡así que la gente ni siquiera te registra o te mira! Cuando estuvimos en España, vivimos en una pequeña ciudad donde no había mucha diferencia de clase entre su población —no sé si en Madrid o Barcelona habría más diferencia—, pero allí estábamos muy igualados y la gente no se trataba de forma diferente por sus riquezas o por el lugar de procedencia. [...] Así que, cuando volví a Ecuador, fue difícil aceptar el alto grado de racismo y clasismo que existía porque

había vivido en un contexto diferente y había aprendido una forma distinta de pensar, de ser y de relacionarme con otras personas.

La política fronteriza transformadora de Ryan tras su regreso implicaba sobre todo dimensiones etnorraciales y socioeconómicas que expresó comportándose intencionadamente de forma no racista ni clasista. No estaba seguro de “cómo cambiar la mentalidad de los demás” porque se dio cuenta de que cuando intentaba hablar de estos temas, sus compatriotas ecuatorianos “se enfadaban u ofendían muy fácilmente y se apresuraban a poner fin a la conversación”. Sin embargo, pudo mantener “conversaciones con algunos de mis amigos más cercanos sobre estas cosas y la hipocresía que yo también había notado y no me gustaba”. Además, comprobó la veracidad de sus percepciones hablando con amigos y familiares que también eran migrantes retornados: “Me alivió ver que ellos también pensaban así y no se sentían cómodos llamando a otros monos o indios o menospreciando a personas que parecían no tener medios”. Reflexionó Ryan:

Creo que volver a Ecuador me ayudó a darme cuenta de todas estas cosas. Cuando estaba en España no pensaba en ello. Fue volver y ver lo que pasaba aquí lo que me hizo ser consciente de ello. Creo que tanto migrar como volver me ayudaron. Antes, creo que estaba un poco ciego ante muchas cosas. (Ryan, comunicación personal, Santo Domingo, 2016)

Ignacio, que migró a Brasil y Canadá y luego regresó a Ecuador, tuvo una experiencia de aprendizaje similar a la de Ryan. Compartió:

Cuando estuve en Brasil, tuve la oportunidad de conocer a otros migrantes de América Latina. Pronto me di cuenta de que sabía muy poco sobre mis países vecinos y me percaté de la cantidad de prejuicios que todos teníamos sobre los demás, basados sobre todo en estereotipos y en la falta de información. Pasé la mayor parte del tiempo con otros latinoamericanos que hablaban español porque, aunque el portugués no era muy diferente, a veces resultaba difícil.

Esta experiencia para mí fue muy enriquecedora porque aprendí sobre otras culturas latinoamericanas y deseché actitudes que no me había dado cuenta de que eran negativas: ¡somos tan ignorantes! Las amistades que hice allí me enseñaron a tener la mente más abierta y a sentir curiosidad por otros lugares. Además, me ayudó cuando volví a Ecuador porque me di cuenta de cómo funcionaba la discriminación aquí también. Fui más consciente de ello e intenté no tener estereotipos ni prejuicios sobre la gente de ciertas regiones del país.

Ignacio luego reflexionó sobre cómo su primera migración influyó la segunda:

Cuando fui a Canadá, había tenido la experiencia de estar en el extranjero y aprendí a tener la mente abierta y a no dejarme llevar por prejuicios raciales. En Canadá había migrantes de muchas partes del mundo. Conocí a gente de países africanos, China e India. Si hubiera tenido tantos prejuicios como antes de estar en Brasil, no habría podido entablar amistad con otros migrantes. En cambio, pude estar con ellos y aprender sobre muchas otras culturas más allá de Latinoamérica y de las experiencias de migrantes de lugares que yo desconocía. Pasábamos tiempo juntos con la esperanza de hacer más fácil la experiencia de ser extranjero; teníamos dificultades con el idioma (estábamos en Montreal, donde hablan en francés), pero como era una ciudad muy diversa, no nos sentíamos demasiado incómodos.

La política fronteriza transformadora etnorracial de Ignacio involucró tanto los aspectos internos como externos de la discriminación, provocando un cambio en sus ideas y comportamiento hacia las personas de diferentes orígenes etnorraciales, tanto dentro como fuera de Ecuador. Llegó a la conclusión de que “la discriminación, el racismo, los prejuicios dañan no solo a quienes son agredidos o excluidos, sino a uno mismo y a la sociedad en su conjunto” (Ignacio, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017). Roque, migrante peruano en Ecuador, coincidió con Ignacio y habló de su propio transcurso:

Algo similar me ocurrió aquí en Ecuador. En mi caso, hubo prejuicios contra mí por ser peruano. Eso no me gustó, por supuesto, pero al mismo tiempo no me sorprendió que ocurriera porque en Perú se discrimina a los ecuatorianos. Por eso, cuando oigo hablar de sus experiencias de sufrir racismo cuando estaban en España o en Estados Unidos, ¡pienso inmediatamente que nosotros hacemos lo mismo! Me pregunto por qué a pesar de que todos somos humanos tratamos de encontrar diferencias entre nosotros para separarnos, para aprovecharnos. [...] ¡Es una locura! Tenemos que aprender sobre esto y cambiar nuestra forma de pensar y de tratarnos los unos a los otros porque todos somos una misma raza: la raza humana. [...] También estoy de acuerdo con Ignacio cuando dijo que estar en el extranjero le ayudó a pensar sobre su propio país: cuando visito Perú ahora soy más consciente de las muchas formas en que nos maltratamos unos a otros: porque somos de esta región o de aquella, porque somos indígenas o europeos, porque somos japoneses o lo que sea. Es muy triste ver esto porque como él dijo, al final, no es bueno para nadie. (Roque, comunicación grupal nro. 4, Loja, 2017)

Las experiencias de Ryan, Ignacio y Roque, junto con las de los migrantes mencionados anteriormente, mostraron cómo la migración claramente implicaba racismo, nativismo y xenofobia. Sin embargo, también demostraron que estos procesos nocivos a menudo generaban otros constructivos en la medida en que los migrantes aprendiesen de y se opusieran a ellos comportándose de forma diferente e incentivando a otros a que también lo hicieran.

Fronteras socioeconómicas

El cuarto ámbito en el que los migrantes manifestaron su política fronteriza transformadora fue el relacionado con la superación de las barreras que impedían la movilidad social ascendente. Los procesos migratorios implicaban un tránsito por diversos estados socioeconómicos. Para empezar, las decisiones migratorias solían

tomarse para escapar y superar la pobreza o el empobrecimiento. Luego, en la mayoría de los casos, los migrantes activos iniciaban su trayectoria laboral en el extranjero en condiciones ocupacionales y de vida precarias que indicaban su ubicación en la clase baja en el país de destino, pero que, al mismo tiempo, les permitían comenzar a enviar remesas a su país de origen. Debido a las disparidades económicas y monetarias internacionales, las remesas lentamente ayudaban a que sus familias lograran primero satisfacer y luego superar las condiciones mínimas de subsistencia; y posteriormente, a acumular ahorros que, en general, se utilizaban para adquirir o construir una casa propia y garantizar una vía para la educación y el progreso profesional de sus hijos. Los migrantes activos con hijos en el extranjero también pretendían asegurar su futuro a través de la educación, aspirando a que logran su independencia económica para poder ascender de la clase baja a la clase media. En el caso de los migrantes que decidieron retornar estratégicamente a Ecuador, por lo general disfrutaron de los frutos de sus ahorros, se instalaron en su propia casa y, en algunos casos, continuaron trabajando, pero en un contexto de seguridad y mejores condiciones de vida en comparación tanto con la situación inicial que los había alejado del país como con la exigente y subvalorada dinámica de ser trabajador migrante. Este largo proceso permitió a las familias migrantes lograr movilidad social transnacional y transgeneracionalmente: tanto los migrantes activos como los pasivos soportaron penurias en su país y en el extranjero, pero lograron salir adelante, resistiendo al empobrecimiento o abandonando la pobreza y asegurando niveles educativos más altos para las generaciones más jóvenes y la promesa de mejores perspectivas de futuro. Los siguientes casos de migrantes a España y Estados Unidos ilustran la política fronteriza transformadora socioeconómica.

En el caso de Anahí, tanto su familia como tíos, tías y sus hijos, migraron a España por “los problemas económicos debido a la mala situación de Ecuador en ese momento”. Anahí se fue cuando

tenía nueve años y regresó después de doce años, cuando tenía veintiuno, porque quería ser autónoma, trabajar y estudiar, lo que no podía hacer en España en ese entonces debido a su crisis económica. Volvió a Ecuador por su cuenta para mantener el nivel socioeconómico que sus padres habían conseguido con su esfuerzo migratorio. Por eso mismo, sus padres no estaban interesados en regresar porque estaban a gusto con su situación en España. Explicó:

Mis padres pudieron cumplir su objetivo de conseguir mejores condiciones de vida. Fue duro, pero con el tiempo, nuestras condiciones mejoraron. Por ejemplo, al principio, en Madrid, tenían que alquilar una habitación donde vivíamos todos juntos; pero después de algunos años pudieron comprar un apartamento (con una hipoteca) y un coche. Además, también pudieron construir una casa aquí en Ecuador. Cuando me planteé volver, ellos no estaban dispuestos a hacerlo porque aún debían pagar la hipoteca del apartamento y estaban trabajando bien. Además, mi hermano, que nació allí, seguía yendo a la escuela y todos pensaban que era mejor que se quedaran.

La política fronteriza transformadora socioeconómica de la familia de Anahí no solo fue transnacional y transgeneracional, sino que también creó, por un lado, un sentido de responsabilidad para preservar los logros a largo plazo tanto en los padres como en los hijos “que no querían desechar los frutos de tanto sacrificio” y por otro, una convicción colectiva de que se podrían superar los nuevos obstáculos que habían surgido y prosperar como familia. En concreto, para Anahí, eso supuso un retorno estratégico (para obtener un título universitario y convertirse en una profesional autosuficiente) y atravesar un duro proceso de impacto del retorno (que implicó depresión clínica) que, una vez superado, generó un reajuste al asentamiento por su parte, pero también encendió su deseo de planear migrar de nuevo a España para vivir allí. Este deseo era una combinación de su voluntad de conservar las ganancias

económicas mencionadas anteriormente, pero también, de su preferencia por vivir en un contexto que fuera

[...] menos excluyente, donde las diferencias de clase no son tan marcadas, por lo que puedes vivir de forma similar a los demás, comer bien, tener ropa similar y acceso a cosas como un teléfono móvil o incluso un coche, mientras que aquí, en Ecuador, la gente excluye y discrimina a los que tienen menos recursos. [...] Además, me disgusta el grado de racismo que tenemos aquí, que es mucho peor que en Madrid... y prefiero tener el derecho de libre expresión. En España tienes la opción de pensar y hacer lo que quieras, pero aquí hay muchos tabúes y restricciones, y la gente está como controlándote e inventando rumores.

En el momento de la entrevista, Anahí estaba en buen camino de cumplir sus propios objetivos de migración de retorno; en sus palabras, “yo quería estudiar y prosperar, y lo estoy haciendo, lo estoy consiguiendo”. Además, Anahí y su esposo tenían una hija, y ella “planeaba gestionarle la nacionalidad española para que nos pudiéramos mudar allá para que ella tenga una mejor calidad de vida... buena alimentación, buenos hábitos, una buena educación, mejor entorno, higiene; todo” (Anahí, comunicación personal, Santo Domingo, 2016). Por lo tanto, Anahí tenía la intención de proseguir con su política fronteriza transformadora multifacética proyectando el futuro de su hija, y extendiendo las estrategias de vida transgeneracionales y transnacionales que su familia había sostenido en aras del bienestar colectivo.

El caso de la familia de Jorge también implicaba movilidad social transnacional y transgeneracional. El principal objetivo de su migración a Estados Unidos había sido encontrar asistencia sanitaria de buena calidad para el hermano de Jorge, al que diagnosticaron un cáncer en Ecuador. La familia de Jorge tenía una buena posición socioeconómica en Manabí: “Teníamos una vida muy cómoda; teníamos nuestra casa en el centro e incluso teníamos una niñera que nos cuidaba mientras mis padres trabajaban”. La

madre era economista y profesora y el padre tenía un trabajo estable en una empresa familiar. Sin embargo, su traslado supuso una movilidad descendente dada su situación migratoria irregular. En Nueva Jersey, la madre de Jorge consiguió trabajar como niñera y su padre como jornalero en la construcción, y así lograron alquilar un modesto apartamento en una pequeña ciudad cercana a donde vivía el primo del abuelo de Jorge, el único pariente que tenían en Estados Unidos. A los padres de Jorge “no les importaban las dificultades económicas; estaban contentos de ver a mi hermano bien, y también de que nos acostumbráramos a ir al colegio aquí. [...] Se sacrificaron para que tuviéramos un buen futuro”. Jorge era muy consciente de ello desde muy joven y estaba decidido “a aprender inglés rápido para poder ayudar a mi familia”. Cuando Jorge reflexionó sobre su compromiso de “que me vaya bien en la escuela” y “asegurarme no solo de ir a la universidad, sino de ir a la mejor universidad posible”, incluyó una política fronteriza transformadora transgeneracional similar a la de Anahí:

Se sacrificaron tanto para que pudiéramos estar donde estamos, para que pudiéramos estar bien, ir a la escuela, completar nuestros estudios de secundaria... así que no iba a dejarme convencer por mi orientador escolar para que solicitara plaza en colegios comunitarios o universidades locales de fácil acceso. [...] En lugar de eso, investigué por mi cuenta y solicité plaza en las mejores universidades de artes liberales que me gustaban y también en un programa con el City College para estudiar medicina. Me aceptaron en varios programas buenos, incluido el de medicina, pero elegí la universidad de Dartmouth porque prometía ser una experiencia más enriquecedora que me expusiera a una variedad de temas y disponer de tiempo libre, algo que los estudiantes del programa de medicina me dijeron que no tenían realmente. [...] Cuando me licencié, empecé a trabajar como maestro becario y completé estudios de postgrado en educación. [...] Llevo unos años trabajando como maestro en una escuela pública de Nueva York..., pero no he abandonado mis planes de estudiar medicina para convertirme en médico. [...] Tengo mis metas

personales y las de mi familia. Personalmente, quiero hacer el examen de ingreso para ir a la facultad de Medicina. [...] Para mi familia... ahora, mi objetivo es que mi hermana vaya a la universidad (tendremos noticias de las escuelas en las que la ayudé a solicitar plaza este mes de abril)... y que mi madre se compre una casa, para que mis padres puedan cumplir ese sueño. [...] Y ya estamos en eso, porque a mi padre le aprobaron una hipoteca, así que ahora estamos buscando una casa para comprar, que será más fácil de encontrar una vez que mi hermana se vaya a la universidad (porque mis padres querían quedarse en la zona donde mi hermana fue a la escuela secundaria, pero allí las casas son demasiado caras). [...] La idea es que la casa que compren no sea demasiado cara para que las cuotas de la hipoteca sean accesibles y mi padre pueda dejar de trabajar tantas horas como trabaja ahora... tiene dos trabajos a tiempo completo en mantenimiento y durante el fin de semana hace sus trabajos de construcción de forma independiente, por lo que no duerme.

Además de ser transgeneracional, la política fronteriza transformadora socioeconómica de la familia de Jorge fue el resultado de su persistencia y su perspectiva estratégica a largo plazo. A través de los hijos, la familia de Jorge invirtió su movilidad descendente: tanto Jorge como su hermano se convirtieron en jóvenes autosuficientes con títulos universitarios, su hermana estaba a punto de seguir un camino similar y, con ello, los padres estaban llegando al punto de convertirse en propietarios de una vivienda con menos necesidad de trabajar tantas horas de más (la madre de Jorge había pasado de cuidar niños a trabajar en el servicio de mantenimiento y limpieza de residencias de ancianos, “para lo cual se convirtió en la encargada de otros empleados, lo que fue bueno para su autoestima porque era duro para ella no poder utilizar nunca sus dos títulos aquí”). También habían podido regularizar su situación migratoria, como se explicó anteriormente en la subsección de políticas fronterizas transformadoras geopolíticas, y Jorge “se sentía confiado en que, aunque las cosas siguieran siendo difíciles,

habría una recompensa en el futuro” (Jorge, comunicación personal, Nueva Jersey, 2019).

En contraste, el caso de Lesly ejemplificó la política fronteriza transformadora socioeconómica a pesar de los malos tratos y el abandono de su padre y de la “ingenuidad de su madre sobre lo que realmente significaba para dos adolescentes ser trasplantados lejos de todo lo que conocían para tener un futuro mejor”. El logro de movilidad social ascendente de Lesly fue la consecuencia de sus propias acciones y resiliencia sostenidas a largo plazo. Además, el hermano mayor de Lesly le había servido de ejemplo:

Había terminado el bachillerato en Ecuador e incluso había sido aceptado para ir a la universidad, porque para nosotros poder estudiar era lo más importante. Así que, aunque mi padre y su nueva familia me disuadieran de hacerlo, yo sabía que debía hacerlo. [...] Mi hermano tuvo que sacrificar la universidad para venir a Estados Unidos y así poder ocuparse económicamente de nosotros, y yo se lo debía a él. [...] También me empujó a seguir adelante el rechazo de la familia de mi padre: el hecho de que no tuvieran ninguna esperanza de que yo fuera a hacer algo con mi vida o llegar a ser alguien en este país me dio fuerzas para demostrarles que estaban equivocados.

Además, Lesly se sintió motivada por uno de sus novios que iba a la universidad y que “me alentó a seguir estudiando después de la secundaria”. Al finalizarla, Lesly asistió primero a un programa que le proporcionaba cierta formación ocupacional. Decepcionada por la mala calidad y las condiciones de la institución, se matriculó en estudios terciarios porque estaba “ansiosa por tener una buena educación”. Más adelante, completó estudios de licenciatura en una universidad. Lesly trabajó como cajera en un supermercado para “pagarme la matrícula, hasta que un profesor me sugirió que hiciera una pasantía en una organización sin fines de lucro que ofrecía servicios a migrantes para que adquiriera experiencia profesional”. Al principio,

[...] sentía que había progresado porque antes me pagaban siete dólares la hora en el supermercado, ¡y como pasante me pagaban quince dólares! Estaba muy agradecida porque con esos ingresos pude pagarme la universidad sin contraer muchas deudas. [...] Cuando terminé la carrera, llevaba dos años trabajando allí y me habían ascendido a coordinadora, así que tenía muchas responsabilidades. Sin embargo, nunca me habían ajustado el sueldo y empecé a sentirme frustrada porque seguía cobrando como pasante, así que pedí un aumento. [...] No me lo dieron durante mucho tiempo y al final, cuando les dije que me iba a ir, me ofrecieron dieciocho dólares por hora. No estaba convencida, así que decidí viajar a Ecuador para las vacaciones (nunca había utilizado días de vacaciones) y pensarlo bien. [...] Cuando volví, ellos querían asegurarse de que seguiría trabajando para ellos, así que me ofrecieron un aumento a veintiún dólares, entonces continúe trabajando allí.

En el momento de la entrevista, Lesly estaba cursando estudios de posgrado para ampliar su especialización en Psicología y estaba evaluando sus opciones de hacer una maestría “para poder ayudar mejor a otros migrantes a superar las dificultades que encuentran al venir aquí” (Lesly, comunicación personal, Nueva York, 2019). Su trayectoria había sido claramente una de movilidad social ascendente: de vivir en una zona muy pobre de Ecuador y trabajar de niña para ayudar a su madre y luego vivir junto a sus dos hermanos en una pequeña habitación en Nueva York, a graduarse de la secundaria, obtener un título de asociado y luego una licenciatura y cursos de posgrado y lograr autosuficiencia económica trabajando en un campo relacionado con sus estudios mientras alquilaba su propio apartamento. Además, Lesly había podido patrocinar a su madre para que obtuviera la residencia legal permanente una vez que obtuvo su propia nacionalidad y demostró solvencia económica. Su política fronteriza transformadora socioeconómica se manifestó de forma transgeneracional y transnacional hacia su madre en Ecuador, así como hacia su hermana y su sobrina, que migraron a Estados Unidos y también recibieron su apoyo.

El caso de la familia de Armando y Etelvina mostró la política fronteriza transformadora socioeconómica de una forma ligeramente diferente, dado que él migró a Estados Unidos de forma irregular para “salvar a la familia del colapso total tras la crisis económica en Ecuador”. Armando nunca pudo regularizar su situación y permaneció doce años en el extranjero (y en el momento de la entrevista no estaba claro cuándo iba a regresar). A base de trabajar “en condiciones muy duras desde su llegada y sin rendirse nunca”, había podido enviar remesas “continuamente” a su familia en Ecuador “para que primero, pudiesen costearse la comida diaria, y años después, empezaran a ahorrar y sus dos hijas pudiesen terminar la escuela y luego ir a la universidad y convertirse en profesionales para que así tuvieran un buen futuro”. La devoción de Armando por el bienestar de su familia y su ética de trabajo fue profundamente apreciada y aprendida por sus hijas, como en los casos de Anahí, Jorge y Lesly. Clara afirmó:

Mi hermana y yo siempre tuvimos algo muy claro: si nuestro padre nos había dejado para que pudiéramos seguir estudiando, siempre tendríamos que superarnos; y lo hicimos, siempre sacamos buenas notas. [...] Tenemos la responsabilidad de hacerlo bien, de hacer que nuestros padres se sientan orgullosos. [...] Él se sacrificó por nosotros, así que nos hemos asegurado de no decepcionarle ni a él ni a nuestra madre... y sabemos que cuando vuelva, estaremos ahí para él.

La familia de Armando y Etelvina pudo entonces lograr una movilidad social ascendente a nivel transnacional (los ingresos de Armando en Estados Unidos se invirtieron en el bienestar, la educación y el futuro de su familia) y transgeneracional (las dos hijas terminaron el bachillerato, una terminó la carrera universitaria y era una profesional con éxito y la otra aún estaba terminando sus estudios superiores). Su estatus migratorio irregular le había permitido vivir con medios modestos en Estados Unidos; sin embargo, sus ingresos, aunque inferiores a los de los trabajadores migrantes regulares, salvaron a su familia en Ecuador de la indigencia y

el flujo constante de remesas los ayudó a asegurar que sus hijas tendrían “una buena educación que les prometía tener un futuro mejor que el nuestro” (Etelvina y Clara, comunicación personal con madre e hija, Loja, 2016). Dado que en muchos casos la política fronteriza transformadora se manifestó en varias dimensiones, ya he mencionado cómo otros migrantes habían logrado movilidad social ascendente a pesar de dificultades migratorias. Por ejemplo, las familias de Leonardo, Diana, Manuel, Juana, Marta, Teo, Cecilia y Ryan trascendieron fronteras socioeconómicas por medio de sostener un ritmo laboral persistente, generar ahorros, enviar remesas y rebuscárselas para subsistir en momentos difíciles. Su resiliencia, junto con su compromiso con su ideal de bienestar y sus metas transgeneracionales, alimentaron su capacidad para seguir adelante, desafiando las barreras explícitas e implícitas que se interponían tanto dentro como fuera del país. Matías, Samantha y sus colegas advertían estas dinámicas y con su organización se comprometían a “fertilizar el potencial que los migrantes tienen, pero que, desafortunadamente, no es reconocido, validado o legitimado” (Samantha, taller comunitario del grupo de Matías nro. 1, Nueva York, 2019). Estaban convencidos que alimentar esa fuerza era fundamental para promover el bienestar de los migrantes; de manera similar, Lesly creía que su trabajo con las comunidades migrantes “tiene que ir más allá de la prestación de servicios, tiene que incorporar el activismo y acción política y también la muy difícil tarea de hacer que los migrantes se den cuenta de su propio valor y potencial” (Lesly, comunicación personal, Nueva York, 2019). Diana coincidía con esta idea y reconoció que “parte del problema es que los migrantes están tan acostumbrados a trabajar sin parar y a ser tratados como si no valieran nada que, al final, ni siquiera pueden entender lo poderosos que son” (Diana, comunicación personal, Nueva York, 2019). Leonardo añadió que “tenemos mucho que hacer por delante, pero el potencial es inmenso” (Leonardo, comunicación personal, Nueva York, 2019). Este reconocimiento también estaba presente en los migrantes retornados de España,

quienes, según uno de los líderes comunitarios, “se dieron cuenta de que habían sido capaces de perseverar y salir adelante y que tenían mucho que ofrecer a nuestro país y comunidades”, al tiempo que reconocían que “no era fácil lidiar también con el impacto psicológico negativo que había generado la migración” (Moisés, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017). Esta tensión, aunque difícil de resolver, parecía promover la conciencia y la acción colectiva, como dijo Marta: “Estoy de vuelta, y puede que no tenga mucho, pero lo que viví y aprendí como migrante lo compartiré para que otros puedan prosperar” (Marta, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017).

Para concluir, los múltiples casos mencionados para ilustrar la forma en que los migrantes activos y pasivos manifestaron su capacidad para superar y cambiar las barreras formales geopolíticas, de género / sexuales, etnoraciales y socioeconómicas demostró el poder de las políticas fronterizas transformadoras a escala transnacional y transgeneracional. Evidentemente, no todos los migrantes activos y pasivos adoptaron esta forma radical de desafiar los sistemas y las prácticas de exclusión y marginación, pero muchos sí lo hicieron. Los procesos migratorios se habían originado y habían generado una serie de circunstancias difíciles y traumáticas. Los migrantes hicieron todo lo posible por perseverar y, al hacerlo, fueron capaces de provocar consecuencias revolucionarias. Revolucionarias por ser, por un lado, inesperadas en el imaginario de los grupos dominantes que perciben a los migrantes como intrusos, rudimentarios o desechables y, por otro, de un alcance significativo más allá de límites espaciales o temporales. El valor de la política fronteriza transformadora debe resaltarse, al igual que la notable resiliencia de los migrantes, para que, en lugar de ser ignorada y subestimada, se convierta en algo sobresaliente que tanto las personas migrantes como las no-migrantes estimen para el avance de comunidades migrantes y de la sociedad toda.

Conclusión

Esta investigación sociológica activista transnacional de las migraciones ecuatorianas a Estados Unidos, España y de regreso descubrió los matices de cómo afectaron a la salud y el bienestar tanto de los migrantes como de los familiares que permanecieron en su lugar de origen. Partiendo de una perspectiva feminista interseccional sobre la determinación social de la salud, tal y como la define la epidemiología crítica latinoamericana, se detectaron y conceptualizaron desde la base procesos de salud migrante y mecanismos psico-socioculturales de afrontamiento. A través de los relatos de migrantes activos y pasivos, este libro expuso las diversas formas en que la migración como determinante social de la salud los impactó y cómo manifestaron su agencia para responder a los muchos desafíos que encontraron en el camino. Guiados por los mecanismos de afrontamiento del ideal de bienestar y las metas transgeneracionales, los migrantes activos y pasivos atravesaron procesos de salud onerosos, como el duelo reflexivo, el trauma migrante activo y el del migrante pasivo, el estrés migratorio o los disparadores de crisis migrantes. Para hacer frente a los efectos generados por la migración, los migrantes activos y pasivos recurrieron al uso de otros mecanismos como el ajuste a la desilusión, la nostalgia paralizante y la motivante, la negación de salud migrante, la normalización del malestar o la encapsulación del dolor. Con

el fin de lidiar con los cambios en las relaciones entre migrantes activos y pasivos provocados por los procesos migratorios, pusieron en práctica otro conjunto de mecanismos centrados en el de de/reconstrucción familiar: distorsión de la comunicación, subordinación al ocultamiento y el engaño, pactos tácitos, resentimiento y desapego, o comprensión sensata. Si los migrantes regresaban a sus países de origen, atravesaban el proceso de salud del impacto del retorno y hacían uso de los mecanismos de retorno estratégico, reajuste al asentamiento o rebote del retorno involuntario para hacer frente a las dificultades de migrar de nuevo, volver a su tierra natal y reunirse con los miembros de la familia que se habían quedado allí. Finalmente, todos estos procesos y mecanismos que formaban parte de la experiencia migratoria favorecían el fortalecimiento de los migrantes activos y pasivos, aunque sin que se sintieran dueños de ello ni lo aprovecharan, es decir, provocaban el proceso de salud de resiliencia migratoria desapercibida. El otro resultado importante que las migraciones en ocasiones forjaban fue la política fronteriza transformadora: la trascendencia y alteración por parte de los migrantes activos y pasivos de los límites geográficos, políticos, económicos, sociales y culturales represivos y marginadores a escala transnacional.

Este estudio ofreció una contribución única y polifacética a la literatura académica sobre salud y migración. En primer lugar, combinó la riqueza de la sociología con un conjunto de teorías críticas incluyendo feminismos negros, poscoloniales y decoloniales; estudios críticos sobre raza, etnia y migración; epidemiología crítica latinoamericana, y antropología médica crítica para investigar la experiencia corporeizada interseccional de la determinación social de la salud transnacional y transgeneracionalmente en el caso de migrantes ecuatorianos (Sur Global) a Estados Unidos y España (Norte Global). En segundo lugar, adoptó una praxis de investigación activista para lograr una comprensión creada de abajo hacia arriba, centrada en los migrantes como creadores de conocimiento y protagonistas de sus experiencias; un enfoque interdisciplinario,

que incluyó las perspectivas de médicos, psicólogos, antropólogos y defensores de la salud y la migración; y constructivo, para generar cursos de acción concretos con, en y para la comunidad. En tercer lugar, cuestionó el enfoque biomédico dominante que a menudo patologiza, exotiza, banaliza, degrada o margina la salud migrante, el descubrir por el contrario el espectro de aspectos sociales, culturales, políticos y económicos que subyacen a las experiencias de los migrantes, sus prácticas de cuidado y su acceso a los servicios sanitarios. En cuarto lugar, se incluyó el punto de vista de los familiares no-migrantes (migrantes pasivos) y de los migrantes retornados, dos grupos típicamente ignorados, además de la participación de migrantes ecuatorianos que, en vez de ser residir en las dos principales ciudades del país (Quito y Guayaquil), procedían de regiones menos estudiadas (Loja y Santo Domingo). Asimismo, comparó las experiencias de migrantes regulares e irregulares en dos destinos con políticas sanitarias y migratorias diferentes (Estados Unidos y España) y contextualizó las experiencias de los ecuatorianos con otros migrantes activos latinoamericanos para inferir si los hallazgos del estudio eran comunes en migrantes de otros países de la región con destinos similares. En quinto lugar, implicó programas de acción, tales como talleres comunitarios sobre salud migrante, la organización de congresos, conferencias y capacitaciones a profesionales de la salud y defensores de migrantes en Ecuador, Estados Unidos y España, ofrecidos en español, inglés y bilingües; así como presentaciones transmitidas en vivo por radio, televisión y redes sociales; y la creación de un sitio web con materiales accesibles y gratuitos; todo ello con el objetivo de compartir el conocimiento recopilado y desarrollado sobre la confluencia de la salud y la migración y, al mismo tiempo, aprovechar cada oportunidad para recoger los aportes de los participantes, interlocutores y audiencias para perfeccionarlo aún más.

De hecho, el nivel de comprensión alcanzado a través de este proyecto lograría alcanzar un significado valioso solo si se vertiera en la promoción de la salud colectiva y la mejora de comunidades

migrantes (Dubet, 2012). Se obtuvo cierto grado de éxito a través de las diversas iniciativas mencionadas anteriormente. Por ejemplo, los participantes en los talleres comunitarios solían expresar que les había impactado positivamente conocer estos procesos y mecanismos porque antes “pensábamos que lo que nos pasaba era excepcional, pero ahora, sabemos que no éramos anormales” (Florencia, taller comunitario nro. 11, 2019, Nueva Jersey). Además, los participantes a menudo comunicaron que después de los talleres sintieron sus “experiencias validadas” y fueron capaces de “ponerle nombre a algo que antes estaba ahí, pero no tenía nombre” (Benjamín, taller comunitario nro. 5, Nueva York, 2017), o, como Cindy declaró: “Cuando estaba escuchando esto, sentí que estaban hablando de mi propia experiencia como migrante” (Cindy, taller comunitario nro. 4, Nueva York, 2017). Los participantes de los talleres y las entrevistas grupales afirmaron recurrentemente que, incluso si estos no pretendían ser terapéuticos, se encontraron “autoanalizando” sus situaciones pasadas y actuales como migrantes activos y pasivos (Lucas, taller comunitario nro. 8, Nueva York, 2018) y se sintieron “mucho mejor después de estar con otros migrantes y compartir sus procesos, emociones y pensamientos” (Brenda, comunicación grupal nro. 3, Loja, 2017). Varios participantes creían que estos talleres y entrevistas contribuían a “construir comunidad” (Sandro, comunicación grupal nro. 8, Nueva York, 2019) y “podrían generar iniciativas colectivas, grupos de apoyo, creación de redes y movilización para impulsar el cambio político” (Moisés, comunicación grupal nro. 2, Loja, 2017).

Las sesiones de formación con profesionales sanitarios y defensores de los migrantes también generaron resultados positivos. Muchos médicos y enfermeras coincidieron en que “necesitamos más de estas capacitaciones porque no estamos expuestos a este tipo de conocimiento sobre migración y salud, aunque trabajemos constantemente con familiares de migrantes y retornados” (Catalina, capacitación nro. 2, Loja, 2017). Además, coincidieron en que “aunque tuviéramos la sensación de que la migración afectaba a

nuestros pacientes, no sabríamos decir exactamente cómo”, de ahí “la relevancia de aprender sobre migración y cómo puede impactar a migrantes y familiares” (Enrique, capacitación nro. 2, Loja, 2017). Los coorganizadores de los cursos de formación en Ecuador, los médicos de familia Johanna Montalvo, Xavier Astudillo y Yadir Gavilanes, insistieron en la importancia de “contextualizar las experiencias de nuestros pacientes con un conocimiento más amplio sobre la migración y desarrollar nuevas investigaciones para mejorar nuestros servicios” (Johanna Montalvo, capacitación nro. 1, Loja, 2016). También compartieron sus propias experiencias con los profesionales de la salud que asistieron a las capacitaciones como herramienta para motivar la introspección y revisión de su praxis médica. Por ejemplo, Xavier Astudillo habló de la importancia de haber sido expuesto al concepto de sensibilidad cultural cuando realizaba su residencia en una zona rural cercana a Cuenca:

En la universidad habíamos aprendido sobre sensibilidad cultural, sobre todo porque aquí en Ecuador somos una nación multiétnica y estamos comprometidos a respetar las prácticas y creencias indígenas. Cuando era residente, pude aplicar esto y me di cuenta de que no tenía precio; en otras palabras, si intentaba imponer una opinión médica basada en creencias occidentales, los pacientes no respondían en absoluto y se quedaban sin tratamiento. Sin embargo, cuando aplicaba un enfoque culturalmente sensible, respondían bien, aceptaban y completaban el tratamiento porque se había modificado para seguir o incluir sus prácticas y creencias ancestrales. Necesitamos una sensibilidad similar cuando trabajamos con migrantes y familias migrantes. Si ignoramos cómo puede haberles afectado la migración, no podremos llegar a ellos y, en la mayoría de los casos, estaremos equivocándonos. Aprender cómo la migración puede afectar a la salud es fundamental si queremos ayudarlos a sentirse mejor. (Xavier Astudillo, capacitación nro. 2, Loja, 2017)

A partir de ahí, nuestras capacitaciones incluyeron el debate sobre el concepto del síndrome de Salgari (Geraci, 2006), que describía cómo las expectativas no satisfechas entre los profesionales sanitarios (que imaginaban que se ocuparían de apasionantes casos de enfermedades tropicales, pero en su lugar trataban problemas de salud comunes) y los pacientes migrantes del Sur Global que vivían en Europa (que pensaban que serían tratados en centros sanitarios sofisticados, pero normalmente se encontraban en unidades sanitarias básicas) tenían un efecto negativo en el diagnóstico y el tratamiento. Al mismo tiempo, añadimos que, aunque los participantes en nuestro proyecto de investigación a veces sufrían ese problemático tipo de relación médico-paciente, en la mayoría de los casos se veían perjudicados por un fenómeno diferente. Por un lado, los pacientes migrantes activos no estaban nada convencidos de la eficacia médica de los países de destino a pesar de su nivel de desarrollo económico y no creían que los profesionales sanitarios del extranjero fueran capaces de atenderles adecuadamente debido a posibles prejuicios contra su condición de migrantes y a barreras lingüísticas y culturales. Por otro lado, algunos profesionales sanitarios dudaban de las capacidades intelectuales y cognitivas de los migrantes, y rara vez pensaban que se convertirían en casos médicos extraordinarios. De hecho, los profesionales sanitarios no solían mostrar ningún entusiasmo a la hora de tratar a pacientes migrantes debido a lo común o sencillo de sus afecciones. Por lo tanto, los participantes en nuestra investigación solían mantener una relación médico-paciente basada en la desconfianza, el desprecio, la infravaloración y la sospecha y, como resultado, la descalificación mutua, que al igual que el síndrome de Salgari, producía efectos contraproducentes como diagnósticos errados y tratamientos parciales o nulos.

Este tipo de relación médico-paciente de descalificación mutua resonó entre profesionales sanitarios de Estados Unidos y España, que tomaron conciencia de sus prejuicios durante las

capacitaciones y las presentaciones de investigación. Por ejemplo, Adela, ginecóloga de Barcelona, expresó:

No es agradable decirlo, pero es cierto. Estamos cansados de ver repetidamente a migrantes en nuestras consultas, quejándose de un nuevo dolor aquí o allá, cuando, en realidad, no es nada. Además, también es cierto que los pacientes migrantes desconfían un poco de nosotros y están decepcionados porque no siempre encuentran lo que desean encontrar aquí. (Adela, participante en la presentación de la investigación, Barcelona, 2018)

Además, en repetidas ocasiones los profesionales sanitarios expresaron su malestar por la limitada capacidad que tenían para poder ayudar a los migrantes activos; así lo expresó Concepción, una destacada médica que trabaja en un Centro de Atención Primaria de los alrededores de Barcelona:

Los migrantes acuden a nuestros centros para que les revisen todo tipo de dolores y molestias que no son problemas médicos. Los problemas que tienen se deben a que son migrantes; son problemas sociales y económicos que no pueden curarse médicamente. Pero ¿qué podemos hacer al respecto? No podemos resolver cuestiones políticas ni resolver problemas de vivienda, empleo o cultura. Estos migrantes necesitan otro tipo de atención. No atención médica. [...] Y nos sentimos frustrados porque entendemos que les estamos fallando, pero en realidad no es culpa nuestra. Es limitado lo que podemos hacer por ellos y nos sentimos muy mal por ello. (Concepción, participante en la presentación de la investigación, Barcelona, 2018)

Asimismo, una psicóloga afirmó:

Es muy difícil mantener el equilibrio. Profesionalmente, sabemos que lo que podemos conseguir mediante el asesoramiento psicológico es moderado o incluso mínimo en el contexto en el que vivimos. Frecuentemente nos cuestionamos y nos preguntamos si es ético brindar a los pacientes migrantes la ilusión de que su condición de salud mental mejorará con el tratamiento psicológico, porque

muchas veces somos conscientes de que a menos que el contexto cambie, las posibilidades de que, digamos, su depresión mejore o sus adicciones se controlen, son bajas. (Dora, comunicación personal, Nueva York, 2019)

En general, los profesionales sanitarios que participaron en nuestras formaciones, talleres y presentaciones de investigación se mostraron receptivos, contemplativos y entusiastas por aprender más para mejorar su praxis individual y colectiva.

Se obtuvo una respuesta igualmente positiva y autorreflexiva de los proveedores de servicios migratorios y defensores de migrantes que asistieron a talleres y cursos de capacitación sobre salud y migración. Tendían a subrayar su utilidad, como expresó un defensor que trabajaba en Nueva York con la comunidad latina: “Esta formación fue realmente muy útil porque pude poner nombre a cosas que comúnmente observaba, pero no tenía una manera de manejar sistemáticamente” (Alberto, capacitación nro. 3, Nueva York, 2018). Varios participantes enfatizaron que “este tipo de capacitaciones nos ayudarán a servir mejor a nuestras comunidades, ofreciendo recursos apropiados y conectando a los migrantes con los proveedores adecuados” (Bárbara, capacitación nro. 3, Nueva York, 2018). Al mismo tiempo, hubo consenso sobre tres asuntos que requerían revisión. En primer lugar, proveedores y defensores sentían que “sabían mucho sobre la migración, pero muy poco sobre sus aspectos de salud”, reconociendo esta discrepancia como problemática (Felipe, capacitación nro. 3, Nueva York, 2018). En segundo lugar, y al igual que el malestar experimentado por los profesionales de la salud, consideraban que su asistencia era limitada y eran conscientes de que, si bien sus acciones podían beneficiar a los migrantes, su alcance dependía de fuerzas estructurales que estaban fuera de sus manos. Como expresó Verónica, una trabajadora social:

Puedo orientarles hacia albergues, servicios sociales, escuelas de idiomas gratuitas, oficinas de empleo, pero sé que no puedo cambiar

la economía ni las políticas migratorias de este país ni la escasez de viviendas accesibles en Nueva York. Entonces, aunque hago todo lo posible por aportar una visión positiva a los migrantes y ofrecerles soluciones, también soy prudente y realista porque no puedo pintarles un panorama más brillante de lo que es. Les estaría engañando. (Verónica, capacitación nro. 3, Nueva York, 2018)

En tercer lugar, y relacionado con lo anterior, los defensores de los migrantes valoraron el trabajo activista y político al que se dedicaban algunos de ellos: “No todos podemos o tenemos que hacerlo, pero es importante que algunos de nosotros seamos políticamente activos e impulsemos cambios en las políticas para tener contextos más acogedores para los migrantes y generar condiciones más prósperas para todos” (Alberto, capacitación nro. 3, Nueva York, 2018). Además, hicieron hincapié en la urgencia de mejorar la coordinación entre los distintos campos y sus trabajadores para mejorar la prestación de servicios a la comunidad migrante, como explicó Dora:

Todos apreciamos los numerosos esfuerzos que realiza cada parte. Sin embargo, también sabemos que necesitamos organizarnos mejor entre nosotros. Los médicos y las enfermeras deberían ser más conscientes de los aspectos psicológicos de la salud de los migrantes; los asesores de salud mental deberían reconocer cuándo los médicos deben implicarse para tratar a los migrantes; todos los profesionales sanitarios deberían aprender más sobre la migración y el paraguas de servicios a los que pueden acceder para tratar sus variados problemas, y viceversa, los prestadores de servicios migratorios deben saber sobre salud migrante y estar preparados para derivarlos. Para que todo esto ocurra, la coordinación política y programática es fundamental. Tenemos buenas intenciones, pero tenemos que hacerlo mejor y ser más estratégicos. (Dora, comunicación personal, Nueva York, 2019).

En general, los proveedores de servicios migratorios y los defensores de los migrantes tendían a ser conscientes de la economía

política nacional e internacional que afectaba a la experiencia de los migrantes; una cualidad que los profesionales sanitarios, especialmente los médicos, reconocían carecer. No obstante, los participantes en las capacitaciones y talleres de todos los sectores, independientemente de su grado de conciencia política y activismo, estaban dispuestos y deseosos de descubrir y hacer más para mejorar su práctica profesional, convencidos de que la salud y la migración deben abordarse de forma integral.

Tras los programas de radio, las entrevistas de televisión y las presentaciones en directo en redes sociales, se recibieron reacciones positivas similares sobre la necesidad de ampliar nuestro conocimiento sobre la interrelación entre salud y migración y de cómo podemos mejorarla. El público celebró aprender acerca de migración y salud, “algo que todos sabemos que está relacionado, pero rara vez escuchamos el por qué y el cómo, y lo que es peor, qué hacer al respecto” (oyente de un programa de radio, Loja, 2016). Comparcieron que sus “experiencias son muy parecidas a los casos planteados en la presentación” (comentario dejado en la charla transmitida en vivo por Facebook sobre Migración, Salud y Género, Nueva York, 2019), y expresaron repetidamente “la urgencia de aprender más y contar con más recursos para prevenir y tratar a los migrantes y sus familiares” (oyente de un programa de radio, Loja, 2017). Estos comentarios reflejaron las respuestas a las preguntas de la encuesta en las que el 80 % de los migrantes activos y pasivos combinados respondieron que sí sabían que la migración podía afectar su salud física y mental; el 94 % sabía que el derecho a la salud era un derecho humano; y el 95 % creía que sería útil aprender sobre cómo la migración impacta en la salud antes de migrar. Por último, las opiniones recogidas en una muestra preliminar del sitio de internet fueron igualmente alentadoras. Los concurrentes apreciaron la disponibilidad de recursos gratuitos que pueden utilizarse para capacitaciones, talleres, eventos o investigaciones; la opción de compartir experiencias personales de forma anónima y segura para contribuir al proyecto, y especialmente la forma en que la información se

hizo accesible a un amplio público a través de una serie de recursos visuales complementados con citas ilustrativas de migrantes y explicaciones sencillas de los procesos de salud y los mecanismos de afrontamiento que los migrantes activos y pasivos pueden atravesar y poner en práctica.¹

No obstante, los resultados positivos de nuestras acciones comunitarias mientras significativos son modestos. Queda mucho por hacer en términos de escala, alcance, difusión y sistematización de la forma de incorporar estos datos, conceptos y reflexiones teóricas en la formulación de políticas sanitarias y migratorias y en la educación profesional transnacional e interdisciplinariamente. La brecha entre las políticas y los programas de salud y migración tanto en el Norte Global como en el Sur Global sigue siendo, cuando menos, extensa. Asimismo, continúa siendo alarmante y contraproducente la falta de educación sobre cuestiones de migración en el ámbito de la salud y, a la inversa, la falta de educación sobre cuestiones de salud en el ámbito de la migración. Esta desconexión refleja rígidos márgenes disciplinarios y una marcada tendencia a convertirse en profesionales estrechamente hiperespecializados. Además, muestra la omnipresencia de un discurso global dominante que desprecia a los migrantes, especialmente a los que proceden de entornos precarizados, al tiempo que los margina, ignorando sus necesidades sanitarias y de otro tipo y cómo estas se relacionan y afectan a todos los miembros de una comunidad, independientemente de su estatus. Para que esta investigación tenga repercusión en los niveles de formulación de políticas y desarrollo curricular, son esenciales conexiones políticas y estratégicas que están fuera del alcance de la autora. Sin embargo, he aquí algunas ideas que podrían considerarse en relación con estas problemáticas.

Para empezar, los profesionales de la salud, especialmente los que trabajan en zonas con flujos migratorios crecientes o elevados,

¹ Visite www.saludymigracion.com

deben recibir una formación metódica sobre la situación específica de los migrantes activos y pasivos para que puedan ofrecer planes de prevención y tratamientos que tengan en cuenta las diversas formas en que su experiencia migratoria puede ser la causa de los problemas de salud que puedan estar padeciendo. Paralelamente, los proveedores de servicios y defensores migrantes deberían aprender cómo la salud de los migrantes activos y pasivos podría haberse visto o se ve afectada por los procesos migratorios de forma exhaustiva para poder ofrecer mejores servicios, recursos y derivaciones, y comprender por qué los migrantes pueden seguir o no sus directrices. En términos de desarrollo curricular y praxis, los profesionales y defensores de la salud se beneficiarían enormemente de adoptar un enfoque familiar, colectivo y psicosocial de la salud, la prevención, la atención y la recuperación que además sea transgeneracional, transnacional y transculturalmente sensible, mientras que tome en serio la determinación social de la salud incorporando a la ecuación la economía política global de la migración. Un enfoque comunitario, educativo y preventivo debería complementar el tratamiento y la rehabilitación de los migrantes activos y pasivos en entornos no amenazantes, en colaboración con los defensores de los migrantes. Los proveedores de servicios sanitarios y de otro tipo dedicados a las poblaciones migrantes activas y pasivas deberían prestar mucha atención a las expresiones de preocupación y los cambios de comportamiento de los migrantes, sea cual sea la forma en que se manifiesten, teniendo en cuenta los síntomas típicos del estrés migratorio en las áreas depresiva, ansiosa, cognitiva y somática, así como el trauma migrante activo y pasivo, y los disparadores de crisis migrantes, dada su tendencia a recurrir a los mecanismos de negación de salud migrante, normalización del malestar y encapsulación del dolor. Además, los defensores de salud y de migrantes deberían identificar, valorar y validar la resiliencia de los migrantes activos y pasivos para contrarrestar su hábito de no hacerlo, así como remarcar y celebrar su ejercicio de políticas fronterizas transformadoras y

su efecto progresivo tanto para la comunidad migrante como para la sociedad en general. Al mismo tiempo, estas medidas deben sustentarse garantizando el acceso a la asistencia sanitaria de forma totalmente gratuita o asequible e insistiendo en que los sistemas sanitarios no deben asociarse en modo alguno a la aplicación punitiva de leyes migratorias para que así los migrantes puedan confiar en que su situación al respecto no afectará al acceso y al tratamiento y viceversa. Al reconocer que los proveedores y defensores de servicios sanitarios y migratorios son uno de los principales intermediarios entre los migrantes y el Estado, pero no los que controlan estas políticas, la necesidad de que sean políticamente conscientes o activos se hace aún más patente; una cuestión que se conecta con la centralidad de la formulación de políticas a favor de la salud migrante, en contraposición a hacer pequeños aportes a nivel individual, familiar o local que, aunque cambien la vida de unos pocos migrantes, siguen siendo excepcionales en el esquema más amplio de las cosas.

De hecho, las políticas sanitarias y migratorias deben diseñarse no solo en diálogo entre sí, sino también con perspectiva internacional y transgeneracional para lograr al menos algún grado de eficacia y evitar las crisis migratorias y sanitarias que suelen producirse debido a la falta de coordinación entre ambos sectores. El principio de que la accesibilidad a la asistencia sanitaria es un derecho humano básico debería seguirse y respetarse en todo el mundo, independientemente de regímenes migratorios, etnorraciales, de género / sexuales, de clase y de otros factores sociales imbricados ni de las circunstancias económicas o políticas existentes. En nuestro estudio, el 75 % de los migrantes activos encuestados informaron que, en su experiencia, su derecho humano a la salud se había respetado con frecuencia, con un porcentaje mayor en España que en Estados Unidos, lo que refleja las políticas sanitarias y migratorias de estos países. Las respuestas de los migrantes pasivos sobre si creían que se había respetado el derecho a la salud de sus familiares en el extranjero fueron ligeramente inferiores a

las de los migrantes activos (el 69 % respondió afirmativamente). Sin embargo, sus respuestas sobre el respeto de su propio derecho humano a la salud en Ecuador fueron peores, ya que la mayoría afirmó que rara vez (52 %) o nunca (52 %) se había respetado.

Estas estadísticas son a la vez preocupantes y alentadoras y pueden ser consideradas para apoyar el argumento a favor de la utilización de un enfoque de la salud basado en los derechos humanos como uno de los pilares en los que basar los esfuerzos de coordinación para hacer avanzar la salud migrante más allá y a través de límites geográficos. Aunque un enfoque basado en los derechos humanos puede criticarse por ser demasiado liberal, puede resultar especialmente estratégico intentar una universalización de las normas mínimas que todos los países deberían seguir para desarrollar sus políticas tanto de salud pública como de migración. Sin embargo, esta táctica solo funcionaría si las contribuciones de los estudios críticos sociológicos, antropológicos, feministas, raciales, étnicos y de migración a la comprensión del relativismo cultural, el poder y la necesidad de historizar la agencia y corporizar la interseccionalidad se incluyen en el marco de los derechos humanos, especialmente cuando consideramos los determinantes sociales de la salud tal como los define la epidemiología crítica latinoamericana. Evidentemente, para que se produzca este tipo de coordinación internacional e interna entre los órganos de Gobierno, también sería indispensable la creencia de que todas las vidas humanas, más allá de su origen o condición, merecen respeto y atención. Si las lógicas económicas y políticas divisorias y explotadoras continúan imperando, el cuidado del bienestar de los migrantes se convierte en una excepción, dado su papel instrumental como trabajadores desechables y chivos expiatorios (típico no solo en el Norte Global sino también el Sur Global). Por lo tanto, se puede argumentar que una substancial renovación paradigmática y de poder que implique “un proyecto político comprometido con la igualdad” que cuide y trate a todas las personas “sin hacer excepciones” reconociendo todas las “formas de vida como *vida*”

(Ticktin, 2011, p. 223; énfasis en el original) podría ser un requisito previo para que se produzca un cambio real y sostenible que desmantele los sistemas y las prácticas que reproducen y amplifican las desigualdades sociales y de salud.

Además de estas razones éticas por las que la migración y la salud deben considerarse de forma seria y urgente en todo el mundo, hay cuestiones prácticas sustanciales que contemplar. Cuanto menor es la coordinación entre los países en la formulación de políticas migratorias y sanitarias, más problemas surgen a nivel personal y comunitario, lo que socava la salud pública a escala transnacional, un hecho que se hizo aún más evidente con el estallido de la pandemia mundial de COVID-19 y las diversas disparidades que desveló e intensificó (Organización Mundial de la Salud, 2021). Históricamente, las medidas migratorias represivas no han disuadido a las personas de desplazarse a otros lugares que prometían mejores condiciones de vida. Al contrario, generaron migraciones más peligrosas que empeoraron inexorablemente los resultados sanitarios relacionados con la migración y, en consecuencia, su efecto sobre la salud colectiva. Seguir aplicando políticas migratorias prohibitivas en un contexto caracterizado por inequidades económicas y sociopolíticas extremas dentro y entre países no hará sino aumentar la migración irregular con sus mayores riesgos y efectos negativos para la salud. Además, no poner fin a la falta de coordinación entre las políticas sanitarias y migratorias a escala nacional e internacional indudablemente traerá el aumento de las tasas de traumas y problemas de salud de los migrantes y, en consecuencia, el empeoramiento del bienestar colectivo.

Para que futuras investigaciones refuercen los contenidos y las conclusiones de esta se debería replicar el trabajo cualitativo realizado en comunidades de migrantes de otros países y destinos migratorios, complementarse con muestras probabilísticas y representativas para recopilar datos sobre salud y migración mediante encuestas estructuradas e incluir de forma más sistemática

y a mayor escala las prácticas y reflexiones de los proveedores de servicios sanitarios y de migración, así como de los responsables políticos, quienes podrían compartir las razones por las que las políticas de migración y salud discurren en líneas paralelas desde su propio punto de vista, y lo que podría hacerse al respecto. Serían necesarios equipos de investigación interdisciplinarios y transnacionales para llevar a cabo el proyecto ampliado, prestando especial atención no solo a las limitaciones de financiación, sino también a los conflictos ideológicos y políticos que pudieran surgir dada la sensibilidad del tema. Además, un enfoque de investigación activista garantizaría que los estudios no socavaran el trabajo práctico y público ni reprodujeran jerarquías injustas. Dadas las necesidades apremiantes de las comunidades migrantes, especialmente en el nuevo contexto de pandemias mundiales, recesión económica y un giro político hacia la derecha, tender puentes entre el mundo académico y la comunidad y la acción es más esencial que nunca. Aunque los estudios sobre la confluencia de salud y migración pueden realizarse utilizando metodologías no participativas y aplicarse *a posteriori* para mejorar la salud colectiva; la investigación activista, participativa y basada en la comunidad promete estar más en sintonía con las necesidades reales de los migrantes y los entornos pertinentes. De hecho, el protagonismo de los migrantes en el proceso de indagación es esencial para que el mismo sea inclusivo y relevante. Para comprender mejor los matices y complejidades de la migración y la salud, y generar soluciones constructivas es fundamental una sociología activista desde abajo que trascienda las fronteras disciplinarias, geográficas y sociales, como ha demostrado este proyecto. Las dificultades que puede presentar este enfoque, reflejo de los retos que conlleva una praxis orientada democráticamente, horizontal, consensuada e igualitaria, no quebrantan, sino que intensifican su valor social y moral intrínseco y su concreta trascendencia.

Bibliografía

- Abraído-Lanza, Ana F.; Dohrenwend, Bruce P.; Ng-Mak, Daisy S., y Turner, J. Blake. (1999). The Latino Mortality Paradox: A Test of the “Salmon Bias” and Healthy Migrant Hypotheses. *American Journal of Public Health*, 89 (10), 1543-8.
- Achotegui, Joseba. (2000). Los duelos de la migración: una perspectiva psiocopatológica y psicosocial. En Enrique Perdiguero y Josep M. Comelles (comps.), *Medicina y cultura. Estudio entre la antropología y la medicina* (pp. 88-100). Barcelona: Bellaterra.
- Achotegui, Joseba. (2004). Emigrar en situación extrema: el síndrome del inmigrante con estrés crónico y múltiple (Síndrome de Ulises). *Revista Norte de Salud Mental*, 21 (5), 39-52.
- Achotegui, Joseba. (2009). *Ulysses Syndrome: The Immigrant Syndrome of Chronic and Multiple Stress*. Barcelona: El Mundo de la Mente.
- Acker, Joan. (2006). Inequality Regimes: Gender, Class, and Race in Organizations. *Gender and Society*, 20 (4), 441-64.
- Agustín, Laura M. (2006). Atreverse a cruzar fronteras: migrantes como protagonistas. *Viento Sur*, 87, 73-82.

- Agustín, Laura M. (2007). *Sex at the Margins: Migration, Labour Markets and the Rescue Industry*. London: Zed Books.
- De Almeida-Filho, Naomar. (1989). *Epidemiologia sem números: uma introdução crítica a ciência epidemiológica*. Rio de Janeiro: Campus.
- De Almeida-Filho, Naomar. (2000). *La ciencia tímida: ensayos de de-construcción de la epidemiología*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Berger, Peter, y Luckmann, Thomas. (1967). *The Social Construction of Reality: A Treatise in the Sociology of Knowledge*. New York: Anchor Books.
- Bertoli, Simone; Fernández-Huertas Moraga, Jesus, y Ortega, Francesc. (2010). Crossing the Border: Self-selection, Earnings and Individual Migration Decisions. *IZA Discussion Papers* (4957). Bonn: Institute for the Study of Labor [IZA].
- Biehl, João, y Petryna, Adriana. (2013). *When People Come First: Critical Studies in Global Health*. Princeton: Princeton University Press.
- Bourbeau, Philippe. (2015). Migration, Resilience, and Security: Responses to New Inflows of Asylum Seekers and Migrants. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 41 (12), 1958-77.
- Breilh, Jaime. (1977). *Crítica a la interpretación capitalista de la epidemiología: un ensayo de desmitificación del proceso salud-enfermedad*. Ciudad de México: UAM-X.
- Breilh, Jaime. (2003). *Epidemiología crítica: ciencia emancipadora e interculturalidad*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Breilh, Jaime. (2010a). *Epidemiología: economía política y salud* (7.^a ed.). Quito: Corporación Editora Nacional / Universidad Andina Simón Bolívar.
- Breilh, Jaime. (2010b). Las tres 'S' de la determinación de la vida: diez tesis hacia una versión crítica de la determinación social

- de la vida y la salud. En Nogueira, Roberto (ed.), *Determinação social da saúde e reforma sanitária* (pp. 87-125). Río de Janeiro: CEBES.
- Breilh, Jaime. (2013). La determinación social de la salud como herramienta de transformación hacia una nueva salud pública (salud colectiva). *Revista Facultad Nacional Salud Pública*, 31 (1), S13-27.
- Brown, Tim; Andrews, Gavin; Cummins, Steven; Greenhough, Beth; Lewis, Daniel, y Power, Andrew. (2017). *Health Geographies: A Critical Introduction*. Chichester / UK / Hoboken, NJ: Wiley-Blackwell.
- Cabieses, Baltica. (2014). La compleja relación entre posición económica, estatus migratorio y resultados de salud. *Value in Health Regional Issues*, 5, 1-6.
- Caplan, Susan. (2007). Latinos, Acculturation, and Acculturative Stress: A Dimensional Concept Analysis. *Policy, Politics, & Nursing Practice*, 8 (2), 93-106.
- Castillo Sanchez, Ángy V., y Londoño Gaoña, Eliana P. (2013). *Migración parental y salud en Bolivia y Ecuador. Tendencias de literatura publicada entre los años 2000 y 2013*. [Tesis]. Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Enfermería, Departamento de Salud Colectiva, Bogotá, Colombia.
- Castles, Stephen. (2009). Development and Migration - Migration and Development: What Comes First? *Theoria: A Journal of Political and Social Theory*, 56 (121), 1-31.
- Castro, Arachu, y Singer, Merrill (eds.). (2004). *Unhealthy Health Policy: A Critical Anthropological Examination*. Maryland: Altamira Press.

- Chabram-Dernersesian, Angie, y De la Torre, Adela. (2008). *Speaking from the Body: Latinas on Health and Culture*. Tucson: University of Arizona Press.
- Cho, Sumi; Crenshaw, Kimberlé, y McCall, Leslie. (2013). Toward a Field of Intersectionality Studies: Theory, Applications, and Praxis. *Signs*, 38 (4), 785-810.
- Commission on the Social Determinants of Health. (2008). *Closing the Gap in a Generation. Final Report: Executive Summary*. World Health Organization. www.who.int/publications/i/item/WHO-IER-CSDH-08.1
- Connell, Raewyn. (2007). *Southern Theory: The Global Dynamics of Knowledge in Social Science*. Cambridge: Polity Press.
- Connell, Raewyn, y Messerschmidt, James. (2005). Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept. *Gender and Society*, 19 (6), 829-59.
- Crenshaw, Kimberlé. (1995). Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence Against Women of Color. En Kimberlé Crenshaw, Neil Gotanda, Gary Peller y Kendal Thomas (eds.), *Critical Race Theory: The Key Writings that Formed the Movement* (pp. 357-83). New York: The New Press.
- Crenshaw, Kimberlé; Gotanda, Neil; Peller, Gary, y Thomas, Kendal (eds.). (1995). *Critical Race Theory: The Key Writings that Formed the Movement*. New York: The New Press.
- Cuestas, Fedra. (2011). Sobre locura y emigración en el mundo globalizado. *Psicoperspectivas*, 10 (1), 21-45. https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-69242011000100003
- Curiel, Ochy. (2002). Identidades esencialistas o construcción de identidades políticas: El dilema de las feministas afrodescendientes. *Otras miradas*, 2 (2), 96-113.

- Curiel, Ochy, y Pión, Ruth. (2022). The Contributions of Afro-Descendant Women to Feminist Theory and Practice: Deuniversalizing the Subject “Women”. *Hypatia*, 37 (3), 478-92.
- David, E. J. R. (ed.). (2013). *Internalized Oppression: The Psychology of Marginalized Groups*. New York: Springer Publishing Company.
- Donnangelo, Maria Cecilia. (1979). *Saúde e sociedade*. São Paulo: Duas Cidades.
- Du Bois, William E. B. (1989 [1903]). *The Souls of Black Folk*. New York: Penguin.
- Dubet, François. (2012). *¿Para qué sirve realmente un sociólogo?* Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Esterberg, Kristin. (2002). *Qualitative Methods in Social Research*. New York: McGraw-Hill.
- Falconí Trávez, Diego (ed.). (2014). “*Me fui a volver*”: narrativas, autorías y lecturas teorizadas de las migraciones ecuatorianas. Quito: Corporación Editora Andina / Universidad Andina Simón Bolívar.
- Farmer, Paul. (2001). *Infections and Inequalities: The Modern Plagues*. Berkeley: University of California Press.
- Farmer, Paul; Kleinman, Arthur; Yong-Kim, Jim, y Basílico, Matthew (eds.). (2017). *Reimagining Global Health: An Introduction*. Berkeley: University of California Press.
- Foucault, Michel. (1980). *Power / Knowledge*. New York: Pantheon Books.
- Freud, Sigmund, y Strachey, James. (1989). *Beyond the Pleasure Principle*. New York: Norton.
- Freund, Peter; McGuire, Meredith, y Podhurst, Linda. (2002). *Health, Illness, and the Social Body: A Critical Sociology*. (4.^a ed.). New Jersey: Prentice Hall.

- Garfield, Gail. (2005). *Knowing What we Know: African American Women's Experiences of Violence and Violation*. Piscataway: Rutgers University Press.
- Geraci, Salvatore. (2006). La sindrome di Salgari venti anni dopo. *Janus. Medicina: Cultura, Culture*, 21, 21-29.
- Glenn, Evelyn. (2000). Citizenship and Inequality: Historical and Global Perspectives. *Social Problems*, 47 (1), 1-20.
- Hale, Charles (ed.). (2008). *Engaging Contradictions: Theory, Politics, and Methods of Activist Scholarship*. Los Angeles: University of California Press.
- Haney-Lopez, Ian. (1996). *White by Law: The Legal Construction of Race*. New York: New York University Press.
- Hankivsky, Olena, y Christoffersen, Ashlee. (2008). Intersectionality and the Determinants of Health: A Canadian Perspective. *Critical Public Health*, 18 (3), 271-83.
- Herrera, Gioconda (coord.). (2008). *Ecuador: la migración internacional en cifras*. Quito: UNFPA / FLACSO.
- Hill Collins, Patricia. (1986). Learning from the Outsider Within: The Sociological Significance of Black Feminist Thought. *Social Problems*, 33 (6), S14-32.
- Hill Collins, Patricia. (1998). *Fighting Words: Black Women and the Search for Justice*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Hill Collins, Patricia. (2019). *Intersectionality as Critical Social Theory*. Durham: Duke University Press.
- Hing, Bill Ong. (2004). *Defining America Through Immigration Policy*. Philadelphia: Temple University Press.
- Illingworth, Patricia, y Parmet, Wendy. (2017). *The Health of Newcomers: Immigration, Health Policy, and the Case for Global Solidarity*. New York: New York University Press.

- Iniciativa de Salud de las Américas. (2017). *The Health Initiative of the Americas Fact Sheet*. Berkeley: School of Public Health.
- International Organization for Migration. (2013). *International Migration, Health and Human Rights*. Geneva: IOM.
- International Organization for Migration. (2018). *Migration Health Annual Report 2016*. Geneva: IOM.
- Iriart, Celia; Waitzkin, Howard; Breilh, Jaime; Estrada, Alfredo, y Merhy, Emerson E. (2002). Medicina social Latinoamericana: aportes y desafíos. *Revista Panamericana de Salud Pública*, 12 (2), 128-36.
- Jaggard, Alison. (2008). *Just Methods: An Interdisciplinary Feminist Reader*. Boulder: Paradigm Publishers.
- Johnson, Kevin. (2007). *Opening the Floodgates: Why America Needs to Rethink its Borders and Immigration Laws*. New York: New York University Press.
- Jokisch, Brad. (2014). *Ecuador: From Mass Emigration to Return Migration?* Migration Policy Institute. <http://migrationpolicy.org/article/ecuador-mass-emigration-return-migration>
- Jokisch, Brad, y Pribilsky, Jason. (2002). The Panic to Leave: Economic Crisis and the “New Emigration” from Ecuador. *International Migration Review*, 40 (4), 75-101.
- Krieger, Nancy. (2012). *Epidemiology and the People's Health: Theory and Context*. New York: Oxford University Press.
- La Parra Casado, Daniel; Mateo-Pérez, Miguel A.; Albert-Guardiola, María Carmen, y López, Susana. (2007). Estado de salud y demanda de servicios de salud de la población ecuatoriana en España. *Inguruak*, 44, 193-208. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2572553>
- Lara, Marielena; Gamboa, Cristina; Kahramanian, M. Iya; Morales, Leo S., y Hayes-Bautista, David.E. (2005). Acculturation and

- Latino Health in the United States: A Review of the Literature and its Sociopolitical Context. *Annual Review of Public Health*, 26, 367-97.
- Laurell, Asa C. (1982). La salud-enfermedad como proceso social. *Revista Latinoamericana de Salud*, 2, 7-25.
- Lu, Yao. (2011). Household Migration, Social Support, and Psychosocial Health: The Perspective from Migrant Sending Areas. *Social Science and Medicine*, 74 (2), 135-42.
- Mahmood, Saba. (2001). Feminist Theory, Embodiment, and the Docile Agent: Some Reflections on the Egyptian Islamic Revival. *Cultural Anthropology*, 16 (2), 202-36.
- Malmusi, Davide; Borrell, Carmen, y Benach, Joan. (2010). Migration-related Health Inequalities: Showing the Complex Interactions between Gender, Social Class and Place of Origin. *Social Science and Medicine*, 71 (9), 1610-19.
- Mani, Lata. (1998). *Contentious Traditions: The Debate on Sati in Colonial India*. Berkeley: University of California Press.
- Martínez-Andrade, Luis. (2019). *Feminismos a la contra: entrevistas al Sur Global*. Santander: La Vorágine.
- Meñaca, Arantxa. (2006). Familias rotas y problemas de salud: la medicalización de las familias migrantes ecuatorianas. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 22, 161-78.
- Menon, Ritu, y Bhasin, Kamla. (1998). *Borders and Boundaries: Women in India's Partition*. New Jersey: Rutgers University Press.
- Miranda, Jeanne; Siddique, Juned; Der-Martirosian, Claudia, y Berlin, Thomas. (2005). Depression among Latina Mothers Separated from their Children. *Psychiatric Services*, 56 (6), 717-20.
- Mooney, Erin. (2005). The Concept of Internal Displacement and the Case for Internally Displaced Persons as a Category of Concern. *Refugee Survey Quarterly*, 24 (3), 9-26.

- Naples, Nancy. (2003). *Feminism and Method: Ethnography, Discourse Analysis, and Activist Research*. New York: Routledge.
- Navarro, Vicente. (2009). What We Mean by the Social Determinants of Health. *International Journal of Health Services*, 39 (3), 423-41.
- Navarro, Vicente, y Shi, Leiyu. (2001). The Political Context of Social Inequalities and Health. *Social Science & Medicine*, 52 (3), 481-91.
- Nazroo, James Y. (2003). The Structuring of Ethnic Inequalities in Health: Economic Position, Racial Discrimination, and Racism. *American Journal of Public Health*, 93 (2), 277-84.
- Ong, Aihwa. (1999). Cultural Citizenship as Subject Making: Immigrants Negotiate Racial and Cultural Boundaries in the US. En Rodolfo Torres, Luis Mirón y Jonathan Inda (eds.) *Race, Identity, and Citizenship: A Reader* (pp. 262-93). Malden, MA: Blackwell Publishing.
- Ortner, Sherry. (2006). *Anthropology and Social Theory: Culture, Power and the Acting Subject*. Durham: Duke University Press.
- Padilla, Laura. (2001). "But You're Not a Dirty Mexican": Internalized Oppression, Latinos and the Law. *Texas Hispanic Journal of Law and Policy*, 7 (1), 59-113.
- Passos Nogueira, Roberto. (2010). *Determinação social da saúde e reforma sanitária*. Rio de Janeiro: Cebes.
- Pyke, Karen. (2010). What is Internalized Racial Oppression and Why Don't We Study It? Acknowledging Racism's Hidden Injuries. *Sociological Perspectives*, 53 (4), 551-72.
- Ramírez, Jacques. (2013). *La política migratoria en Ecuador: rupturas, tensiones, continuidades y desafíos*. Quito: Editorial IAEN.
- Raphael, Dennis. (2009). *Social Determinants of Health: Canadian Perspectives*. Toronto: Canadians' Scholars Press.

- Renzaho, Andre (ed.). (2016). *Globalisation, Migration and Health: Challenges and Opportunities*. London: Imperial College Press.
- Ríos-Marín, Alexandra, y Hernández-Londoño, Lina. (2014). Descripción de procesos migratorios en Almería-España y su repercusión en la salud mental. *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, 32 (1), S67-77.
- Roberts, Dorothy. (2002). *Shattered Bonds: The Color of Child Welfare*. New York: Basic Civitas Books.
- Romero, Mary. (2008). Crossing the Immigration and Race Border: A Critical Race Theory Approach to Immigration Studies. *Contemporary Justice Review*, 11 (1), 23-37.
- Romero, Mary. (2011). *The Maid's Daughter: Living Inside and Outside the American Dream*. New York: New York University Press.
- Ron Encalada, Santiago. (2010). *Impacto de la migración en la salud mental en niños y adolescentes*. [Tesis de posgrado de Pediatría]. Universidad de Cuenca, Facultad de Ciencias Médicas, Escuela de Medicina.
- Rubalcava, Luis; Teruel, Graciela; Thomas, Duncan, y Goldman, Noreen. (2008). The Healthy Migrant Effect: New Findings from the Mexican Family Life Survey. *American Journal of Public Health*, 98 (1), 78-84.
- Samaja, Juan. (1992). *Epistemología y epidemiología*. Campinas: Congreso Brasileño de Epidemiología.
- Sanchez, Gabriella, y Romero, Mary. (2010). Critical Race Theory in the US Sociology of Immigration. *Sociology Compass*, 4 (9), 779-88.
- Sayad, Abdelmalek. (2007). *The Suffering of the Immigrant*. Cambridge: Polity Press.
- Segato, Rita. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia: ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los*

- derechos humanos*. Buenos Aires: Prometeo / Universidad Nacional de Quilmes.
- Segato, Rita. (2016). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Shayne, Julie (ed.). (2014). *Taking Risks: Feminists, Activism, and Activist Research in the Americas*. Albany: SUNY Press.
- Singer, Merrill, y Baer, Hans. (2017). *Critical Medical Anthropology* (2.^a ed.). New York: Routledge.
- Sjoberg, Gideon, y Nett, Roger. (1997). *A Methodology for Social Research: With a New Introductory Essay*. Prospect Heights, IL: Waveland Press, Inc.
- Southwick, Steven; Bonanno, George; Masten, Ann; Panter-Brick, Catherine, y Yehuda, Rachel. (2014). Resilience Definitions, Theory, and Challenges: Interdisciplinary Perspectives. *European Journal of Psychotraumatology*, 5. [https:// doi.org/10.3402/ejpt.v5.25338](https://doi.org/10.3402/ejpt.v5.25338)
- Spivak, Gayatri. (1988). Can the Subaltern Speak? In Cary Nelson (ed.), *Marxism and the Interpretation of Culture* (pp. 271-313). Urbana: University of Illinois Press,
- Ticktin, Miriam. (2011). *Casualties of Care: Immigration and the Politics of Humanitarianism in France*. Berkeley / Los Angeles: University of California Press.
- Turner, Jean, y Simmons, Alan. (2006). Transnational Resilience and Resistance: Key Concepts for Working with Refugees. *American Family Therapy Academy, Monograph Series*, 1 (2), 6-22.
- Turra, Cassio, y Elo, Irma. (2008). The Impact of Salmon Bias on the Hispanic Mortality Advantage: New Evidence from Social Security Data. *Population Research and Policy Review*, 27 (5), 515-30.
- Ullman, Heidi; Goldman, Noreen, y Massey, Douglass. (2011). Healthier Before They Migrate, Less Healthy when they Return? The

- Health of Return Migrants in Mexico. *Social Science and Medicine*, 73 (3), 421-8.
- Villalón, Roberta. (2010a). *Violence against Latina Immigrants: Citizenship, Inequality, and Community*. New York: New York University Press.
- Villalón, Roberta. (2010b). Passage to Citizenship and the Nuances of Agency: Latina Battered Immigrants. *Women's Studies International Forum*, 33 (6), 552-60.
- Villalón, Roberta. (2011). Feminist Activist Research and Strategies from within the Battered Immigrant Women's Movement. *Interface: A Journal for and about Social Movements*, 3 (2). 246-270. <http://www.interfacejournal.net/wordpress/wp-content/uploads/2011/12/Interface-3-2-Villalon.pdf>
- Villalón, Roberta. (2014). Latina Battered Immigrants, Citizenship and Inequalities: Reflections on Activist Research. En Julie Shayne (ed.), *Taking Risks: Feminists, Activism, and Activist Research in the Americas* (pp. 245-77). Albany: SUNY Press.
- Villalón, Roberta. (2015). Violence against Immigrants in a Context of Crisis: A Critical Migration Feminist of Color Analysis. *Journal of Social Distress and the Homeless*, 24 (3), 116-39.
- Villalón Roberta. (2019a). Activismo académico en las Américas del siglo XX. *Revista CS*, 29, 11-17.
- Villalón, Roberta. (2019b). Una aproximación sociológica crítica activista al estudio de salud y migración: el caso ecuatoriano. *Revista CS*, 29, 103-38.
- Villalón, Roberta, y Kraft, Sarah. (2022a). Migratory Stress, Health and Gender: An Intersectional Analysis of the Ecuadorean Case. En Jennie J. Kronenfeld (ed.), *Health and Health Care Inequities, Infectious Diseases and Social Factors* [Research in the *Sociology of Health Care*, 39] (pp. 89-106). Bingley: Emerald Publishing.

- Villalón, Roberta. (2022b). *Migration, Health, and Inequalities: Critical Activist Research across Ecuadorean Borders*. Bristol: Bristol Univesrsity Press.
- Waitzkin, Howard; Iriart, Celia; Estrada, Alfredo, y Lamadrid, Silvia. (2001). Social Medicine Then and Now: Lessons from Latin America. *American Journal of Public Health*, 91 (10), 1592-601.
- Williams, Gareth. (2003). The Determinants of Health: Structure, Context and Agency. *Sociology of Health & Illness*, 25 (3), 131-54.
- World Health Organization. (2019). *Promoting the Health of Refugees and Immigrants: Draft Global Action Plan 2019-2023. Report by the Director-General*.
- World Health Organization. (2021). *Refugees and Migrants in Times of COVID-19: Mapping Trends of Public Health and Migration Policies and Practices*. Geneva: World Health Organization. <https://www.who.int/publications/i/item/9789240028906>
- Zuberi, Tukufu, y Bonilla-Silva, Eduardo (eds.). (2008). *White Logic, White Methods: Racism and Methodology*. Lanham: Rowman & Littlefield.

Sobre la autora

Roberta Villalón, oriunda de Mar del Plata, Argentina, es profesora de Sociología en St. John's University en la ciudad de Nueva York, Estados Unidos. Completó el Doctorado en Sociología y la Maestría en Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Texas, Austin, y la licenciatura en Estudios Internacionales en la Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires. Esta trayectoria multidisciplinaria se refleja en sus proyectos de investigación-acción transnacionales que articulan el feminismo y los estudios críticos de raza, etnia y migración con la sociología política de violencias y desigualdades interseccionales. Sus publicaciones incluyen "Migratory Stress, Health and Gender: An Intersectional Analysis of the Ecuadorean Case" (con Sarah Kraft, 2022); "Una aproximación sociológica crítica activista al estudio de salud y migración: el caso ecuatoriano" (2019); *Memory, Truth and Justice in Contemporary Latin America* (2017); "Violence Against Immigrants in a Context of Crisis: A Critical Migration Feminist of Color Analysis" (2015); *Violence against Latina Immigrants: Citizenship, Inequality, and Community* (2010) y "Neoliberalism, Corruption and Legacies of Contention: Argentina's Social Movements, 1993-2006" (2007).

MIGRACIÓN, SALUD Y DESIGUALDADES

INVESTIGACIÓN ACTIVISTA CRÍTICA

EN LAS FRONTERAS ECUATORIANAS

Si bien la migración es una problemática ya largamente frecuentada por el interés de las ciencias sociales, sus impactos en la salud a nivel no solo personal y familiar, sino también comunitario no han sido aún lo suficientemente atendidas por un estudio en profundidad.

En este detallado trabajo, Roberta Villalón emprende esta necesaria tarea a través del análisis del caso de Ecuador, país que ha desempeñado los roles migratorios de origen, destino y tránsito, así como ha sido escenario de movilidades internas y fenómenos de retorno. Cuatro años de investigación transnacional y multisituada en ese país, Estados Unidos y España dieron como resultado la identificación y conceptualización de procesos psico-socioculturales que alteraban la salud de migrantes y familiares no-migrantes, así como los mecanismos que estos empleaban para hacerle frente a los retos que generaba la migración, tales como el duelo reflexivo, el estrés migratorio, el impacto del retorno y el trauma migrante activo y pasivo, entre otros. En conjunto, el marco teórico y metodológico de este proyecto creó una lente única para centrarse en poblaciones marginalizadas, así como para descubrir procesos de salud y mecanismos de afrontamiento migrantes desde abajo, identificando su vínculo con estructuras y prácticas más amplias de desigualdad y, por lo tanto, las posibilidades de desestabilizar fronteras sociales y políticas a nivel transnacional.